Estefanía Ruiz

Mangata



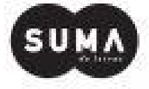
Estefanía Ruiz

Mangata



Estefanía Ruiz

Mangata





A mis padres, Enrique y Mercedes, y a mi hermano, Quique.

Gracias por ser mi oasis

Preámbulo

Noctiluca

Julio de 2023

Jara Moretti encendió la radio, una Telefunken Gavotte de 1956

fabricada en Alemania, pero el temblor que recorría sus manos le impedía sintonizar la única emisora que había en aquel lugar.

Inhaló profundamente y, acto seguido, exhaló con ímpetu para acompasar el ritmo de su respiración. Su corazón latía con tanta violencia y de una forma tan abrupta que lo sentía abrazado a su tráquea y le impedía respirar. Quería vomitarlo. Deseaba expeler por su boca el único órgano culpable de mantenerla aún con vida.

Deshacerse del último atisbo de esperanza que le había sido concedido. Y en una fracción de segundo el peso de sus párpados cedió como un dique azotado por el embate de las olas del temporal.

Y, por segunda vez en su vida, un fundido en negro se instauró en su mente en el mismo momento en el que su mano derecha acertó a posicionar la rueda de la radio en la emisora 92.7 FM.

Al otro lado la voz consternada de un joven periodista relataba aquel horrible suceso:

«El cuerpo sin vida de la víctima, aún por identificar, ha sido encontrado hace unas horas por una pareja en las inmediaciones del embalse de Empusa con claros indicios de violencia. No ha trascendido ningún dato personal. Solo hemos podido conocer que hubo ensañamiento con el cadáver, como evidencian las treinta y dos puñaladas distribuidas por todo el cuerpo. Los investigadores creen que el agresor o los agresores utilizaron un arma blanca con una hoja corta, pero todavía no hay rastro del arma homicida. Se ha solicitado la colaboración ciudadana y se agradece cualquier

información sobre este caso que puedan hacer llegar a los cuerpos de seguridad de la isla. Seguiremos informando».

Tras el inicio del hilo musical que siguió a la noticia, Jara intentó levantar los párpados, luchando contra el peso inaudito que poseían en aquel momento. No quería hacerlo; sentía un pánico atroz a encontrar la respuesta a ese fundido en negro que la había poseído.

¿Qué había hecho? ¿Por qué todas aquellas palabras retumbaban

como bombas en sus adentros, pero no recordaba nada? ¿Qué había sucedido en aquel pantano? ¿Y quién era la persona que habían encontrado allí apuñalada?

Abrió los ojos y giró lentamente su cuerpo bajo el peso de la culpa, que la aplastaba como una losa. Le costaba horrores desplazarse sobre su propio eje, pero algo le decía que necesitaba moverse. Minutos después maldecía por no haberse quedado para siempre atrapada en aquel trance.

Cuando consiguió ponerse frente a aquel espejo italiano en forma de arco, hecho de bambú y mimbre tejido, su respiración se cortó.

Junto a él, la hoja de la ventana se encontraba ligeramente abierta y una sutil brisa balanceaba tímidamente el visillo de lino blanco que pendía de un riel. En ese viaje de idas y venidas que mecía el visillo, la luz de una imponente luna llena bañaba desvergonzada toda la estancia. Incluida la figura de Jara; a pesar de no contar con ninguna luz encendida en el salón, aquel claro le permitía observar aquella escena nocturna completamente tintada de un vibrante azul.

Azul que no fue suficiente para impedir que la joven vislumbrara aquellas manchas de sangre que teñían su camiseta blanca ceñida de algodón y sus vaqueros pitillo. La sangre se mostraba descarada en su rostro, en su ropa y en sus manos. La fuerza del resplandor de aquella luna no era suficiente como para enmascarar los restos de la contienda que tiznaban el cuerpo de Jara de la cabeza a los pies. El miedo que recorría cada uno de sus músculos se acumulaba en la punta de sus dedos, haciendo que la joven apretara con fuerza los puños como si pudiera desprenderse a través de ese impulso de la energía que la invadía. Suspiró con brusquedad, anhelando la rendición de aquella horrible sensación que la asediaba. Una y otra

vez, una y otra vez. Entonces levantó los puños a escasos centímetros de su rostro. Los observó absorta.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? —volvió a preguntarse en apenas un susurro, en esta ocasión en voz alta, a medida que una hilera de lágrimas comenzaba a inundar sus mejillas.

Mientras, iba despegando sus dedos lentamente hasta que se topó de bruces con aquella realidad: la palma de su mano derecha no solo se hallaba bañada en sangre, sino que un desfile de cortes hacía guardia en ella. Su respiración cada vez era más feroz, le faltaba el aire y sentía como si alguien le hubiera arrancado de cuajo los

pulmones.

—Tranquila, tran-tranquila, tranquila, tran-tran-tran-tranquila… —

se repetía a sí misma como un mantra a la espera de que aquello la salvara.

Pero cada vez le costaba más respirar. No entendía nada y el ritmo de sus latidos se disparaba frenético. Necesitaba saber qué había pasado, pero su mente seguía en un mutismo absoluto. Intentaba encontrar un ápice de recuerdos, algo que le arrojara una respuesta, un pequeño hilo del que tirar. Bajó la vista hasta sus botas negras de piel acordonadas y fijó su mirada en la suela gruesa impregnada de barro y sangre.

No cabía ninguna duda, Jara Moretti había estado esa noche en aquel embalse.

1

Nuestro primer café

Almería

Enero de 2023

En cualquier lugar del mundo un día de enero es excusa suficiente para sacar a relucir las prendas de abrigo y hacerse un fuerte bajo la manta mientras te quedas dormido decidiendo qué película ver. Pero eso no sucedía allí. En Almería en enero el sol seguía haciendo guardia a las puertas del cielo y la piel te seguía ardiendo como en la época estival.

Los rayos solares atravesaban como dagas el tragaluz del baño de su pequeño apartamento de la calle Tenor Iribarne número 5.

Recibía su nombre por el conocido tenor Luis Iribarne O'Connor, que en mitad de su exitosa carrera perdió la voz y tuvo que retirarse de los escenarios para dedicarse a la enseñanza de la música.

Jara Moretti cogió una barra de labios roja que tenía dentro de un neceser de cuadros Vichy en color champán y coloreó con cuidado sus carnosos labios. La dejó en el estante que había bajo el espejo del baño y con su mano derecha retiró los restos de carmín que sobresalían de la línea que marcaba sus labios. La joven era consciente

de la importancia de su imagen en su trabajo como secretaria en Del Amo Abogados, uno de los bufetes de mayor renombre de Almería, lo que hacía que odiara aún más su puesto.

Jara detestaba a todos esos señores adinerados que se excedían de babosos y que se creían con la potestad de piropearla. Ella siempre les devolvía una sonrisa y luego los maldecía entre dientes.

Mientras Jara seguía maquillándose frente al espejo, los rayos de sol pintaban su cuerpo desnudo dejando retazos de luz por cada uno

de sus recovecos. Cumplía los cánones de belleza de la Grecia antigua. Tenía las caderas perfectamente delineadas, la piel blanca, las facciones marcadas y la nariz afilada. La proporción geométrica de la cara plagada de armonía se respetaba al pie de la letra en su rostro con una salvedad: la pequeña mancha en su iris que hacía que su ojo color miel se asimilara al de un felino.

Su pelo castaño descansaba liso sobre su espalda perfectamente dibujada. Sus pechos eran redondos y bonitos, con ese tamaño que parece haber sido creado para ser enjaulado por una mano. Tenía veintisiete años y estaba a punto de vivir el momento más feliz de su vida.

—Quedan cuatro días —dijo Jara con voz mimosa cuando Álvaro la abrazó desde detrás y besó su cuello.

Aquel inocente gesto hizo que se endurecieran sus pezones.

—¿Solo quedan cuatro días? —preguntó entre incrédulo y divertido—. Pocos me parecen…

—¿Acaso no quieres convertirte en mi marido? —preguntó Jara con cierta ironía mientras dejaba el lápiz de ojos en la repisa, perfectamente colocado, y se daba la vuelta para que su prometido admirase su cuerpo desnudo.

Jara era conocedora de la energía que emanaba de su cuerpo desnudo. Desprovista de ropa se sentía libre, segura y poderosa. Lo notaba cuando Álvaro clavaba sus ojos en ella y la hacía sentir una diosa a la que venerar. Pero siempre intentaba controlar sus impulsos desmedidos y su irrefrenable deseo sexual, que le producía una insatisfacción permanente por sus continuas ganas de sexo. Un apetito feroz que hacía que su futuro marido, lejos de considerarlo como esa suerte que todo hombre desea, lo viera como una china en el zapato, pues solía suponerle más un problema que una bendición. Porque Jara

Moretti siempre quería más.

Álvaro escaneó con sus ojos negro azabache el cuerpo de su amada desde la punta de sus pies hasta clavar su intensa mirada en sus labios jugosos vestidos de rojo. Se acercó a Jara, apoyó su torso sobre el hombro derecho de ella e introdujo sus dedos índice y corazón en su boca para que ella los bañara con saliva. Una vez empapados los dirigió hacia su clítoris y comenzó a realizar círculos

que Jara acompasaba con callados jadeos. Le besó el cuello, notando cada vez más su excitación, hasta que terminó introduciendo ambos dedos dentro de ella. Sin tiempo a nada, los sacó, sonrió y los introdujo en su propia boca, degustando el sabor de Jara.

—¿No irás a dejarme así? —preguntó la joven abriendo con asombro sus enormes ojos.

—Tengo que irme a trabajar, cariño. Te prometo que esta noche te compenso —prometió Álvaro a sabiendas de que había abierto la caja de truenos.

—¿De verdad me vas a dejar a medias?

El semblante de Jara comenzó a tornarse serio, apretando su mandíbula y desdibujando su sonrisa. Odiaba cuando Álvaro la dejaba a medias. Algo que se había vuelto más habitual desde que los negocios del joven triunfaban, haciendo que el tiempo que le dedicaba a ella hubiera disminuido considerablemente.

Jara lo observó en silencio, esperando una respuesta. Llevaba un jersey de cuello alto negro de Hugo Boss, unos vaqueros pitillo oscuros de Zadig&Voltaire y unas Golden Goose oscuras. Aquel jersey le hacía tremendamente atractivo. Aquella prenda era su pequeño fetiche.

—Jara, en serio, tengo que irme —repitió Álvaro nervioso.

—Ojalá nunca me hubieras dado aquella puta nota —reconoció Jara con ira.

—¿Lo estás diciendo en serio? La que estás liando en un momento solo porque no te he metido la puta polla —respondió colérico.

—Es que no es solo eso. ¿Acaso vas a venir mañana a elegir las flores? —le recriminó Jara, que conocía la respuesta.

—Joder, otra vez con las jodidas flores. Ya te dije que no podía,

que tengo una reunión importante —contestó molesto.

Ya habían discutido el día anterior por el mismo asunto.

—Claro, para ti todo siempre es importante, menos yo —reconoció Jara mientras sus ojos comenzaban a ahogarse en lágrimas.

—¿Otra vez vas a empezar con esto?

—Cualquiera diría que no tienes ganas de casarte… —respondió sin disimular que su malestar aumentaba por momentos.

—Venga, Jara, no digas tonterías. Si has quedado mañana con tus amigas para elegir las flores y hasta mi madre se ofreció a acompañarte… —le reprochó Álvaro intentando zafarse de su enfado.

—Sí, claro, tu madre… Si por ella fuera, compraríamos flores de funeral, que es lo que para ella significa esta boda…

—Anda, dame un beso, tengo que irme —se despidió Álvaro a la vez que Jara volteaba la cara para impedir que la besara.

—Con su madre dice —espetó Jara mientras se giraba de nuevo hacia el espejo—. ¿Acaso ha olvidado todo lo que me hizo esa hija de la gran puta? —siguió lamentándose mientras mojaba sus manos bajo el grifo, las pasaba sobre su cabello para humedecerlo y comenzaba a cepillárselo con furia.

Jara era consciente de que los Casanova nunca habían visto con buenos ojos que su exitoso hijo saliera con una joven como ella, que había heredado de su padre ese misterioso hermetismo que la caracterizaba y no se parecía a ninguna chica que Álvaro conociese.

Ni siquiera se movían en los mismos círculos ni con la misma gente, puesto que, desde la muerte de su progenitor, Jara solo mantenía amistad con dos compañeras de trabajo. Solo el azar —o el destino

— quiso que se cruzaran aquel día, hacía ya tres años, y que Jara se enamorara de él locamente nada más verlo aparecer por la puerta del bufete de abogados vestido completamente de negro. Pero aquello parecía demasiado lejano.

Álvaro había acudido para reunirse con uno de los socios del bufete que le llevaba la parte legal de sus empresas. Al ver que se retrasaba por culpa de la reunión anterior, Jara le sugirió que bajara a

tomarse algo mientras esperaba. Antes de marcharse, el joven deslizó una nota por el mostrador con una propuesta: «Baja, te invito a nuestro primer café». Por mucho que quisiera no podía negar la química instantánea que había surgido entre ambos.

Hasta ese momento, Jara nunca había oído hablar de los Casanova, una familia madrileña muy reconocida y adinerada que llevaba toda la vida viviendo en Almería. Tanto su apellido como la cartera de contactos de su padre habían hecho de Álvaro un afamado empresario con tan solo treinta y tres años. Era socio de

todos y cada uno de los restaurantes y locales de ocio de la ciudad, y media Almería suspiraba por él. Hacía honor a su apellido, pues siempre había sido conocido por ser un conquistador nato como antaño lo fue Giacomo Casanova, ese veneciano del siglo XVIII famoso por su amplio historial de conquistas y que acabó siendo arrestado por los inquisidores por ese mismo motivo, bajo la acusación de «libertinaje». A Jara le habría gustado que Álvaro hubiese sido un poco más libertino y que jamás se le hubiera ocurrido marcharse a toda prisa sin antes follársela sin miramientos.

Pero, cuando había negocios de por medio, los Casanova tenían más cosas en común con los inquisidores que con el propio Giacomo.

Jara lo sabía, sabía que aquel matrimonio no aprobaba su relación. Primero comenzaron las miradas, esas que no necesitan ir acompañadas de palabras, que atraviesan y matan. Luego le siguieron los desprecios, los desplantes y todas aquellas invitaciones que a Jara jamás le llegaban. Pero el amor por Álvaro era tan fuerte que aguantó cada uno de aquellos golpes silenciosos. Sin embargo, aquella conducta avivaría aún más el menosprecio de los Casanova, en especial de Isabel, que siempre aprovechaba cualquier ocasión para ridiculizar en público a la joven. No fue hasta aquel momento, en el que la situación era tan evidente que había pasado a dominio público, que Álvaro tomó cartas en el asunto y comenzó a distanciarse un poco de su familia.

Sin embargo, Jara era incapaz de olvidar. Todavía podía escuchar claramente las palabras de su suegra, con ese molesto tono de voz:

«Álvaro, hijo mío, papá quiere jubilarse y tras pensarlo muy bien ha decidido que, en vez de Carlos, su mano derecha, quien presida la farmacéutica, seas tú. Lo único que te pedimos a cambio es que no te cases con ella». «Que no te cases con ella», había dicho la jodida zorra, y Jara estaba segura de que sabía que la estaba escuchando.

Se recogió el pelo húmedo en una estirada coleta alta y se miró desafiante en el espejo.

Aunque, por Álvaro, todo merecía la pena. Hacía tres años desde que Jara había entrado, sin dudarlo, en aquella cafetería en busca del joven de ojos tan negros como una cueva de lobos, totalmente hipnóticos, que la había obnubilado con aquel olor tremendamente

embriagador. Tres años desde que, por primera vez en mucho tiempo, había sentido esa pequeña punzada en el corazón que se padece cuando la vida te pone delante a alguien que te descuadra los esquemas.

Pero lo que Jara Moretti no sabía era que aquel primer café sería tan solo el principio de su fin.

2

El lenguaje olvidado de las flores

Almería

Tres días antes de la boda

Las flores siempre han tenido un lenguaje propio. Como las personas. Las flores esconden sentimientos e intenciones. Como las personas. Y las flores también esconden mensajes ocultos. Como las personas.

Por eso Jara siempre había elegido con mimo cada una de las flores que adornaban su piso, cada planta que decoraba la recepción del bufete o cada uno de los ramos que enviaba en alguna ocasión especial. Ella era una de esas rara avis que todavía creían en la floriografía después de que su padre le regalara, cuando era bastante pequeña, un libro del siglo XVIII de Charlotte de La Tour donde se explicaba cuál era el significado de las flores. Por eso aquel día era tan importante para ella y por eso no podía comprender que Álvaro no fuera a acompañarla a la floristería a elegir el buqué de su boda.

—¿De verdad no piensas venir conmigo? —le recriminó Jara desde la cama, dirigiendo su vista al baño de la habitación donde Álvaro estaba afeitándose.

—Jara, ya lo hemos hablado —contestó molesto—. Tengo muchísimo trabajo y es un momento delicado, así que no puedo ausentarme de la oficina por ir a comprar unas jodidas flores.

—¿En serio para ti son solo «unas jodidas flores»? ¿Eso es lo que te importa esta boda?

—Cariño, no lo entiendes. Mi familia me está presionando y a mí

me va a explotar la cabeza. Necesito estar tranquilo y solucionar la infinidad de marrones que tenemos encima.

—No sé por qué no me sorprende que siempre tenga que salir mencionada tu familia. Y ahora todos tus marrones son más importantes que nuestra boda —continuó encendiéndose Jara.

—¿Y cómo te crees que se paga la puta boda? ¿Y cómo te crees que se paga este piso? ¿O los bolsos que llevas? ¿Acaso crees que con tu sueldo de secretaria podrías pagar todo esto? —Álvaro alzó la voz lleno de ira mientras señalaba lo que los rodeaba en la habitación.

Un silencio sepulcral invadió la estancia. A aquella recriminación no le siguió una réplica, tan solo una lágrima. Ese fue el final de aquella discusión que Jara zanjó con un río salado que desfilaba por sus mejillas. Álvaro se quedó paralizado en la puerta del baño al darse cuenta de que sus palabras habían atravesado a su prometida como puñales. Jara se llevó la mano derecha hacia el rostro y limpió con cautela los restos de aquella contienda.

—Perdóname, cariño, no quería decir eso —se excusó el joven mientras se acercaba a la cama y sostenía la cara de Jara entre sus manos.

—Pero lo has dicho.

—Te juro que no es lo que pienso. Estoy muy estresado y tengo muchas cosas en la cabeza, y ya discutimos este tema ayer —se justificó sincero.

—Pues parece que en tu cabeza últimamente está todo menos yo

—contestó Jara mirándole fijamente a los ojos.

—Eso no es así y tú lo sabes —dijo Álvaro mientras comenzaba a besarla en los labios, bajaba a su cuello y descendía hasta su pecho.

—Pero ¿qué haces? —respondió Jara apartándole la cara—. Esto no se soluciona así.

Álvaro se levantó como un resorte.

—Mira, paso, estoy intentando hacer todo lo mejor que puedo,

¿vale? —reaccionó irritado y cogió de la mesita de noche su móvil y las llaves del coche y de la moto.

—¿Y esa bolsa? —preguntó Jara contrariada al darse cuenta de

que la pequeña bolsa de viaje de Álvaro estaba preparada cerca de la puerta.

—Tengo unas reuniones fuera de la ciudad, me ausentaré solamente un par de días. Antes iré a solucionar unas cosas a la oficina y comeré con mis padres. —Se dirigió a cogerla sin dar más explicaciones.

—Álvaro, quedan tres días para nuestra boda ¿y tú vas a irte?

—Cariño, solo serán dos noches. Además, ¿no dicen que trae mala suerte ver a la novia antes de la boda? La próxima vez que nos veamos estarás vestida de blanco en un altar —intentó excusarse él, añadiendo algo de humor a su respuesta, mientras le daba un beso de despedida en la frente.

Jara no respondió. Su cuerpo se quedó paralizado preso de la tristeza. Y de la ira. Una ira que ocultó bajo su dermis y que se reflejó mediante una lágrima que danzó tímida por su lagrimal. La realidad era que tenía ganas de gritar, de alzar la voz y hacerse visible. Había soñado tantas veces con aquella maldita boda que no podía entender la forma de actuar de su prometido. ¿Dónde había quedado aquella ilusión que un año atrás le invadía el rostro cuando hincó rodilla en el jardín del Museo Sorolla, el preferido de Jara? Lo hizo en uno de sus viajes a Madrid, sentados en el banco del segundo jardín, ese que está inspirado en el Patio de la Acequia del Generalife de la Alhambra de Granada. Y bajo la sombra del «árbol del amor» que Sorolla plantó para Clotilde. Aquel día hicieron el amor por todas las calles de Madrid mientras se comían a besos y Álvaro gritaba: «¡Ha dicho sí!».

Pero aquella despedida le había sabido a desidia desmedida, como si su intuición se hubiera puesto en alerta, como un marinero que con tan solo oír el sonido del viento sabe que se acerca una tormenta. Jara intuía que algo no iba bien.

La joven se levantó de la cama y se retiró el cabello recogiéndolo en un moño alto. Sumida en un mar de dudas, se dirigió al baño y sumergió su rostro en agua fría, como si aquel gesto pudiera purificarle del maremagno de pensamientos que la atormentaban.

¿Acaso hay algo peor para el ser humano que la incertidumbre?

Aquel comportamiento extraño la estaba destrozando por dentro,

aquella falta de ilusión la hacía desvanecerse. Pero el recuerdo de su padre afloró en ese instante y recordó la ilusión con la que recibió la noticia de que iba a casarse. Su padre siempre había querido lo mejor para ella y había tenido claro que Álvaro era lo mejor. Un joven inteligente, detallista, de buena familia y un empresario de éxito. Así que honrando su memoria se pintó los labios de rojo, el color favorito de su padre, y se enfundó en un minivestido de canalé negro y escote en forma de corazón. Y mientras se colocaba unas botas Sendra negras de cowboy con detalles cosidos en la caña, con tacón semicubano y horma de punta, sonó el telefonillo.

—¡Somos Luna y Paula, baja! —contestaron al unísono sus dos amigas al otro lado del interfono cuando Jara lo descolgó.

Cogió su bolso, un Loulou negro de piel acolchada de Yves Saint Laurent, y una chaqueta de cuero a juego con cremallera asimétrica que había en la percha de la entrada. Se miró en el espejo antes de salir y colocó con cariño su moño. Luego pasó con suavidad el dedo índice por la línea de los labios para corregir el carmín que había sobresalido al maquillarse. Bajó las escaleras al galope como si en cada zancada quisiera despojarse de todo el sentir que le punzaba por dentro. Porque si algo había heredado Jara de su padre era esa reserva, ese misterio que la rodeaba. En cuanto sus sentimientos salían a flote, se había vuelto una experta en esquivar cualquier pregunta que pudiera exponer su vulnerabilidad. Así que era capaz de concatenar retahílas de preguntas a sus interlocutores con tal de que no le tocara turno en la partida. Quizá por eso se manejaba tan bien en las distancias cortas y quizá por eso le bastaba con tener tan solo dos amigas.

A Luna y Paula las conoció el primer día que llegó a trabajar a Del Amo Abogados. Había sido su padre quien la había ayudado a acceder a un puesto de trabajo en el bufete gracias a alguno de los chanchullos que se traía entre manos. Aunque su padre siempre había sido un hombre tranquilo, bastante callado y enigmático y un amante ferviente de la lectura, la realidad era que a veces recibía en casa la visita de hombres extremadamente peculiares y jamás le dio explicaciones a su hija acerca de quiénes eran o a qué se dedicaban.

Ellas estaban aburridas de rodearse de tantos carcamales y la llegada de Jara al bufete fue un soplo de aire fresco.

—¿Eres consciente de que en tres días serás una mujer casadaaa?

—gritó Luna nada más verla aparecer por el portal.

—Ca-sa-da —añadió Paula haciendo pausas entre las sílabas.

—Anda, no seáis idiotas —rio Jara intentando rebajar lo azucarado de aquel encuentro.

—¡Pero si ayer vomitabas corazones! ¡No te hagas ahora la digna!

—se mofó Luna para buscarle las cosquillas.

—Oye, venga, que he quedado con Mar en que llegaríamos puntuales —les reprochó Paula, que siempre había sido la más organizada de las tres.

—¿De qué conocías a Mar? —preguntó Luna.

—Iba a la clase de mi hermano en las Jesuitinas y ha decorado las bodas de todo el bufete.

Las tres amigas pasearon animadas hasta que Paula señaló un cartel que ponía «Flowers», dando a entender que habían llegado a su destino.

—¿Esperamos a Álvaro? —preguntó Paula mientras sujetaba con su mano derecha el pomo de la puerta de la floristería.

—Álvaro no va a venir, así que mejor pasamos ya —contestó Jara con la boca pequeña y tratando de zafarse de la siguiente pregunta, pero la curiosidad de Luna era inevitable.

—¿Por qué no va a venir?

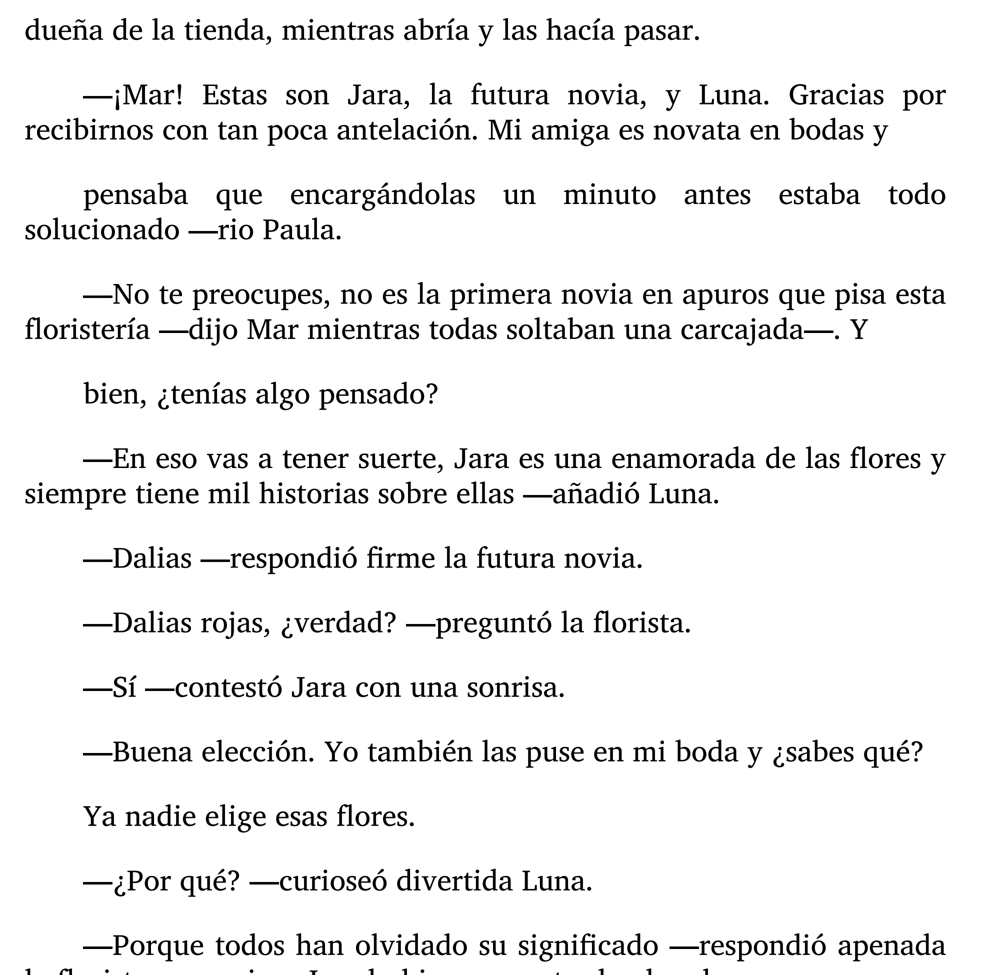
—Tiene unos marrones en la oficina y debe ausentarse un par de días por trabajo —explicó Jara sin entrar en más detalle.

—¡Puf, hombres! Seguro que pensará que una boda se organiza sola —respondió Paula indignada.

—Sí, pues menos mal que tu amiga nos ha hecho el favor de atendernos a tres días de la boda porque no sé esta cabecita loca…

—dijo Luna poniéndole el dedo índice en la sien a Jara.

—¿Vais a quedaros a vivir en la puerta? —interrumpió Mar, la



dueña de la tienda, mientras abría y las hacía pasar.

—¡Mar! Estas son Jara, la futura novia, y Luna. Gracias por recibirnos con tan poca antelación. Mi amiga es novata en bodas y

pensaba que encargándolas un minuto antes estaba todo solucionado —rio Paula.

—No te preocupes, no es la primera novia en apuros que pisa esta floristería —dijo Mar mientras todas soltaban una carcajada—. Y

bien, ¿tenías algo pensado?

—En eso vas a tener suerte, Jara es una enamorada de las flores y siempre tiene mil historias sobre ellas —añadió Luna.

—Dalias —respondió firme la futura novia.

—Dalias rojas, ¿verdad? —preguntó la florista.

—Sí —contestó Jara con una sonrisa.

—Buena elección. Yo también las puse en mi boda y ¿sabes qué?

Ya nadie elige esas flores.

—¿Por qué? —curioseó divertida Luna.

—Porque todos han olvidado su significado —respondió apenada la florista como si en Jara hubiera encontrado algo de esperanza.

—¿Y cuál es su significado? —siguió indagando Luna.

—Evocan el amor y la pasión eternos, y simbolizan el compromiso.

Antiguamente se creía que eran flores casi mágicas que permitían que una persona pudiera ver la belleza del alma de su ser amado.

Así que quiero que toda la catedral esté inundada de dalias rojas, que sea como un mar tintado de rojo —sentenció Jara.

—¿Y es época ahora de dalias? —preguntó Luna, que no disponía de ningún conocimiento sobre flores.

—No será fácil, pero confía en mí. Las dalias parecen flores frágiles, pero por dentro son inesperadamente fuertes —explicó Mar.

—Como Jara —sentenció Paula.

3

Hasta que la muerte nos separe

Almería

Día de la boda

Jara no había dormido en toda la noche; un manojo de nervios hacía guardia en su estómago. Había visto cómo las manecillas del reloj acariciaban cada uno de los números mientras su ojo derecho bailaba al son de un temblor con la mirada clavada en el techo.

Supuso que era lo normal, ¿quién no estaría nerviosa la noche antes de su boda? Intentó calmar su inquietud perdiéndose entre sus dedos. Llevó el índice y el corazón hasta su boca y los embadurnó en saliva. Bajó hasta su sexo y comenzó a masturbarse haciendo pequeños círculos sobre su clítoris, pero su mente estaba en otro lugar y le impedía llegar a correrse, a sabiendas de que alcanzar el orgasmo la relajaría y la ayudaría a conciliar el sueño. La joven maldijo su insomnio, así que, para poder descansar el poco tiempo que le quedaba hasta tener que levantarse, se rindió al poder de los químicos y se tomó una pastilla de Orfidal que le habían dejado sus amigas en la mesita de noche de la habitación del apartamento 10

del HO Puerta Purchena donde se había alojado desde el día previo a la boda. Un increíble ático con vistas al edificio de las mariposas y con un imponente jacuzzi en la terraza.

—Te dejo esto aquí a pesar de que te odio por no querer hacer esta noche fiesta de chicas en el jacuzzi —le había dicho Paula mientras metía la mano en el bolsillo de su pantalón de algodón negro y sacaba un blíster de pastillas en el que quedaban dos.

—Tú y tus pastil itas —le había recriminado Jara, a sabiendas de que su amiga lo solucionaba todo con algún fármaco.

—¿Qué pastillas son estas? —había preguntado Luna mientras cogía el blíster para ojearlo.

—Orfidal, el ansiolítico más vendido en España. Evita los nervios y la ansiedad. Y, no te preocupes, no va a colocarte, simplemente te ayudará a que pegues ojo esta noche —había respondido Paula con normalidad.

—No estoy nerviosa ni voy a estarlo. Es una boda, no voy a parir tril izos —le había contestado Jara. La ironía en el tono había despertado la risa de sus amigas.

—Bueno, yo te lo dejo aquí, por lo que pueda pasar. Que los nervios son traicioneros y como no duermas hoy a ver quién te tapa mañana las ojeras.

Cuando el sol ya se colaba por las rendijas de la ventana del que debería de ser uno de los mejores días de su vida, Jara recordó la frase de su amiga haciendo alusión a sus ojeras. Se levantó sin tregua de la cama en busca del espejo para cerciorarse de que Luna tenía razón y que las ojeras habían hecho mella en su rostro. Al verlas, suspiró y deseó de nuevo haberse tomado antes una de las pastillas del blíster. Abrió el grifo, dejó correr el agua fría, juntó las manos haciendo un pequeño cuenco e introdujo la cara entre ellas.

Se miró en el espejo y notó que su cara no resplandecía, no tenía el brillo que se espera de las futuras esposas. Había visto tantas películas románticas que sabía diferenciar con exactitud cuál era el rostro de una mujer que en unas horas iba a pasar por el altar. Pero algo dentro de ella le punzaba sin descanso, un sentir inexplicable semejante a la marabunta de náuseas que te asolan cuando te caza una gastroenteritis. La cabeza le daba vueltas y lo achacó a la botella de vino blanco que descansaba a medias en la mesa del salón y que ni siquiera recordaba haber abierto.

Jara tenía un carácter muy peculiar, así que se había negado a que nadie la maquillara ni la peinara el día de su boda. Tampoco había querido que sus amigas la ayudaran a abrocharse los botones traseros del traje, y mucho menos había accedido a que un fotógrafo

le hiciera el típico reportaje mientras se preparaba, pues aquello la horrorizaba. Así que fue ella misma quien se maquilló y se peinó.

Jara tan solo quería casarse con Álvaro en una ceremonia íntima en una iglesia llena de flores. Pero su suegra había montado en cólera cuando Álvaro le había dicho, meses antes de la boda, que serían un máximo de veinte invitados, teniendo en cuenta que Jara no tenía familia y que por su parte tan solo acudirían Paula y Luna.

—¿Quieres que todo el mundo hable de nosotros, Álvaro? —

preguntó su madre fuera de sí. Se había llevado a su hijo aparte, pensando erróneamente que así Jara no se enteraría de aquella discusión.

—Mamá, me caso solamente porque sé que a Jara le hace ilusión.

No quiero montar un circo en el que mis amigos estén bailando borrachos al lado de la abuela y me toque saludar a amigos vuestros que no saben tan siquiera cómo me llamo —le recriminó su hijo.

—Álvaro, tenemos muchos compromisos y ya sabes cómo es la gente con las bodas; si no los invitamos, va a ser una ofensa y en los negocios más vale no tener enemigos —explicó su madre, más preocupada por la farmacéutica que por la decisión de su hijo.

—Joder, mamá, eres inexpugnable. ¿Sabes qué? No tengo ganas de discutir, invita a quien te dé la gana —finalizó Álvaro dándose por vencido.

—Hijo mío, sabes que por mí preferiría que no te casaras, pero ya que has hecho oídos sordos a mis consejos por lo menos que te cases bien —dijo con retintín la madre.

—Dios, mamá, otra vez con lo mismo. No pienso volver a tener esta conversación. Máximo sesenta personas, fin —sentenció Álvaro aquel día.

La condescendencia con la que los Casanova trataban a Jara había hecho a lo largo de los años mella en la joven, que había acabado por declinar las pocas invitaciones a los eventos familiares que le llegaban. Y, aunque siempre los recibía con una sonrisa, a Álvaro jamás le había ocultado la poca simpatía que sentía hacia ellos, a sabiendas de que era recíproco. Así que un halo de rencor le sobrevenía a la joven en todos los asuntos que tuvieran algún resquicio de los Casanova. Por eso Jara confiaba en que Álvaro no

hablase aquel día en serio y se hubiera mantenido firme frente a su madre para que en la catedral de Almería finalmente fueran veinte personas, tal y como él le había prometido.

10.50 de la mañana

Jara salió del HO Puerta Purchena vestida de novia. Se había negado también a que ningún coche la recogiera y a que nadie la acompañara. Pero la emoción de Paula y Luna superaba a la petición de su amiga y estaban esperándola con un precioso ramo de girasoles preservados con pequeñas ramas de eucalipto, que habían pactado con ella que sería su regalo de bodas, junto con las sandalias dark beige Tribute de Yves Saint Laurent con tacón de aguja alto revestido, tiras entrelazadas y plataforma biselada que días antes le habían comprado

para que las llevara el día de la boda.

—Os pedí que no vinierais —dijo Jara al verlas, pero marcando esa sonrisa en la que te das por vencida.

—¿Estás loca? ¿Cómo ibas a ir paseándote sola por toda Almería vestida de novia? —rio Luna.

—A ver, era una imagen bastante decadente.

Las tres se rieron con el comentario de Jara.

—Además, te hemos traído esto —dijo Paula entregándole el ramo de novia.

—Oh, girasoles, lealtad. Gracias, amigas —respondió Jara emocionada al saber que sus amigas habían escogido esa flor por su significado.

—¿Estás nerviosa? —preguntó curiosa Luna.

—Nerviosa no es la palabra…, no sé, me siento rara. Pero, bueno, supongo que es lo normal cuando estás a punto de espetar un

«hasta que la muerte nos separe» delante de un señor vestido con una túnica blanca —sonrió Jara quitándole importancia a todos los pensamientos que le habían boicoteado durante la noche.

—¿Y Álvaro está nervioso? —siguió curioseando Luna.

—Pues no lo sé, lo he llamado un par de veces y tiene el móvil

apagado —dijo Jara un poco apenada.

—Álvaro siendo Álvaro; luego entrará en la iglesia haciendo honor a su apellido y hasta el cura caerá rendido a sus encantos —suspiró con desidia Paula, que no soportaba la prepotencia que alguna vez desprendía el novio de su amiga—. Y vamos a darnos prisa, que como llegues tarde tu suegra va a fusilarte —volvieron a reír.

Pero el camino hasta la catedral lo hicieron en silencio. Jara iba unos pasos por delante, como si estuviera sumergida en sus pensamientos, como si supiera que algo sucedía. Seguía sintiendo náuseas como si la ansiedad estuviera escalando por todo su cuerpo hasta instalarse en su estómago y la cabeza le seguía dando vueltas por más que no recordaba haberse pasado con el vino la noche de antes. Lucía un precioso traje midi blanco diseñado por la almeriense

Loreto Martínez. Tenía amplias hombreras, un escote decorado con strass y unas sensuales aperturas bajo el pecho. Un sencillo vestido que acompañaba con unos increíbles pendientes de Lausett hechos a mano con metacrilato. Tenían la forma de un pequeño colibrí en color jade y azul ultramar. Su padre se los había regalado porque le fascinaba ese animal, así que esa era la manera de Jara de llevarlo con ella en un día tan especial. Su padre solía decir que esos pequeños seres representaban la resurrección de las almas, porque cuando una persona cercana muere vuelve en forma de colibrí para despedirse de aquellos a los que ama. Además, cuenta la leyenda que cuando uno aletea cerca de ti es porque alguien te envía buenos deseos. Pero el único deseo de Jara aquel día era que todo terminara pronto. No había descansado en toda la noche y Álvaro ni siquiera le había escrito.

Al llegar a la plaza de la Catedral sus amigas aceleraron el paso y Paula la cogió del brazo. Aquello hizo que Jara se derrumbara y una lágrima brotara por su mejilla; aquel gesto era el que hubiera hecho su padre si estuviera vivo. Paula dibujó una media sonrisa en su rostro y Jara supo que empatizaba con el dolor que ella sentía en aquel instante. Era inevitable recordar a su padre en aquel momento y se rio imaginando qué le preguntaría antes de entrar: «¿Tú estás segura?». Y por supuesto que lo estaba, porque Álvaro era el amor

de su vida. Así que miró hacia la izquierda buscando la aprobación de Luna y hacia la derecha buscando la de Paula.

Luna las adelantó y caminó ligero para situarse en el primer banco de la derecha, junto a las dos abuelas del joven. En el de la izquierda estaban los padres de Álvaro y sus dos hijas. Y en el resto de los bancos se sentaban familiares y amigos de los Casanova.

Paula volvió a mirarla, intercambiando una especie de beneplácito para entrar en aquel lugar sagrado. Eran las 11.20, había llegado veinte minutos más tarde para cumplir con esa estúpida tradición de que las novias siempre debían retrasarse. Nada más poner el pie en aquel lugar su corazón se aceleró y una mezcla de sentimientos la invadieron: Mar había bañado la catedral de dalias rojas, exactamente como había soñado, pero a la vez una punzada de ira se le instaló en el pecho. Su futuro marido había hecho oídos sordos a su petición de una boda íntima. Hizo la cuenta rápida y había unos catorce o quince bancos ocupados, más del triple de lo que habían previsto. Jara disimuló su enfado como pudo mientras que Paula le acariciaba la mano como si supiera que por dentro estaba maldiciendo a su suegra.

En ese momento el cuarteto de cuerda que a Álvaro tanto le gustaba comenzó a tocar Canon en re mayor de Pachelbel, lo que hizo que todos los invitados se giraran a mirarla; pero aquellas miradas no eran las que Jara había imaginado cada vez que había soñado con su boda. Aquellas miradas estaban cargadas de preocupación y podía notar cómo los invitados cuchicheaban entre ellos. El nerviosismo se iba apoderando de ella a medida que iba avanzando por aquel pasillo con el suelo blanco y negro de camino al altar mayor. Algo no iba bien, los rostros de aquellas personas los delataban: ¿quizá todos supieran el desagrado que sentía la familia Casanova hacia ella y hacia aquella unión?

Cuando estaban a punto de alcanzar los primeros bancos, notó que Luna buscaba desencajada la mirada de Paula. Pero Jara seguía tan sumida en el rumiar de sus pensamientos que no fue hasta llegar al altar cuando se percató de lo que pasaba: la peor de sus pesadillas se había hecho realidad.

4

Cien años de soledad

Cuando estás a punto de casarte te invaden mil miedos. En la cabeza te retumban infinidad de incógnitas que hacen tambalear la fuerza que imperaba sobre ese «sí, quiero» que tan felices os hizo en su momento. El matrimonio es como firmar una cláusula implícita que supone la pérdida de gran parte de nuestra libertad. Como si el regalo de bodas por excelencia fueran unas cadenas que nos atan eternamente a otro ser humano. Por eso, en nuestra cabeza resuenan un sinfín de melodías traicioneras que pasan lista a todos y cada uno de los miedos que se experimentan con la aceptación de ese «prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad». Existe un decálogo de pesadillas comunes que experimenta cada pareja: que no me cierre el vestido, que toquen la canción equivocada, que los invitados se queden con hambre y, la peor de todas, que tu pareja no se presente el día de vuestra boda.

Así que la pesadilla más recurrente de Jara se había hecho realidad; Álvaro no la estaba esperando ensimismado en el altar con los ojos llenos de lágrimas al verla vestida de blanco. Allí tan solo la esperaban un cúmulo de miradas contrariadas que bailaban entre la pena y el desconcierto. Miradas impregnadas de juicio ajeno que sentían verdadera lástima por ella. Salvo la de los Casanova; la suya parecía esconder cierto aire de victoria. Luis e Isabel habían conseguido el objetivo que siempre habían deseado: que su hijo

Álvaro y Jara no se casasen.

—Llámalo otra vez, Luis —imploró su mujer con la voz perdida entre los cuchicheos que allí resonaban.

—Isabel, por favor, lo he llamado seis veces y sigue teniéndolo apagado —contestó el padre visiblemente nervioso.

—Esto es muy raro, te dijo que se lo pensaría, pero jamás haría esto sin avisarnos y mucho menos nos haría pasar por este ridículo

—espetó entre dientes Isabel con el enfado propio del que sabe que acabará siendo la comidilla de la ciudad.

—Vendrá, tranquila, se habrá vuelto a quedar tirado con la cascarria de moto esa que lleva.

—La culpa fue de tu padre, si no se la hubiera legado en el testamento como si le estuviera dejando un tesoro… —le recriminó Isabel.

—Ahora la culpa va a ser de mi padre y su moto —contestó molesto Luis Casanova.

—¿Podéis bajar la voz y dejar de discutir? La gente os está mirando y habrá que decirles algo —sugirió una de las hijas añadiendo sensatez a aquel momento.

—Tu hija tiene razón, Luis; esperaremos un momento y si no viene habrá que dar alguna explicación convincente salvo que queramos salir mañana en todos los periódicos siendo el hazmerreír de toda Almería —concluyó la madre.

Mientras, Jara seguía clavada en el altar sujetando el ramo de girasoles con las dos manos y con la vista perdida hacia la puerta de la catedral, esperando ver entrar en cualquier momento a su prometido. Parecía indiferente. Se hallaba absorta en aquel impás, y la rigidez de su cuerpo y la dureza de su mirada hacían que nadie se atreviera a acercarse a ella. Cuanto más tiempo pasaba sin que Álvaro apareciera, más difícil se hacía el momento de enfrentarse a la tristeza que Jara experimentaba en sus adentros. La música seguía sonando, convirtiendo aquella situación en una escena decadente. La otra hija de los Casanova se acercó hasta el cuarteto de cuerda y con un disimulado gesto los mandó callar. Al pararse la música, los murmullos se consumieron y dejaron paso a un incómodo silencio, que se le clavó a Jara como un puñal en el pecho e hizo que una lágrima

comenzara a desfilar sin pudor por su mejilla.

Esa lágrima fue el pistoletazo de salida para que Paula regresara del estado de incertidumbre en el que se encontraba y anduviera a paso ligero hasta clavarse frente a ella.

—Jara, ¿quieres que nos vayamos de aquí? —le preguntó

compungida mientras secaba los restos de lágrimas que danzaban por su rostro.

—No, no quiero irme. Álvaro va a venir, te lo juro, él jamás me haría esto. Jamás me haría esto, jamás me haría esto…

Jara rompió a llorar.

—Lo sé, Jara, pero creo que es mejor que te vayas a descansar.

Paula y yo podemos acompañarte al apartamento o a tu piso si lo prefieres —se ofreció mientras le hacía un gesto a su otra amiga para que se incorporara a la conversación.

—Va a venir, yo sé que va a venir. Va a venir, ¿verdad, Luna?

—Mi niña, seguro que todo esto tiene una explicación, pero será mejor que nos vayamos a tu casa y que descanses —propuso Luna a sabiendas de que aquello no tenía ninguna explicación coherente.

—No quiero irme, ¡quiero que ellos se vayan! ¡Diles que se vayan!

—gritó Jara entre lágrimas señalando a todos los invitados.

—Jara, tranquilízate, hay que mantener la calma —le pidió Paula mientras bajaba con suavidad el brazo de su amiga que señalaba hacia la gente.

—¡No quiero tranquilizarme! ¡Quiero que se vayan! ¡Que se vayaaan! Díselo, no quiero que estén aquí.

La tensión había entrado dando zancadas como invitada de última hora a aquella boda sin novio. La crispación silbaba mientras se paseaba impune por los pasillos de aquel lugar sagrado. La paciencia de los Casanova era de mecha corta, y aquellos alaridos de Jara fueron el detonante para que Isabel se prendiera como gasolina.

—¿Qué dices tú, niñata engreída? —espetó entre dientes la mujer llena de ira.

—Por favor, Isabel, estamos todos muy nerviosos —intentó calmarla Paula, sin resultado.

—Nerviosa estoy yo, que os recuerdo que es mi hijo el que ha desaparecido.

—Álvaro no ha desaparecido, le habrá surgido algo importante y mañana nos reiremos de todo esto. Ya conocéis a Álvaro, no sería la primera vez —dijo Paula restándole importancia.

—¡Te recuerdo que es tu hijo, pero que también es mi marido! —

interfirió Jara clavando su mirada en Isabel, que soltó una risa irónica al escucharla.

—Tú marido sería si se hubiera presentado hoy aquí, pero ¿acaso lo ves por algún lugar? —respondió la mujer mientras alzaba la cabeza y hacía un barrido por los bancos de los invitados.

—Bueno, ya está bien. Será mejor que nos vayamos —sentenció Paula intentando tirar del brazo de Jara.

—¡Eso! ¡Llévatela fuera de aquí, porque todo esto es por su culpa!

—le recriminó la madre de Álvaro.

—Claro, Jara siempre tiene la culpa de todo —bramó Jara desafiante.

Los invitados observaban la escena impasibles, inmunes al dolor de aquellas dos mujeres que discutían frente al altar de la catedral de Almería. La mayor preocupación de los allí presentes era saciar el morbo de saber lo que se reprochaban entre sí y vivir de primera mano lo que estaban seguros de que sería el evento más comentado del año. Mientras, Isabel y Jara parecían ajenas a todo ese circo, alimentándolo sin querer, dándole más cacahuetes a los monos.

—Por supuesto que sí, por supuesto que tú tienes la culpa. ¿Qué ha sido esta vez, Jara? ¿Qué numerito ha tocado? ¿Otra escenita por tus celos enfermizos u otra de tus crisis de ansiedad? ¡Ah, no! Igual esta vez le habrá dado vergüenza saber que has vuelto a montar otro cirio en tu trabajo o quizá se ha cansado ya de tus cambios de humor. Pero, claro, qué más da, porque la señorita en vez de avergonzarse prefiere sacarles brillo a las excusas y decir que no recuerda nada. ¡Uy, qué casualidad, ella nunca recuerda nada! Qué casualidad que cada vez que montas el espectáculo luego lo olvides… —le sermoneó

llena de ironía Isabel mientras Jara apretaba con rabia desmedida su mandíbula.

—Bueno, ¡ya está bien! —intervino Luis Casanova interponiéndose entre ellas—. Ya hemos dado suficiente espectáculo por hoy y aquí lo importante es encontrar a mi hijo. Así que ahora, con mucha educación y respeto, vamos a invitar a todos los asistentes a salir de la catedral. Y lo vais a hacer con vuestra mejor sonrisa y pidiéndoles disculpas por lo acaecido. ¿Entendido? Y no quiero ni una palabra más sobre esto.

Paula, Luna, Isabel y sus dos hijas asintieron ante el firme mandato del señor Casanova y comenzaron a dirigirse a los invitados situados en los bancos de la catedral, mientras que Jara seguía con la mirada perdida incapaz de creer que todo aquello le estuviera sucediendo.

Algunos de los presentes se hacían los remolones como si se resistieran a salirse de la sala del cine cuando la película está llegando a su punto álgido. Como aquellos que se niegan a abandonar la discoteca después de que hayan prendido las luces.

Esos que a sabiendas de que la noche ya está perdida prefieren saborear hasta el último segundo del desastre.

El cura maldecía en alto a las nuevas generaciones que ya no tenían respeto por nada, ni por lo más sagrado. El cuarteto de cuerda, enfadado por haber perdido una jornada de trabajo, quería asegurarse de que cobrarían a pesar de no haber tocado más que una canción. Y muchos de los invitados, sabiendo que no podrían cumplir con la tradición de robar el centro de mesa, arramplaron con las dalias rojas que adornaban el lugar.

—Jara, ya ha salido todo el mundo, tenemos que irnos —dijo Paula con la voz quebrada.

Paula y Luna eran las únicas dos personas de las que habían estado allí presentes que conocían todas las sombras de Jara. Ellas sabían lo mucho que le costaban las relaciones sociales, habían vivido sus noches de insomnio y habían calmado en muchísimas ocasiones sus episodios de ansiedad. Siempre la habían disuadido de su preocupación por que todos pensaran que solo estaba con Álvaro por interés. Pero aquel día incluso ellas se dieron cuenta de que Jara estaba en lo cierto y que para los Casanova ella nunca había sido una buena opción para su hijo.

Jara abrió lentamente su mano derecha separando de uno en uno los dedos, dejando caer así el ramo de girasoles al suelo. Con esa misma mano se inclinó para subirse un poco el vestido y se sentó en el primer escalón del altar. Al hacerlo levantó la mirada como si estuviera completamente ida.

—Déjame sola, por favor… —suplicó con los ojos bañados en lágrimas.

Y allí, con el frío de la soledad pisándole los talones, con el corazón hecho trizas y teniendo únicamente a Dios por testigo, Jara Moretti tuvo el peor de los presentimientos: jamás volvería a ver a Álvaro Casanova.

5

Confío en ti

Cinco días después de la boda

El sol se colaba indecente entre los estores beis de lino opaco que cubrían el ventanal de la habitación. Elba había decidido colocarlos al poco de mudarse a vivir con Álex a aquella casa de ensueño con vistas al mar. Lo primero que les enamoró de aquel piso fueron las hermosas cristaleras que lo rodeaban, aunque no tuvieron en cuenta que, gracias a ellas, su pasión desmedida acabaría siendo casi un espectáculo para los vecinos del edificio colindante y para cualquiera que clavara la vista en aquel hogar. Así que instalaron un arsenal de estores para decepción de los usuales mirones.

Aquella mañana Elba Ros había decidido tomársela libre. Era una de las ventajas que le permitía el haber dejado el despacho de detectives privados en el que trabajaba para montárselo por su cuenta. Llevaba semanas con un caso demasiado fácil: un marido infiel que se había liado con su secretaria haciendo honor a todos los tópicos sobre infidelidades. Así que, después de mil quinientas fotografías y siete hoteles, creyó que eran pruebas suficientes para que su mujer se diera por satisfecha.

La luz solar traspasó sus párpados y abrió los ojos sin prisa, pero sumiéndose en su ritual para desperezarse que consistía en movimientos imposibles dignos de cualquier gimnasta de élite. Al mirar a su lado se percató de que Álex ya se había levantado. Al escuchar el agua de la ducha saltó de la cama como un tiburón blanco al oler una gota de sangre de su presa disuelta en el vasto océano. Así era el instinto de Elba, que le hacía despertarse con la piel ardiendo.

Cruzó el pasillo en busca del baño en el que, cada

mañana, Álex dejaba la puerta abierta a sabiendas de cuál sería el desenlace.

—Buenos días, mi amor —dijo Elba con voz sensual mientras se apoyaba completamente desnuda en el quicio de la puerta.

—Pensaba que al tener el día libre te quedarías remoloneando un poco más —contestó Álex mientras enjabonaba su musculado cuerpo.

—¿Y perderme este monumento? —rio Elba, acercándose a la ducha.

—¿Quieres leerme un trocito de esa novela guarra que te estás leyendo? —le propuso con picardía Álex.

Elba asintió con la cabeza aceptando rápidamente la petición de su chico. Le encantaban todos esos juegos. La joven miró el libro y lo abrió, escogiendo una página al azar.

—«Ella manoseó fuerte su verga mientras su boca húmeda hacía una cueva para el miembro. Lo miraba a los ojos y notaba el gozo apoderándose de él. Se sentía fuerte, capaz de generar placer en el cuerpo de alguien. Aumentó el ritmo y cada vez se la chupaba más rápido. Con rabia, con deseo, con ansia, con ganas. Lamió su pene como el preso que se sabe poseedor de poco tiempo de vida antes de la pena de muerte. Como si la vida se le fuera, le tocaba una y otra vez la verga y se la metía y se la sacaba de la boca; todos los sentidos de él estaban a su merced» —relató Elba con una sensual voz.

—Joder, ¿quieres hacerme una cueva con tu boca? —Álex le dedicó una mirada pícara y alzó su mano para atraerla hacia sí.

—¿Acaso lo dudas? —preguntó Elba colocando el libro sobre una repisa y posteriormente dejando que su cuerpo se fundiera con el cuerpo mojado de su chico.

—Si te portas bien, luego tendrás tu recompensa —reconoció Álex mientras se separaba un poco, lamía sus dedos y los introducía suavemente en el sexo de ella.

Ese simple gesto hizo que Elba suspirara con un gemido seco.

Acto seguido fijó sus penetrantes ojos verdes en los de Álex y se recogió su media melena cobriza en una coleta. El agua seguía

bañando sus cuerpos cuando ella se arrodilló frente a él sin dejar de

clavarle su mirada en las pupilas. Con su mano derecha sujetó desde la base el pene erecto y comenzó a darle pequeños besos en el glande que encendieron los sentidos de Álex.

—Cómemela, por favor —suplicó Álex.

Él sabía lo mucho que disfrutaba Elba al poseer el poder en ese momento.

—¡Chis! No hay prisa… —respondió ella con una leve sonrisa.

Aun así, quiso ser compasiva y comenzó a lamer la punta del pene formando pequeños círculos. Mientras aceleraba el ritmo de sus lamidos comenzó a apretar más la mano aumentando la presión que ejercía sobre la base del miembro.

—Elba, por favor, métetela en la boca. No me hagas suplicarte de nuevo —rogó ansioso.

—Suplícame —pidió la joven disfrutando al ver lo que provocaba en su pareja.

—Te lo suplico, mi vida, cómeme la polla —dijo el joven sin poder aguantar más.

Ella accedió a su petición y posó sus labios en la punta del pene, y luego fue separando sus labios hasta dejar el espacio suficiente para ir introduciéndoselo en la boca. Álex sujetó con delicadeza la coleta de ella con su mano izquierda y con su mano derecha buscó en la pared un punto de equilibrio a la altura de su cabeza. Con el pelo mojado de Elba entre sus dedos aprovechó esa posición para acompasar los movimientos que ella hacía metiendo y sacando el pene de su boca. Después la ayudó a levantarse y la volteó de frente a la pared, haciendo que Elba colocara ambas manos en los azulejos de la ducha y, conocedora del siguiente paso, alzara un poco el culo para dejarlo en la posición exacta para que él pudiera penetrarla desde atrás. Álex posó sus manos sobre las caderas de ella y comenzó a embestirla mientras el agua seguía recorriendo sus cuerpos.

—Acaba tú, amor, que yo quiero mi regalo esta noche —confesó Elba dándole el beneplácito para que se corriera.

Álex aumentó el ritmo de sus movimientos, cada vez más constantes, hasta que la fricción hizo que se corriera nada más sacar

su pene y posarlo sobre la espalda de ella. Permanecieron aún unos

segundos en aquella posición, recuperando poco a poco el aliento y dejando que el agua ayudase a quitarles los restos de su encuentro.

—¿Habéis encontrado ya a ese chico? —preguntó Elba cambiando totalmente de tercio, una vez fuera de la ducha, mientras se secaba con una toalla suave de algodón orgánico en color crema.

—Qué va, y hoy me toca decirles a sus padres que el caso está cerrado —explicó Álex al tiempo que se anudaba una pequeña toalla en la cintura y besaba el cuello de Elba desde atrás.

—¿Cerrado por qué? Si no lo habéis encontrado… —se extrañó la joven ante aquella afirmación.

—Pues porque desaparecer por no ser capaz de afrontar el explicarle a tu pareja que no quieres casarte es más habitual de lo que piensas. Además, se han encontrado varios cargos en su tarjeta la tarde de antes de la boda en un par de restaurantes de carretera en dirección a Murcia. Aun así…, sé que hay algo que se nos escapa

—confesó Álex con un tono de voz que Elba reconoció fácilmente.

—¿Crees que no se marchó por su propia voluntad? —se interesó Elba despertando su olfato.

—No lo sé, tengo una extraña sensación —reconoció Álex.

—¿Uno de tus presentimientos? —preguntó la joven, conocedora del sexto sentido que caracterizaba a su pareja.

—Es una familia muy rica, tienen muchos enemigos y había muchos intereses en juego. Y muchas personas que se beneficiarían con su desaparición. Pero no hay ninguna prueba y sin nada por donde empezar hay poco que hacer.

Elba se sentó sobre la tapa del inodoro y observó cómo Álex se afeitaba. Había algo en aquel caso que a ella también le descuadraba. Pero, a diferencia de Álex, Elba jamás se daba por vencida y siempre encontraba un hilo del que tirar.

—¿Quién podría beneficiarse de su desaparición?

—Los padres odiaban a la futura esposa y ofrecieron a Álvaro quedarse con la presidencia de la empresa familiar a cambio de no

casarse. Álvaro llegó a planteárselo y sus padres estaban convencidos de que iba a aceptar. De hacerlo, Carlos García-Noblejas, la mano derecha de su padre, hubiera perdido la

oportunidad de asumir él ese puesto —explicó el joven como si quisiera atar cabos en su cabeza.

—¿Y crees que ese tal Carlos tiene algo que ver con la desaparición? —siguió hurgando Elba.

—Cuenta con una coartada. Dice que pasó todo el día en casa con su mujer y ella lo corrobora. Pero hay algo que no me huele bien. Si tú…

Elba le cortó:

—Quieres que te eche una mano, ¿no? —rio Elba, aunque en el fondo le encantaba que su chico le derivara las causas perdidas.

Estaba claro que Álex la conocía a la perfección: no pararía hasta encontrar respuestas.

—Podrías acompañarme ahora a comisaría para que te los presente. Los Casanova van hacia allí y tengo que darles la noticia.

Esa gente es muy poderosa y no se van a tomar bien que hayamos cerrado el caso. Están seguros de que hay alguien detrás de la desaparición de su hijo. Lo conocen y creen que es imposible que se hubiera ido sin avisar. Y no lo sé, Elba, llámame loco, pero creo que pueden tener razón —confesó Álex.

—Me visto y te acompaño —concluyó Elba mientras se levantaba y besaba en la mejilla a su chico antes de salir del baño.

De camino al armario se recogió su corta melena en un moño bajo, despejando su rostro limpio y luminoso. Cogió un traje de chaqueta de satén beis y lo combinó con un top lencero blanco. Se posó frente a un pequeño espejo y comenzó a aplicarse máscara de pestañas.

—Cómo me pones con traje —dijo Álex al asomarse desde la puerta.

—Venga, vamos, que no quiero que llegues tarde por mi culpa —lo apremió Elba sellando su boca con un beso.

Cogieron los dos cascos de moto que había en la entrada y se dirigieron a la calle. Cuando los dos iban en moto Álex siempre conducía, a Elba le gustaba sentir el viento en la cara a la vez que observaba cada uno de los rincones de Almería.

Cuando llegaron a la comisaría uno de los policías avisó a Álex de que los Casanova ya le estaban esperando en una sala. Álex frunció

el ceño y le indicó a Elba que lo siguiera por el estrecho pasillo. Elba no estaba segura de cómo se tomarían los Casanova su presencia allí; quizá la noticia sería más fácil de digerir si acto seguido Elba les aseguraba que seguiría hasta el final hasta aclarar las sospechas sobre si Álvaro había desaparecido de manera voluntaria.

—Isabel, Luis —saludó Álex ofreciéndoles la mano a ambos.

—Inspector Molina —respondió Luis Casanova devolviéndole el saludo.

—Ella es Elba Ros, detective privada. —Elba saludó con un leve asentimiento de cabeza, permaneciendo en segundo plano—.

Sentaos por favor —pidió el joven después de las presentaciones.

—¿Detective privada? ¿Qué quiere decir? ¿Saben ustedes ya dónde está Álvaro? —preguntó nerviosa la mujer.

—La realidad es que tenemos nuevas noticias: se han encontrado varios cargos en su tarjeta de crédito la tarde previa a la boda en un par de ventas de carretera en dirección a Murcia. Todo apunta a que Álvaro se ha marchado por voluntad propia. Es más común de lo que creen —explicó Álex con cautela. Aquellas no eran las palabras que esos padres esperaban oír.

—¡Álvaro jamás nos haría eso! ¿Me entiende? Mi niño jamás se iría sin una explicación. El problema es que ustedes son unos ineptos y que ya se han cansado de buscar —gritó llena de ira Isabel.

—Isabel, créame que comprendo su dolor y sé que ustedes conocen a Álvaro mejor que nadie, pero desde el punto de vista policial estamos atados de pies y manos. Su hijo es mayor de edad, ha pagado en varios sitios con su tarjeta y a ustedes les comentó la posibilidad de romper el compromiso con tal de asumir la presidencia de la empresa familiar, lo que quiere decir que quizá no estaba del todo convencido de la idea de casarse… —intentó explicarle el inspector.

—O sea, que ¿van a dejar de buscar? Eso es lo que me está diciendo, ¿no? —preguntó colérico el padre.

—Esto pasará a ser una investigación pasiva. Quiere decir que seguiremos atentos por si hay cualquier prueba que nos lleve a él.

Pero por eso está Elba aquí, les dejo en las mejores manos. Negaré

haber dicho esto, pero también creo que en esta desaparición algo no encaja. Tengo el presentimiento de que aquí hay algo más…

Elba cruzó una mirada cómplice con Álex agradeciendo sus palabras. Sabía lo mucho que él la admiraba y para ella eso era una de las mayores muestras de amor.

—Retomaré la investigación de la desaparición de Álvaro si ustedes están de acuerdo —explicó Elba a los Casanova.

—Les aseguro que es la mejor detective de la ciudad. ¿Están ustedes de acuerdo con que Elba siga buscando a su hijo? —

preguntó el inspector Molina.

—Por supuesto —contestó rápidamente el padre—. Y no se preocupe por el dinero. Haga todo lo que sea necesario.

En aquel momento Isabel miró a Álex y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Yo también tengo una intuición —confesó Isabel con la voz desgarrada.

—¿Y cuál es su intuición? —preguntó el inspector.

La mujer se mantuvo unos segundos callada, inspiró y acto seguido suspiró con fuerza:

—Que mi hijo está muerto.

6

La noche en vela

Siete días después de la boda

La mente de Elba Ros era como el mecanismo de una mina antipersonas que, una vez que la pisas, la presión activa el disparador y hace que todo salte por los aires. Sin capacidad de reacción, un ataque a ciegas. Así era ella; el más mínimo estímulo despertaba en sus adentros un instinto voraz ávido de respuestas. Y

el caso de Álvaro Casanova necesitaba respuestas. Aquella confesión de Isabel días antes en la que aseguraba intuir que su hijo estaba muerto le había hecho no pegar ojo en toda la noche.

Sin embargo, Elba había visto a Álex dormir como un bebé de esos cuyos padres alaban en las cenas entre amigos por descansar del tirón las ocho horas. Así que llevaba un rato leyendo ese libro que la tenía cachonda. La joven zambulló su mano derecha entre las sábanas, en busca de la piel del inspector, y la pasó cerca del elástico de los calzoncillos negros de Álex percatándose de que este tenía el pene erecto. Sonrió al notar aquel bulto bajo las sábanas y acto seguido se levantó de la cama, pues sentía que el techo se le caía encima. Abandonó la habitación con cautela intentando no hacer ruido en dirección al despacho.

Pasaron un par de horas hasta que escuchó los pasos de Álex recorriendo el pasillo.

—Dime que no llevas aquí toda la noche —dijo Álex con una media sonrisa, conociendo de antemano la respuesta, mientras se acercaba por detrás a Elba y la besaba en el pelo.

—No podía dormir —confesó la joven detective.

—Elba, nos conocemos —rio Álex al echar un vistazo rápido por

todo el despacho.

Al igual que en las películas, en pocas horas, Elba había empapelado las paredes con toda la información que había podido recopilar sobre el caso: noticias de periódicos, de internet, fotos y pósits garabateados con todas las preguntas que le había arrancado la desaparición de Álvaro.

—Álex, ese matrimonio no es santo de mi devoción. Sus gestos y

su forma de hablar daban buena cuenta del despotismo que debe cocerse en esa familia. Pero ese «mi hijo está muerto» retumba desde antes de ayer en mis adentros —explicó Elba mientras giraba la cabeza hacia atrás para mirarlo. Adivinó en la forma en que Álex sonreía esa pizca de orgullo que su pareja mostraba cuando conseguía involucrarla en una investigación. El perspicaz instinto de Elba y su mente brillante le habían salvado el culo a Álex en más de una investigación.

El escritorio de Elba, hecho de roble macizo en un tono de madera clara, estaba plagado de notas manuscritas y otros cuantos papeles arrugados que había desperdigado por la habitación. El sol todavía no había hecho acto de presencia, así que una elegante vela de Cerería Mollá iluminaba la estancia y la impregnaba con un olor dulce a frambuesa y vainilla.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta verte trabajar con ese camisón? —preguntó Álex con picardía mientras comenzaba a besar su oreja derecha desde atrás. Los pezones de Elba se endurecieron al instante.

Elba se volteó despacio sobre su silla giratoria y, al situarse en línea con su chico, pudo adivinar la erección que mostraba bajo su ropa interior.

—¿Estás intentando engatusarme con tus artimañas de inspector?

—rio la joven mientras frotaba suavemente el pene de Álex por encima de los calzoncillos.

—La culpa es tuya por ponerme tanto —jadeó él.

—Pues hoy te va a tocar esperar porque quiero ir a casa de la prometida de Álvaro —dijo la joven mientras se impulsaba para levantarse.

—Venga, no me jodas, no puedes dejarme así —contestó Álex

replicando una mueca de tristeza.

—Te amo, pero quiero ir ya, antes de que salga para ir a trabajar

—explicó Elba intentando firmar la tregua con un beso en los labios.

Se dirigió a su armario y sacó unos vaqueros rectos de tiro medio

de Slowlove y los combinó con un jersey gris de punto calado de la misma firma. Bajo este se colocó un corpiño negro lencero que mezclaba cuero en los tirantes con delicados detalles florales de encaje, diseñado por una joven promesa almeriense llamada Srta.Chaotic. Luego se calzó unas botas Jadon negras de Dr. Martens y una cazadora de cuero que le habían pintado a mano en Ocio Manualidades, y se dispuso a salir, no sin antes darle un beso de despedida a su chico.

Al atravesar el portal, Elba metió la mano en el bolsillo de su cazadora y sacó la nota de papel en la que Álex le había escrito la dirección de la casa donde vivían Jara y Álvaro: calle Tenor Iribarne número 5, piso 2A. Y bajo la dirección le había anotado los teléfonos de contacto de Jara y de los padres de Álvaro. Y el nombre del bufete donde trabajaba Jara, Del Amo abogados.

Al ver que se encontraba en pleno centro de Almería, alzó la mano para parar un taxi.

Cuando llegó al Paseo de Almería, se bajó a la altura de la intersección con la calle que buscaba e hizo el resto del tramo andando por la calle peatonal.

A la altura del número 5 divisó el telefonillo del edificio en el que solo había cuatro viviendas. Picó en el 2A confiando en que, al ser tan temprano, Jara no habría salido todavía hacia el bufete. Pero no obtuvo respuesta. Elba probó de nuevo, pero esta vez manteniendo unos segundos más su dedo sobre el botón. Aun así, tampoco hubo respuesta. Exhaló aire con esa desdicha que exhalan los que no quieren darse por vencidos y volvió a picar sobre el telefonillo. Nada.

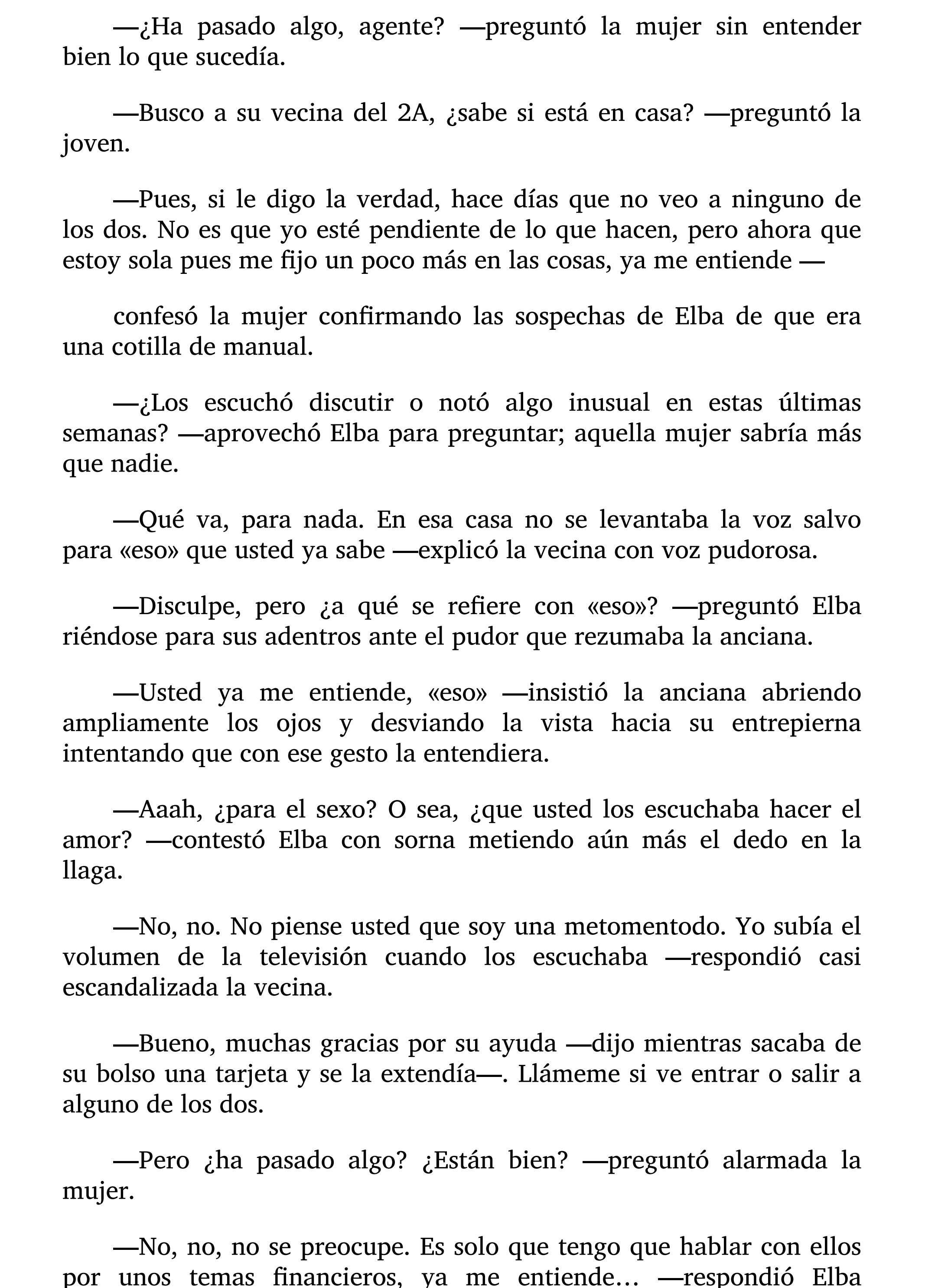
Así que hizo algo que sabía que no debía hacer, pero que siempre le funcionaba.

—¿Quién es? —preguntó una voz de una señora mayor al otro lado tras haber llamado al 2B.

—Abra, policía —contestó fingiendo seguridad, aunque poco

orgullosa de su conducta. Confiaba en que, si alguna vez alguien la descubría, su chico le sacaría las castañas del fuego.

El edificio no tenía ascensor, así que subió andando las escaleras hasta la segunda planta donde se encontró con la vecina de enfrente esperándola en la puerta de su casa. Se fijó en la cercanía entre la puerta de entrada de la señora y la de Jara y Álvaro.



—¿Ha pasado algo, agente? —preguntó la mujer sin entender bien lo que sucedía.

—Busco a su vecina del 2A, ¿sabe si está en casa? —preguntó la joven.

—Pues, si le digo la verdad, hace días que no veo a ninguno de los dos. No es que yo esté pendiente de lo que hacen, pero ahora que estoy sola pues me fijo un poco más en las cosas, ya me entiende —

confesó la mujer confirmando las sospechas de Elba de que era una cotilla de manual.

—¿Los escuchó discutir o notó algo inusual en estas últimas semanas? —aprovechó Elba para preguntar; aquella mujer sabría más que nadie.

—Qué va, para nada. En esa casa no se levantaba la voz salvo para «eso» que usted ya sabe —explicó la vecina con voz pudorosa.

—Disculpe, pero ¿a qué se refiere con «eso»? —preguntó Elba riéndose para sus adentros ante el pudor que rezumaba la anciana.

—Usted ya me entiende, «eso» —insistió la anciana abriendo ampliamente los ojos y desviando la vista hacia su entrepierna intentando que con ese gesto la entendiera.

—Aaah, ¿para el sexo? O sea, ¿que usted los escuchaba hacer el amor? —contestó Elba con sorna metiendo aún más el dedo en la llaga.

—No, no. No piense usted que soy una metomentodo. Yo subía el volumen de la televisión cuando los escuchaba —respondió casi escandalizada la vecina.

—Bueno, muchas gracias por su ayuda —dijo mientras sacaba de su bolso una tarjeta y se la extendía—. Llámeme si ve entrar o salir a alguno de los dos.

—Pero ¿ha pasado algo? ¿Están bien? —preguntó alarmada la mujer.

—No, no, no se preocupe. Es solo que tengo que hablar con ellos por unos temas financieros, ya me entiende… —respondió Elba utilizando la misma frase que minutos antes había empleado la mujer para que no hicieran falta más palabras.

—¿Detective privada? —añadió la mujer elevando algo el tono al leer la tarjeta que Elba le había dado—. ¿No me había dicho que era policía?

—¿Policía? ¡No! ¡Dios me libre! Habrá entendido usted mal —

mintió Elba como siempre hacía en estos casos—. Lo dicho, gracias por su tiempo y no dude en llamarme si ve algo extraño.

La mujer cerró la puerta poco convencida con la explicación de Elba, que antes de irse volvió a hacer un último intento llamando al timbre de Jara y golpeando con los nudillos en la puerta de madera.

—¿Jara? —insistió sin suerte.

La joven detective abrió su bolso, sacó una pequeña libreta y un Pilot negro G2-07.

«Jara, soy Elba Ros, una amiga de la familia Casanova. Llámame, por favor, necesito hablar contigo», escribió en el papel, seguido de su número de teléfono. Arrancó la hoja y la deslizó bajo la puerta de entrada. Acto seguido sacó la nota que tenía en el bolsillo de su cazadora y marcó en su móvil el número de Jara.

—«El teléfono al que usted llama está apagado o fuera de cobertura en este momento. Deje su mensaje después de oír la señal». —Se escuchó al otro lado.

—Jara, soy Elba Ros, una amiga de la familia Casanova. Por favor, llámame, tengo que hablar contigo —volvió a repetir el mismo mensaje la detective.

Elba salió del edificio y se dirigió hacia el bufete de abogados donde trabajaba Jara como secretaria. Al llegar allí buscó la placa con el nombre de la empresa: del amo abogados. 3 izquierda. Subió por las escaleras hasta la tercera planta y empujó la puerta de entrada. En la recepción una joven con una melena larga del color de las castañas y unos voluptuosos labios maquillados con carmín rojo la esperaba con una amplia sonrisa, pero con las ojeras marcadas y la cara visiblemente cansada.

—Bienvenida a Del Amo Abogados, ¿con quién tenía usted cita? —

preguntó la joven con amabilidad.

—Tú debes de ser Luna o Paula, ¿no? Busco a Jara Moretti —soltó a bocajarro la detective.

—Sí, soy Luna, pero Jara no está. ¿En qué puedo ayudarla? —

insistió afable Luna, pero añadiéndole preocupación a su fatigado rostro.

Elba se agachó un poco y se acercó a la joven para poder disminuir su tono de voz.

—Soy policía y necesito hablar con ella.

—¿Policía? Dígame que Jara está bien… ¿o es que han encontrado a Álvaro? —preguntó la joven con la cara desencajada.

—Simplemente necesito hablar con ella para que me responda a algunas dudas que tenemos sobre la investigación, es algo rutinario

—alegó la detective.

—Pues es que desde que pasó todo no ha vuelto al trabajo y no nos coge el teléfono —confesó preocupada su amiga—. Hemos ido mil veces a su casa y nada, ni rastro de ella. Incluso hemos acudido a la policía, pero nos dijeron que en una situación como esta es normal que no quiera cogerle el teléfono a nadie.

—¿Hay algún sitio, además de su casa, donde creas que podemos encontrarla? ¿O alguna persona con la que crees que podría estar?

—se interesó Elba.

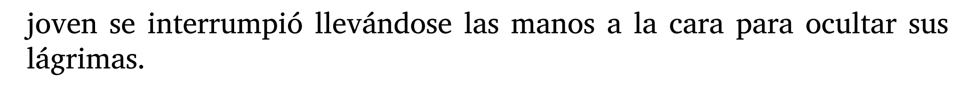
—No. Jara no tiene muchos amigos y, desde que murió su padre, Paula y yo hemos sido su única compañía —reconoció Luna cada vez más nerviosa.

—Intenta hacer memoria, piensa en algún lugar donde ella suela ir cuando las cosas se tuercen —insistió Elba.

—Le juro que no lo sé. Ella suele ir de casa al trabajo y del trabajo a casa, salvo cuando sale con nosotras o con Álvaro. O las veces que va al vivero en busca de alguna flor rara de esas que tanto le gustan.

—¿No hay ningún otro sitio que recuerdes que haya nombrado?

—De verdad que no, pero deben encontrarla antes de… —La



joven se interrumpió llevándose las manos a la cara para ocultar sus lágrimas.

—¿Antes de que qué, Luna?

—Nada, olvídelo —se arrepintió la joven.

—Luna, es importante que me cuentes cualquier cosa por estúpida que creas que puede ser —le explicó la detective. En un caso como aquel, cualquier indicio podría ayudarla.

—No es eso, es que le prometimos a Jara que nunca hablaríamos de aquello y que jamás se lo contaríamos a nadie. Fue hace años, ella no quería que Álvaro se enterase… —Comenzó a llorar amargamente al verbalizar aquello.

—¿Que Álvaro no se enterase de qué, Luna? Es importante que me lo digas, esto nos podría ayudar a encontrar a Jara.

—La culpa es de los Casanova, ellos odiaban a Jara y le hacían sentirse una mierda. Siempre han creído que ella no estaba a la altura.

—Por favor, cuéntame qué fue lo que pasó —la instó Elba.

—Fue culpa de ellos —repitió la joven lamentándose.

—Luna, cálmate —le pidió Elba mientras le sostenía las manos por encima del mostrador—. Necesito que me cuentes qué fue lo que pasó.

7

Recuerdos familiares

Siete días después de la boda

Los restos del desastre habían hecho mella en su precioso vestido blanco de novia. Jara llevaba días sin salir de la cama después de todo lo acontecido en el que se suponía que sería el día más feliz de su vida. El dolor que sentía le había impedido tan siquiera despojarse de la ropa. Al sufrimiento por no saber nada de su prometido se le sumaba el ego abatido por las miradas de juicio de los invitados a aquella boda que jamás se celebró.

Jara despertó de su letargo cuando el telefonillo comenzó a sonar.

Le costaba abrir los ojos. Intentó incorporarse de golpe, pero una arcada recorrió su esófago y tuvo que taparse la boca para impedir que saliera. La cabeza le daba vueltas con la misma intensidad que lo hacía la noria de la Rambla. La giró un poco en dirección a la mesita de noche, donde varias botellas de vino y otro blíster de Orfidal, que Paula le había dejado con disimulo cuando la acompañaron a casa tras la desaparición de Álvaro, daban buena cuenta de la contienda que se había vivido esos días entre aquellas paredes. El telefonillo volvió a sonar. Se extrañó, porque en esos momentos Paula y Luna debían estar trabajando. Se incorporó con dificultad y observó aquella estampa decadente. Llevaba el vestido lleno de manchas de vino y de restos de la poca comida que había ingerido esos días. Pasó la mano por la piel pegajosa del rostro, por los restos del maquillaje que llevaba desde el día de la boda. Acto seguido se tocó el pelo y notó la grasa que había hecho hogar entre sus cabellos y pensó en el asco que ella misma se daba. Se levantó

como pudo y, escondida tras el visillo, escudriñó el exterior en busca de quien tocaba al telefonillo.

Desde su posición pudo adivinar la cabellera cobriza de una joven, pero no conocía a nadie que se le pareciera. Cuando pensaba volver a la cama, el telefonillo volvió a sonar por tercera vez, solo que en esta ocasión parecía que había dejado su dedo pegado en él.

—¡Joder, no piensa parar! —maldijo Jara.

Las paredes de papel de aquel piso antiguo permitían que cualquier ruido las traspasase, así que pudo oír cómo se abría el portal. Jara corrió asustada hasta la puerta de entrada y se sentó tras ella. Dobló sus rodillas haciéndose un pequeño ovillo e intentó calmar

su respiración para que no la escucharan.

—Busco a su vecina del 2A, ¿sabe si está en casa?

Jara buceó rápidamente en su memoria en busca de alguna voz que le resultara familiar y casara con la de aquella joven. Era una voz dulce, casi melódica, como si fuera un canto de sirena. Pero no encontraba ninguna coincidencia. ¿Sería alguien del despacho?

Jara cerró los ojos intentando que el sonido del bombeo de su corazón no le impidiera escuchar aquella conversación. No lograba comprender a qué venían esas preguntas que la desconocida estaba haciéndole a su vecina. Ya le había contado todo lo que sabía a aquel inspector de policía que la visitó la misma noche de la boda.

Es lo que tienen unos suegros influyentes, que movieron cielo y tierra para que ese mismo día ya estuvieran buscando a su hijo. «Si hubiera sido yo, no habrían movido ni un dedo», se lamentó Jara en sus adentros. ¿Habrían encontrado alguna pista nueva? ¿Sus suegros pensaban que ella estaba involucrada? Este último pensamiento la desestabilizó. ¿Acaso podría existir algo en su contra?

La conversación entre la joven desconocida y la señora seguía por unos derroteros demasiado personales, así que la ira de Jara se encendió al ver como la señora desvelaba su intimidad sin ningún pudor. Así que se alivió un poco al ver que estaban finalizando el diálogo.

—No, no, no se preocupe. Es solo que tengo que hablar con ellos por unos temas financieros, ya me entiende… —dijo la joven.

«¿Temas financieros?», se preguntó Jara con desconfianza. El dinero había sido en numerosas ocasiones un tema peliagudo que había generado más de una discusión en la pareja, pues Álvaro le había echado más de una vez en cara a Jara que el ritmo de vida que llevaban y el gusto de la joven por las marcas de lujo solo se sostenía con los ingresos que él poseía, y que su sueldo como secretaria del bufete no le permitía esos caprichos.

—¿Detective privada? —añadió la mujer elevando algo el tono—.

¿No me había dicho que era policía?

—¿Policía? ¡No! ¡Dios me libre! Habrá entendido usted mal.

«¿Detective?». El nerviosismo de Jara comenzó a ser palpable.

¿Quién había contratado un detective? Que ella supiera, eso solo sucedía en las películas.

Jara escuchó la puerta de su vecina cerrarse. De pronto, el ruido de unos nudillos que golpearon en su puerta hizo que el corazón se sobresaltara. Se llevó la mano a la boca para intentar ocultar su respiración.

—¿Jara? —Escuchó al otro lado.

Un breve silencio y, después, una nota de papel se deslizó bajo la puerta. Esperó a oír los pasos de la desconocida alejarse por la escalera para coger la hoja, con el corazón cada vez más acelerado.

«Jara, soy Elba Ros, una amiga de la familia Casanova. Llámame, por favor, necesito hablar contigo». Junto con un número de teléfono.

¿Quién diantres era aquella mujer? ¿Por qué una detective privada la andaba buscando?, se preguntó Jara intentando sin éxito acompasar su respiración para bajar el ritmo de los latidos de su corazón. Sabía que pasaba algo.

La mezcla de alcohol y ansiolíticos y la poca ingesta de comida le estaban pasando factura. Sentía como si su cabeza fuera a explotarle como fuegos artificiales. El ritmo acelerado de su respiración hacía que respirar cada vez fuera más difícil; sentía que le faltaba el aire. Mil voces retumbaban en su cabeza como si los fantasmas estuvieran llamando a su puerta. Aquel maremagno de sensaciones la estaban haciendo enloquecer por minutos. «¿Por qué me has hecho esto, Álvaro? ¿Por qué me has abandonado? ¿Acaso

no me querías?». Jara sabía que era inútil martirizarse con aquellas preguntas, pero la realidad era que tenía miedo a las respuestas.

Debía salir de allí cuanto antes, porque si no iba a volverse loca.

Y entonces, en un instante de claridad, la imagen de su padre apareció en su cabeza y recordó las palabras que desde pequeña le decía:

«Cuando sientas que todo va mal, refúgiate en nuestros recuerdos».

Su padre le había repetido aquella frase como si de un mantra se tratase desde que era una cría. «Repite conmigo —le decía siempre

—: cuando sientas que todo va mal, refúgiate en nuestros recuerdos». Y Jara la repetía como si fuera un loro. De hecho, aquella fue la última frase que su padre le dijo a modo de despedida antes de morir mientras le sujetaba la mano y la miraba a los ojos:

—Jara, te quiero, pero tenemos que despedirnos. Y nunca lo olvides, cuando sientas que todo va mal, refúgiate en nuestros recuerdos.

Y en aquel instante Jara sentía que todo iba mal. Nada tenía sentido, su vida se había desmoronado como el edificio antiguo que no aguanta el terremoto. Las dos personas que más amaba en la vida la habían abandonado. Quienes suponía que debían cuidarla la habían dejado sola. Sola, completamente sola. Pero la culpa la consumía por dentro y lo que más le preocupaba de la desaparición de Álvaro era pensar que ella hubiera podido tener algo que ver. Jara lo amaba, pero en su recuerdo había lagunas y eso hacía que un miedo incontrolable la invadiera. Así que sabía que lo único que podía hacer era eso mismo, desaparecer.

Se levantó y, todavía fatigada, se quitó el vestido de novia.

Caminó hasta la ducha después de siete días sin haberla pisado.

Dejó que el poder del agua caliente recorriera su cuerpo como si aquello pudiera sanarla, despojarla de todo lo que anidaba dentro de su cabeza. Retiró con suavidad los restos de maquillaje y se enjabonó la cabeza.

Al salir de la ducha se dejó el pelo mojado al aire. Luego se vistió con un jersey de cuello alto negro de Elisabetta Franchi que había comprado en Spiga, unos pitillos de Miu Miu del mismo color y una

gorra. Cogió la Keepall de Louis Vuitton que Álvaro le había regalado por su último cumpleaños y metió en ella algo de ropa y el neceser.

Luego cogió una pequeña mochila y guardó en ella su ordenador, Cien años de soledad, de García Márquez, y De vuelta a casa, de Kate Morton. Fue al coger este último libro cuando, al leer el título, algo encajó dentro de ella como un engranaje. Era allí, a casa, donde debía ir hasta que las aguas se calmasen. Allí era donde estaban todos sus recuerdos, en aquella casita alejada del bullicio en la que había vivido con su padre hasta que conoció a Álvaro. En esa casita blanca, en un terreno inhóspito cerca del río Andarax y lejos de los masificados residenciales, era donde estaban sus recuerdos.

Aquellos a los que su padre le hizo prometer que volvería cuando todo fuera mal. Jara necesitaba escapar de allí; necesitaba escapar de sus propios demonios, de esos pensamientos en bucle que la estaban martirizando. Así que cogió las llaves de la casa de su padre, a la que no había vuelto desde que este había muerto, y metió en el cajón de la mesita su móvil, que seguía apagado desde hacía días, desde que quiso desconectarse de la realidad.

Jara esperó paciente a que su vecina saliera a la hora del aperitivo, como hacía cada día, para poder abandonar el edificio sin que la viera. Se asomó disimuladamente por la ventana para cerciorarse de que se marchaba y después cogió sus cosas y escapó de allí. A escasos metros de su portal estaba la intersección con el Paseo de Almería, por lo que rápidamente pudo parar un taxi.

—Voy al camino del río Andarax —dijo Jara esforzándose por ocultar su agitación.

—Pero a qué parte, que allí no hay nada —se extrañó el taxista reparando en la bolsa de viaje.

—No se preocupe, yo le guio —se ofreció Jara sin querer dar explicaciones.

—Parece usted cansada —comentó el hombre mientras miraba por el retrovisor.

Pero, para entonces, Jara ya estaba sumida en sus pensamientos y había apoyado la cabeza contra el cristal, dejando que la gorra la envolviera.

Jara le indicó al hombre que parara antes de llegar a la casa para

que no viera a dónde se dirigía. Esperó a que el taxista se hubiera alejado y entonces comenzó a caminar hacia ella. Estaba nerviosa por todo lo acontecido, pero también por volver a casa. La muerte de su padre había sido un golpe muy duro; él había sido su mayor apoyo, y aquel lugar era lo único que le unía a él.

Introdujo la llave en la cerradura y la giró despacio. Cerró los ojos como si quisiera transportarse a aquellos momentos en los que su padre la esperaba al otro lado. Pero al entrar solo la recibió un silencio absoluto. Inspiró con fuerza y absorbió el olor de su padre que todavía impregnaba aquel lugar. Era una casita pequeña con dos habitaciones, un baño, un pequeño despacho, un salón y una cocina.

Jara se paseó por cada una de las estancias con esa paz que le transmitía ese sitio. Hasta que llegó al despacho donde su padre pasaba la mayoría del tiempo. Se paró en la puerta y sintió una punzada en el pecho. Entre esas cuatro paredes se encontraban la mayoría de sus recuerdos. Durante las horas que su padre pasaba en su escritorio, ella jugaba frente a él, leía o estudiaba. Exhaló enérgica y adelantó su pie derecho con cautela, como si tuviera miedo a cruzar esa línea que la separaba de su pasado. En el despacho de su padre el tiempo parecía haberse detenido, pues todo estaba como la última vez.

«Cuando sientas que todo va mal, refúgiate en nuestros recuerdos».

Volvió a recordar sus palabras. Sonrió al ver un pequeño peluche desgastado con el que solía jugar. Se acercó hasta él y lo sostuvo entre sus brazos, transportándose a su infancia. Entonces clavó los ojos en la pared del despacho y se fijó en la fotografía que la presidía. En ella su padre la abrazaba de pequeña mientras la besaba en el moflete. A la izquierda, otra fotografía de su padre con dos hombres y, a la derecha, una de una gaviota posada sobre un pequeño muro blanco de

hormigón. Jara volvió a dejar el peluche sobre el escritorio y clavó sus ojos en la instantánea de ella junto a su padre. No tendría más de ocho o nueve años y su carita era mucho más redonda que ahora. Le hizo gracia verse con aquellos mofletes, aunque le costaba recordar cómo era la Jara de aquel momento. Eso provocó que el semblante le cambiara por completo

al ser consciente de cómo algunos de sus olvidos le hacían tener lagunas de su infancia.

Se acercó hasta ella y la descolgó de la pared y, en ese momento, fue cuando se dio cuenta de que la fotografía escondía un pequeño hueco en la pared.

8

Huye mientras puedas

El corazón de Jara se paró en seco como el último latido de un reloj que ha agotado la pila. Jamás había visto aquel hueco en la pared, pero estaba claro que su padre también escondía algo. Dejó la fotografía de ambos abrazados junto al peluche, encima del escritorio antiguo de madera de nogal. Sobre él había una infinidad de papeles desordenados, una plantita ya sin vida, un abrecartas toledano en forma de espada con un bonito grabado junto a la empuñadura y, al lado de este, la Meisterstück, la clásica pluma estilográfica de Montblanc que Jara le había regalado a su padre con el dinero ahorrado de sus primeros salarios.

La joven alzó la mano temerosa hasta ponerla al nivel del pequeño hueco de la pared con la incertidumbre de no saber qué encontraría dentro. Introdujo la mano y palpó alrededor hasta que se topó con algo. Primero un papel rugoso que sacó con cuidado y luego una pequeña cajita. Cuando se disponía a abrirla se percató de que en el sobre que había sacado ponía su nombre: JARA MORETTI.

El corazón comenzó a latirle deprisa. ¿Qué era aquella carta que su padre había dejado para ella? ¿Sería alguna especie de despedida? Jara pasó los dedos por el sobre rugoso de color aguamarina y lo giró para abrirlo. Las manos le temblaban y levantó con delicadeza el lacre que cerraba el sobre. Sacó con cuidado el papel y sonrió al reconocer la elegante letra de su padre.

Querida Jara:

Te pido perdón si no fui el padre que esperabas o si no supe darte lo que te merecías como hija, pero con el tiempo te darás cuenta de que en la vida cada uno lo hace lo mejor que puede. Te dije que en todo momento estaría

a tu lado para ayudarte, pero si estás leyendo esto quiere decir que yo ya no estoy. Pero siempre cumplo mis promesas, así que estate tranquila. Todo saldrá bien.

Mira la fotografía de tu izquierda y memoriza las caras de esos dos hombres. Cualquier sábado de cualquier mes, acude a medianoche al Cable Inglés bajo la primera estructura del soporte que hay tras acabar el mar.

Durante treinta minutos cada sábado ellos te esperarán ahí. Pero no llegues tarde. Abre la caja que hay junto a esta carta, coge el

dinero, ponte el anillo que encontrarás en ella y muéstraselo al llegar. Y a partir de ese momento, Jara, estarás a salvo.

Te quiere,

PAPÁ

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Jara. Aquella misteriosa carta la había descolocado por completo, sumándose al nerviosismo acumulado por todo lo acontecido en los días previos. Abrió la caja y se puso con cuidado el anillo. Era un precioso sello de oro con una medialuna grabada en él. Pasó su dedo índice sobre el relieve; no recordaba haber visto a su padre con él. Sacó el fajo de billetes que había dentro y le sorprendió que su padre guardara tanto dinero. No era capaz de encontrar una explicación a lo que estaba pasando. Su cabeza era un hervidero de pensamientos y sus emociones estaban desbordadas. Su vida era un caos, un enigma indescifrable, y en aquel momento se sentía una niña desvalida. Sola ante una incertidumbre desmesurada.

Jara no sabía qué hacer. Era sábado, era un jodido sábado, y tan solo faltaban unas horas para la medianoche. Aquello debía de ser una señal, no podía ser casualidad. Jara sacó la foto de ella y su padre del marco de fotos y la dobló para meterla en su bolsillo.

Escondió el marco dentro de las puertas de la pequeña librería del despacho y puso sobre el hueco la fotografía de su padre con los dos hombres. Luego arrugó la carta hasta hacerla una bola y la tiró a la papelera que había bajo el escritorio.

Contrariada, cogió la bolsa de viaje y metió en ella el dinero, la fotografía que llevaba en el bolsillo y el peluche. Luego agarró la otra

mochila y se dispuso a salir, sin ser consciente de que, cuando esa puerta se cerrase, jamás volvería.

El Cable Inglés era un antiguo cargadero de mineral que se utilizaba en el siglo XX para trasladar hierro entre la estación de tren y los barcos del puerto de Almería. Fue inaugurado por Alfonso XIII, estaba inspirado en la técnica que se utilizó para crear la Torre Eiffel y se construyó con grandes toneladas de acero y madera. Jara caminaba despacio, con la mirada perdida entre las olas que rompían en la orilla, como si quisiera retrasar su llegada. Tenía miedo. Miedo de esa extraña carta y de un pálpito dentro de ella que le advertía que desconfiase de todo lo que sucedía a su alrededor.

Pero, a esas alturas, la carta de su padre era lo único que le quedaba.

Al llegar al punto indicado en la carta, se sentó en el suelo y acomodó su cabeza sobre la bolsa de viaje mientras abrazaba su mochila para evitar que se la robaran. El cansancio físico y mental hizo que sus párpados cedieran como un dique y acabara sumida en un profundo sueño. No fue hasta las doce en punto cuando unas voces masculinas se colaron en su sueño.

—Otra yonqui durmiendo la mona —dijo uno de los hombres. Las voces parecían acercarse al punto donde descansaba.

—Es una pena que los jóvenes de ahora acabéis así —rio otra de las voces, más cascada y madura.

—Muy optimista llamarme joven a mis cuarenta y un años —

replicó socarrona la primera de las voces.

—Pero mírate, Jaime, ya hubiera querido yo que en el reparto me tocara esa carita de dios griego y ese cuerpo musculado —refunfuñó jocoso el mayor.

—Perdona, este cuerpo no es ningún regalo, que su esfuerzo me ha costado tenerlo.

De repente, las voces se silenciaron de forma brusca.

—Es ella —espetó el hombre con un tono de voz que dejaba en

evidencia lo mucho que le costaba aceptar lo que había frente a sus ojos.

—Pero qué dices, Elías. Si seguro que es una pobre desgraciada que habrán echado de casa y que ha acabado borracha pimplándose un cartón de vino.

—Que no, que no. Que es ella. —Las voces se acercaron tanto que parecían estar a escasos centímetros de ella.

—No puede ser —dudó el joven aproximando su cara hasta que su aliento hizo que Jara se despertara sobresaltada.

—¡¿Qué haces?! —gritó Jara asustada, y de un brinco se sentó y se retiró hacia atrás, lo más lejos que pudo de la presencia de los dos hombres. Se fijó entonces en sus uniformes de militar y en sus rostros,

vagamente familiares, que la miraban asombrados. Eran los dos hombres que aparecían en la fotografía con su padre, solo que los años se les habían echado encima. La joven se fijó en ellos, claramente una diferencia de edad los separaba. El mayor era un hombre recio de pelo corto canoso, barba poblada y estatura media.

El otro hombre, sin embargo, era excesivamente atractivo. Era alto, de tez morena, ojos verdes y llevaba la típica barba de tres días.

—¡Joder, eres tú! —dijo el más joven con los ojos abiertos.

—Eres Jara Moretti, ¿verdad? —preguntó el otro, con total seguridad, ofreciéndole la mano para que se incorporara.

Jara tardó en reaccionar. Clavó sus ojos en los dos hombres, realmente dos desconocidos, no sabía quiénes eran ni qué les unía con su padre. Hasta hacía unas horas desconocía la existencia de esas dos personas y de repente sentía que su vida dependía de ellos. El joven seguía ofreciéndole la mano, mientras que ella en silencio seguía debatiendo si aceptarla. Tenía miedo, un miedo lógico y comprensible, a confiar en aquellos dos hombres, pero otra parte de ella la empujaba a hacerlo. Estaba claro que Jara no tenía más escapatoria y que, a esas alturas, eran los únicos que podían ayudarla a escapar, pues la visita de aquella detective privada le había confirmado las sospechas que volaban sobre ella. Y, por primera vez, decidió confiar.

—Sí, soy yo. Mi padre me dijo que os encontraría aquí y que os enseñara esto —dijo Jara mientras le daba la mano a Elías para

levantarse y le mostraba el sello dorado con el grabado de medialuna que llevaba en su dedo anular.

—Dios, eres tú —repitió Jaime todavía sin dar crédito.

—Me encantaría decir lo mismo, pero mi padre tan solo me dejó una foto vuestra sin ningún nombre —confesó Jara al incorporarse.

—Yo soy Jaime Santillana —el hombre le tendió la mano para estrechársela—, y este carca es Elías Narváez —añadió riéndose.

—Venga, no te vayas a venir ahora arriba porque antes te haya llamado joven —refunfuñó Elías.

—¿Y de qué conocíais a mi padre? —preguntó Jara. Eran demasiadas las incógnitas que la invadían.

—Los tres éramos buenos amigos y, a veces, trabajábamos juntos

—explicó Elías.

—¿Trabajabais juntos? Si mi padre no trabajaba —se extrañó la joven.

—¿Y de qué crees que vivía? —contestó asombrado Elías.

La realidad era que Jara nunca había indagado sobre el día a día de su padre. En ese momento se dio cuenta de que había dado por cierto todo lo que había en su vida. Sin cuestionárselo por un segundo.

—Bueno, yo… yo… creía que vivía con lo que recibía por sus problemas de espalda. O sea, él no podía trabajar. —Intentó autoconvencerse Jara.

—Eso ya da igual —la interrumpió el hombre—, lo importante es que estás aquí. Y eso significa que algo grave ha sucedido.

Elías y Jaime la miraron contrariados, como si ambos estuviesen pensando que su presencia allí no era buena señal.

—Mi vida es un caos. —Trató de reír Jara cuando las lágrimas empezaron a brotar por sus ojos.

—No te preocupes, aquí ninguno nos salvamos —respondió Jaime esbozando una bonita sonrisa.

—Mi futuro marido ha desaparecido. Me dejó plantada en el altar el día de nuestra boda. Y ahora su familia me odia, creo que piensan que estoy involucrada en su desaparición, estoy completamente destrozada. —Rompió a llorar con la voz rasgada.

—¿Y has tenido algo que ver? —preguntó con desconfianza Elías

utilizando un tono de voz severo.

—Joder, Elías, ¿cómo puedes preguntarle eso? ¿No ves que está completamente rota? —le reprochó el joven.

—No te preocupes, es normal que lo pregunte. Pero por supuesto que no, íbamos a casarnos, yo lo quería —reconoció Jara mientras se limpiaba el resto de lágrimas.

—Te sacaremos de aquí, se lo prometimos a tu padre —dijo Jaime convencido.

Mientras Jaime le brindaba un cálido —e incómodo— abrazo a Jara, quien no estaba acostumbrada a esas muestras de cercanía con desconocidos, alzó la vista y pudo apreciar el gesto contrariado de Elías. No parecía muy convencido de su historia y, mucho menos, de implicarse en lo que quiera que su compañero estaba pensando.

Pero no tuvo tiempo de replicar nada; a lo lejos alguien se acercaba.

—Está ahí. —Señaló Elías—. Ve tú —ordenó a Jaime.

Jaime aceleró el paso y se paró frente a un hombre con el que intercambió algo que Jara no pudo ver. Acto seguido se dio la vuelta y regresó junto a ellos.

—Ya está, tenemos que irnos —apremió.

—Pero ¿irnos a dónde? —preguntó Jara aturdida.

—A un lugar seguro —respondió Jaime intentando tranquilizarla.

—Esto no va a salir bien —dijo Elías entre dientes poniéndose en movimiento.

Anduvieron unos pocos pasos hasta que Jara divisó un barco en el que varios hombres estaban descargando unas cajas, mientras que otros las cargaban en una furgoneta negra.

—¿Qué hacen? —quiso saber Jara al ver la rapidez con la que movían el cargamento.

—Son de los nuestros. Entra, y será mejor que no preguntes —

contestó Elías con un tono de voz todavía más serio que mostraba su reticencia a lo que estaban haciendo.

Jara acató las órdenes y subió al barco por la parte trasera. Jaime le hizo una indicación para que bajara a una especie de pequeño almacén.

—No te muevas de ahí —le ordenó Elías.

—Pero ¿dónde vamos? —volvió a preguntar Jara inquieta.

—Descansa un poco. Haremos una primera parada cerca, yo te aviso. —Y sin más explicaciones Jaime se alejó.

A los pocos minutos Jara sintió como el barco se ponía en marcha.

El cansancio hacía mella en ella, se quitó la gorra y la guardó en la mochila. Se tumbó y volvió a utilizar su bolsa de viaje como almohada. No sabía quiénes eran esas personas, no sabía a dónde se dirigía ni sabía realmente qué estaba haciendo, pero algo dentro de ella le hacía sentir que esa era la única salida. No podía soportar la idea de que los Casanova sospecharan de ella, pero aquella detective había sido clara al decir que venía de su parte y no estaba dispuesta a luchar contra Goliat. Pues sabía que, contra ellos, tenía todas las de perder… El sueño se apoderó de ella durante gran parte del trayecto, hasta que unas voces fuera la despertaron.

—Sabes que esto es un error, ¿verdad? —preguntó colérico Elías.

—Se lo prometimos a su padre. Será solo una noche, mañana la despacharemos con el cargamento —explicó Jaime convencido.

—¡Estás loco! Y yo soy gilipollas por no haberme negado —se arrepintió Elías de su decisión—. ¿Eres consciente de lo que nos pasará si alguien de la Cúpula se entera?

—Venga, sabes que eso no va a pasar; será solo una noche.

Mañana partiremos temprano —dijo Jaime.

—Espero no tener que arrepentirme de esto —sentenció el hombre.

En ese momento el barco se detuvo y Jara, que se había acercado al hueco de las escaleras para escuchar con más claridad, volvió corriendo a su camastro improvisado y cerró los ojos haciéndose la dormida. Entonces escuchó unos pasos que se acercaban.

—Jara, despierta, ya hemos llegado. —Reconoció la voz de Jaime llamándola desde la mitad de las escaleras.

La joven abrió los ojos simulando que le costaba desperezarse.

Luego se levantó, cogió sus cosas y siguió a Jaime hacia el exterior.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jara al salir a cubierta y darse cuenta de que no conocía el lugar donde se encontraban.

—En la isla de Alborán —contestó Jaime mientras le tendía la mano para ayudarla a bajar del barco.

—¿La isla de Alborán? ¿La de los piratas? —preguntó Jara con

expresión de asombro.

—Sí —rio Jaime—, la de los piratas.

La noche estaba bastante avanzada y apenas había iluminación en aquel lugar. De repente, un palpito invadió la mente de Jara. La joven se quedó totalmente paralizada. Jaime se giró al notar que no le seguía.

—Venga, Jara, es por aquí.

Jara cambió por completo el semblante de su rostro como si un miedo irracional se hubiera apoderado de ella. Se dio cuenta de que al poner un pie en aquel barco ya no había marcha atrás y que su vida estaba a punto de saltar por los aires. Levantó la mirada del suelo y la clavó desafiante en los ojos de Jaime.

—Sé que vais a matarme.

9

La isla de Alborán

A mitad de camino entre el litoral de Almería y el norte de África, se encuentra la isla de Alborán, un islote volcánico de poco más de seiscientos metros con forma de triángulo isósceles. De hecho, los musulmanes la bautizaron como el «ombligo del Mediterráneo». Un minúsculo trozo de tierra que hace que el azul del mar rompa su monotonía en su infinita extensión, como si fuera un portaviones abandonado a la deriva.

En ella se dan rasgos geológicos inusuales, como la existencia de la alboranita, una roca única. Su tierra es hogar para más de ciento sesenta y cinco especies, y bajo sus aguas cuenta con más de mil ochocientas.

En esta isla hubo presencia de navegantes griegos, cartagineses y fenicios que la utilizaban durante sus rutas de navegación hacia las costas hispanas y africanas. Pero también fue refugio de piratas, corsarios y hasta contrabandistas. Cuenta la leyenda que allí estableció su base de operaciones el legendario corsario tunecino Mustafá ben

Yusuf el Magmuz ed Din, conocido como AlBorani, que en turco significaba «tempestad» y que se decía que tomó ese nombre por su sanguinario carácter. Algunas historias contaban que fue enterrado en aquel suelo junto a un gran tesoro.

No fue hasta el siglo XIX cuando Alfonso XII la adscribió administrativamente a la provincia de Almería, pero los almerienses en su mayoría se olvidaban de su existencia.

Al ser un lugar estratégico, en ella habitaban once militares que velaban por el enclave y sus alrededores, pues los fareros y sus familias acabaron por abandonar la isla con la automatización de su lámpara. La labor del destacamento naval era controlar que se

cumplían las leyes sobre inmigración, salvamento, pesca y medio ambiente en la isla.

En ella solo se encontraban unos barracones para los militares, un faro, un puerto, un helipuerto y un cementerio con tres tumbas, de las cuales solo dos tenían nombre y pertenecían a la mujer y la suegra de uno de los fareros que habitó aquel inhóspito lugar. La tercera tumba seguía siendo un misterio.

Jara había escuchado alguna leyenda sobre aquella isla, la gran olvidada de Almería, y siempre se había preguntado cómo sería aquel sitio. Pero en ese momento se sentía atrapada y en lo único que podía pensar era en que no tenía ningún control sobre su vida.

El resto de los militares descendían del barco y se dirigían hacia una especie de barracones que se situaban a lo lejos. Pero Jara seguía impasible clavada en el mismo lugar.

—Jara, estás loca; ¿cómo vamos a matarte? Somos amigos de tu padre —dijo Jaime incrédulo mientras se acercaba a ella y ponía sus manos a ambos lados de sus hombros.

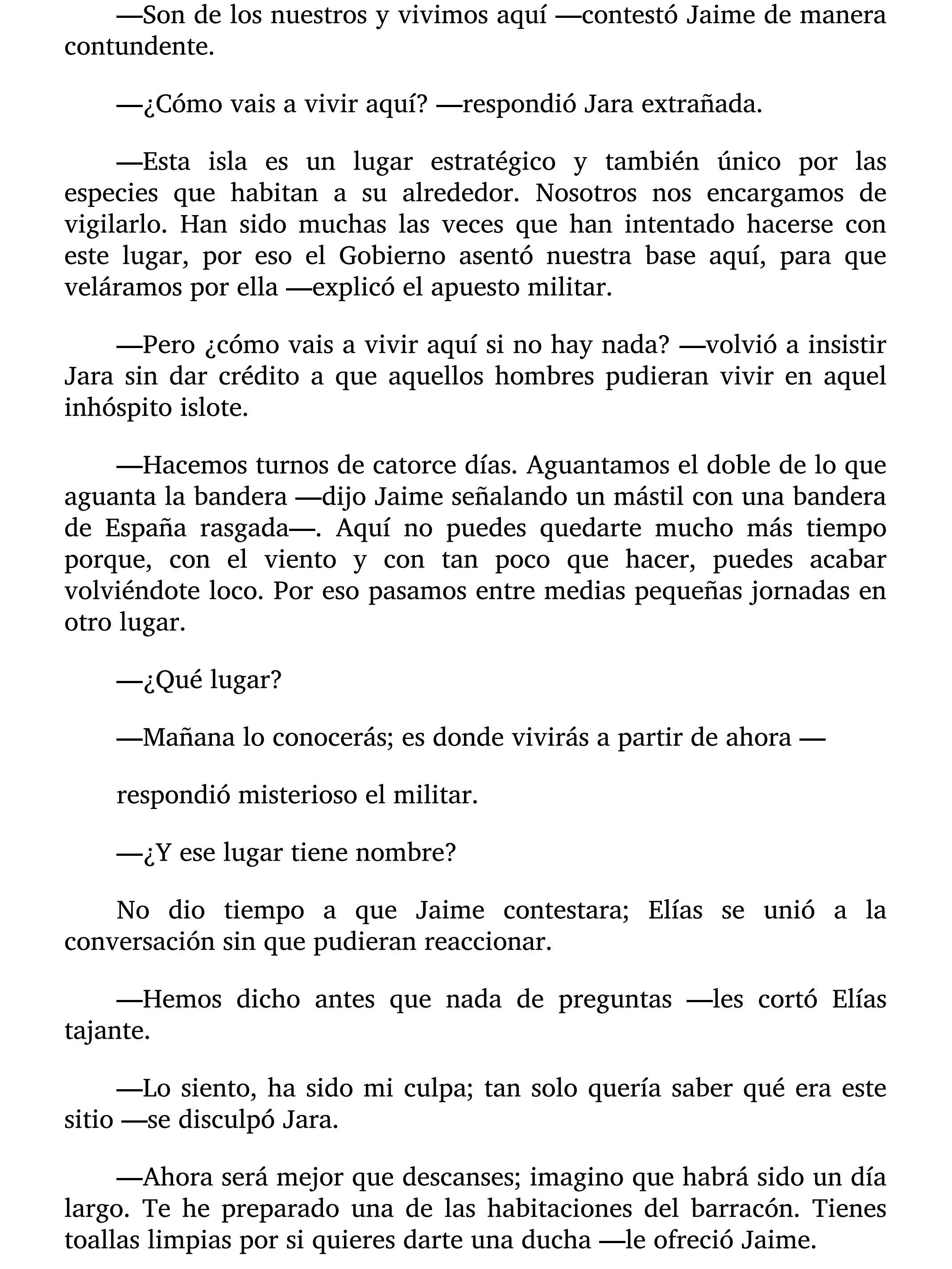
—Os he escuchado antes en el barco. Habéis dicho que me despacharéis con el cargamento de la mañana —respondió nerviosa.

Jaime se echó a reír de una manera tierna y la miró como si empatizara con los nervios de la chica. A Jara le gustaba el carácter dulce y caballeroso de Jaime que, junto a su visible atractivo, lo convertían en una persona muy cercana y deseada.

—Jara, quiere decir que te sacaremos en el primer barco que parte mañana, no que vayamos a matarte —rio el hombre—. Jamás te

haríamos daño, estamos aquí para ayudarte.

—¿Y todos estos hombres? —insistió Jara al ver al resto de militares que se encontraban allí.



—Son de los nuestros y vivimos aquí —contestó Jaime de manera contundente.

—¿Cómo vais a vivir aquí? —respondió Jara extrañada.

—Esta isla es un lugar estratégico y también único por las especies que habitan a su alrededor. Nosotros nos encargamos de vigilarlo. Han sido muchas las veces que han intentado hacerse con este lugar, por eso el Gobierno asentó nuestra base aquí, para que veláramos por ella —explicó el apuesto militar.

—Pero ¿cómo vais a vivir aquí si no hay nada? —volvió a insistir Jara sin dar crédito a que aquellos hombres pudieran vivir en aquel inhóspito islote.

—Hacemos turnos de catorce días. Aguantamos el doble de lo que aguanta la bandera —dijo Jaime señalando un mástil con una bandera de España rasgada—. Aquí no puedes quedarte mucho más tiempo porque, con el viento y con tan poco que hacer, puedes acabar volviéndote loco. Por eso pasamos entre medias pequeñas jornadas en otro lugar.

—¿Qué lugar?

—Mañana lo conocerás; es donde vivirás a partir de ahora —

respondió misterioso el militar.

—¿Y ese lugar tiene nombre?

No dio tiempo a que Jaime contestara; Elías se unió a la conversación sin que pudieran reaccionar.

—Hemos dicho antes que nada de preguntas —les cortó Elías tajante.

—Lo siento, ha sido mi culpa; tan solo quería saber qué era este sitio —se disculpó Jara.

—Ahora será mejor que descanses; imagino que habrá sido un día largo. Te he preparado una de las habitaciones del barracón. Tienes toallas limpias por si quieres darte una ducha —le ofreció Jaime.

—Eso, será mejor que te duches —añadió Elías con talante serio.

—Sí, creo que necesito una ducha —reconoció Jara mientras cogía sus bolsas.

—Es por ahí —dijo Jaime señalando hacia los barracones.

Elías aminoró el paso y sujetó con su mano derecha el brazo de Jaime para dejar que Jara quedara por delante de los dos. Aunque hablaban en voz baja y no podía escuchar lo que decían, por sus gestos estaba bastante claro que Elías le estaba recriminando algo a su compañero.

Jaime asintió con la mirada dando a entender con ese gesto que había comprendido las directrices de su superior. Entonces aceleró el paso hasta llegar a la altura de Jara. A pesar de su aspecto musculado y sus facciones marcadas, Jara adivinaba bajo esa superficie a una persona altamente sensible.

—Venga, te acompaño a tu habitación —se ofreció Jaime al alcanzar a Jara.

—¿Hay habitaciones de invitados en ese sitio? —rio Jara al ver lo pequeño que era todo en aquel lugar.

—Llamarla habitación es ser muy generosa, pero tienes un baño con una ducha, ¿qué más puedes pedir? —se burló el militar.

—¿Solo tenéis eso?

—Pero ¡si eso que has señalado con cara de asco es casi un palacio! En el módulo prefabricado hay una habitación inmensa donde dormimos nueve, luego hay tres cuartos individuales para los mandos, otro cuarto para los invitados, una enfermería, un comedor, una sala de televisión, una pequeña biblioteca, una despensa, una sala de reuniones y una gran cocina, donde se puede comer el mejor pescado de toda España… Supera eso —le retó Jaime mientras entraban dentro del barracón.

El exterior era una pequeña construcción dispuesta solo en dos plantas en cemento blanco con bordes de piedra que rodeaban todo el edificio. Pequeñas ventanas colocadas de manera simétrica vestían cada una de las plantas, rompiendo con la monotonía de aquel solar. Al pasar el arco de entrada Jara adivinó lo que ya intuía, que aquel era un lugar sobrio y escaso en detalles. Las paredes del pasillo eran completamente blancas sin más decoración que las puertas de madera

cerradas que debían dar paso a las estancias. Al llegar a una de ellas, Jaime se paró en seco y tiró del pomo. Metió un poco su cuerpo en la habitación y tanteó a oscuras la pared en busca del interruptor hasta que consiguió encender la luz del cuarto de invitados.

Jara esbozó una sonrisa. Después de unos días de tanta locura, por primera vez soltó la rigidez de su cuerpo y se relajó. Aunque Jaime había conseguido disiparle el miedo a ser asesinada, una parte de ella seguía en guardia ante todo aquello. Le parecía demasiado extraño. ¿Y si todo era una trampa de los Casanova? ¿Y

si habían sido ellos los que habían dejado esa carta ahí para llevar a cabo algún macabro plan? No tenía sentido porque su padre guardaba una foto con esos dos hombres, pero los Casanova eran una familia demasiado poderosa y nunca habían tenido límites. Lo

que estaba claro es que debía descansar, pues su cabeza en aquellos momentos era un lugar poco amigable.

—Me vendrá bien una ducha y dormir un poco —reconoció Jara al poner un pie en el cuarto.

—Ahí tienes las toallas —dijo Jaime señalando las toallas que Elías le había dejado sobre la cama—, y ahí, el baño. —Señaló una pequeña puerta que había en la habitación.

—Gracias por todo —contestó Jara algo más tranquila.

—No hay de qué. Cualquier cosa que necesites, estoy en la puerta de enfrente —se despidió mientras cerraba.

Jara dejó la bolsa de viaje y la mochila sobre una pequeña mesa de madera. Aquel lugar era aséptico: paredes iguales que las del pasillo, una pequeña cama de noventa centímetros con sábanas blancas y una bombilla que colgaba del techo. No había ningún armario. La joven cogió las toallas y abrió la puerta del baño. Colgó las toallas en un pequeño gancho que había en la pared y se posó frente al espejo. Su rostro evidenciaba su agotamiento, pero después de una semana de sentirse repudiada y abandonada, Jaime, ese desconocido supuestamente amigo de su padre, le había brindado unas migajas de cariño a las que se había aferrado, hambrienta. Aunque sabía que había confiado ciegamente en dos desconocidos de los que nunca había escuchado hablar. Era consciente de que quizá había sido demasiado temeraria al huir de la mano de aquellos dos hombres. La joven cogió una pastil a de jabón y se lavó las manos. Luego comenzó a desvestirse, quitándose primero el jersey de cuello

alto negro. Después se desató los cordones de las botas y una vez descalza se sacó los pitillos. Por último, se quitó las braguitas y el sujetador, quedándose completamente desnuda frente al espejo.

Ella, a quien le encantaba mirar su reflejo desnudo, se había olvidado por completo de ello esos días atrás. Posó su mano derecha sobre su pecho izquierdo y comenzó a acariciarlo haciendo que sus pezones se irguieran instantáneamente y su piel se erizara. Notó cómo por primera vez se volvían a activar sus sentidos. Entró dentro de la ducha y abrió el grifo del agua caliente, dejándola caer sobre su cuerpo. Aquel gesto le estaba regalando años de vida. Llevó

ambas manos hasta su cabello mojado y las deslizó desde su frente hasta l egar al cuello. Echó la cabeza hacia atrás sobre sus manos y dejó que el agua resbalara por todo su rostro. La sensación del agua caliente sobre su piel hacía que sus pezones estuvieran aún más duros. Si quería detener los pensamientos negativos de su mente, necesitaba volver a conectar con ella misma. Así que cerró el grifo, tomó la alcachofa de la ducha y la desenroscó del flexo. Posó la alcachofa en el suelo, abrió el grifo del agua y sujetó la manguera de metal firmemente con su mano derecha. Se apoyó contra la pared de la ducha y se puso de puntillas. Con su mano izquierda abrió los labios de su sexo, dejándolo completamente expuesto, y dirigió el chorro de agua caliente hasta su sexo. El agua a presión rozaba directamente su clítoris, haciendo que el placer se apoderara de su cuerpo. Instintivamente apretó con fuerza su culo para empujar sus caderas cada vez más y aumentar la fricción. Aquello la hizo sumergirse en un placer certero, ahogándose en gemidos bajo el agua. Su cuerpo cada vez se contraía más y más, hasta que el poder del agua la sumió en un tímido orgasmo que acabó con un suspiro final. Después de aquello, enroscó de nuevo la alcachofa de la ducha al flexo y lo colocó en el soporte de la pared. Abrió el grifo y dejó el agua correr. Se sentó en el suelo, dobló las rodillas contra su pecho y apoyó la cabeza en ellas.

Así permaneció unos minutos, tratando de no pensar en nada.

Como si sintiera que el agua pudiera llevarse los restos del desastre.

10

Barracones, un faro y tres tumbas

En la isla de Alborán cada día amanecía dos veces. O eso decían. La primera vez era cuando el sol salía y las gaviotas se despertaban

alegres, empezando sus vuelos matutinos alrededor de la isla acompasadas con el bravío de las olas.

La segunda vez era cuando las manecillas del reloj coronaban las 8.30 en punto de la mañana y se izaba imponente la bandera española que se encontraba en un mástil cercano al desgastado faro.

Pero Jara desconocía cuándo amanecía en aquella isla, así que, a pesar de que los rayos de sol atravesaban la persiana del cuarto, ella seguía atrapada en un sueño intranquilo. La desaparición de Álvaro la tenía en vilo. Lo echaba de menos y le consumía por dentro no saber dónde estaba. Seguía dándole vueltas a cada uno de sus pasos desde el día que salió de su casa, seguía intentando hilar los hechos con alguna conversación que le diera una pista, buscando cualquier indicio que se le hubiera pasado por alto. Así que no fue hasta altas horas de la madrugada cuando consiguió conciliar el sueño y cogerle el punto a la incómoda almohada. Unos nudillos en su puerta fueron suficientes para que se despertara sobresaltada.

—Buenos días, Jara, ¿se puede? —preguntó educado Jaime desde el otro lado de la puerta.

—Espera un momento, por favor —contestó deprisa mientras reunía las sábanas arrugadas que se encontraban a los pies de la cama y tapaba pudorosamente su cuerpo desnudo. Pero no había nada que hacer, aquellas sábanas no eran suficiente para protegerla de las miradas—. Adelante, ya puedes.

Jaime abrió la puerta y, al verla así, giró la cara hacia otro lado

para no incomodarla.

—Perdona, no, no pensaba que… —se disculpó Jaime.

—No te preocupes, es culpa mía.

—No estarías muy convencida entonces de que fuéramos a matarte, ¿no? ¿O era tu estrategia para matarnos a nosotros cuando entráramos en mitad de la noche y te encontráramos de esta guisa?

—rio Jaime para romper aquel incómodo momento.

—No contaba con que fueras a entrar a mi «suite» de buena mañana —le recriminó irónica Jara.

—Da gracias de que no te hemos hecho dormir encima de una

piedra junto con las gaviotas. Además, no sé qué persona en su sano juicio dormiría desnuda en ese cuchitril —dijo Jaime girando la cara y cubriéndose con la mano dejando solo un hueco entre los dedos corazón y anular para mirar entre ellos mientras guiñaba los ojos.

—Son manías que tengo. Siempre duermo desnuda, da igual la estación que sea. ¿Sabes que dormir desnudo reduce el estrés, mejora la apariencia de tu piel y te mejora la autoestima?

—No necesito estar en bolas para mejorar mi autoestima, la verdad. No necesito tener abuela tampoco; ya me digo los piropos yo solito —contestó Jaime entre risas, conocedor de sus encantos—.

Y, anda, vístete ya que te enseñe la isla antes de que partamos.

—¿Saldremos hoy? —preguntó Jara. Su inagotable curiosidad se mezclaba con la intranquilidad de desconocer el destino que la aguardaba.

La joven había dejado su vida atrás sin casi pestañear y sin ninguna certeza de hacia dónde se dirigía ni de qué pasaría con ella.

Dudaba de si eso había sido una irresponsabilidad por su parte o si quizá era el único modo de salvar su pellejo, pues sabía de la existencia de aquella detective privada que la andaba buscando.

—Sí, hoy hay luna llena y debemos estar allí antes de que anochezca —explicó Jaime.

—¿Y qué importa que haya luna llena para salir o no hoy? —

insistió Jara. Necesitaba saber que no era una trampa, que los Casanova no estaban detrás de todo aquello. Había comprobado que no había peligro aparente donde estaban, pero la intranquilizaba no

saber a dónde se dirigían. Quizá allí los Casanova la esperaban para matarla, quizá querían hacerlo ellos mismos con sus propias manos.

—Anda, Jara, no seas pesada y vístete. Te espero en el comedor, que ya está listo el desayuno. No tardes —la apremió el militar antes de cerrar la puerta del cuarto tras él.

En cuanto esta se cerró, Jara soltó las sábanas blancas que cubrían su cuerpo desnudo y salió de la cama. Se metió en la ducha para refrescarse un poco antes de vestirse y después sacó unas

braguitas negras de encaje limpias de su bolsa de viaje y unos calcetines verde aguamarina de algodón, también limpios. Se vistió con la misma ropa que llevaba el día anterior: jersey de cuello alto negro, pitillos negros y las botas. Se lavó los dientes con decisión, se echó un poco de vaselina en los labios, haciéndolos parecer aún más jugosos, y luego se puso un poco de rubor en las mejillas para dulcificar su rostro y darle candor. Se miró al espejo intentando sacar fuerzas de sus adentros, como si al mirar su propio reflejo quisiera darse ánimos para sobrellevar todo lo que estaba por venir.

Cuando terminó de vestirse salió de la habitación y recorrió el pasillo en busca del comedor a toda prisa para no cruzarse con nadie. Sabía que no era bien recibida en aquel lugar, y no quería meter a Jaime y Elías en problemas. Al llegar al comedor los vio sentados en una mesa. Solo había otra, a bastante distancia, ocupada por tres militares que estaban enfrascados en sus desayunos. Se acercó a paso ligero, esforzándose por no llamar la atención.

—Buenos días, Elías —dijo al llegar a la vez que apoyaba sus manos sobre el respaldo de la silla que estaba libre.

Pero Elías no contestó y siguió sin levantar la cabeza de su plato.

—Buenos días, Jara. ¿A mí no me saludas? —preguntó Jaime risueño.

—Ya te saludé esta mañana en la habitación —respondió ella fingiendo un tono inocente.

La cara de Elías se tornó seria al instante y se giró hacia Jaime fulminándolo con la mirada.

—Tranquilo, Elías, que solo he ido a despertarla esta mañana —lo tranquilizó Jaime sin levantar los ojos de la taza mientras sorbía un

poco de café—. No me fiaba de que se hubiera escapado por alguna ventana… Por cierto, ahí tienes un poco de café, tostadas y zumo, Jara. —Señaló hacia la pared que quedaba frente a la puerta, donde se encontraba una barra con un modesto pero apetecible desayuno

—. Todo el que lo prueba dice que es el mejor café que han tomado jamás.

—Igual es porque aquí os conformáis con cualquier cosa, ¿no? —

respondió Jara burlona.

—No te creas —rio Jaime con un gesto asqueado—, más bien es porque aquí saben que pasamos tantas horas solos y que nos aburrimos tanto que lo tienen que compensar de alguna manera. Y

finalmente decidieron que nos compensarían llenándonos el estómago.

—Tenéis suerte, prefiero un zumo, así que tranquilos, que no os robaré vuestro elixir mágico —rio Jara.

Elías estiró la mano y cogió de la esquina de la mesa una servilleta de papel para limpiarse la boca y las migas de pan de las tostadas que pendían de su poblada barba. Acto seguido sacudió sus manos y se levantó de la silla.

—Voy a preparar con los demás el barco y los refrigeradores; saldremos después de comer. Sácala fuera de los barracones y dale una vuelta, cuanta menos gente la vea mejor, así nos evitaremos preguntas incómodas —pidió Elías con firmeza.

—Descuida, Elías, en cuanto acabe de desayunar le enseño nuestro dulce hogar. —Sonrió su compañero al oír su mandato.

—¿Siempre es así de firme? —preguntó Jara mientras mordía una tostada de mantequilla recién hecha y las migas viajaban hasta su jersey negro.

—A veces es un poco gruñón, aunque en el fondo tiene un corazón enorme. Pero desde que su mujer falleció… se le agrió un poco el carácter —confesó Jaime apenado.

—¿Y de qué murió su mujer? —se atrevió a preguntar Jara.

—Tenía una de esas enfermedades raras. Se la diagnosticaron al poco tiempo de casarse, cuando eran muy jóvenes. Esa enfermedad hacía que su cuerpo se fuera deteriorando día tras día y los tratamientos para poder mantener a raya los dolores que le

provocaba eran muy costosos. Por eso, Elías comenzó a trabajar aquí, en la isla de Alborán —explicó Jaime—. Aunque sé que en el fondo se arrepiente, porque apenas pudo estar con ella en sus últimos días de vida.

—Debió de ser muy duro para él. —Jara empatizó con su dolor.

—Lo fue. Pero, bueno, no le gusta que se hable de ello. Así que termina ese sorbo de zumo que te queda y vamos a que te enseñe un poco este lugar —la apremió Jaime mientras se levantaba de la silla.

Jara mordió el trozo de tostada que le quedaba, la masticó velozmente y sorbió el último trago de su zumo de naranja. Luego se limpió las manos con la servilleta y se puso en pie rápidamente.

—¿Recogemos todo esto? —Jara señaló la mesa empantanada con los restos de su desayuno.

—No te preocupes, Jara, él se ocupa —dijo Jaime señalando a uno de los militares que le decía adiós con la mano—. Si le quitamos el trabajo, nos mata, porque imagínate lo largo que se le hace el día aquí.

Jara y Jaime cruzaron el pasillo desangelado hasta llegar a la puerta de salida de los módulos de barracones y comenzaron a andar por el camino de tierra que se dirigía hacia el bonito faro. Las distancias dentro de la isla eran muy cortas y el viento siempre estaba presente en aquel sitio.

—Barracones, faro y cementerio. Querida Jara, ese es el top tres de la visita guiada por la isla de Alborán —comenzó serio el militar intentando aguantarse la risa.

—¿Acaso hay algo más en este inhóspito lugar? —preguntó Jara incrédula.

—Pues la verdad es que no —rio Jaime—, pero con suerte vas a ver algo que nunca has visto. Sígueme, anda.

El faro de la isla entró en servicio en agosto de 1876. La bonita torre de sillería estaba rodeada por una pequeña fortificación con dos castilletes almenados para protegerse en caso de ataque. En lo alto de la torre había una gran linterna de origen francés, con una lámpara que quemaba aceite de oliva. En 1915 la lámpara se cambió por una incandescente que, en vez de aceite, quemaba petróleo.

Más tarde se sustituyó por un equipo de acetileno y, en aquel momento, el faro pasó a ser de grupos de cuatro destellos que alcanzaban hasta las treinta millas. En 1936 concluyó la automatización del faro, y en 1984 se sustituyó el equipo de acetileno por paneles solares.

Al llegar frente a la construcción, Jara se quedó absorta

observándolo. Jamás hubiera imaginado que en aquella olvidada isla almeriense hubiera un faro custodiándola.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Jaime al ver como la mirada de Jara brillaba.

—Este lugar es impresionante y se habla tan poco de él que me fascina que en mitad de la nada exista un lugar como este. Un lugar en el que solo hay un faro, tres tumbas y unos barracones —

contestó Jara ensimismada.

—Pues mira, vas a tener suerte. ¿Ves esa gaviota de ahí? La que está posada sobre la roca —preguntó Jaime mientras Jara asentía con la cabeza—. Es la gaviota de Audouin. Una especie endémica del Mediterráneo muy especial. Nidifica casi siempre en islas e islotes desiertos entre piedras y matorrales.

—Es preciosa y tiene el pico rojo —afirmó Jara admirando la belleza de aquel animal.

—Sí, su pico es de color rojo intenso, negro y amarillo en la punta y su plumaje es blanco nupcial, excepto por los costados que posee un gris perlado. Es una especie muy rara y escasa. Fue hace muchos años cuando la avisté en esta isla por primera vez; este sitio es un diminuto laboratorio anclado desde hace años en el olvido. Por suerte tengo toda la fauna del lugar guardada para el recuerdo —

explicó Jaime entusiasmado.

—¿Y cómo es eso? —siguió curioseando la joven.

—Me encanta la fotografía, así que tengo miles de fotos de todas las especies que pueblan esta isla. Luego si quieres te enseño alguna —se ofreció Jaime.

No dio tiempo a que Jara respondiera; el galope de Elías irrumpió con fuerza desde la lejanía, dirigiéndose hacia ellos con la cara desencajada.

—¡Te lo dije, joder! ¡Mira que te lo dije! —le recriminó el militar.

—¿Qué sucede? —preguntó Jaime mientras se acercaba a él y lo cogía por el brazo para alejarlo un poco de Jara.

—Han ordenado que esté disponible ya el helipuerto porque dos

personas de la Cúpula van a partir en helicóptero hacia Alborán —

habló casi jadeante Elías al que se le notaba su edad en el cansancio de esa carrera.

—Tranquilízate, ¿has avisado al resto de que están viniendo? —

inquirió completamente calmado Jaime.

Jara seguía a unos metros de los dos hombres con la mirada puesta en ellos mientras intentaba entender lo que sucedía.

—Esto es culpa de ella. Lo sabes, ¿no? —dijo Elías enfadado mientras la señalaba.

—Venga, para. Ya está bien. No va a pasar nada, partiremos antes de que lleguen a la isla y ya está, todos contentos —lo tranquilizó Jaime.

Acto seguido, Jaime se giró hacia Jara, que seguía mirándolos, y le hizo una señal con los dedos para que se acercara.

—Coge tus cosas, Jara. Tenemos que irnos —le ordenó Jaime sin darle ninguna explicación más a la joven.

—¿Ya? Pero ¿qué pasa, Jaime? ¿No decíais que saldríamos de la isla después de comer? —preguntó Jara algo nerviosa, sin entender nada de lo que estaba sucediendo en aquel momento.

Y, antes de que Jaime pudiera evitarlo, fue Elías quien respondió lleno de ira:

—¡Pasa que como tardes mucho en recoger tus cosas puede que en un rato estés muerta tú y nosotros! Así que tú decides.

Noctiluca

Desde que se habían subido en aquella embarcación nadie había mediado palabra. Los rostros de los tripulantes denotaban nerviosismo. Jara estaba sentada en una de las plazas disponibles en la lancha, una Zodiac Hurricane ZH-738 de Milpro.

La rapidez de deslizamiento de aquella embarcación, casi sin rozar las olas a su paso, hacía que el cuerpo de Jara estuviera completamente en tensión, agarrando con una mano sus pertenencias y con la otra sujetándose a los enganches de la Zodiac para sentirse segura.

—¿Queda mucho? —preguntó, con la cara descompuesta, a Jaime que estaba a su lado.

—¿Ya te has cansado? —rio Jaime—. Pero si llevamos una hora y media como mucho.

—¿Solo una hora y media? Pues a mí me está pareciendo una eternidad. ¿Cuánto queda? —insistió Jara.

—Unos treinta minutos —le tranquilizó el militar con una pose que mostraba lo acostumbrado que estaba a ese paseo.

—Espero que sean veinte.

—¿Ves aquel punto de tierra allí a lo lejos? —dijo Jaime mientras alzaba su brazo y señalaba con su dedo índice la tierra que se divisaba en la lejanía.

—Sí, lo veo. ¿Ahí es donde nos dirigimos? —preguntó la joven intentando mantenerse firme en el vaivén del mar bravío.

—Noctiluca —interrumpió con firmeza Elías.

—¿Nocti… qué? —se extrañó Jara.

—Noctiluca.

—No he escuchado jamás ese nombre —confesó Jara perpleja.

—Ni tú ni nadie —sentenció Elías, que ya había mostrado su poco gusto por dar explicaciones.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jara sin darse por vencida.

—Pues que nadie conoce la existencia de este lugar —explicó Jaime.

—¿Cómo que nadie conoce la existencia de este lugar? ¿Vais a abandonarme sola en una isla? ¿Queréis dejarme morir donde nadie pueda encontrarme? —respondió alterada Jara.

—Tranquila, te aseguro que cuando conozcas Noctiluca no querrás salir de allí jamás —afirmó Jaime con seguridad—. Hazme caso, Jara, le prometimos a tu padre que te cuidaríamos y este es el mejor sitio.

—Pero ¿por qué nadie conoce la existencia de esta isla? ¿Quién vive en ella? —volvió a insistir la joven.

—Jara, ya te lo he repetido muchas veces: la curiosidad mató al gato. Será mejor que no hagas preguntas —finalizó Elías.

Elías se levantó y regresó hacia la parte delantera del barco, donde comenzó a hablar con otro de los militares.

—Cuéntame algo sobre Noctiluca, por favor —le rogó la joven casi susurrando a Jaime.

Tenía miedo. Pero su hambre por saber era mucho mayor que este. Su vida estaba a punto de cambiar por completo y desconocía cuál era el destino que la aguardaba.

—Mira que eres tozuda, vas a conseguir que Elías se enfade —le recriminó Jaime riéndose.

A pesar del cansancio acumulado y de las ojeras, Jara seguía manteniendo ese atractivo que la caracterizaba, ese magnetismo que siempre hacía que los de su alrededor se sintieran hipnotizados con sus ojos color miel. Esa chispa que le permitía conseguir lo que quería en todo momento.

—Por favor —suplicó Jara utilizando esa mirada que siempre le funcionaba.

—Solo te diré que Noctiluca es un sitio mágico. No lo sé, tiene algo que al llegar allí te atrapa. Una energía indescriptible —reveló Jaime mientras los ojos le brillaban al pronunciar aquellas palabras y se ganaba poco a poco así la confianza de Jara.

—¿Qué significa «Noctiluca»? —quiso saber la joven que a

medida que pasaba el tiempo parecía que se iba relajando.

—«Luz nocturna» o «la que brilla en la noche». Noctiluca era para los tartesios la diosa de la fecundidad, de la vida y de la muerte. La diosa de la noche y la luna. Y la veneraban en una pequeña isla frente a la costa de Málaga, allí le crearon un precioso santuario.

Con el paso del tiempo todo el mundo creyó que aquella isla se había unido a tierra firme en Málaga debido al cono de arrastres del río Totalán, dando lugar a lo que hoy en día se conoce como la Cala Del Moral. Pero era mentira; generaciones tras generaciones protegieron Noctiluca y crearon un pequeño oasis en mitad del mar

—explicó Jaime mientras Jara lo miraba absorta escuchando aquella historia.

—Pero ¿cómo es posible que nadie sepa de la existencia de ella?

Antes, lo puedo entender, pero ahora con todas las tecnologías que existen… ¿Cómo va a haber una isla fantasma en mitad de la nada?

—razonó extrañada.

—Jara, ya te he contado más de lo que debería. De verdad que será mejor para ti que no indagues más. En Noctiluca a nadie le gusta la gente que hace preguntas —sentenció Jaime y a continuación se levantó al ver que se estaban acercando a tierra firme.

Decían que el nombre de la ciudad de Málaga provenía de Malac, la diosa a la que los fenicios rendían culto mediante ofrendas y sacrificios. Malac era la diosa de la fertilidad y la luna. Y en la Cueva del Tesoro de la Cala Del Moral, la única cueva de origen submarino de Europa, se encontró en una de las salas una columna que formaba una silueta de mujer con un agujero que representaba la luna, símbolo con el que se conocía a esa diosa nocturna. Fue el poeta latino Festo Avieno, en el siglo IV, el que situó frente a Málaga aquella isla con un templo dedicado a Malac, también conocida como Noctiluca: «Allí, frente a la ciudad, hay una isla de dominio de los tartesios, consagrada desde antiguo a Noctiluca…».

—Prepárate, Jara, ya hemos llegado —dijo Jaime girándose hacia la joven.

El corazón de Jara comenzó a latir a un ritmo casi frenético. Tenía

esa sensación de que el corazón te bombea con tanta fuerza que parece que va a adentrarse en tu esófago. Intentaba controlar el temblor que anidaba en la punta de sus dedos. Una parte de ella tenía el total convencimiento de que aquel lugar la salvaría; era la parte que confiaba en las palabras de Jaime. Se le daba bien leer a la gente y sabía que en los ojos de aquel hombre había verdad. Pero una inevitable angustia recorría su cuerpo haciendo latente el temor que sentía. Había confiado su vida a aquellos completos desconocidos y a cada momento que el tiempo avanzaba tenía cada vez más dudas de haber hecho lo correcto.

—¡Ya están ahí! —gritó Elías mientras señalaba a un grupo de personas que se acercaban a la orilla.

—Rápido, todos a sus puestos, hay que darse prisa —ordenó otro de los militares poniéndose en pie.

—¿Quién son esas personas, Jaime? —preguntó Jara extrañada al ver cómo se iban acercando hacia ellos con los brazos preparados para frenar la embarcación.

—¡Joder, Jara! ¿Cuántas veces hay que repetírtelo? Te he dicho que no preguntes —respondió de malas formas. Al final, su curiosidad había conseguido sacarlo de sus casillas.

A Jara no le gustó aquella contestación de Jaime y tragó saliva al oír aquellas palabras. Ese acto involuntario propio del ser humano cuando quiere acallar la rabia o el llanto. Y, en aquel momento, Jara quería llorar. Le invadía esa sensación de amargura del que desea ocultar con dignidad los restos del naufragio y a la vez el miedo del que desconoce el rumbo de su destino.

En la orilla un grupo de gente los esperaba. Jara se fijó en ellos.

Pudo adivinar extraños ropajes que no eran militares. Cuanto más cerca estaba, más raro se le hacía todo. Aquellas personas que alzaban los brazos utilizando toda su fuerza para frenar la embarcación mientras otros los aguardaban en la orilla parecían indígenas. Llevaban una especie de túnicas blancas atadas a la cintura con fajines de seda de distintos colores. En los hombres pudo diferenciar unos cintillos de lana rojos o blancos, algunos con dibujos de formas geométricas y otros con figuras de animales. Luego se fijó en una de las jóvenes que estaba frenando la embarcación y ellas,

sin embargo, lucían unas bonitas cadenas de plata que rodeaban sus cabezas y se posaban a la altura de sus frentes. Eran una sucesión

de eslabones cerrados, unidos a unas pequeñas planchas de las cuales colgaban unos adornos en forma de monedas.

Jara se hallaba totalmente absorta con la mirada clavada en aquellos desconocidos. Todo acontecía tan rápido, todo el mundo hablaba tan fuerte, que aquel ruidoso caos hizo que pareciera como si la joven se hubiera sumergido en su propia burbuja, ajena a lo que sucedía a su alrededor. No entendía si aquellas personas los estaban ayudando o querían impedir su entrada a Noctiluca. Un fuerte dolor de cabeza comenzó a azotarla y las náuseas se apoderaron de ella, haciendo que comenzara a vomitar por fuera de la Zodiac.

—Jara, ¿estás bien? —Se aproximó con rapidez Jaime hacia ella.

Estaba mareada; el vaivén del barco, los nervios, aquel gentío.

Todo se sumaba como un cóctel difícil de digerir.

—Tranquila, respira —la aconsejó Jaime mientras posaba su mano izquierda sobre la frente de Jara y con la derecha le sostenía el brazo.

—Jaime, ¡venga! ¡Hay que darse prisa! —gritó Elías desde la orilla.

El grupo de personas ataviadas con aquellas túnicas blancas y aquellos extraños abalorios en la cabeza había formado una especie de cadena humana. Se pasaban de unos a otros algo parecido a unas neveras de corcho blanco que viajaban de unas manos a otras hasta llegar a la embarcación, donde dos militares iban recibiendo esas extrañas cajas y colocándolas con cuidado dentro de la lancha semirrígida.

—Vamos, bajad por aquí —indicó Elías.

Jaime cogió la bolsa de viaje y la mochila de Jara y se acercó hasta el lateral de la embarcación. Jara estaba absorta. Como pudo, Jaime la ayudó a colocarse sentada en el lateral de la Zodiac al mismo tiempo que desde abajo Elías alzaba las manos y tiraba de ella para bajarla. A continuación, Jaime saltó enérgicamente hacia fuera.

—Comprueba que no lleve ningún móvil ni ningún dispositivo electrónico ahí dentro —ordenó Elías a Jaime alzando la barbilla y

señalando las pertenencias de la joven mientras la sujetaba con dificultad y la acercaba hasta la zona donde se encontraba el grupo de

indígenas.

Jara era incapaz de quitarle el ojo a las extrañas neveras que los militares estaban cargando en la lancha.

—¿Qué es eso? —preguntó Jara como si exhalara su último aliento.

—Nunca te das por vencida, ¿verdad? —suspiró con desgana Elías haciendo caso omiso a la pregunta.

—Nunca —sentenció Jara desafiante.

—¡Osiris! —gritó Elías.

Tras el grupo de indígenas una mujer visiblemente mayor con la piel dorada y arrugada esperaba estática, sujeta por un bastón, mirando cómo el resto trabajaba. Al oír su nombre se giró hacia ellos y les clavó la mirada como si acabaran de poner su pie en propiedad privada. Ella era la nota discordante de aquel grupo de personas; mientras que todos llevaban túnicas blancas, ella vestía una túnica del color de la tierra bordada a mano con imágenes de jaguares y flores silvestres. En la cintura, un fajín de seda púrpura; el color del poder, la sabiduría y la espiritualidad. Sobre el pecho, una majestuosa joya pectoral hecha de plata en forma de águila con dos cabezas de la que colgaban tres cadenas unidas en el extremo inferior por un triángulo del que pendían cruces y círculos. Sobre la cabeza llevaba el mismo adorno que tenían las mujeres que habían salido a ayudar a frenar la embarcación: unas cadenas de plata de las que colgaban preciosas monedas. Su rostro lucía impávido, escondiendo cualquier rastro de emociones. Sus enormes ojos negros parecían ser los guardianes de un arsenal de historias ocultas y su pelo grisáceo recogido en un moño bajo delataba su avanzada edad.

—¿Está todo, Osiris? —preguntó Elías a la misteriosa mujer cuando se paró frente a ella.

—Sí, ya está todo —le confirmó la anciana tajante.

—Volveremos en dos semanas, pues la próxima luna llena cae en martes —le advirtió Elías mientras Jara los observaba en silencio—. Y

aquí tienes el cuadrante de guardias de los próximos días —continuó

Elías mientras sacaba de su bolsillo un papel doblado y se lo

entregaba.

—¿Y se puede saber quién es esta? —preguntó la mujer alzando su bastón y señalándola.

—Se llama Jara, Jara Moretti, y es una nueva invitada en Noctiluca.

—Sabes que aquí hay normas y no os las podéis saltar como os venga en gana —le recriminó la anciana con el rostro enfadado—.

Nadie puede entrar aquí sin autorización de la Cúpula.

—Osiris, serán solo unos días. Sabe que no la hubiéramos traído hasta aquí si no fuera de vital importancia. Llévela mañana con los Buendía y que le den una de las casas de Villa Oasis —ordenó Elías a la mujer.

—Pero, puede que, si la ven aquí, alguien haga alguna pregunta

—reflexionó la anciana con un tono de voz que denotaba indignación.

—Pues se inventa que son órdenes de arriba y que es una invitada de la Cúpula. ¿Lo ha entendido, Osiris? No olvide que nosotros le hemos hecho muchos favores. Y a quien sea luego le recuerda que aquí en Noctiluca no nos gusta la gente que hace preguntas —

contestó condescendiente Elías, aunque sabía que la mujer tenía razón, y con el fiel convencimiento de que acabaría arrepintiéndose de lo que estaba haciendo.

La anciana suspiró, dándose por vencida y resignada a hacerle caso al militar. Bajó la cabeza y murmuró hacia ella misma algo inteligible; se dio la vuelta y comenzó a andar. Tras tres pasos, se giró y alzó la vista fijándola en Jara.

—¡Venga! —farfulló Osiris mientras le hacía a Jara la señal con la mano de que la siguiera.

—¿Estáis locos? ¿Me vais a dejar aquí sola con esta mujer? No pienso quedarme en esta isla —se rebeló la joven sentándose en el suelo.

—Jara, por favor, nos estamos metiendo en un lío al traerte aquí, así que no la jodas ahora —suplicó Jaime agachándose y poniéndose a

su altura.

—No me dijiste que fuerais a dejarme sola aquí con esta gente —

le recriminó la joven.

—Van a cuidarte, de verdad, créeme —le pidió el atractivo militar mientras le acercaba la mano para ayudarla a levantarse.

Jaime se quitó la mochila, sacó los libros y dejó dentro el ordenador. Metió los libros en la bolsa de viaje y se la devolvió a Jara.

—¿Y mi ordenador?

—Aquí te darán lo que necesites. En Noctiluca están prohibidos los móviles y los ordenadores —explicó Jaime.

Jara cogió la bolsa de viaje de Louis Vuitton y dio un par de pasos poniéndose a la altura de la anciana. Luego se giró hacia los dos militares con el semblante cansado y cubierto de incertidumbre.

—Supongo que gracias.

—Aquí estarás bien, confía en mí —contestó Jaime convencido.

Osiris se dio la vuelta y comenzó a andar mostrando en su rostro lo que le disgustaba aquella situación.

—Os estáis equivocando. —Jara escuchó maldecir a la anciana en voz baja—. Esto no va a salir bien, habéis traído la desgracia a Noctiluca.

12

¿Quién vive ahí?

Almería

El despacho de Elba se había convertido en una habitación digna de un obseso. Las pequeñas paredes estaban empapeladas de fotografías, recortes de periódico de La Voz de Almería y del Diario de Almería donde se hacían eco de la noticia de la desaparición de Álvaro Casanova y numerosas notas manuscritas. El escritorio estaba repleto de dosieres de la policía de los que asomaban numerosos pósits de colores que marcaban determinadas páginas.

Eso era lo que a Álex le tranquilizaba de su chica, que nunca se

rendía hasta encontrar una respuesta. Por eso confiaba en que fuera ella la que siguiera desde fuera la investigación. Y eso estaba haciendo la joven. Había vuelto a repasar cada uno de los interrogatorios con todo el círculo de Álvaro Casanova, pero quería a Jara. Estaba convencida de que ella tenía la clave para encontrarlo.

Sabía que nadie mejor que ella lo conocería y que, si efectivamente algo no encajaba como Elba creía, Jara la conduciría a ello. Por eso volvió a mirar su móvil esperando haber obtenido alguna respuesta a aquel mensaje que le había dejado a Jara en el buzón de voz, pero ni rastro de ella. Deslizó su dedo derecho hasta el segundo número marcado y presionó sobre él, pero no daba tono y volvía a saltar el buzón de voz.

—¡Joder! ¿Dónde estás, Jara? —se preguntó a sí misma en voz alta mientras dirigía su mirada a una de las fotografías de la chica que había colgado en la pared.

La joven detective espiró hondo sentada en el sillón y apoyó los

codos sobre el escritorio llevando instintivamente las manos hasta las sienes. El cansancio hacía mella en ella, pero era demasiado testaruda como para parar. Tenía claro que los primeros días tras una desaparición eran cruciales, así que seguía buscando esa pieza del puzle que no encajaba en aquella investigación. Volvió a coger el teléfono y a repetir la misma operación, y obtuvo el mismo resultado: el móvil de Jara seguía apagado. Elba empezó a desesperarse, sentía que estaba en un callejón sin salida. Había repasado tantas veces las pruebas, las fotografías, las declaraciones… que sabía que necesitaba algo nuevo para seguir avanzando. Fue entonces cuando miró el primer cajón del escritorio y elevó los ojos como si ella misma quisiera disuadirse de lo que iba a hacer. Acto seguido lo abrió y sacó una caja de madera. Dentro de ella había un montón de tarjetas de crédito, todas sin nombre ni numeración. Un amigo de la joven que trabajaba en un banco las había sustraído de forma extraoficial de su sucursal para hacerle el favor a su obstinada amiga. Elba cogió dos de ellas y se las guardó en el bolsillo. Tomó un pequeño bolso y metió su móvil, las llaves del coche y las de casa, luego salió del piso cerrando la puerta tras ella.

Elba era consciente de que lo que iba a hacer estaba mal y que Álex jamás la habría dejado, por eso sabía que ese instante en el que su chico estaba en la comisaría era el idóneo. Se subió en su coche que estaba aparcado en la puerta de su urbanización, condujo hasta el centro de Almería y estacionó en el aparcamiento de la Rambla

Obispo Orberá. Iba vestida completamente de negro, el único contraste se lo daban unas preciosas e impolutas zapatillas blancas de Puma con una franja estampada de leopardo que había diseñado Cristina Pedroche. Se recogió el pelo en una coleta y se colocó una gorra negra que había dejado sobre el asiento del copiloto. Y antes de salir del coche se miró en el retrovisor mientras se colocaba bien la visera de la gorra. Una vez fuera palpó su bolsillo derecho para comprobar que tenía las tarjetas de crédito y luego sacó su móvil del bolso y lo puso en silencio. Abandonó el aparcamiento a paso ligero por la salida más cercana a Tenor Iribarne, la calle donde vivía Jara.

Al l egar a la puerta del edificio se cercioró de que no hubiera

nadie alrededor, sabía que a esas horas la vecina cotilla de Jara ya estaría más que dormida. Contempló todas las ventanas del edificio y no había ninguna luz encendida. Pero quizá la joven podía estar durmiendo, así que tocó al telefonillo y esperó a que alguien le contestara, pero de nuevo no hubo respuesta. En ese momento su corazón se aceleró, sabía lo que iba a hacer y lo mucho que a Álex le molestaría que lo hiciera, pero necesitaba respuestas. Adelantó su mano para empujar la puerta de madera de entrada y la abrió con facilidad.

—¡Bingo! —susurró Elba con cierta felicidad al comprobar que la puerta seguía rota como la primera vez que había visitado el edificio.

Mientras la sujetaba con la mano derecha, volvió a fijarse en que no hubiera nadie en la calle que pudiera verla entrar. Acompañó con su mano la puerta para volver a entornarla sin hacer ruido y entró en el pequeño rellano del edificio. Sacó de su bolso el móvil y encendió la linterna. No podía encender las luces del pasillo porque sabía que la vecina de Jara no tardaría nada en asomarse a la mirilla para cotillear.

Subió hasta el segundo piso en completo silencio intentando que sus pisadas no hicieran crujir los antiguos escalones de madera. No era la primera vez que hacía aquello. Los métodos de Elba distaban mucho de las normas férreas de la policía, pero eso era lo que la había ayudado siempre a ir un paso por delante de ellos. Eso y la tranquilidad de saber que su novio siempre le salvaba el culo cuando acababa metiéndose en problemas legales.

Elba era una buena chica, pero a los quince años conoció al macarra del pueblo donde veraneaba en casa de sus abuelos y se enamoró perdidamente. Sabía que aquel chico era un pieza, pero a esa edad el corazón no razona. Como el pueblo era muy pequeño la gente

hablaba, así que sus abuelos le prohibieron que saliera con él por las noches porque decían que la noche no traía nada bueno. Así que cuando sus abuelos se acostaban se guardaban la llave con ellos en la habitación, pero, como vivían en una casa de planta baja, Elba se subía en una silla para poder salir así por la ventana, y luego se escapaba en busca de su enamorado. Fue él quien le dio su primer porro, el que la enseñó a conducir, a mentir con descaro y a abrir la

puerta de casa de sus abuelos con una tarjeta de crédito. Así podían pasar las noches juntos y entrar de nuevo por la puerta, pues desde fuera, sin una silla, la ventana quedaba un poco alta para poder entrar de nuevo.

Elba era capaz de abrir una puerta de las antiguas con una tarjeta de crédito con la misma destreza que era capaz de abrir la cáscara de una pipa.

Sacó una de las tarjetas que llevaba en el bolsillo y la introdujo en la ranura abriendo con una facilidad pasmosa la puerta del 2A. Pero, a pesar de lo fácil que era para ella aquello, el nerviosismo la invadía al no saber lo que se iba a encontrar allí: ¿y si la joven estaba dentro de la casa? ¿Cómo reaccionaría al ver entrar a una extraña en su casa? Una ingesta de pensamientos se paseó de forma veloz por la mente de la detective en esos instantes. Su corazón bombeaba con fuerza y su respiración se notaba entrecortada. A pesar de ser una temeraria empedernida y excesivamente valiente, colarte en casa ajena en mitad de la noche no te libra de atemorizarte.

Elba entró en el domicilio con las luces apagadas y valiéndose únicamente del resplandor de las farolas que se colaba por las ventanas. Recorrió lentamente cada una de las estancias con su corazón en la tráquea como único compañero de aventura. No estaba analizando nada con detalle porque en una primera instancia quería cerciorarse de que no había nadie en la vivienda. Siguió andando en silencio hasta que llegó a la puerta de la que supuso que era la habitación principal. Estaba asustada. De repente un ruido la sobrecogió y la devolvió a la realidad haciendo cada vez más visibles sus miedos. No sabía de dónde venía o si es que había alguien más en aquella casa. Rezó para que Jara no estuviera dentro de la habitación.

Al poner el pie derecho en el pequeño pasillo que daba paso a la instancia comenzó a arrepentirse de lo que estaba haciendo. La mano que sostenía el móvil con la linterna le temblaba descaradamente, y con más miedo que vergüenza alzó el dispositivo con la luz para poder iluminar el lugar donde se encontraba la cama esperando no encontrar

a Jara en ella. Lo que no esperaba Elba era encontrar lo que allí había. Se llevó la mano a la nariz intentando

aguantar el mal olor que se desprendía de aquella estancia. En aquel momento entendió por qué la casa olía tan extraño, pues el foco de todo aquello estaba en la habitación. Tanteó con su mano izquierda la pared en busca del interruptor para dar luz a aquello, pero con los nervios no atinaba. Fueron dos o tres intentos los que necesitó hasta dar con él. La luz se prendió en la estancia y Elba palideció al ver aquella estampa: la habitación parecía una pocilga llena de botellas de vino vacías, un blíster de pastillas, restos de comida putrefacta, el vestido de novia de Jara en el suelo lleno de suciedad y una paloma muerta sobre la cama que debía de haberse colado por una de las ventanas de la habitación que estaba semiabierta. El animal había debido de lastimarse al colarse en la casa y al intentar salir se había chocado contra los cristales de las ventanas en numerosas ocasiones como mostraban las manchas de sangre que había dejado en las ventanas y en la cama. Elba se llevó la mano izquierda hasta la boca para tapársela y aguantarse una arcada que le hacía querer vomitar.

Estaba claro que Jara no estaba en casa y le parecía extraño que simplemente hubiera salido porque además de aquella estampa repulsiva el armario estaba abierto y los cajones también, con todo revuelto como si se hubiera marchado de allí con prisa.

Elba salió de la habitación con el convencimiento de que Jara no estaba en esa casa, así que prendió las luces del pasillo y se dispuso a inspeccionar esta vez todo de una forma más exhaustiva. Primero fue a la cocina y allí lo vio. Sus ojos se clavaron en ello nada más poner un pie en aquel lugar. Mientras se acercaba, sobre la encimera pudo distinguir una nota manuscrita.

Álvaro, mi amor, te echo mucho de menos, pero necesito salir de esta casa. Tus padres desconfían de mí y yo no puedo soportarlo más. Si lees esto, quiere decir que has vuelto y que estás a salvo. Por favor, llámame.

Necesito volver a nuestro hogar juntos.

Te amo,

JARA

Elba tenía razón, Jara había escapado o por lo menos se había escondido demasiado bien. A la detective privada siempre le había parecido extraño que la joven nunca llamara a la policía para pedirles explicaciones, para preguntarles si había novedades o para directamente mandar a la mierda a los agentes. Así que aquello le cuadraba un poco más. Comenzó a revolver todo el piso aun más de lo que ya se encontraba, en busca de alguna pista, sabiendo que podía hallar alguna respuesta en el lugar que menos esperase. Como tenía el móvil sin sonido, mientras lo utilizaba como linterna se dio cuenta de que este empezó a parpadear con una llamada entrante de Álex. Elba maldijo el don del oportunismo que tenía su chico y descolgó el teléfono sabiendo qué sucedería.

—Hola, amor, acabo de llegar a casa, ¿has salido a por algo? —

preguntó Álex extrañado, pues Elba no le había dicho que fuera a ir a ningún sitio.

—Sí, llego en un ratito —susurró Elba en voz baja para no hacer ruido y que la vecina pudiera escucharla.

—Elba, ¿dónde estás? —preguntó con indignación el joven, pues sabía que la detective estaría haciendo algo que no debía.

—Nada, he salido a buscar unas cosas y vuelvo en breve, espérame despierto —volvió a contestar obviando la verdad.

—Elba Ros, te conozco perfectamente, dime dónde cojones estás

—le pidió Álex con cierto mosqueo.

La joven sabía que a Álex no podía mentirle, la conocía demasiado bien y tarde o temprano tendría que decirle la verdad.

—He venido a casa de Jara y Álvaro… —confesó.

—¿«He venido a casa de Jara y Álvaro» significa que has allanado su morada y entrado sin su consentimiento? —reprochó Álex, que conocía perfectamente la respuesta.

—Álex, necesitamos respuestas, ¿qué más da cómo las consiga?

Por cierto, Jara Moretti ha huido de su casa —le confirmó Elba segura.

—¿Cómo que ha huido?

—Le ha dejado una nota a Álvaro diciendo que necesita salir de este piso. Quizá está escondida en casa de alguna amiga —dudó Elba.

—O quizá se la han cargado —sentenció el joven.

13

Nadie la ha visto

Almería

Elba Ros colocó los laterales interiores de sus firmes muslos contra los musculados hombros de Álex, enjaulando la cabeza de este entre sus pies. Luego posó sus delicadas manos sobre el pecho del inspector de policía y estiró los brazos. En aquella posición su sexo solo tenía un camino correcto y ambos eran conscientes de ello. Elba bajó su vulva lentamente hasta posarla sobre la cara de Álex, quien, al ver cómo el sexo de su novia se acercaba cautamente, sacó la lengua para darle la bienvenida que se merecía. Comenzó entonces a lamérselo, preso del deseo ansioso, provocando tal placer a Elba que esta echó la cabeza hacia atrás jadeando sin mesura alguna.

Conocedora del control que aquella postura le brindaba, apretó aún más fuerte su sexo contra la cara del joven, impidiéndole respirar con facilidad.

—¿Te gusta esto? —preguntó Elba con un tono de voz poderoso y con la seguridad de saber la respuesta a aquella pregunta.

En esa posición Álex no podía articular palabra, así que se limitó a mover su cabeza en un sí. Elba se separó de la cara aprisionada de Álex y se giró lentamente para mirarlo.

—Escúpemelo —le ordenó Elba con firmeza.

Aquel mandato encendió al joven que acató la orden sin resistencia alguna y escupió con fuerza el sexo de Elba, bañándolo en saliva.

—¡Más! —volvió a ordenarle.

Y, ante aquella petición inflexible de Elba, Álex volvió a obedecerla escupiéndole de nuevo con ganas. Con el sexo completamente

mojado la joven volvió a echar su cabeza hacia atrás y comenzó a restregar su coño empapado contra la cara de Álex, que parecía extasiado ante aquel maravilloso espectáculo que se paseaba ante sus ojos.

—Saca la lengua —le pidió Elba dulcificando esta vez su tono de voz.

El joven, que seguía enmudecido ante las órdenes de la joven, sacó la lengua, moviendo hacia arriba y hacia bajo su cabeza para lamer la mayor amplitud de piel de su pareja, que aumentaba en cada movimiento el ritmo de sus gemidos. Aquel compás acelerado hizo que los músculos de Elba comenzaran a contraerse cada vez más, hasta que el último lengüetazo propició el estallido final, provocándole un orgasmo que viajó por todo su cuerpo hasta correrse sobre la cara de Álex.

Tras inhalar y exhalar unos segundos para bajar el ritmo de sus respiraciones, se apiadó de Álex y, levantando su sexo, llevó las manos hasta su pene y las posó en su base, rodeándolo. Sorbió para segregar saliva y cuando tuvo la boca lo suficientemente húmeda la acercó hasta el glande y se lo introdujo por completo en su boca.

Bajó hasta tocar con sus labios el dorso de sus manos, lo que sirvió como pistoletazo de salida para que comenzara a mover la cabeza introduciendo y sacando la polla de su boca en cada movimiento. La rapidez con la que se la metía y se la sacaba hizo que la erección de Álex pareciera que fuera a explotar.

—Elba, mi amor, voy a correrme —la avisó Álex sin poder aguantar más.

—Hazlo —ordenó de nuevo Elba.

A pesar de la advertencia de su chico, la joven no apartó su boca y siguió profesándole placer hasta notar cómo el semen de Álex le descendía finalmente por la comisura de los labios. Elba no pudo evitar una pícara sonrisa de triunfo tras haber conseguido su objetivo.

Mientras que Álex seguía casi anestesiado sobre la cama, notando los resquicios de su orgasmo, Elba se levantó de la cama y retiró con delicadeza el semen que seguía posado sobre su boca.

Entró al baño, se miró al espejo y abrió el grifo de agua fría para

enjuagarse los restos de su desenfrenado amor.

—¿Seguís sin saber nada de Jara? —preguntó la joven desde el baño.

—Amor, ¿tú nunca descansas? —rechistó Álex, que cada dos por tres le reprochaba que fuera incapaz de dejar la mente en blanco por un instante.

—Sí, cuando me retire me voy a dedicar yo también a escribir novelas subiditas de tono para tenerte siempre empalmado. —

Fantaseó Elba con su futuro.

—Solo si explicas en tus libros con todo lujo de detalles cómo te follo o cómo te como el coño y disimulas diciendo que todo es ficción —propuso Álex desvergonzado.

Elba rio con su comentario. Luego la joven cogió el cepillo eléctrico negro, lo mojó un poco y puso pasta de dientes encima.

Después volvió a poner agua sobre el dentífrico, se lo metió en la boca y comenzó a cepillarse. Salió hacia la habitación y se apoyó en el marco de la puerta.

—No, ya en serio, ¿no te parece raro que tu futuro marido desaparezca y tú no des señales de vida? —preguntó Elba con la boca llena de pasta de dientes y envuelta en el ruido del cepillo de dientes eléctrico—. Joder, si tú desaparecieras, me pasaría el día pegada al teléfono a la espera de cualquier noticia.

Elba entró de nuevo en el baño y escupió los restos de dentífrico en el lavabo. Luego dejó el cepillo de dientes sobre el mueble y volvió a abrir el grifo para enjuagarse la boca.

—Llamaría cada día a la policía para ver si saben algo —siguió empecinada la joven.

—Ya, amor, pero tú eres una pesadilla —rio Álex mientras se tapaba con el cojín para evitar que Elba le tirara cualquier objeto—.

Quizá esa chica es más introvertida o está viviendo su propio luto por no saber dónde se encuentra su prometido. Tú mejor que nadie sabes que no todo el mundo reacciona de la misma manera al dolor.

—Lo sé, pero una cosa es eso y otra que te esfumes de repente como un fantasma y nadie sepa nada de ti durante días. Es raro que se haya marchado de casa con tanta prisa dejándola como un estercolero y tras escribir esa nota. ¿Podemos repasar un poco?

¿Cuándo fue la última vez que alguien la había visto? —preguntó Elba dubitativa.

—Nadie sabe nada de ella desde la noche de la boda. Esa fue la noche en la que nosotros le tomamos declaración y sus amigas dijeron que al día siguiente ya tenía el móvil apagado y que no la habían vuelto a ver —explicó Álex.

—¿Sabías que Jara había intentado suicidarse?

—No lo creo. Cuando la interrogué me pareció una mujer bastante segura, no parecía ese tipo de perfil. ¿Quién te ha contado eso? —

contestó extrañado el joven.

—Su amiga Luna. La primera vez que fui a buscar a Jara a su casa, como no estaba allí, me acerqué al bufete de abogados en el que trabaja. Y allí se encontraba su amiga; estuvimos hablando y estaba muy preocupada. Me dijo que no tenían noticias de Jara y al final me acabó confesando que tenían miedo a que hubiera repetido aquello —explicó Elba con seguridad intentando encajar las piezas a la vez que hablaba.

—Colándote en su casa ya has confirmado que no ha cometido ninguna estupidez. Y que se haya marchado es totalmente lógico.

Imagínate que te dejan plantada en el altar vestida de novia delante de toda Almería y de tus suegros, que sabes que en el fondo te odian, y que encima pasas la noche de tu boda siendo interrogada mientras un grupo de policías analizan tu casa. ¿Acaso no querrías

desaparecer y que te tragara la tierra? —reflexionó Álex convencido.

En lugar de tumbarse en la cama junto a Álex, Elba se acercó al armario. A ambos les encantaban aquellas siestas que acababan en incendio. Pero la mente de Elba, una vez que se ponía en funcionamiento, era como una bomba imposible de desactivar. La joven abrió las puertas del armario y sacó unos pantalones vaqueros oscuros, un bonito jersey celeste de punto trenzado y un precioso body lencero negro de Hunkemöller. Luego volvió hacia el baño, dejó la ropa sobre el lavabo y se metió en la ducha.

—Aun así, ¿no deberíais seguir buscándola por si acaso? —

preguntó Elba desde la ducha antes de abrir el grifo.

La joven no esperó la respuesta de su pareja y comenzó a ducharse. Su mente seguía intentando unir piezas, no solo pensando

en la desaparición de Álvaro, sino en dónde demonios estaría Jara Moretti. Dejó correr el agua sobre su cuerpo, cerró el grifo y se enjabonó el pelo con delicadeza. Luego volvió a abrir el agua y se aclaró la cabeza. Salió de la ducha y se secó con mimo cada parte de su cuerpo para después vestirse con la ropa que había preparado instantes antes. Después se desenredó el cabello y se puso una BB

cream de Clarins sobre la piel.

—Sabes que no podemos buscarla si no hay indicios de suicidio o una denuncia por parte de sus familiares —le recordó Álex.

—No me jodas, Álex. Pero si esa chica estaba sola en la vida. Dos amigas y un novio desaparecido. ¿Crees que alguien la va a echar de menos? —contestó con rabia Elba.

—Pues que sus amigas vengan a comisaría y denuncien su desaparición —le ofreció el joven inspector.

—Ya lo han intentado y nadie les hizo caso. Les dijeron que desaparecer era un comportamiento absolutamente normal cuando te dejan plantada el día de tu boda —recriminó Elba.

—Y es que créeme que lo es. Es como si cogieran tu ego, lo pisotearan y después lo tiraran a la basura. Pero, si te quedas más tranquila, me acercaré mañana a hablar con sus amigas —se ofreció Álex—. Aunque igual solo estamos haciendo una bola de esto y ese tío simplemente quería quitarse del medio para no aguantar a su novia ni

a su familia.

—Menos mal que me tienes a mí, porque qué rápido te desinflas siempre cuando las cosas se estancan —le recriminó Elba con cierto recochineo.

—Venga Elba, ese tío es un guaperas, seguro que ese viajecito que se hizo a Murcia antes de su boda lo hizo con alguna amante —

rio Álex.

Aquel comentario despertó algo en la joven, que se quedó pensativa durante unos segundos. Se quedó paralizada, como si conectara algo en su mente, y ni siquiera contestó al ofrecimiento del joven. Comenzó a revolver las cosas que había sobre la cómoda de mango macizo veteado y patas de metal doradas que había al fondo de la habitación.

—¡Eso es! Amor, ¿has visto las llaves del coche?

—Están en ese cajón. —Álex señaló la cajonera—. Pero ¿qué pasa? ¿A dónde vas ahora? Habíamos quedado para cenar con mis amigos del fútbol.

—Murcia —contestó tajante Elba.

—¿Qué? ¿Vas a Murcia ahora?

—Los restaurantes de carretera de Murcia donde se encontraron los cargos de tarjeta que hizo Álvaro la tarde de antes del día de su boda; en los dosieres que me has dado no se menciona nada acerca de ellos. No hay ninguna declaración de los encargados de esos sitios. ¿Alguien fue hasta allí para para preguntar por él? ¿Habéis mirado esas cámaras? —dijo Elba mientras se giraba a comprobar la reacción de su chico.

—Buenooo…, no. —De pronto, Álex había empalidecido al darse cuenta de que la habían cagado pasando por alto aquello—. No creí que fuera relevante. En serio, Elba, tenemos fugas de novios todos los días. La gente se viene arriba rápidamente para hincar rodilla y sacar el anillo, y luego se arrepiente cuando son conscientes de que tienen que estar follándose y despertándose al lado de la misma persona el resto de sus vidas —se justificó el joven.

—Ya lo sé, y te recuerdo que soy detective privada y que me pagan por buscar parejas infieles y novios a la fuga, pero tú mismo me

dijiste que con este caso tenías una intuición, que te parecía que había algo raro en la desaparición de Álvaro Casanova. Y joder, Álex, sé que no dais abasto y que os faltan recursos, pero tú siempre sigues tu intuición —insistió Elba, que nunca se daba por vencida.

—Sí, lo sé, pero con las dos bajas en el equipo tenemos muchísimo trabajo y… yo qué sé, no creí que eso fuera importante.

La realidad es que lo di por hecho —confesó el joven inspector. Elba sabía lo mucho que le costaba a su chico admitir que había cometido un error.

—¡Bingo! ¡Tengo las llaves! —gritó al verlas en el cajón—. No te preocupes, por eso hacemos tan buena pareja —dijo Elba mientras se acercaba hasta la cama y le regalaba un beso en la frente—. Y

por eso estoy yo ahora aquí, para que me parezcan importantes las cosas que a ti no te lo parecen.

—Tú me pareces importante. —Álex le regaló aquella confesión

mientras tiraba de su brazo para darle un beso en los labios.

—Y tú a mí, mi amor —rio Elba mientras le correspondía con un beso en la nariz.

—Pues entonces quédate aquí hoy. Quiero que mis amigos del fútbol te conozcan por fin —le rogó.

—Pero si ya los conocí en aquel cumpleaños —contestó rápida Elba.

—Bueno, ya, pero apenas estuviste un rato. ¿Te acuerdas de que tuviste que ir a entregar no sé qué cosa al juzgado? Siempre tienes una excusa cuando quedo con ellos. Y me da vergüenza volver a decirles que tampoco esta vez puedes venir —dijo Álex poniendo voz de pena —. Además, vienen todas sus novias.

—Por eso mismo no quiero ir. —Elba comenzó a reírse—. Te amo, pero no me apetece nada tener que aguantar otra vez dos horas de conversaciones sobre pañales y cacas, y mucho menos a la mujer del portero preguntándome una y otra vez que a nosotros cuándo nos toca el bebé. A ver, señora, ubíquese, que no quiero ser madre,

¿tan difícil es de entender? —añadió poniendo voces y provocando la risa de su chico.

—Pero eso es porque les da envidia ver lo buena que estás —dijo Álex mientras le daba un mordisco en el pecho sobre el jersey— y quieren que te quedes embarazada para que sepas lo que se siente cuando las tetas están a punto de explotarte.

—Pues se van a quedar con las ganas porque mis tetas solo van a explotar dentro de tu boca —contestó pícara la joven.

—La verdad es que no se me ocurre mejor lugar para hacerlo.

Pero no desvíes mi atención, ¿te quedas a la cena? Porfa, porfa, porfa —suplicó Álex mientras juntaba las manos y las ponía entrelazadas frente a su boca.

—Voy a haceros el favor, a ti y a tu equipo, de ir a esos dos restaurantes que están a medio camino entre Almería y Murcia y a los cuales no os pareció importante ir a preguntar cuando el banco os pasó los movimientos de la tarjeta de Álvaro —respondió irónica la joven—. Y, cuando vuelva de allí, te prometo que me iré directa a vuestra cena de futbolistas frustrados del IMSERSO a hablar con sus mujeres del piel con piel, de pañales sostenibles, del colecho, del

baby led weaning, de la mastitis, del método Ferber, del método Estivill, del porteo ergonómico, de los percentiles y de su puta madre

—se burló Elba riéndose al recordar todos los temas de conversación que se habían tratado en aquel cumpleaños.

—¿Y me prometes que me follarás en el baño del restaurante cuando lleguen los postres? —preguntó Álex sin miramiento.

—Y te prometo que te follaré en el baño del restaurante cuando lleguen los postres.

Y con aquella promesa Elba puso fin a la conversación, sin saber todavía que las decisiones que tomaría aquel día acabarían en tragedia.

14

Noctiluca

Jara estaba sentada en la orilla, con los brazos abrazando las rodillas y la barbilla apoyada sobre ellas, perdida entre sus pensamientos y con la mirada clavada en el bonito mar. Habían pasado horas desde que se despidió de Jaime y Elías, que habían puesto rumbo a la isla de Alborán, con la embarcación a rebosar de las misteriosas neveras de corcho blanco. Aunque le habían prometido que regresarían dentro de dos semanas, aquello no fue suficiente para frenar su angustia frente a la incertidumbre de cuál sería el destino que le deparaba en aquella isla fantasma. La anciana le había dicho que esperara ahí mientras que preparaban su llegada, pero tras una larga espera la joven se cansó de esperar. Se puso en pie y cogió sus pertenencias. Echó un vistazo rápido y divisó un pequeño camino que daba paso a una frondosa arboleda por la que le había parecido ver desaparecer a la anciana y al resto de su tribu. La joven comenzó a andar a través de él con el miedo enfundado en sus talones. No conocía aquel lugar, estaba sola, no sabía quiénes eran esas personas y a cada paso que daba adentrándose entre los árboles aumentaba su convencimiento de que su vida en aquel lugar corría peligro. De repente, un enorme pájaro se lanzó en picado sobre ella como si le quisiera impedir el paso.

«Esto no es buena señal —pensó Jara—. Si mi padre hubiera estado aquí, me diría que eso era un pájaro de mal agüero, y luego me contaría la historia que tanto le gustaba sobre que, en tiempos de los romanos, los augures eran los maestros de la adivinación y eran capaces de predecir el futuro solamente observando el

comportamiento de las aves. Que el más mínimo detalle, como la dirección hacia la que volaban o cómo agitaban las alas, eran signos y señales que enviaban los dioses y que solo los augures sabían interpretar. Luego me diría que cada ave llevaba un mensaje oculto.

Joder, si mi padre estuviera aquí, me diría que hiciera caso a las señales, y esta debe de ser una de ellas». Jara atravesó el camino entre la boscosa vegetación mientras seguía rumiando esos pensamientos. De repente, un haz de luz dio paso a una preciosa explanada cubierta de un manto verde y de hileras de margaritas amarillas. La oscuridad bajo los árboles del camino desembocaba en un remanso idílico amenizado con el canto amable de los pájaros, y en el que, a pesar de que la noche se acercaba, el sol lo regaba con sus últimos coletazos.

Tras buscar en el cielo la sinfonía de aquellos pajarillos, Jara bajó

la mirada y se percató de que a pocos metros el grupo de indígenas, ataviados con sus túnicas blancas, se encontraban sentados en el suelo laborando con sus manos la tierra bajo la atenta observación de la anciana, que se encontraba de pie con su bastón.

—¡¿Qué haces aquí?! —gritó la mujer cuando vio a Jara observándolos. La señaló con la vara—. Te he dicho que esperaras en la orilla.

Jara se quedó paralizada, incapaz de articular una palabra. La anciana empezó a caminar hacia ella con dificultad, ayudándose de su bastón, y con un semblante que denotaba su descontento.

—¡En Noctiluca hay normas! ¿Lo has entendido? —le recriminó la anciana visiblemente enfadada.

—Sí, lo sé, me ha quedado claro que en esta puta isla no se pueden hacer preguntas y que hay normas que nadie me ha explicado —respondió con ferocidad Jara—. Y, mire, ya estoy un poco cansada de que todo el mundo me diga lo que debo hacer y que a nadie le importe una mierda lo que yo tenga que decir.

Llevaba días sintiendo que había dejado de ser dueña de su destino. La ausencia de Álvaro la reconcomía. Le había escrito una nota diciendo que la llamase si volvía a casa y ni siquiera se había llevado con ella su teléfono. Sabía que alejarse de Almería era la mejor opción, pero si Álvaro se arrepentía y volvía a buscarla no la

podría localizar. Jara era un mar de dudas que había visto cómo la vida le había borrado de un plumazo todos los planes que tenía. Su cuento de hadas se había convertido en una pesadilla de la que confiaba poder despertar. Estaba sola, más sola que nunca. Su futuro marido había desaparecido, una detective la estaba buscando, su padre había muerto y no sabía si volvería a ver a sus amigas.

Sentía un vacío que la atormentaba por dentro, Jara Moretti ya no tenía a nadie.

—Jovencita, vivir en esta isla es un regalo de los dioses y la naturaleza, así que deberías estar agradecida por encontrarte aquí —

replicó Osiris con una furia que Jara no se esperaba.

—Y lo estoy, quiero estar aquí —respondió la joven sabiendo que aquella isla era el mejor lugar para refugiarse en aquellos momentos.

—Pues si quieres estar aquí deberás aceptar esas normas que dices que nadie te ha explicado —le explicó la anciana con cierto desquite.

—¿Y esas normas cuáles son? —quiso saber Jara, pues estaba harta de escucharlos mencionarlas.

Osiris le hizo un ademán con los dedos de la mano izquierda mientras con la derecha comenzaba a andar apoyada en su bastón a la vez que Jara la seguía. A los pocos metros la anciana se sentó en una silla de mimbre cubierta de abalorios, que parecía más un altar que una silla. La mujer se sentó en ella y llevó su mano hasta el mango del bastón en el que en un compartimento oculto guardaba un manojo de clavos. Sacó uno de ellos y apoyó la vara en el reposabrazos de la silla mientras Jara la observaba con detenimiento y sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

—Jara, debes entender que esto no es un juego y que vivir en Noctiluca tiene consecuencias, al igual que lo tiene aceptar sus normas —comenzó la anciana mientras Jara asentía como si estuviera dispuesta a ello a pesar de que siempre había sido una insurgente—. La primera norma sobre Noctiluca es que nadie habla sobre Noctiluca. La segunda es que en Noctiluca no se hacen preguntas. La tercera es que lo que pasa en la isla se queda en la isla. La cuarta norma es que nadie entra aquí sin el consentimiento

de la Cúpula. La quinta es que nadie entra a nuestro asentamiento sin mi consentimiento. La sexta es que está prohibida cualquiera de las comunicaciones con el exterior. La séptima es que la luna llena es sagrada. Y la octava y última norma es que nadie sale de Noctiluca sin la aprobación de la Cúpula. —La anciana hizo una pausa antes de continuar—. ¿Estás segura de que vas a cumplirlas?

Jara se quedó pensativa analizando cada una de las normas que la mujer le había recitado de memoria como si estuviera harta de hacerlo. Sabía que nunca había sido de las que hacen caso a las reglas, más bien había sido siempre excesivamente indisciplinada.

Pero no tenía más remedio que acatarlas si quería seguir manteniendo su pellejo a salvo en aquella isla. La joven asintió poco convencida, así que Osiris estiró su mano para coger la de Jara y se la acercó hacia ella, lo que dejó a la joven en una postura algo incómoda. La anciana, sin mediar palabra y sin miramiento, clavó la punta de un clavo en la piel de la joven haciendo que esta soltara un alarido de dolor.

—Pero ¿qué hace? ¿Está usted loca? —gritó la joven llena de dolor, mientras que con la mano derecha recuperaba la otra mano y se la llevaba hasta su pecho como si aquel gesto la calmase.

—Todo el que acepta quedarse aquí y acata sus normas debe llevar la marca de Noctiluca —explicó la anciana mientras le mostraba una pequeña cicatriz en forma de medialuna que tenía marcada en la muñeca izquierda.

Osiris no le dio opción a réplica y volvió a tirar de la mano de la joven; esta vez siguió el contorno de la medialuna que iba marcándole en la piel con la punta del clavo y que dejaba un rastro de sangre mientras Jara soltaba quejidos llenos de angustia. Jara comenzó a marearse y no pudo evitar derrumbarse frente a la anciana, presa del dolor. Las lágrimas brotaron como fuentes y la joven se llevó las manos hasta la cara para intentar ocultar la molestia que la invadía. Osiris se quedó muy quieta ante aquella estampa hasta que, pasados unos segundos, alzó su bastón y dio un par de toques suaves con él en el brazo de la chica.

—¿Estás bien, niña? —preguntó preocupada la anciana.

—Sí, no se preocupe. Solo un poco mareada y algo cansada del

viaje. Demasiadas emociones —mintió. No era el momento de adentrarse más en sus sentimientos y las preocupaciones que se paseaban por su cabeza.

—Ven, sígueme —ordenó la arrugada mujer—. Puedes descansar en una ruca hasta que caiga la noche.

—¿Qué es una ruca? —preguntó Jara secándose las lágrimas.

—Eso que ves ahí. —La anciana señaló con su bastón una especie de chozas de paja que había a lo lejos—. Son las casas donde habitamos nosotros en Noctiluca.

—¿Eso son las casas? —quiso saber la joven algo extrañada.

—Sí, ahí vivimos nosotros.

Se dirigieron hacia una de ellas y al llegar a la única entrada que poseía, que estaba orientada hacia el este, la anciana invitó a la joven a que pasara.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Jara haciendo caso omiso al

consejo de los militares de no hacer preguntas.

—Mi hija —contestó tajante la anciana.

—¿Y a su hija no le importará que entre en su casa? —quiso asegurarse la joven.

—Mi hija falleció hace años. De hecho, tú me recuerdas mucho a ella; igual de impertinente y tozuda —respondió sin miramiento.

Jara tragó saliva. Desde bien pequeña siempre le había costado mantener la boca cerrada.

—Lo siento, no lo sabía —se disculpó.

—No nos conocemos de nada, no tenías por qué saberlo. Si quieres descansar, puedes tumbarte ahí —dijo la mujer señalando un colchón sobre el suelo— hasta que vengan a por ti y puedes curarte la herida con esto. —La mujer le ofreció una especie de gasa.

—¿Hasta que vengan a por mí quiénes? ¿No voy a quedarme aquí con usted? —El miedo de la incertidumbre volvió a avivarse en su interior.

—Irás a otra parte de la isla donde están los que son como tú; con nosotros no puedes quedarte. Pero no te preocupes, te gustará ese sitio, todo el mundo dice que es muy parecido al lugar de donde venían —explicó Osiris.

—¿De dónde venían? ¿Quiénes viven aquí, Osiris?

—Niña, de verdad, será mejor que no hagas preguntas. Acabas de aceptar las normas y parece que ya se te han olvidado. En esta isla a nadie le gustan las personas que hacen interrogatorios. Aquí todos vienen escapando de algo o, lo que es peor aún, escondiéndose de alguien —dijo muy seria la anciana.

—¿Y por qué cree que yo escapo de algo o de alguien?

Osiris hundió sus ojos en los de Jara y la escrutó con la mirada como si con aquel gesto quisiera desentrañar sus secretos.

—Porque puedo ver a través de tus ojos lo que escondes dentro de tu alma —confesó la anciana de cabello plateado.

Rápidamente Jara bajó la mirada, apartando bruscamente sus ojos de los de la anciana, y la clavó en la tierra de la ruca, como si quisiera

esconder bajo llave los secretos de su alma.

—Descuida, aquí todo el mundo guarda algún secreto. Debo irme, aprovecha para descansar. En breve vendré con Óliver para que te enseñe tu nuevo hogar.

—¿Quién es Óliver?

Osiris resopló tras aquella pregunta, y negó con la cabeza. Pero pareció pensárselo mejor y, apiadándose de ella, contestó:

—Óliver es un encantador de serpientes, un embaucador nato, así que no te dejes encandilar por sus magnéticos ojos verdes. Dejando eso a un lado, es un buen chico. Sus antepasados fueron los primeros en poblar esta isla, así que hoy en día se los considera los dueños de este lugar. Has traído dinero, ¿no? —se interesó Osiris.

—Sí, ¿lo voy a necesitar?

—Por supuesto, si quieres sobrevivir aquí —rio la anciana—. Los Buendía poseen la propiedad de todo lo que se ha construido en Noctiluca, por lo que todas las viviendas se les han de pagar a ellos

—explicó Osiris—. El resto de cosas ya te las contará Óliver. Me marcho, ahora volveré a por ti.

Jara estaba agotada después de todo lo acontecido desde que se había levantado, días atrás, para enfundarse en el precioso vestido de novia de Loreto Martínez y, aunque le imponía respeto el hecho de encontrarse en la casa de la hija fallecida de Osiris, su cuerpo le pedía que se tumbara en aquel mullido colchón que había sobre el suelo. Le pareció excesivo meterse dentro de las sábanas, por lo que

se hizo un ovillo, dejando los pies fuera, y al instante cayó rendida a los encantos de Morfeo. Y se adentró en un sueño tan profundo que no fue consciente de que las horas pasaban hasta que se percató de que Osiris había entrado en la ruca acompañada de un atractivo joven.

—¿Es ella? —Escuchó preguntar al apuesto hombre que estaba en el umbral con la anciana.

—Sí, es ella.

—¿Quién es su protector?

—Está claro que en esta isla quien no tiene padrinos no se bautiza… —se mofó la anciana arrancando una sonrisa en el joven.

—Venga, Osiris, ¿quién la envía? —insistió el joven.

—Eso da igual, Óliver, pero ella no sabe nada. Tratadla bien —

pidió la anciana.

—¿Tratar bien a quién? —les cortó Jara que había abierto los ojos con dificultad como si estuviera sufriendo una resaca—. ¿Y este quién es? —dijo señalando al joven.

—Soy Óliver Buendía y tú debes de ser Jara —saludó el joven con firmeza mientras le ofrecía la mano para ayudarla a levantarse.

Avergonzada por haberse sentido observada mientras dormía, se recompuso un poco la ropa e instintivamente se llevó la mano izquierda a la comisura de los labios para eliminar cualquier resto de saliva, consecuencia de aquel sueño reparador. Después aceptó la mano tendida del joven y se sujetó de ella con su mano derecha para ayudarse a levantarse del colchón.

El simple contacto de sus manos hizo que la piel de Jara se erizara. Aquel impulso para levantarse le había hecho acercar su nariz hacia el joven y esnifar su olor. Un olor que provocó un estremecimiento. Su mente y sus sentidos siempre habían sido frágilmente sensibles al universo de los olores. Y en ese instante había sentido una conexión inexplicable e irrefrenable con aquel chico. Su olor se había instaurado en sus adentros y el miedo que sentía hacía un momento, cuando desconocía su porvenir, se había disipado con el simple roce de aquella mano.

—Sí, soy Jara. Jara Moretti, encantada —se presentó con un sensual tono de voz, clavando en él una mirada electrizante.

—Me ha dicho Osiris que necesitas un hogar en la isla. Vamos, me encargaré de ello —se ofreció Óliver.

—Óliver, por favor, tratadla bien —pidió la anciana al joven de nuevo y luego se giró hacia Jara—. Siempre que necesites puedes venir a verme.

—Descuide, Osiris, personalmente me encargaré de ella. —

Aquello, lejos de tranquilizar a la anciana, la puso más nerviosa.

Jara lanzó una mirada cómplice a la mujer antes de comenzar a caminar junto a Óliver, como si en ella quisiera mostrarle su agradecimiento. Luego se giró y salió de la ruca.

Jara seguía el paso de aquel atractivo joven en silencio, observando todo lo que le rodeaba en aquella isla mientras atravesaban el camino arbolado. Óliver llevaba una pequeña nevera de corcho blanco, como la que los militares habían sacado de la isla.

La joven iba mordiéndose la lengua para no preguntarle qué es lo que portaba en aquella misteriosa caja blanca. Pero, a pesar de todas las advertencias, Jara siempre había sido rebelde y desafiante.

Aunque a veces reflotara su versión más frágil, sabía enterrarla bajo una seguridad pasmosa, increíblemente certera.

Jara Moretti no se rendía fácilmente y estaba acostumbrada a salirse con la suya. Su belleza le propiciaba un halo de magnetismo del que era difícil escaparse. Y ella lo sabía. Así que aceleró el paso hasta situarse a su altura y comenzó a morderse el labio en un atractivo gesto que hizo que los ojos de Óliver se desviaran en dirección a su boca. Lo que Jara todavía no sabía es que, aunque Osiris le había advertido de ello, aquel apuesto joven también sabía utilizar sus encantos para conseguir siempre sus objetivos.

—¿Todo bien, Jara? —preguntó impasible Óliver mientras seguía caminando.

—Sí, todo bien. Solo me preguntaba qué es lo que llevas dentro de esa cajita blanca —dijo la joven señalando la caja que Óliver portaba en sus manos—. También vi a los militares cargando cientos de esas.

—¿Nadie te ha explicado las reglas de Noctiluca? —inquirió Óliver sin tan quisiera girarse para mirarla.

Jara aceleró y le cortó el paso poniéndose frente a él y esbozando

una sugerente sonrisa.

—Sí, algo me han contado —contestó Jara haciéndose la despistada mientras llevaba su mano hacia atrás ocultando la medialuna que Osiris le había grabado con el clavo—. Pero, entre tú y yo, aquí no hay nadie —continuó Jara mordiéndose de nuevo el labio y señalando a ambos lados para remarcar sus palabras.

—Está bien, pero… ¿estás segura de que quieres saberlo? Luego no habrá marcha atrás —le advirtió Óliver extremadamente serio.

Pero la curiosidad de Jara era indestructible e insaciable. Era capaz de transformar el miedo que le recomía tras asomarse al precipicio en hambre por saltar al vacío. Era capaz de poner el dedo en la llama a sabiendas de que podría quemarse.

—Claro que estoy segura —respondió firme Jara manteniendo intacta su sonrisa.

Así que Óliver se acercó lentamente hacia ella, hasta que su boca quedó perfectamente alineada a la altura de su oreja. Jara tragó saliva ante aquella inesperada cercanía que volvía a impregnarla con el olor de aquel desconocido. Cuando los labios del joven casi rozaban el trago de su oreja susurró aquello que Jara hubiera deseado no escuchar jamás:

—Llevamos corazones de niños que utilizamos para nuestros rituales de luna llena.

15

Luna llena en Acuario

Noctiluca

La palabra «luna» proviene del latín y significa «luminosa» o «la que brilla». Aquella que en la noche acapara miradas, aquella a la que suplicamos nuestros deseos más ocultos. La Luna es el único satélite natural que orbita alrededor de la Tierra, como si fuera la única que tiene permiso para pasearse ante ella. A medida que la Luna va girando alrededor de la Tierra y recibiendo la luz del Sol desde distintas direcciones, su forma va cambiando cada día, dando paso así a las fases lunares y creando ese espectáculo de la naturaleza que nos embruja con cada ciclo.

Aquel domingo la Tierra se encontraba entre el Sol y la Luna.

Aquella noche, la luna era un gran espejo iluminado en todo su esplendor.

Jara aminoró su paso y siguió a Óliver en silencio. Aquella frase retumbaba en sus adentros y maldecía haber llegado a aquella isla.

¿Qué clase de enfermos vivían allí? ¿Por qué su padre la había dejado en manos de aquellos psicópatas? ¿Acaso era uno de ellos?

¿O quizá su teoría de que todo aquello era una trampa de los Casanova cogía más peso? Daba igual cuál fuera la respuesta porque todas desembocaban en el mismo final: Jara estaba atrapada en aquel lugar. La joven sabía que no tenía escapatoria, que allí nadie podía ir a salvarla, así que decidió respirar hondo y seguir adentrándose con su anfitrión por aquel camino. Porque, a pesar de todo, Óliver tenía algo que la atraía irrefrenablemente.

—Qué callada estás —dijo el joven rompiendo aquel silencio, pero no obtuvo respuesta.

Jara siguió caminando tras él sin mediar palabra, pero Óliver siguió insistiendo.

—¿Te pasa algo? ¿No piensas hablar en todo el trayecto?

—No me pasa nada —contestó de manera escueta.

—Pues tu cara no dice lo mismo —la increpó Óliver riéndose.

—¿Exactamente qué es lo que te hace gracia? —respondió ella de manera cortante.

—Tu cara —rio él mientras seguía caminando.

—¿Mi cara? —contestó Jara llena de ira—. ¿Y qué cara se supone que debería de tener después de que me digas que matáis niños para vuestras mierdas? ¿Qué clase de locos vivís en esta puta isla?

Óliver se giró hacia Jara y comenzó a reírse sin descanso con sonoras carcajadas. Intentaba comenzar a hablar, pero su propia risa se lo impedía. Hasta que consiguió calmarse y le respondió:

—Jara, por Dios, ¿de verdad te has creído que aquí dentro llevo corazones de niños? ¿Por qué clase de degenerado me has tomado?

Pues claro que no —se burló Óliver con los últimos coletazos de su risa—. ¿Cómo puedes creer algo así?

A Jara aquella actitud terminó por crisparle los nervios. Explotó.

—Igual porque no te conozco de nada. Igual porque dos desconocidos me han metido en un barco y me han traído a una jodida isla en mitad de la nada donde un grupo de indígenas les entregan neveras a unos militares y donde han dejado mi vida en manos de un puto enfermo que cree que es gracioso hacerle bromas a una desconocida —chilló Jara alzando las manos indignada.

—Ey, tranquila —dijo el joven con condescendencia bajándole cariñosamente los brazos—. Este lugar es un sueño y ya le agradecerás a este puto enfermo el poder quedarte aquí.

Jara, avergonzada, no tuvo el valor de responder. Sabía que había hecho el ridículo, pero después de todo lo que había pasado no tenía el cuerpo para bromas. Aunque tampoco era muy buena idea enemistarse con quien parecía llevar la voz cantante en aquel sitio.

Así que volvió a caminar detrás del joven, evitando interactuar con él. De repente, frente a ellos, un rodal de cañas de bambú forraba el horizonte próximo. Óliver aceleró el paso y se adentró entre ellas y el estómago de Jara se encogió cuando tuvo que apresurar sus

zancadas para seguirlo. Lo hizo en silencio mientras con sus manos apartaba las cañas para poder cruzar aquel lugar. Y, de pronto, en el último retal, al separarlas con sus manos, un manto de luz se abrió frente a ella. Óliver se giró para mirarla y le sonrió.

—Bienvenida a Noctiluca, Jara —habló el joven mientras levantaba la barbilla y señalaba la preciosa estampa que se presentaba

ante ellos.

Era un lugar mágico. La ladera de la pequeña montaña en la que se encontraban desembocaba en un pintoresco pueblecito de casas blancas y pequeñas palmeras verdes vibrantes, donde la roca volcánica había creado un imponente paisaje. Y, aunque ya caía la noche, tras la hilera de casas se podía divisar una playa de arena negra que daba paso al inmenso mar y la majestuosa luna llena que todo lo iluminaba.

—Dios mío —espetó Jara llevándose las manos hasta su boca.

—¿Te gusta? —preguntó Óliver.

—Es increíble —respondió atónita ante la belleza de aquel lugar —.

¡Dios, eso es un drago canario! —dijo Jara señalando un precioso árbol de porte elegante con corteza rojiza—. Qué extraño que viva aquí, es una especie en peligro de extinción y antiguamente los aborígenes creían que era un árbol mágico porque su savia pasa a ser roja cuando entra en contacto con el aire. Ellos la secaban, la convertían en polvo y la utilizaban con fines medicinales.

—Ya te dije que te encantaría. Noctiluca es un lugar mágico. Todo el que llega aquí jamás sale. Esta isla tiene algo que te atrapa —

explicó el joven mientras un brillo se instalaba en sus ojos.

Jara tenía frente a ella su jaula de oro. Una isla inigualable en belleza con un encanto magnético. Frente a ella el sueño de cualquiera, un lugar mágico, misterioso y secreto. En ella había algo que rápidamente había conseguido atraparla, como si en el aire hubiera un halo de energía que emanaba de aquel lugar que te hacía sentirte inevitablemente atraído por aquella isla. Y que hizo que Jara se olvidase por unos instantes de la octava y última norma que Osiris le había hecho aceptar: nadie sale de Noctiluca sin la aprobación de la Cúpula.

—¿Cuántas personas viven aquí?

—Unas doscientas. Mis antepasados fueron los primeros en poblar este lugar hace cientos de años —comentó Óliver mientras empezaba a bajar la ladera en dirección a las casas blancas.

—¿Y cómo llegaron hasta aquí?

—Mi familia poseía plantaciones de algodón en Motril, hicieron fortuna tras las guerras anglo-españolas de finales del siglo XVIII.

Aprovecharon las vacas flacas y la falta de abastecimiento que estaba sufriendo la industria textil catalana debido al bloqueo que sufría el Mediterráneo por culpa de la guerra. Así que, después de amasar gran cantidad de dinero con la venta del algodón, los padres de mis tatarabuelos decidieron abandonar la península en busca de un lugar tranquilo donde poder retirarse y alejarse de sus enemigos; el dinero te crea muchos, ¿sabes? Y así fue como acabaron llegando a la isla de Noctiluca —le explicó Óliver.

—¿Y cómo es posible que nadie conozca la existencia de esta isla?

—Igual que el dinero te crea enemigos, también te crea muchos amigos. Y con mucho dinero y buenos amigos en esta vida se puede tener cualquier cosa. Incluso una isla ilocalizable en mitad de la nada

—confesó el joven.

Caminaron por un pasillo de tierra que desembocaba en una angosta puerta de madera maciza cubierta por vegetación.

—Aquí es —dijo Óliver mientras introducía una llave en la cerradura.

Villa Oasis se encontraba en un macizo montañoso con la playa, a lo lejos, situada a sus pies. Aquel era un refugio conectado con la naturaleza, inundado de verde en contraste con el vibrante blanco.

Subieron unas escaleras entre rocas y llegaron a la impresionante villa. En el centro una imponente piscina iluminada coronaba el patio, rodeado de cactus en macetas de barro, palmeras, buganvillas y una frondosa vegetación. Frente a la piscina, una cama balinesa y bonitas tumbonas de tela y madera. Dos leones esculpidos en mármol custodiaban las escaleras de acceso. A la izquierda se distinguía una cristalera que conducía a un apartamento flanqueado por un muro revestido por una jardinera con una buganvilla fucsia.

Una imponente escalera separaba ese apartamento de otro dispuesto en la misma situación, pero en el lado opuesto. Y las

escaleras vestidas con jardineras llenas de flores daban paso a un enorme ventanal tras el que se ocultaba la casa principal. Todo estaba inundado de velas y bonitas lámparas de suelo.

—¿Aquí voy a vivir? —preguntó Jara maravillada.

—Efectivamente. Para ser más exactos, vivirás en Casa Macondo.

Es ese apartamento que ves a la izquierda de las escaleras.

Acompáñame —le pidió Óliver mientras se dirigía al nuevo hogar de Jara.

Al llegar a la cristalera, Óliver volvió a sacar su llavero y, con otra de las llaves, la abrió.

—Óliver Buendía, Casa Macondo… ¿Alguna obsesión oculta con García Márquez? —rio Jara al ver la conexión de su apellido con el nombre de la casa donde viviría.

—Y la de la derecha es Casa Melquíades; la de aquí arriba, la villa principal que es donde yo vivo, se llama Casa Úrsula, y el pequeño estudio que hay escondido al fondo a la derecha se llama Casa Gabo. Mi madre era una enamorada de Gabito, como ella lo llamaba cariñosamente, y estaba obsesionada con Cien años de soledad. Me lo empezó a leer en cuanto se dio cuenta de que tenía algo de consciencia. Ella siempre decía que Noctiluca era nuestro Macondo, que aquí las cosas eran tan recientes que muchas carecían de nombre y que para mencionarlas había que señalarlas con el dedo.

Jara abrió su bolsa de viaje y sacó de ella uno de los libros que había guardado y se lo mostró a Óliver.

—Creo que a mi madre le hubieras caído bien. —Óliver sonrío con complicidad al ver aquella edición desgastada y manoseada de Cien años de soledad.

Jara sintió en ese momento que, de alguna forma extraña, estaba conectada con ese lugar.

—Te gustará Noctiluca. Ahora será mejor que descanses, ya se ha hecho tarde. Ahí tienes unas llaves de tu nueva casa. Ya hablaremos de los pagos y el resto de cosas. Para lo que necesites, estoy al final de las escaleras —se despidió el apuesto joven cerrando tras de sí la enorme cristalera.

Jara dejó su bolsa de viaje sobre la mesa de la entrada y comenzó a inspeccionar el que sería su nuevo hogar. A su derecha, una

especie de barra de madera con tres bonitos taburetes tapizados

en piel negra. Sobre ella, un impactante cuadro colorido en tonos fucsias, violetas y turquesas: una mujer desnuda sobre las nubes con el pecho erguido y la cabeza apuntando al cielo, sentada sobre las líneas de un cuadrado vibrante que encarcelaba un ojo que lloraba lágrimas de colores. Se acercó para admirarlo. Estaba firmado por Álex de Marcos y vio la pequeña leyenda que se encontraba bajo el cuadro, como si de un museo se tratase: «Me quitaste el aliento porque, en ese momento, hasta la vida nos sobraba. Bonita, valiente y brava. Esta ilustración representa un orgasmo. Ese momento en el que la nube emocional deja de estar encima de nuestras cabezas y estamos por encima de todas nuestras angustias. En Francia lo llaman "la petite mort", una pequeña muerte para renacer». Jara volvió a obnubilarse ante aquellos trazos. «Quizá sea lo que yo necesite, morir para renacer», rumió en sus pensamientos. A la izquierda, un pequeño saloncito con una cocina integrada y pasado el muro con el cuadro se encontraba la habitación y un baño abierto con vistas a la cristalera, que se cubría con una bonita cortina gris. Al ver la cama y lo avanzada de la noche, Jara se desnudó, dejó la ropa sobre un bonito sillón color mostaza y se tumbó desnuda sobre las suaves sábanas blancas.

Aquel tacto nada tenía que ver con el incómodo colchón en el que había dormido la noche de antes en los barracones. Estaba extremadamente cansada, así que rápidamente sus ojos se cerraron y se sumió en un profundo sueño.

Una terrible sed la hizo despertar en mitad de la noche. Palpó con su mano derecha la pared en busca del interruptor de la luz hasta que consiguió dar con él. Caminó hasta la cocina y buscó tras las puertas hasta encontrar un vaso que llenó de agua fría del grifo. Tras darle un par de tragos volvió a la cama, pero se le hizo imposible conciliar de nuevo el sueño, así que fue hasta el salón en busca de uno de sus libros. De camino divisó un bonito buró en madera de pino belga con llamativos herrajes y se acercó hasta él. Estaba abierto y sobre

él había un pequeño tocadiscos manual Pro-Ject de nogal con brazo de aluminio. Y junto a este una torre de vinilos bien ordenados. Jara cogió el primero, PaloSanto, de Nia. Leyó el nombre de las canciones: «Siete nudos», «Agua Bendita»… Luego miró con detenimiento otro de los vinilos, era la banda sonora de Cinema Paradiso. Sacó el vinilo y lo puso en el tocadiscos. Empezó a sonar

«Tema d'amore». Aquella melodía resonaba en su mente, sintió como si algo en su interior se despertara. Y en aquel instante inexorablemente sintió un vínculo con esa canción y con aquella isla.

Jara se dirigió hasta el sofá y se tumbó en él, esperando que el sueño volviera a invadirla. Pero un ruido en el exterior le hizo ponerse en alerta. Otro ruido. Jara se quedó en una quietud absoluta en el sofá. No conocía aquel lugar y el miedo volvía a apoderarse de ella. Respiró hondo para tranquilizarse, pero fue entonces cuando oyó unas risas que venían del jardín. La curiosidad le pudo al miedo, así que se puso en pie y se dirigió hasta la parte de la cristalera que no estaba cubierta por la cortina. Al llegar, se posó en el filo de la cortina para intentar ocultarse. La luna llena iluminaba completamente el cielo. Las lámparas, las velas y las luces de la piscina hacían que el jardín resplandeciese. La respiración se le acompasó al darse cuenta de que era Óliver el que estaba en la piscina, pero el corazón se le aceleró al ver que una bella mujer morena con una media melena lo acompañaba. Los dos estaban desnudos. Jara quiso apartar la vista, pero Óliver pasó la mano por detrás del cuello de ella y comenzó a besarla de una manera tan apasionada que hizo que Jara se sintiera llamada a quedarse allí.

Luego bajó por su cuello, besándolo sin descanso hasta llegar a los enormes pechos que poseía aquella mujer. El joven comenzó a lamérselos con descaro y, acto seguido, alzó a la mujer desnuda a pulso para posarla sobre el filo de la piscina. Con delicadeza, le separó las piernas, dejando su sexo expuesto a la altura de su boca.

Despacio acercó su cabeza hasta él y comenzó a lamerlo sin tregua, lamidas tan fuertes que hacían que la joven echara hacia atrás su cabeza, presa del placer. Aquella estampa hizo que el cuerpo de Jara comenzara a estremecerse; sin saber por qué, se sentía inevitablemente atraída hacía él. Posó su mano izquierda sobre la

cristalera y se puso de puntillas. Ya no quedaba oculta tras la cortina, pero estaba convencida de que la pareja no podía verla en la penumbra del salón, iluminado tan solo por la luz de la luna. Llevó su mano derecha hasta su boca y cubrió sus dedos con saliva. Luego buscó su sexo y comenzó a masturbarse lentamente, haciendo pequeños círculos sobre su clítoris. Ver cómo Óliver lamía a aquella mujer hizo que sus sentidos se avivaran. Entonces el joven dejó de lamer a la mujer y la introdujo de nuevo en el agua. La cogió de la mano y la llevó hasta los escalones de la piscina. Ella se giró y posó las manos sobre el suelo, dejando su pecho fuera del agua y su culo en posición para ser embestido. Óliver se colocó tras ella y, con la mano derecha, le sujetó el cuello desde atrás. Fue en ese instante cuando su mirada se desvió hasta la cristalera de Casa Macondo, descubriendo a Jara mientras se masturbaba. La joven se quedó petrificada; su cuerpo y su mente se paralizaron por completo. Por un momento, pensó que

se iba a enfadar tanto por su mirada indiscreta que al día siguiente estaría expulsada de Villa Oasis. Pero, lejos de parar, Óliver clavó sus ojos en Jara y comenzó a penetrar bruscamente a la mujer desde atrás. Aquello encendió a Jara aún más, así que empezó a masturbarse de nuevo, primero tímidamente, aumentando el ritmo de su mano a medida que Óliver aumentaba el ritmo de sus embestidas. Hasta que «la petite mort» invadió su cuerpo y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que estaba muriendo para volver a renacer.

16

El club de las canciones

Almería

Elba Ros salió de su casa ubicada en el Residencial Oliveros Mar de Almería sabiendo que debía volver a la ciudad antes de que acabara la cena de su chico y sus amigos.

Aunque Álex siempre había respetado su espacio, era consciente de que a veces pecaba de ir demasiado por libre; por eso se esforzaría por llegar a tiempo a aquella maldita cena que nada le apetecía. Elba siempre había abogado por las relaciones sanas donde la libertad y la lealtad eran el pilar fundamental.

Dobló la esquina del Camino de Bobar donde se ubicaba su casa y caminó a paso ligero hacia su coche. Cuando estaba a punto de abrirlo, le pudieron las ganas. Así que se giró y entró a la confitería Capri a comprar algo de dulce.

—¿Lo de siempre, Elba? —preguntó la camarera con voz familiar.

—Solo el chinito, Carmencita, que tengo que salir a hacer unos recados —resumió la joven detective.

—Qué envidia me das, siempre de un lado para otro. Yo de joven también era bastante culo inquieto como tú, pero ya rezo por llegar a casa y tumbarme a ver una serie en Netflix. Mira, ahora estoy con la última temporada de Élite, que estoy enganchadísima —confesó la mujer.

—Yo me la devoré en un fin de semana, así que ahora estoy con un libro que me tiene también superenganchada —reconoció Elba.

—¿Cómo se llama? Que necesito lectura para cuando acabe la serie…

—Los secretos de la cortesana. Es además de una almeriense;

seguro que ha escrito más de un capítulo sentada por aquí. —Elba señaló las mesas de la cafetería. A esa hora, el lugar estaba abarrotado de gente. Mesas de familias llenas de niños felices con la boca llena de chocolate.

—¿Y de qué trata? —preguntó la camarera con interés.

—Me tiene ardiendo todo el día —rio Elba arrastrando con ella la

risa de la otra mujer—. Es una novela histórico-erótica, y cada capítulo está basado en un hecho histórico real. Solo sueño con que saquen una serie en Netflix de este libro porque va a ser lo único que consiga retenerme bajo la manta —concluyó la joven divertida.

—Pues me has convencido, necesito algo que me suba un poco la libido —dijo la mujer soltando una sonora carcajada.

—Ya me darás las gracias, Carmencita. Y anda, dame el chinito, que se me va a hacer tarde —apremió Elba.

Elba salió de la confitería y dio un bocado a aquel bollo de crema y chocolate en forma de medialuna que siempre la había conectado con su infancia. Le recordaba a cuando su abuelo Rafael se acercaba a darle un beso a las Jesuitinas en la hora del recreo y ella lo esperaba sentada en un tranco mientras mordía con ansia el desayuno. Aquel sabor la transportaba a aquellos maravillosos años en los cuales su máxima preocupación era qué chuchería se compraría en los Teléfonos Públicos, el lugar donde se reunían siempre los jóvenes al salir del colegio.

La joven se subió en el coche y conectó su teléfono. Abrió Spotify, buscó su lista de reproducción preferida, «Oasis», le dio al play y comenzó a sonar «Plan fatal», de Dani Fernández. Aquella canción la sumía en sus pensamientos. «Cuando necesites descansar de lo que buscas *tengo un plan que va a sonar fatal y no te importará.* Que nos falta emoción, eso es universal. / Que al final nos va a doler igual». Quizá todo aquello era lo que le hacía recuperar esa emoción que le faltaba: inmiscuirse en vidas ajenas con planes que sonaban fatal, pero que, a pesar de saber que dolerían, eran capaces de mantenerla viva. Por eso Elba nunca paraba quieta y por eso siempre había pecado de más, pues al final se implicaba tanto en los casos que investigaba que hacía suyas las historias. Pero ese peligro,

el que la hacía sentir el filo de la navaja cerca de su cuello, conseguía hacerla sentir viva.

Elba recorrió la avenida de Cabo de Gata hasta incorporarse a la A-7 dirección Murcia. Sonaba «Niebla», de Supersubmarina. «Para a respirar, piénsalo mejor. / Piensa que, si un día ella no está, /

echarás de menos hasta su caminar, / su despertar, su forma de hablar, *su mal humor, su estar mejor,* su pelo y su voz». ¿Acaso era posible que tu futuro marido desapareciera en extrañas circunstancias y que tú no estuvieras buscando hasta debajo de las piedras? ¿Porque

sabrías perfectamente que él ya no está? Aquel pensamiento tronaba en la cabeza de Elba mientras conducía de camino a La Fragua, situado en la Venta del Pobre. Era el primer restaurante donde aparecía un cargo en la tarjeta de Álvaro Casanova el día de antes de su boda.

Al l egar, Elba se bajó del coche portando entre sus manos una carpeta azul tamaño A4, como las que se usaban en el colegio para guardar los trabajos en primaria. Entró al restaurante y alzó la vista buscando alguna cámara de seguridad.

—Buenas tardes, busco al encargado.

—Soy yo, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó una mujer mayor con una cándida sonrisa.

—Soy Elba Ros, detective privada. Estoy trabajando para un caso de la policía y estoy buscando a este hombre. Se llama Álvaro Casanova e hizo un pago con su tarjeta aquí la noche del viernes 27

de enero sobre las 22.30 —le explicó la joven mientras le mostraba una foto del desaparecido.

La mujer tomó la foto y la miró con detenimiento mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento, viene tanta gente por aquí que es imposible recordar a todos. Sobre todo, un viernes, que vienen muchos turistas a pasar el fin de semana a Agua Amarga, un pueblecito precioso que hay hacia allí —contestó la mujer alzando su brazo y señalando hacia la derecha —. Así que son tantos los que vienen de paso… y encima yo ya estoy mayor y soy muy mala con las caras —reconoció con tono apenado.

—Me imagino. Yo soy una de esas que, en cuanto puede, se

escapan a tomarse un tinto con limón y vermut en el Descorche o un delicioso arroz caldoso en el Costamarga —rio Elba intentando ser compasiva. Su don para conectar con las personas era una de sus herramientas más valiosas. Siempre estaban más dispuestos a hablar cuando sentían que alguien empatizaba con ellos.

La mujer respiró un poco más aliviada y preguntó:

—¡Anda! ¿Tienes casa allí?

—¡Ojalá! Pero tengo dos lugares mágicos donde siempre me

escapo en cuanto puedo, la Casa Familiar La Joya y el hotel Mikasa.

Una cosa más —aprovechó Elba—, ¿reconoce a alguna de estas personas?

Elba abrió la carpeta de nuevo y sacó varias fotografías que puso en orden sobre la barra. La mujer las miró con detenimiento mientras volvía a negar con la cabeza.

—No me suena haber visto a ninguna de ellas.

—Y, por casualidad, ¿no tendrán alguna cámara de seguridad en el restaurante? —insistió Elba.

—No, lo siento. Siento no poder ayudarte. Pero, si vuelves por aquí, esta ya es tu casa —le ofreció gentilmente la mujer.

Elba salió del restaurante asumiendo que quizá no había sido buena idea conducir hasta allí. Habían pasado tantos días desde la desaparición que iba a ser difícil que alguien recordara la cara de Álvaro. Nada más subirse al coche, Elba volvió a darle al play y empezó a sonar «Todo contigo», de Álvaro de Luna. «Tú me has devuelto las ganas, yo quiero todo contigo. / Perdidos en una playa hasta que el sol se vaya y la luna sea testigo». Esos versos llevaron a Elba a recordar la conversación con Luna, la amiga de Jara, en el bufete de abogados. Si después del intento de suicidio Álvaro se había convertido en su todo, ¿cómo podía desaparecer de esa manera? ¿Acaso tendrían razón sus amigas y quizá Jara hubiera cometido alguna tontería?

La joven detective volvió a incorporarse a la A-7 dirección Murcia siguiendo los pasos de Álvaro Casanova la noche de antes de su boda. El GPS le marcó un pequeño desvío para poder llegar hasta el restaurante La Brasa, a la altura de Vera, un lugar especializado en cordero a la parrilla. Sonaba «El bien» de Viva Suecia. «No te creas

lo que dicen los cantantes. / No hagas caso a la mitad de lo que ves.

/ La verdad es que nada es tan importante». Quizá aquella letra era una premonición. Quizá no debía hacer caso a los cantantes o quizá todos tenían su parte de razón; quizá cada una de las canciones de esa playlist conseguía que algo en Elba se reactivara como un aviso luminoso. Pero sí que había una cosa con la que ella estaba completamente de acuerdo: «No te creas la mitad de lo que ves».

Vivimos en una sociedad conectada por pantallas, siempre en busca de la recompensa rápida, del estímulo ligero. Vivimos cegados por vidas irreales que se empeñan en mostrarnos. Sí, la enésima declaración de amor en Instagram de tu ex a su novia, mientras que cada madrugada te sigue llamando para decirte que te ama y que te echa de menos. Tu amiga, que disfraza su maternidad de parque de atracciones lleno de ilusiones y su única ilusión es saltar desde lo más alto de la montaña rusa y desaparecer. Aquella chica que se graba pletórica en una fiesta y, cuando se apagan las cámaras y se encienden las luces, cicatrices de lágrimas se balancean trémulas en sus mejillas. Quizá en aquel caso sucedía lo mismo, quizá no debía creerse nada de lo que veía. Quizá debía poner en cuarentena a todas y cada una de las personas relacionadas con esa desaparición.

La joven detective bajó del coche y repitió la misma operación; observó si había alguna cámara de seguridad en las afueras de aquel restaurante que pudiera arrojarles algo de luz sobre el tiempo que pasó Álvaro en aquellos lugares. Aunque había algo extraño; ¿por qué, en un trayecto de aproximadamente dos horas, el joven había parado en dos restaurantes a tan solo veinticinco minutos de distancia?

Entró dentro y esta vez había un matrimonio joven atendiendo detrás de la barra.

—¿Qué te pongo? —preguntó él mientras limpiaba con un trapo un vaso mojado.

—Nada, gracias. Estoy buscando al encargado.

—Somos nosotros —respondió la mujer introduciéndose en la conversación.

—Me llamo Elba Ros y estoy investigando junto a la policía una desaparición de un joven que se cree que estuvo en su restaurante

la noche del 27 de enero. Es este de aquí —dijo Elba mientras le ofrecía la fotografía de Álvaro Casanova.

—Tomás, mírala tú, que tienes mejor memoria con las caras —le pidió la mujer.

Tomás sostuvo entre sus manos la fotografía y la miró con detenimiento.

—Siento no poder ayudarla, no me suena nada haber visto a este chico por aquí la semana pasada —respondió con seguridad el

hombre.

—Por favor, mírelo bien. Es importante —insistió Elba desesperada.

—Lo siento, esa noche había partido y esto estaba lleno de gente.

Seguramente estuvo aquí, pero, como ya le digo, las noches de partido esto está a rebosar —se disculpó educadamente el hombre.

—Espere un momento, una última cosa —dijo Elba mientras abría la carpeta y sacaba varias fotos.

Las ordenó de nuevo sobre el mostrador. Primero la foto de Jara, luego la de Luis e Isabel, los padres de Álvaro, y después la de Luna y Paula, las amigas de Jara; mientras, el señor negaba con la cabeza al ver aparecer cada una de las nuevas fotografías. Y, por último, cuando ya había perdido toda esperanza, sacó la foto de Carlos García-Noblejas, la mano derecha de Luis Casanova.

—Él sí estuvo aquí —exclamó señalando la foto de Carlos—. Lo recuerdo porque me prometió que me traería crespillos de Murcia a la vuelta del viaje y le maldije porque no cumplió su palabra. Y, ya sabe usted, con la comida no se juega —rio el hombre.

—Entonces ¿está seguro de que él estuvo aquí? —recalcó de nuevo Elba para asegurarse.

—Segurísimo. Carlos es un cliente habitual, siempre para cuando va de camino a Murcia por trabajo; tienen allí una sede de no sé qué cosa. Lo que no sabría decirle es a qué hora estuvo aquí, porque no me da para tanto la cabeza ya —explicó el hombre.

—Muchísimas gracias, han sido ustedes de gran ayuda —reconoció Elba. Aquello daba un giro completo a la investigación e invalidaba la coartada de Carlos.

—¿Está metido en problemas? —preguntó preocupada la mujer.

—No me está permitido decirles nada. Solo una última pregunta:

¿recuerda si hizo algún pago con tarjeta? —se interesó Elba.

—Pues no lo recuerdo. Déjeme que mire la caja de ese día.

Viernes 27, ¿no? —dijo el hombre mientras rebuscaba en el ordenador.

—Sí —afirmó Elba.

—Pues no hay ningún pago con tarjeta a su nombre, debió de pagar en efectivo.

—Pero a nombre de Álvaro Casanova sí hay algún pago, ¿no? —

preguntó la detective.

—Espere… Sí, hay un pago a las 23.20, justo con todo el apogeo del fin del partido —añadió el hombre.

—¿Podría darme una copia de ese listado?

—Sí, por supuesto. Aquí tiene —respondió el hombre entregándole un fajo de folios manoseados y grapados.

—Muchísimas gracias, han sido ustedes de gran ayuda.

La joven detective salió del restaurante y se dirigió a su coche, que había aparcado un poco apartado cerca de unos árboles. Al subirse miró el móvil y se dio cuenta de que tenía cuatro llamadas perdidas de Álex. Se le había hecho tarde y había vuelto a fallarle.

Se llevó las manos a la cara, desesperada, sabiendo que no habría nada que le sirviera como excusa.

Marcó el número de su novio.

—¿Sí? —respondió Álex al otro lado del teléfono con el bullicio de la gente de fondo.

—Soy yo, amor, me vas a matar… —reconoció Elba con voz de pena.

—Que no vas a llegar, ¿no? —respondió Álex molesto.

—Acabo de terminar y estoy a una hora de camino. ¿Habéis tomado ya el postre? —preguntó rezando por que le dijera que no.

—Hace una hora, Elba. Sabes que tienen hijos y que todos quieren volver pronto a casa. Así que nada, una vez más que no cumples tu promesa ni de llegar ni de follarme en el baño —contestó dolido el inspector de policía.

—Te prometo… —Elba quiso replicarle, pero Álex ya le había colgado.

La joven conectó su móvil al coche y lo cogió entre las manos para enviarle un mensaje a Álex.

Lo siento amor, soy lo peor, pero te juro que te compensaré.

Sé que es trabajo, pero, joder, pensaba que vendrías y que estarías un rato con ellos y lo que más me jode es que no vas a follarme en el baño.

Elba entró en Spotify y le dio al play. Sonaba «Nudes», de Veintiuno y Chica sobresalto. «¿Quieres jugar, aunque acabe mal? /

Mándame nudes, ven, enamórate. *Llámame lo que quieras, pero llámame.* Búscame un drama, dispara, yo seré la bala. / Disfruta del caos que crees». Esa estrofa le dio la única solución factible para suavizar cualquier posible drama cuando volviera a casa. Así que miró por la ventanilla para cerciorarse de que no venía nadie, se levantó el jersey celeste de punto trenzado y se fotografió el body negro de encaje que llevaba y que hacía que sus pechos se vieran muy voluptuosos.

No quiero que te enfades, amor, ver si esto lo compensa Joder, Elba, ya me la has puesto dura.

¿Qué hago contigo? Mi boca debería estar ahí comiéndome tus tetas Ve al baño y enséñame cómo de dura está

A tus órdenes

Álex tardaba en responder. Elba se lo imaginó levantándose de la mesa, en la que sus amigos estarían terminándose unas botellas de Absolut Vodka y Beefeater, y cruzando a toda prisa el restaurante en dirección al baño, tratando de disimular su erección. Elba se cansó de esperar y volvió a insistirle:

Quiero verla

Mira cómo me pones

Elba amplió la foto adjunta que mostraba su pene completamente duro. Ella le envió otra sacando sus pechos por encima del body.

Debería estar ahí de rodillas frente a ti comiéndotela Dios, es que son perfectas, amor. Te juro que estoy salivando Elba puso el móvil a grabar en el soporte del coche y se incorporó un poco para desabrochar sus pantalones y bajar sus braguitas dejando al aire su

sexo. Luego se llevó la mano a la boca para llenarla de saliva y comenzó a masturbarse. Después le envió el vídeo a Álex.

¿Y con esto qué harías?

Joder, creo que me voy a desmayar.

Debería estar ahí levantándote el culo y entrando en ti. Luego te giraría, pondrías una pierna en la palanca de cambios y la otra entre los dos asientos y te lamería el coño a lo bestia

Y yo me acabaría corriendo en tu boca

El cuerpo de Elba se prendió con aquellas intenciones, imaginarse cómo Álex le lamería el coño la encendía de una manera salvaje. Así que comenzó a rozarse el clítoris con los dedos cada vez con más fuerza haciendo que el flujo le empapase las manos.

Ya me he corrido, amor. ¿Tú cómo vas?

Tú vete con tus amigos ya antes de que piensen que has hecho una bomba de humo. Yo llevo el coño mojado preparado para que lo lamas nada más que entre por la puerta de casa. Te quiero Sonaba «Sudores fríos», de Natos y Waor y Recycled J. «Sudores fríos. / Por el pecho y por la espalda me recorren al follar contigo. /

Son cuchillos y puñales tus colmillos junto con los míos». Elba comprendía perfectamente aquella sensación, la electricidad de la conexión, la combustión de dos cuerpos ansiosos de tenerse cerca que hacía que estar lejos uno del otro fuera el mismísimo infierno, los instintos animales rasgándose las ganas. En aquel momento, Elba Ros tenía claras dos cosas: el poder sexual que ejercía sobre su chico y que el testimonio de aquel camarero podría dar la vuelta por completo a la investigación.

Pero, desgraciadamente, no como ella creía.

17

¿Quién eres?

Noctiluca

La vergüenza que se apoderó de Jara la llevó a encerrarse varios días en Casa Macondo. Se había perdido entre los vinilos que descansaban cerca del bonito tocadiscos de madera de su nuevo hogar. «Para sobrevivir, me adentré en el humo». Había escuchado, en

un

bucle

casi

enfermizo,

«Guantanamera»,

de

Guitarricadelafuente, un desconocido cuya voz le había encandilado.

Jara también se había adentrado en el humo de una isla para sobrevivir de algo que ni ella misma conocía. Y, durante esos días, tan solo había abierto las puertas correderas de la casa para salir a coger una cesta con ricas frutas y comida preparada que Óliver Buendía le dejó al día siguiente de haberla pillado masturbándose apoyada en el cristal de la puerta. Junto a la cesta de apetecibles frutas descansaba una nota manuscrita:

Querida Jara:

Tendrás que coger energías para recuperarte de tu viaje. Sal a conocer la isla, curioséala, descubre cada uno de sus rincones. Estoy seguro de que este lugar te enamorará. Cualquier cosa que necesites tan solo tienes que subir las escaleras y te estaré esperando en Casa Úrsula.

«Te estaré esperando en Casa Úrsula» se repitió Jara para sí misma, entendiendo aquella despedida como una auténtica declaración de intenciones por parte de Óliver. Pero, a pesar del apetito sexual que Jara siempre había poseído, le avergonzaba

aquella situación. Una parte de ella se sentía vulnerable, sentía que le había mostrado toda su intimidad a un completo desconocido.

Pero, a la vez, ese mismo hecho le producía un morbo inimaginable que su mente sacaba a relucir a cada instante de manera incontrolable. Ahora Jara Moretti y Óliver Buendía compartían un ardiente secreto. Lo que no sabía es que aquel tan solo sería el primero de muchos.

Después de varios días sin respirar aire puro, la joven sintió por fin la necesidad de salir a conocer la hermosa isla. Noctiluca generaba en ella una curiosidad inigualable, unas ganas de saber más sobre aquel enigmático paraje. Jara no podía concebir cómo existía un lugar tan bonito y a la vez tan sumamente secreto. Pero se acordó de las palabras que su padre siempre le decía: «Recuerda, Jara, mi niña, que las cosas bonitas todo el mundo quiere tocarlas y de tanto tocarlas se rompen. Por eso es mejor mirarlas y admirarlas. Lo mismo pasa con las personas. Tú eres preciosa, y la gente querrá tocarte. Así que ten cuidado cuando dejes que lo hagan, porque la gente no sabe cuidar las

cosas bonitas y al final siempre acaban por romperse». Quizá la única forma de que aquella isla conservara su belleza era ocultando su existencia, para que poca gente pudiera tocarla.

Jara abrió la puerta corredera y salió de casa. Cruzó rápido el bonito jardín, en el que no había nadie, y salió por la puerta de madera que daba acceso a la calle. Intentó hacer memoria para deshacer el camino andado y poder llegar de nuevo hasta el asentamiento donde se encontraba Osiris. Fue fijándose en cada uno de los elementos que le habían llamado la atención cuando días antes realizó el mismo recorrido. Llegó hasta la parte baja de la ladera y paseó a través de la arboleda, que lucía diferente a la noche en la que llegó a la isla. Ahora, con la luz del día, los árboles le parecían amigables, el silbar de sus ramas sonaban como una calmada melodía y no como aquel silbido afilado que rociaba la noche. Y, de repente, llegó al asentamiento de Osiris, donde se encontraban las rucas. Serpenteó entre las modestas casas buscando a la anciana de cabellos grises hasta que la encontró sentada frente a una de ellas, tejiendo.

—Te estaba esperando, Jara —dijo la anciana sin levantar sus ojos de la madeja de lana verde oliva que tenía entre las manos y que tejía con un solo gancho de madera.

—¿Y por qué sabía que vendría? —preguntó extrañada Jara. Ni siquiera había visto que era ella.

—Pues porque, a pesar de haberte advertido, sé que tienes preguntas. Y porque mi hija hubiera hecho lo mismo, solo que ella no habría tardado tanto en venir —rio como si recordara—. ¿Te ha gustado la isla?

—Estaba cansada y apenas la he visto, pero lo poquito que he conocido de ella me ha encantado. Óliver me ha tratado muy bien y me ha instalado en Casa Macondo. Creo que será un buen lugar para vivir —reconoció Jara.

—Cuidado con los cantos de sirena de Óliver, que en su carisma está la perdición —advirtió Osiris.

—No se preocupe, sé cuidarme sola —contestó condescendiente Jara.

—Lo sé, pero no subestimes nunca a un Buendía. Mis antepasados lo hicieron y míranos, aquí estamos —rio con melancolía la anciana.

—¿Han vivido siempre en esta isla? —preguntó curiosa Jara.

—Hace muchos años, en la época en la que España estaba conquistando nuevas tierras, se formó el Virreinato del Perú y nuestro territorio era rico en recursos naturales, como el oro o la plata. Chile, el hogar en el que nunca viví, había sido conquistado por tus iguales. Allí se produjo una mezcla de culturas, pero ustedes siempre estuvieron por encima. Mi tatarabuela era una reconocida machi…

—¿Qué es una machi? —interrumpió Jara extrañada.

—Una chamana, una curandera. Mi tatarabuela era única, capaz de conectar el mundo terrenal y el espiritual —sentenció la anciana.

Jara bajó la mirada. La veracidad que desprendían las palabras de aquella mujer con cabellos grisáceos, moño bajo y penetrantes ojos negros le hacía sentir un inusual respeto, una especie de miedo amable que la llamaba a querer saber más.

—¿Y usted?

—Dicen que dichosos son los que a los suyos se parecen. Y yo ya

te dije que puedo ver a través de los ojos, muchas más cosas de las que me gustaría —se sinceró la anciana.

Osiris le explicó que ella también era una machi, como su madre, como su abuela, como su tatarabuela… Una machi no solo era una líder espiritual en la cultura mapuche, un pueblo indígena de Chile, sino que también eran líderes políticas y sociales. El pueblo confiaba en ellas y en sus poderes de sanación y protección.

—Pero ¿cómo llegó usted aquí?

—Mi tatarabuela nunca tuvo miedo de nada ni de nadie. Al principio, su presencia imponía respeto y admiración. Los tuyos no sabían cómo comportarse ante ella, aunque eran conscientes de que la necesitaban para sobrevivir. Pero, al poco tiempo, empezaron a considerarse los dueños y a tratarlos como si fueran esclavos. Mi tatarabuela no soportaba la condescendencia con la que los españoles se dirigían a ella en sus propias tierras, así que quiso enseñarles de lo que era capaz. Les mostró que podía curar enfermedades que ni ellos mismos conocían, les enseñó su conocimiento sobre plantas y sus propiedades curativas, les mostró su sabiduría para comunicarse con los espíritus de la naturaleza y conseguir su ayuda, les enseñó cómo en poco tiempo era capaz de hablar su mismo lenguaje y, al final, les acabó mostrando el mayor de todos sus dones: conocer el pasado para poder prevenirles del futuro —confesó la anciana.

—¿Cree que podemos cambiar nuestro destino? —intervino Jara.

—Creo que nuestras decisiones y nuestras elecciones crean nuestro destino —explicó la anciana.

—¿Y su tatarabuela los ayudaba a crear sus destinos? —volvió a curiosear la joven.

—Efectivamente, ella tenía una sensibilidad especial. Los ayudó a crear sus propios destinos, pero no fue capaz de crear el suyo propio. Mi tatarabuela miraba en los ojos de los demás, pero no podía hacerlo en los suyos propios. Y confió tanto en su poder que terminó cavando su propia tumba. Fueron los antepasados de los Buendía los que vieron en ella un tesoro y, antes de la caída del Virreinato del Perú, cuando ellos se volvían a España, se llevaron consigo a mi tatarabuela y a gran parte de la comunidad mapuche

para utilizar sus dones en beneficio propio. Y así fue como mis antepasados llegaron hasta Noctiluca, traídos como un trofeo —

finalizó la anciana con odio en su voz.

La joven tragó saliva ante aquella confesión. Lo que para ella había sido una vía de escape, una isla donde refugiarse tras el desastre, para aquella mujer que estaba sentada frente a ella con la piel arrugada era una especie de cárcel de oro sin barrotes. Sus antepasados habían sido arrancados de sus tierras y les habían hecho alejarse de sus raíces para utilizarlos en beneficio propio.

Habían hecho gala de esa superioridad que inunda al ser humano y que le hace creer que el color de su piel o su origen le confiere un estatus superior al de cualquier otro ser humano. Aquel pensamiento le produjo un pinchazo en la tripa a Jara.

—¿Y nunca han intentado salir de aquí? ¿Nunca han tratado de volver para conocer su tierra? —preguntó la joven, como si la solución fuera algo sumamente evidente.

—A mi tatarabuela la obligaron a firmar un pacto que afectaría a todas las generaciones venideras. A cambio de prestarles su sabiduría con las plantas de esta isla, ella y sus sucesores podrían seguir vivos.

Jara se dio cuenta de que cualquier decisión que tomamos en el pasado puede cambiar por completo el rumbo de nuestras vidas.

Inclusive el rumbo de las vidas de los que nos rodean. La vida de

aquellas personas dependía de la voluntad de un puñado de ricos.

Pensar en ello hizo que el pinchazo en su tripa se hiciera aún más evidente. Podía sentir el dolor con el que la anciana hablaba, sabiéndose retenida para siempre en aquella isla. Veía en cada uno de los pliegues de sus arrugas retazos de una historia de sufrimiento. Podía sentir la rabia de aquella mujer, podía sentir su angustia, su ira, su duelo, su tortura… Aquel sentimiento le despertó su más profunda empatía. Así que recortó distancias; dio unos pasos hacia ella, que seguía sentada en su silla de mimbre, con la lana y el gancho ya posados sobre su regazo. Osiris tenía clavados sus ojos melancólicos en la tierra, como si en aquella posición pudiera recordar. Jara alargó la mano con delicadeza y respeto en busca del contacto con la piel de la anciana.

—Lo siento mucho, Osiris. Sé que apenas nos conocemos, pero estoy aquí para lo que necesite —susurró con dulzura la joven a la vez que alcanzaba el antebrazo de la anciana y le regalaba una cándida caricia sobre el trozo de piel fruncido que dejaba al descubierto la túnica.

Pero la anciana hizo un aspaviento con su propio brazo y apartó la mano de Jara con un arrebatado manotazo. La joven tragó saliva perpleja al ver que un breve temblor azotaba a la mujer y le hacía levantar la mirada encolerizada, clavando los ojos en Jara. Estaba fuera de sí.

—¡Aléjate, Jara! ¿Qué vas a hacer? —gritó asustada la anciana con un tono de voz que nada tenía que ver con el que le había narrado la historia de su familia—. ¡Dime qué vas a hacer, Jara! ¡Dímelo!

¡Dímelo! ¿Por qué estás cubierta de sangre, Jara?

18

No es lo mismo mirar que ver

Almería

No es lo mismo mirar que ver. No es lo mismo escuchar que oír. No es lo mismo sentir que vivirlo. Y Elba Ros lo sabía. Eso es lo que la hacía distinta a los demás; ella miraba, escuchaba y vivía. Y

justamente esa sensibilidad ante la vida era la que había desarrollado su perspicacia. Se fijaba en los detalles, en esos pequeños que cualquier otro habría pasado por alto. Siempre decía que la

verdad no estaba en las pruebas, sino en la mirada de las personas.

Cuando llegó a la comisaría donde su pareja, Álex Molina, trabajaba como inspector de policía, todos la saludaron efusivamente. Era bastante habitual ver a la joven de cabellos cobrizos pasearse por los pasillos de aquel lugar.

Elba siempre había querido ser policía, pero acabó siendo una kamikaze de las expectativas ajenas. Su madre era una reputada jueza y su padre uno de los abogados más reconocidos de Almería.

Era hija única, lo que hizo que todas las esperanzas de sus padres estuvieran puestas en ella. Querían que el apellido Ros siguiera teniendo el mismo peso que mantenía desde varias generaciones atrás. Así que, por miedo a fallar a sus padres, decidió comenzar la carrera de Derecho. Se levantaba cada día viviendo una vida que no le correspondía, asumiendo que había elegido su futuro tras seguir los deseos de alguien que no era ella misma. No era feliz, porque cargaba sobre sus hombros el peso de lo que los demás esperaban de ella.

Porque, en realidad, Elba era todo lo que sus padres no

esperaban. Tenía un hambre voraz por investigar cualquier cosa y no quería ser nada de lo que sus padres deseaban para ella. O más bien de lo que deseaban para ellos. Elba no quería ser abogada, no quería casarse por la iglesia, no quería vestir bolsos caros y ni mucho menos quería ser madre. Esto último le costó que sus padres le retiraran la palabra durante un año entero. Que Elba no quisiera ser madre suponía una ofensa para su familia. Para ellos aquello era un «gesto egoísta»; ella iba a ser la responsable de que el legado de los Ros desapareciera.

Hasta que conoció a Álex y le dio la fuerza necesaria para verbalizar todo aquello que la había atormentado durante toda su vida. Con él se veía capaz de vivir una vida que por fin la hacía feliz siendo dueña de sus decisiones. Le dio el coraje necesario para plantarse frente a sus padres y comunicarles su decisión de dejar la abogacía para poder ser detective privada. Sabía que no era lo mismo que ser policía, pero le ponía tanta pasión a cada uno de sus

«insulsos» casos, como ella decía, que pronto Álex empezó a utilizar sus ganas para sacar adelante casos que creían perdidos.

—¿Está Álex dentro? —preguntó Elba al ver a uno de los policías del equipo de su chico.

—Se encuentra en la sala de interrogatorios; justo acaba de llegar Carlos García-Noblejas —le informó el policía—, ha dicho que pasaras.

—Muchas gracias, voy para allá. Por cierto, a ver si le enseñas a Álex a jugar al póquer, que menudo paquete —rio Elba recordando lo poco habilidoso que su chico era para los juegos de cartas, a diferencia de su maestría con los dedos.

—¡Ni en cien vidas tu novio podría aprender a jugar! —soltó el joven entre carcajadas mientras se alejaba.

Elba siguió caminando por el pasillo de la comisaría hasta que llegó a la habitación contigua de la sala de interrogatorios. Allí una agente de policía tomaba notas en un cuaderno.

—Hola, Alicia, ¿ha dicho algo? —preguntó Elba nada más entrar al cubículo.

—Hola, Elba, qué va. Acaba de llegar y están con los preliminares

—informó la mujer al mismo tiempo que le hacía una seña para que entrase en la sala.

Carlos García-Noblejas portaba un elegante traje de chaqueta oscuro totalmente impecable que acompañaba con una corbata de seda azul marino de Hermès, encabezada por una «H» bordada que caracterizaba la punta. Unas marcadas ojeras destacaban en su rostro y daban muestra del cansancio que acumulaba. Tenía el pelo repeinado a la perfección hacia el lado derecho y tan engominado que casi parecía una escultura. Estaba sentado en una silla pequeña y bastante incómoda frente a una mesa de metal que lo separaba de Álex y de otro policía con el que este solía trabajar. Cuando entró, Álex se giró hacia ella, le regaló una cándida sonrisa y le hizo un gesto con la barbilla para que se sentara a su lado.

—Has l egado justo a tiempo; mira, Carlos, te presento a Elba Ros, la detective privada que está echándonos una mano con la desaparición de Álvaro Casanova.

—Ya os dije que no he tenido nada que ver —refunfuñó el hombre.

—No sé si Álex te lo ha comentado, pero hay personas que no dicen lo mismo —comenzó Elba, segura de sus palabras.

—¿Quiénes? Les voy a decir yo lo que pasa: Luis quiso quitarme de en medio para que su hijo heredara la farmacéutica y ahora que no lo encuentran está buscando cualquier excusa para hacer que yo desaparezca del mapa —contestó colérico Carlos.

—Cuéntenos de nuevo qué es lo que hizo usted el pasado viernes 27 de enero —insistió Álex.

—¿Otra vez? Ya se lo he dicho, estuve con mi mujer —repitió Carlos con cierta agresividad.

—Un testigo lo sitúa en el restaurante La Brasa en la carretera que conecta Almería y Murcia —aportó Elba clavándole los ojos.

Carlos García-Noblejas cambió por completo su semblante. Bajó la mirada, sabiendo que no podía escapar de aquella afirmación que Elba acababa de lanzarle, y apretó los labios para impedir que de su boca saliera ninguna palabra.

—Carlos, sabemos que estuviste en aquel restaurante. Las cosas serán mucho más fáciles si colaboras y nos dices la verdad —dijo

Álex con tono amable, pero aquel hombre seguía sumido en un silencio absoluto.

—¿Sabes lo que creo, Carlos? —intervino Elba mientras seguía observando la expresión de aquel hombre—. Que tú no tuviste nada que ver con la desaparición de Álvaro —continuó la joven al tiempo que Álex se giraba a mirarla, intentando disimular su extrañeza ante aquella afirmación—. Creo que lo que ocultas no tiene nada que ver con la desaparición, pero has hecho algo de lo que te avergüenzas.

El hombre levantó lentamente la cabeza cuando escuchó aquellas palabras y clavó los ojos en Elba.

—Te juro que no tuve nada que ver —espetó el hombre con desesperación dirigiéndose a ella—. Tenemos sucursal de la farmacéutica en Murcia y voy muy a menudo, y… siempre hago parada en ese restaurante. Soy un cliente habitual.

—Carlos, por favor. ¿Por qué fuiste ese viernes al mismo lugar donde apareció un cargo en la tarjeta de Álvaro Casanova? —insistió Elba.

Sabía que aquel hombre callaba algo.

Carlos García-Noblejas tragó saliva dando cuenta de cómo los nervios se habían apoderado de él. Su rostro mostraba la desesperación que te invade cuando necesitas escupir algo que llevas dentro. Giró la cabeza hacia la derecha como si quisiera recordar y mientras bajaba la barbilla comenzó a hablar:

—No sé nada de la desaparición de Álvaro, te lo prometo —repitió el hombre mirando de nuevo a Elba—. Unos días antes de la boda me enteré de que sus padres le habían ofrecido un último trato: si no se casaba, heredaría la farmacéutica, y él se quedaría con el puesto que a mí me corresponde. Una tarde vino a la oficina y quise hablar con él. Él ya era un empresario de éxito, pero yo no tenía nada, ¿sabes? Ese puesto era lo único que me quedaba para conseguir ser alguien. Parecía nervioso y discutimos un poco cuando intenté hacerle entrar en razón. Me dijo que no era el momento de hablar de eso y que tenía varios asuntos que resolver en la sucursal de Murcia los días previos a la boda. Le propuse vernos a su vuelta en ese restaurante para poder hablar a solas. Yo tenía que ir ese viernes a la sucursal de allí, así que ese lugar era perfecto para

hablar lejos de miradas indiscretas y, por supuesto, sin que su padre se enterara. Pero os juro que nunca se presentó, Álvaro jamás vino

—confesó el hombre atormentado por su revelación.

—¿Por qué no dijiste nada la primera vez que te interrogamos? —

Álex dudaba de su explicación.

—Porque tenía miedo de perder el trabajo. Y, si Luis se hubiera enterado de que quería convencer a su hijo de que no aceptara su trato, me habría despedido de inmediato. Habría sido una deshonra para mi carrera —explicó Carlos con cierto nerviosismo.

—¿Entonces tu mujer nos mintió? —preguntó Álex sabiendo la respuesta.

—Estuve el resto de la noche con ella, y, como no llegué a ir a la sucursal de Murcia y me quedé en el restaurante, le dije que omitiera esa información. Le dije que si Luis Casanova se enteraba me echaría a la calle y que lo perderíamos todo. Los Casanova son muy poderosos y si quisieran podrían hundirme —relató con una mezcla de rabia y tristeza.

—¿Sabía alguien más que le habías dicho a Álvaro de veros aquel


viernes en ese restaurante? —preguntó Elba en un intento por recabar toda la información posible.

—Yo no, no se lo conté a nadie. No quería que nadie lo supiera —afirmó.

—¿Sabes si Álvaro comentó con alguien que le habías citado en aquel restaurante para hablar? —insistió Elba.

—No lo sé —respondió con voz titubeante.

—¿Y quién, además de ti, podría beneficiarse de la desaparición de Álvaro? —Volvió a intentarlo la detective.

Carlos García-Noblejas exhaló con fuerza y desvió sus ojos intentando pensar bien la respuesta a aquella pregunta, pues sabía que lo que dijera podría desviar las miradas que apuntaban hacia él y cambiar el curso de aquella investigación. Se mordió el labio y respiró con fuerza. Luego dirigió de nuevo la vista hacia ellos.

—La hermana mayor de Álvaro, Camila…, Camila Casanova —respondió convencido.

—¿Por qué se podría beneficiar Camila de que su hermano desapareciera? —preguntó extrañada Elba.

—Porque la escuché discutir con su padre. Me enteré del trato que le habían ofrecido a Álvaro cuando Luis Casanova se lo estaba contando a su hija mayor. Camila montó en cólera porque decía que, si ese puesto no iba a ser para mí, como siempre se había dicho, le debería corresponder a ella, pues es la primogénita de los Casanova —explicó Carlos.

—¿Y qué le respondió Luis Casanova a su hija? —indagó Álex queriendo tirar del hilo que acababa de salir a la luz.

—Que los negocios eran cosa de hombres —respondió fulminante Carlos.

19

Quien no arriesga no sabe cómo acaba el cuento Almería

Pasaron varios días en los que la búsqueda de Camila, la hermana

de Álvaro Casanova, fue infructuosa. Tenía el móvil apagado y nadie sabía nada de ella, hasta aquella mañana en la que una elegante mujer apareció en la comisaría sobre unos altísimos zapatos de salón de Jimmy Choo en charol color rosa ballet con puntera puntiaguda y emblema «JC» en la parte posterior, con unas enormes gafas de montura de acetato en color habana de Dolce & Gabbana que ocultaban parte de su rostro y portando en su brazo un bonito Birkin marrón de cuero granulado de Hermès. El exclusivo bolso que nació en pleno vuelo cuando la actriz Jane Birkin se sentó en un avión junto a Dumas, gerente de Hermès, y se lamentó de no encontrar un cabás adaptado a sus necesidades de madre primeriza. Dumas le dibujó inmediatamente un bolso de viaje rectangular, flexible, amplio, con un canto bruñido y con un compartimento para biberones. Así nacía el Birkin.

La joven se acercó al mostrador de la comisaría y se quitó las gafas para dirigirse al agente que había frente a ella.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó educado el agente.

—Soy Camila Casanova, creo que me están buscando —respondió con cierta altanería.

Elba, que estaba saliendo en ese momento, se giró al escuchar aquel nombre y no dio tiempo a que el agente contestara a la mujer.

—Camila, soy Elba Ros, te estábamos esperando —dijo a su espalda Elba mientras estiraba la mano para ofrecérsela.

La mujer no respondió a su saludo y miró a Elba de arriba abajo como si quisiera perdonarle la vida.

—Hablemos rápido, que tengo prisa —la apremió de forma poco cortés la mujer.

Elba se mordió los carrillos aguantándose las ganas de mandarla a la mierda y adelantó el paso para que esta la siguiera hasta la pequeña sala de interrogatorios que Álex siempre utilizaba. Al llegar a ella pidió al agente que custodiaba la sala que avisara a su chico.

La joven detective se paseaba por aquel lugar como un policía más.

Cuando ya sentada frente a ella le ofrecía un vaso de agua a la mujer, Álex entró por la puerta.

—Hola, Camila, soy Álex Molina, inspector de policía, y mi compañera, que veo que ya has conocido, es Elba Ros, una de nuestras colaboradoras —explicó el joven para introducirla en el interrogatorio.

—Sí, ya la he conocido y ya le he explicado que tengo prisa. Así que cuanto antes empecemos antes podré irme —sugirió la mujer cortante.

Elba escuchaba con atención las preguntas que Álex le hacía sin intervenir en la conversación. Aquella mujer era bastante altiva. La detective pensó que tenía a quién parecerse. Comenzó con las preguntas típicas para romper el hielo, hasta que una respuesta descuadró a Elba.

—Llevábamos días buscándote y no había ni rastro de ti, ¿dónde estabas?, ¿por qué te esfumaste después de la desaparición de tu hermano? —quiso saber Álex.

—He estado en un retiro espiritual en Lucainena de las Torres, necesitaba desconectar de todo lo que estaba sucediendo con mi hermano —respondió convencida Camila.

—¿Y alguien puede corroborar esto? —insistió el joven.

—Llamad a Montesión Luz del Desierto, ellos podrán corroborarlo.

Di un nombre falso porque no quería a cotillas preguntándome por el caso de mi hermano —respondió rápidamente la mujer.

—¿Qué nombre diste?

—Laia Tomás —contestó la mujer tajante—. Pero de verdad que

están perdiendo el tiempo si piensan que yo tengo algo que ver con la desaparición de mi hermano.

—Pues hay gente que no opina lo mismo. ¿Es cierto que discutiste con tu padre cuando te enteraste de que le había ofrecido un trato a tu hermano y que Álvaro presidiría la farmacéutica en vez de Carlos?

—indagó el inspector.

—Claro que me enfadé. Mi padre siempre había dicho que para que no hubiera problemas ese puesto sería para Carlos y, de la noche a

la mañana, como Álvaro comienza a triunfar en sus negocios, mi padre decide que mi hermano es el candidato idóneo para sustituirlo. Yo era la mayor y, si había decidido que Carlos no manejara la empresa familiar, yo debía ser quien lo hiciera —razonó indignada.

—Entonces sí tenías motivos para beneficiarte de la desaparición de tu hermano, ¿no? —le picó con perspicacia Álex.

—Si me conocierais un poco, sabríais que yo no quería ese puesto, no necesito el dinero —reconoció la mujer mientras dirigía su vista hacia su bolso—. Simplemente fue un dardo en mi ego, por eso me cabreé tanto. Porque sabía que la gente hablaría. Pero hay otras personas que se beneficiarían más de la desaparición de Álvaro, como la fulana esa que tiene por novia o nuestra hermana pequeña.

—¿Jara Moretti? ¿Por qué iba Jara a beneficiarse de la desaparición de tu hermano? —curioseó Álex.

—Porque conozco a mi hermano y estoy segura de que iba a aceptar el trato de mi padre. Es un narcisista, hacerlo sería un chute para su ego. Así que la muerta de hambre esa no podría seguir chupando del bote. Estaba obsesionada con mi hermano y lo tenía obnubilado porque según él follaba como una diosa. Pero esa no tenía dónde caerse muerta, si hasta estuvo viviendo en el río en una casa con su padre hasta que conoció a mi hermano. ¿Quién en su sano juicio sigue viviendo a su edad con su padre? —despotricó la mujer con desdén.

—¿Estaba muy unida a su padre? —intervino por primera vez Elba.

—Sí, demasiado. A mi hermano a veces se lo llevaban los demonios porque Jara era excesivamente despistada. En ocasiones olvidaba cosas y mi hermano siempre se quejaba de que, en vez de

arreglarlo como adultos, ella corría a los brazos de su padre —se quejó Camila.

—¿Y sabes dónde estaba la casa de su padre?

—Sé que estaba por el río Andarax, pero no sé dónde exactamente. Me suena que una vez mi hermano mencionó algo de que tuvo que hacerle el pago de un recibo de alquiler a una inmobiliaria. Indalo creo que se llamaba —sugirió la mujer mientras los ojos de Elba se abrían de par en par.

—¿Y vuestra hermana pequeña por qué se iba a beneficiar de la desaparición de tu hermano?

—¿Acaso la veis por aquí? En Montesión corroborarán que estuve allí, pero ¿sabéis algo de mi hermana? No y no lo vais a saber. —

Elba y Álex cruzaron las miradas al darse cuenta de que en ningún momento habían tenido en cuenta a la hermana pequeña—. Ella no tiene oficio ni beneficio y sus lujos se pagan con el dinero familiar porque es la mimada de papá. Si los negocios pasaban a Álvaro, a ella se le acabaría el chollo, ¿sabes? Además, siempre ha sido una engreída y una vaga a la que lo único que le importa es vivir del cuento de nuestro apellido.

Toda aquella información llegó como un jarro de agua fría, todos esos nuevos datos no se habían tenido en cuenta, lo que hizo que el inspector fuera consciente de que quizá no le habían prestado al caso el suficiente interés. Álex dejó que Camila se fuera no sin antes avisarla de que debía estar totalmente localizable por si tenían más preguntas. Le ofreció a Elba mandar una patrulla al lugar donde Camila decía haber estado de retiro espiritual y esta aceptó. También serían ellos los que se encargarían de encontrar a la hermana pequeña, como si con aquel gesto pudiera remediar su cagada. Elba, sin embargo, quería volver a casa a su despacho, lo antes posible, ya que la hermana de Álvaro le había dado muchos hilos de los que tirar y Álex, a pesar de todos los nuevos indicios, la acompañó, pues había estado trabajando toda la noche anterior y necesitaba descansar.

—Despiértame en un par de horas, que tengo que volver a la comisaría —le pidió Álex mientras le daba un beso en los labios y se dirigía hacia su cama.

—Descansa, amor —le dijo Elba.

Ella, sin embargo, se encerró en el despacho para repasar el interrogatorio de Camila Casanova y poder tomar nota de todas las informaciones que creía relevantes. Aunque lo más importante era la mención que había hecho de una casa alquilada en la que Jara había vivido con su padre y en la que podría estar escondida. Durante un largo tiempo Elba estuvo llamando a cada una de las inmobiliarias de toda Almería que tenían la palabra «indalo» en su nombre, aunque la mayoría ya estaban cerradas. Para su sorpresa había más de las que ella creía: Indaloalmería, Pueblo Indalo, Indalo Sol, Indalo de Almería y así un largo etcétera. Llamó a todas y cada una de ellas hasta que por fin dio en la tecla: una de las inmobiliarias le había alquilado

durante años una casa cerca del río Andarax al padre de Jara Moretti hasta que este falleció. La casa era de un acaudalado hombre que vivía en Barcelona y que la había recibido como herencia de una tía lejana. Como él no vivía en Almería, no se preocupó de ir a la casa cuando el padre de Jara murió ni tampoco pidió que la vaciaran. Al hombre le sobraba el dinero y se desentendió de aquel jaleo. Así que la inmobiliaria seguía teniendo las llaves.

—¡Venga, Álex! ¡Tenemos que irnos! —le apremió Elba zarandeándolo para despertarlo.

—¿Ya es la hora? —contestó perezoso al darse la vuelta.

—Sí, ya es la hora, además tengo prisa. Te espero en el ascensor

—contestó Elba para que acelerara.

Sin mediar palabra y con los ojos todavía casi pegados, Álex presionó con firmeza el botón del ascensor, que se iluminó rápidamente en rojo.

—¿A dónde vas ahora? —dijo el joven extrañado.

—He encontrado la inmobiliaria a través de la que el padre de Jara alquiló su casa. El comercial sale mañana de viaje y va a hacerme el favor de darme las llaves ahora. Ya ha hablado con el dueño de la

casa y le ha dado permiso para que entre —explicó Elba convincente.

—Eres la mejor, pero te has hecho pasar por policía, ¿verdad? —

rio Álex. Mientras le regalaba un beso a la joven en los labios el ascensor se abrió.

Elba sonrió sin contestar evitando ahondar en su sinvergonzonería. Cuando las puertas se cerraron tras ellos, Álex arrinconó a Elba contra el espejo y comenzó a besarla con ansia.

—¿No piensas apretar el botón para que bajemos? —preguntó ella con picardía.

—Pienso apretar otro botón mejor —replicó Álex mientras comenzaba a desabrochar el pantalón de Elba y bajaba su cremallera.

—¿Y si algún vecino llama al ascensor ahora? —preguntó la joven mientras jadeaba.

—A estas horas la gente está de fiesta y, si lo cogen, pues se encontrarán con este regalo.

El joven llevó su mano derecha hasta su boca y se humedeció los dedos. Después la besó y comenzaron a lamerse mutuamente los labios. Álex introdujo la mano dentro del pantalón de Elba y acarició su sexo. Empezó a realizar círculos sobre él, esparciendo su saliva mientras lo presionaba con suavidad.

—Quieres matarme, ¿verdad? —se quejó Elba sumida en el máximo placer.

—Quiero que te corras —le susurró Álex al oído.

Elba giró la cara y puso su boca sobre la oreja de Álex, regalándole gemidos secos a la vez que él aumentaba el ritmo de sus caricias. Curvó su pecho hacia delante a medida que los dedos de su chico bailaban, cada vez más rápido, en su clítoris. Hasta que, en el último compás, con su sexo tan hinchado que estaba a punto de reventar, acabó por correrse tras las puertas de aquel ascensor.

Álex se llevó la mano derecha hasta su boca y lamió los restos de flujo que emanaban de Elba.

—Ya puedes pulsar el otro botón —rio ella mientras se abrochaba los pantalones.

—Me pasaría la vida pulsando el tuyo, la verdad… —reconoció

Álex.

—Venga, no te pongas ahora romántico después de hacerme un dedo en el ascensor de casa. Por cierto, no sé por qué no me da buena espina nadie en esta familia —confesó la joven detective.

—Eso es porque son ricos, y te caen mal los ricos, amor —se burló el joven.

—No es por eso, gilipollas, es que he visto mil veces las grabaciones de los interrogatorios que hicisteis y por sus miradas sé que esconden algo. No me parece que sean limpias. Joder, ¡mira con qué desprecio hablaba de su hermana pequeña! —argumentó la joven.

La pareja salió del edificio y cuando Álex se dirigió hacia su preciosa Vespa roja se percató de que Elba no lo seguía.

—¿No vienes antes a la comisaría? —preguntó extrañado al ver que Elba estaba abriendo las puertas de su coche.

—No, quiero ir a por las llaves —reconoció sincera.

Elba tenía una corazonada que le aprisionaba el pecho, y ella siempre se dejaba llevar por su intuición. Su carácter obstinado afloraba cuando algo se le metía entre ceja y ceja. Por eso estaba convencida de que tenía que hurgar en aquella nueva pista.

—Pero ¿en serio vas a ir a estas horas?

—Sí, y tú deberías ponerte también ahora en cuanto llegues a buscar a la hermana pequeña. Mañana es sábado y me va a dar más pereza ir a por las llaves porque este hombre sale de viaje temprano. Prefiero ir ahora. De todos modos, en comisaría tampoco iba a poderte ayudar mucho hoy, porque después de correrme en el ascensor todo lo que querría sería follarte en cualquier salita. —Elba le guiñó un ojo mientras se montaba en su coche.

—Joder, ¿y cuál es el problema? —replicó Álex al mismo tiempo que llevaba la mano hasta su entrepierna y le mostraba a Elba el efecto que había tenido en su pene aquel comentario.

—El problema es que sabes que soy capaz… ¡Ciao, amor! ¡Te amo!

Luego te llamo cuando vuelva —se despidió Elba.

La detective privada arrancó el coche y encendió la radio. «Me miras, pero no me ves. / Si la voz de la tierra late en el tiempo, /

están quemando la hierba de tus recuerdos», cantaba al otro lado

María José Llergo. Elba condujo siguiendo las indicaciones del GPS

hasta l egar al camino del río Andarax, donde descubrió la pequeña casita que aparecía en la dirección indicada. Aparcó frente a ella y se bajó del coche. El comercial la esperaba en la puerta y le dio las llaves despidiéndose rápidamente porque tenía que irse a hacer las maletas. A Elba le sorprendió la facilidad con la que aquel hombre

había confiado en ella con el simple hecho de decirle que era policía.

Elba introdujo lentamente la llave que el comercial de la inmobiliaria le había dado en la cerradura. El corazón le latía deprisa.

Era tarde, estaba en un lugar alejado y se había quedado sola. A pesar de ser extremadamente intrépida, aquella situación la sobrepasaba. ¿Y si Jara estaba allí? ¿Y si de verdad había vuelto a intentar quitarse la vida y se encontraba en aquella casa? Cuando la llave encajó a la perfección, continuó con un giro de muñeca para poder abrirla. Entró en aquella casa con cautela, con el miedo que te invade cuando no sabes qué puedes encontrarte al otro lado.

Prendió la luz y se dispuso a inspeccionar el sitio.

Aquel lugar era aséptico, insulso, no había cuadros en las paredes ni ese olor que te transporta a un hogar. Todo aquello a Elba le resultó excesivamente extraño, ¿en qué casa normal no había alguna foto de la familia? Revisó primero el baño y luego el salón, pero apenas había muebles ni enseres. Al llegar a la cocina llamó rápidamente su atención una pequeña puerta blanca tras el frigorífico que pasaba casi desapercibida. Su pulso se aceleró al dirigirse a ella. Movió con destreza el electrodoméstico y dejó libre el acceso a la puerta. La empujó con suavidad intentando controlar el ritmo de su respiración, que daba buena cuenta del pavor que sentía en aquel momento. Al entrar, una pequeña estancia hacía de una especie de almacén. Había numerosos alimentos en latas, conservas de toda clase y una pequeña mesa con un diminuto camping gas, unas cuantas probetas y una báscula. Y sobre la mesa algunas anotaciones en tiza totalmente ilegibles. Nada de aquello tenía sentido, pero el instinto de Elba nadaba a contracorriente hacia la superficie. Salió de aquel lugar y se dirigió hacia la habitación principal. Al abrir el armario divisó ropa de hombre perfectamente doblada y colocada, por lo que supuso que era la habitación del

padre. Revolvió todo en busca de algún papel o alguna documentación, pero ni rastro. Elba tenía la sensación de que lo que allí quedaba estaba perfectamente estudiado, como si alguien hubiera querido preparar la escena. Todo en su sitio y a la vez nada reseñable. Aquello le parecía demasiado extraño. Como si esa casa estuviera vacía de recuerdos y poseyera tan solo lo estrictamente necesario.

Caminó hasta el siguiente cuarto. Era una estancia diminuta con una pequeña cama, que supuso que sería de Jara, un armario y una mesita de noche con tres cajones. Allí tampoco había ninguna

fotografía, tan solo un dibujo clavado con una chincheta en la pared: el garabato de tres figuras, la que parecía la de un hombre con bigote, otra con pelo largo que podía ser la de una mujer y una más pequeña con pelo castaño. No había nada más en el dibujo, salvo unos rayones negros sobre la cabeza del hombre y los laterales. Y

abajo a la derecha la firma de Jara con la caligrafía típica de una niña que está aprendiendo a escribir. Elba buceó en el armario en el que había ropa de chica. Abrió todos los cajones y rebuscó en todos los bolsillos, pero más allá de alguna moneda y un par de pañuelos no había nada. Deshizo la cama y miró debajo, pero tampoco encontró cosa alguna. Repasó el primer cajón de la mesita de noche: algunos collares, unos pendientes y lápices de colores. Abrió el segundo: unos auriculares, el carnet de Jara de la biblioteca y un par de bálsamos labiales. El tercer cajón tenía solo un par de libros: Sin noticias de Gurb de Eduardo Mendoza y Una habitación propia de Virginia Woolf. La similitud en los gustos por la lectura arrancó un esbozo de sonrisa en la joven detective. Pero al intentar cerrar el tercer cajón notó que algo la impedía hacerlo. Sacó los libros y los colocó nuevamente para comprobar que no rozasen y fueran ellos los que lo impedían, pero no sobresalían del cajón. Elba volvió a intentarlo con más fuerza, pero algo hacía tope. Sacó entonces el cajón por completo y metió su mano derecha en busca de lo que se había colado tras los cajones e impedía que este se pudiera cerrar.

Palpó por todos lados hasta que notó algo sobre la trasera de la cajonera. Pudo adivinar la forma de unos sobres, pero al tirar de ellos parecían pillados. Sacó los otros dos cajones y entre los huecos

de estos pudo ver que había unos sobres pegados a la parte de atrás con cinta aislante. Metió la mano derecha entre uno de los huecos, tiró de la cinta y los cogió. Al sacarlos los observó con detenimiento, ambos sobres tenían en el exterior el escudo del colegio Stella Maris junto con la dirección de la casa de Jara y su padre. Abrió el primero y vio una carta mecanografiada fechada en 2005.

Estimado señor Moretti:

Nos ponemos de nuevo en contacto con usted por medio de esta vía, ante la imposibilidad de contactar con usted por teléfono, pues el número del fijo que nos proporcionó en la matrícula de inscripción del centro no da señal.

Le escribimos debido a que determinadas actitudes de su hija han despertado en nosotros cierta inquietud.

Jara es una buena niña, demasiado madura para sus años, pero a veces combina esto con escenas en las que actúa como si fuera un bebé. Sin embargo, cuando intentamos hablar con ella no es capaz de verbalizarlo.

Esto es atípico en una niña de su edad. A veces además dice quedarse en blanco, aunque desconocemos la veracidad de esto, y en otras muchas ocasiones mira al vacío cuando le hablamos o congela la mirada. Nos gustaría que acudiera al colegio para que pudiéramos charlar sobre esto.

Quedamos a su disposición,

EQUIPO DIRECTIVO STELLA MARIS

La siguiente carta repetía lo mismo y le reiteraba la necesidad de que fuera al colegio, pues seguían sin tener noticias de él. Elba supuso que esas cartas jamás llegaron a manos del padre de Jara, pero aquellos comportamientos que el colegio describía le hacían querer ahondar más en la vida de ella. Al salir de la habitación de la joven, el corazón casi le dio un vuelco al percatarse de que la luz de la última estancia, a la que ella todavía no había accedido, estaba encendida. No había reparado en ello hasta aquel instante y desconocía si antes estaba apagada y la acababan de encender.

Pensar en esa opción la puso aún más nerviosa. La respiración se le aceleró a un ritmo frenético, sentía como si el corazón hubiera ascendido hasta su garganta.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó sintiéndose estúpida al darse cuenta de que era la típica pregunta que en cualquier película de terror predecía a la muerte.

Avanzó pausadamente hasta situarse frente a la última puerta.

Suspiró y se relajó por completo al ver que no había nadie dentro.

Pero si el padre de Jara había muerto años atrás, aquella luz no podía llevar encendida desde aquel momento…, así que alguien había tenido que estar no hacía tanto en esa habitación.

Elba se acercó hasta el escritorio y abrió todos los cajones. En ellos no había nada reseñable: lápices, una libreta sin anotaciones, unos sellos… Revisó un mueble de madera que presidía una de las paredes, pero tampoco había nada que pudiera ayudarla a saber dónde estaban Jara Moretti y Álvaro Casanova. Luego fijó sus ojos en las dos únicas cosas que daban muestra de que aquel lugar se parecía un poco a un hogar: dos fotografías colgaban de una de las paredes. Elba se acercó hasta ellas y las observó con detenimiento.

En una de las fotos aparecían tres hombres que se sujetaban uno a otro entrelazando los brazos por detrás de la espalda; Elba supuso que alguno de ellos sería el padre de Jara. A la derecha, la fotografía de una gaviota posada sobre un muro blanco de hormigón.

La joven espiró con desgana al ver que no había nada en aquel lugar que le sirviera para progresar en su investigación. Se dio la vuelta, se sentó en el sillón que había junto al escritorio de madera y

cruzó las piernas sobre la mesa.

—Venga, Jara, dónde te has metido —se preguntó a sí misma en voz alta.

Elba se llevó las manos a la cabeza, apretándose las sienes, como si aquel gesto la ayudara a pensar. Mientras, tatareaba en su cabeza el estribillo de la canción que había venido escuchando en el coche;

«me miras, pero no me ves», repetía para sus adentros. Luego fijó la vista en la única fotografía con personas que había en toda la casa.

—¿Y vosotros quiénes sois? —se dijo mirando la fotografía de

aquellos tres hombres.

Entonces fue cuando se percató de que a la izquierda de esa fotografía había una alcayata. Ahí había habido una fotografía colgada. Se giró hacia el único lugar del despacho que no había revisado: la pequeña librería. Al fijarse en ella se rio fugazmente al imaginar que Jara tuviera allí un ejemplar del mismo libro que poseía ella y que quizá la joven también se masturbaba mientras lo leía.

Rebuscó por cada rincón hasta que encontró un marco vacío, pero ni rastro de la foto que faltaba. Elba volvió hasta la pared donde colgaban los marcos, dispuesta a llevarse la fotografía de los tres hombres. Quizá pudiera encontrar alguna pista sobre ellos. Pero, al levantarla, descubrió que detrás de ella había un hueco en la pared.

Elba reprimió un grito de alegría. Metió la mano, pero dentro tan solo había una caja vacía.

—¡Joder! —espetó Elba desencantada al ver que no había nada en ella.

Aquello hizo que la sangre le hirviera al no saber qué se escondía tras aquello. Comenzó entonces a buscar con apremio por toda la habitación hasta que se fijó en algo que había pasado por alto todo el rato: la papelera. Metió la mano en ella y rebuscó entre los papeles que había allí. Abrió todos y cada uno hasta que en el último estaba una de las piezas del rompecabezas que la tenía en vilo: una carta manuscrita.

Querida Jara:

[…] Y a partir de ese momento, Jara, estarás a salvo.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Y

de qué tenía que estar a salvo, Jara?, se preguntó Elba aturdida.

¿Tendría algo que ver ese comportamiento que mencionaban las cartas de sus profesores? ¿Qué secretos escondía Jara Moretti? Elba sacó con cuidado la foto del marco y se la guardó junto con la carta.

Sabía que tenía que hurgar un poco más en aquel caso, estaba segura de que todo aquello tenía alguna relación con la desaparición

de Álvaro. La frialdad de esa casa ocultaba más de lo que mostraba.

¿Habría sido Jara la que había tirado esa carta a la papelera? ¿Y si había ido en busca de esos hombres? La joven detective tenía en su cabeza un hervidero de ideas y suposiciones, pero algo le decía que para encontrar a Álvaro antes debía dar con Jara Moretti.

Salió corriendo de aquel lugar y subió nerviosa a su coche.

Condujo a toda prisa hasta su casa mientras su cabeza no dejaba de pensar. Al día siguiente era sábado y necesitaba saber quiénes eran aquellos hombres, averiguar si sabían algo sobre el paradero de Jara Moretti o sobre la desaparición de Álvaro Casanova. No sabía qué estaba pasando, pero una intuición la invadía, una voz la llamaba a seguir mirando en aquella dirección. Elba no solo veía, sino que ella siempre miraba. Ponía atención en los detalles. Pero, en la vida, hay que tener cuidado con dónde miras porque a veces, sin esperarlo, aquello que encontramos puede también destruirnos.

Es solo un hasta luego

Almería

Era de madrugada cuando Elba Ros llegó de nuevo a su casa. Álex tenía turno de noche en la comisaría y ya la había avisado de que probablemente no volvería hasta el día siguiente. Ahora estaban inmersos en un macabro asesinato que apuntaba a un ajuste de cuentas por la disputa de una herencia de una reconocida doctora de la capital. A Elba le repateaba cómo la policía pasaba de un caso a otro con esa rapidez. No entendía cómo le habían dado carpetazo tan rápido a la desaparición de Álvaro y cómo no se habían inmutado tan siquiera con el hecho de que no hubiera rastro de Jara.

Elba se sumergía en las historias, las hacía suyas. Y quizá aquello era lo que la hacía ser tan buena detective. A veces le reprochaba eso a Álex, que ellos no empatizaran con las víctimas o sus familias, pero él siempre le respondía que no era lo mismo llevar un caso que diez a la vez.

Tras desnudarse se metió en la cama e intentó conciliar el sueño, pero le pesaban los recuerdos y todas las preguntas sin respuesta sobre la desaparición de Álvaro Casanova. Y luego estaba aquella enigmática carta del padre de Jara. Estaba segura de que debía seguir buscando en aquella dirección. Las manecillas del reloj avanzaban ávidas, rascando horas de la noche, impidiendo que la joven detective pudiera abrazar el descanso. Hasta que el agotamiento hizo que se rindiera al sueño.

Cuando se quiso dar cuenta, el cansancio le había pasado factura y las agujas el reloj habían avanzado a pasos agigantados. Era otra vez de noche.

—¡Mierda! ¿Qué hora es? —se preguntó a sí misma brincando sobresaltada fuera de la cama.

Elba buscó su móvil presa del nerviosismo que te recorre cuando estás recién despertado y todavía no eres consciente de tu propio ser. Palpó buscando el teléfono sobre las sábanas de seda verde oliva. Al dar con él y comprobar que faltaban pocas horas para que llegara la medianoche del sábado, su agitación se hizo evidente. Se paró en seco frente al bonito espejo redondo con marco ancho de madera reciclada y se llevó las manos hasta las sienes estirando las cejas y haciendo que sus ojos se rasgaran.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago? —repitió en voz alta, intentando buscar consuelo en la vibración de su propia voz.

Su intuición, que pocas veces le fallaba, le aullaba que se quedase, que parase, que dejase de tirar del hilo. Pero Elba no era así. Tenía una propensión innata hacia lo desconocido, hacia la búsqueda de la verdad, hacia todo aquello que la zarandeaba con una fuerza desmedida sacándola de su zona de confort. Esa pequeña voz, casi imperceptible, la seducía con pegadizas melodías.

Le hacía querer saber más sobre aquellos dos hombres y sobre esa carta que, según el padre de Jara, le serviría de salvoconducto.

De repente, un impulso la sacudió y comenzó a acelerarse. Cogió su móvil y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Luego buscó una libreta y con un bolígrafo azul comenzó a escribir: Amor, no te enfades. He encontrado un hilo de donde tirar para encontrar a Jara Moretti. Siento no llamarte, pero sé que si lo hago te enfadarás y me prohibirás ir a «husmear» como tú dices. Te lo explicaré todo bien y, en cuanto sepa algo más, prometo escribirte. Quizá vuelva antes incluso de que tú leas esta nota y la romperé en pedacitos para disimular y que no la veas.

Risa malvada.

Te adoro,

ELBA

La joven detective salió de su piso sin mirar atrás y paró el primer taxi que vio libre.

—Al Cable Inglés.

—A estas horas no es un buen sitio para una muchacha como usted y menos sola —le aconsejó el hombre con mucha buena intención, pero con poco tacto.

Elba sopesó la posibilidad de contestarle de malas maneras, porque estaba cansada de que siempre fuera ella la que tenía que ir con cuidado. Siempre el ojo se ponía sobre el débil, sobre el vulnerable: «No vistas así»; «No vayas sola por ahí», «No te emborraches»… Pero poco énfasis se ponía sobre el posible agresor:

«Respeta», «No te aproveches de la vulnerabilidad de las personas»,

«No hagas uso de tu fuerza»… En definitiva, no seas un hijo de perra.

La joven detective sacó la foto de los tres hombres. Sabía que uno de ellos seguramente fuera el padre de Jara, y que los otros dos eran a los que hacía referencia en su carta. Ella no sabía quién era quién, así que memorizó la cara de los tres. Uno de ellos era visiblemente más joven que los otros, y se paró a mirarlo con detenimiento. Era un joven atractivo con una mirada penetrante a la vez que dulce.

Al llegar al Cable Inglés, Elba pagó al taxista con la tarjeta del móvil y se bajó del taxi con el corazón acelerado. Buscó el lugar exacto que se mencionaba en la carta: «la primera estructura del soporte que hay tras acabar el mar», pero allí no había nadie.

Faltaban todavía unos minutos para la medianoche cuando de repente escuchó un ruido que la hizo ponerse en alerta. Fue entonces cuando se percató de que había un barco que se acercaba al puerto. Aceleró el paso y se escondió tras un arbusto que decoraba un pequeño jardín. En ese momento, una furgoneta negra llegó a la zona y se colocó cerca de la orilla, como si esperara al barco. Elba sintió que aquello escondía algo turbio. Fue entonces cuando varios hombres se bajaron del vehículo y se acercaron un poco más hacia la embarcación que se aproximaba a ellos. De repente, el barco paró y por la parte delantera comenzaron a sacar unas neveras blancas de

corcho, que los hombres que esperaban en tierra iban recibiendo y amontonando. En aquel instante, a pesar de que la noche ya bañaba el lugar, la joven detective pudo distinguir a

dos de los tres que aparecían en la fotografía que había cogido de la casa del padre de Jara. No le cabía ninguna duda; aquellos eran los dos hombres que el padre de la joven le había asegurado que la salvarían cuando todo fuera mal. Elba solo se guiaba por su instinto sin una certeza que refutara lo que estaba haciendo. Pero ¿de qué debían salvar aquellos hombres a Jara? ¿Tendría que ver con aquellas actitudes preocupantes que mostraba de niña? ¿O quizá aquella pequeña instancia escondida tras el frigorífico tenía algo que ver en todo aquello? ¿Habría sido su padre el que la había puesto en peligro y por eso sentía la necesidad de buscarle una vía de escape?

Elba necesitaba respuestas y sabía que aquellos dos hombres las tendrían. Con la respiración acelerada y el corazón bombeando a una velocidad desmesurada, la joven esperó el descuido de los hombres que seguían descargando aquellas cajas para correr tras la furgoneta negra que se encontraba más cerca del barco. Cuando se resguardó tras ella suspiró con fuerza, como aquel que se siente salvado. Pero en aquellos segundos de incertidumbre algo le hacía querer ir más allá. El miedo le arrebataba las fuerzas, pero sabía que en la vida a veces es un «ahora o nunca». Y Elba eligió «ahora».

Refugiada en la penumbra del lugar, Elba cerró los ojos y corrió hacia el barco como si supiera que estaba dejando su vida en manos del destino. Subió por la parte trasera y nada más pisarlo pudo saborear un poco su victoria. Fue ahí cuando se percató de que había una pequeña puerta que conducía a la parte interior de la embarcación. Supo que aquella era la única posibilidad de salir viva de allí. Bajó las escaleras y advirtió que se trataba de un pequeño almacén con algunas cajas de madera y mantas antiguas. De un vistazo analizó todos los elementos que había en aquel lugar y reparó en una caja grande que podría servirle.

—Bingo —susurró en voz baja al abrirla y ver que estaba vacía.

Se metió rápido en ella y en ese instante fue cuando se dio cuenta de la inmensidad de malas decisiones que había concatenado una tras otra en tan poco tiempo. «¿Qué he hecho?», pensó la joven al ser consciente de la insensatez con la que había actuado. Pero ya daba igual, porque tras algunas decisiones que tomamos lo único que nos queda es arrepentirnos. Y Elba se arrepentía a cada

segundo que iba sintiendo cómo el barco se ponía en marcha. Así que sacó rápidamente su móvil y deslizó el botón para ponerlo en silencio. Después abrió WhatsApp y pinchó en la primera conversación que tenía: «Álex» seguido del emoticono de un corazón azul.

—«Te amo» —escribió escuetamente la joven con miedo a explicar la locura que acababa de cometer.

Yo sí que te amo. Deseando llegar a casa y comerte.

Al leer aquello la tristeza invadió a Elba porque de repente fue consciente de que no sabía si volvería a ver a Álex. Ahí reparó en la importancia de haber seguido siempre esa norma que se impusieron cuando comenzaron a salir: «Jamás irse a la cama enfadados».

Siempre la habían cumplido al pie de la letra porque Álex continuamente decía que moriría joven. Por eso en aquel hogar todo se hablaba, hasta aquello que les rasgaba como puñales la garganta.

En aquella casa no se dejaban nada por decir. Rumiaban lo incómodo y buscaban soluciones a cualquier cosa que los atormentaba. Pero aquello no tenía pinta de tener fácil solución. En aquel barco con destino desconocido y acompañada de unos hombres que, con toda seguridad, suponían una amenaza para ella, los pensamientos en bucle habían hecho trinchera en su mente:

«¿Quién me mandaría meterme aquí?», se repetía una y otra vez torturándose. El tiempo pasaba hasta que sintió cómo el barco paraba. Intentó acompasar su respiración para controlar así sus pulsaciones. Escuchó ruido y la voz de un hombre que le sonó cerca de donde ella se ocultaba.

—¡Aquí estás! —espetó el hombre.

Elba palideció e instintivamente cerró la boca y se tapó la nariz, intentando dejar de respirar. Era imposible que la hubieran descubierto, no había hecho ningún ruido y nadie había bajado hasta el almacén. Pero aquel hombre debía de estar a unos pasos de ella.

—¿Lo has encontrado? —Se oyó vociferar a un hombre a lo lejos.

—¡Sí! Este maldito gato va a acabar conmigo —dijo el hombre que se encontraba cerca de la caja donde se escondía Elba.

—¡Venga, date prisa! Que solo quedas tú por salir —respondieron desde la lejanía.

—Si no dejarais siempre al más viejo buscando al puto gato —

refunfuñó en voz baja el hombre para sí mismo.

Al oír los pasos de aquel desconocido mientras subía las escaleras y se alejaba, Elba volvió a respirar. Notaba como si en aquel instante hubiera perdido años de vida. Se acurrucó un poco más dentro de la caja, esperando que pasara un tiempo prudencial para poder salir de ella sin ser vista. Tras un rato sin escuchar el más mínimo ruido, levantó con cautela la tapa y se dispuso a marcharse.

La realidad es que tenía miedo, sabía que aquella investigación acababa de sobrepasarla. ¿Se habría servido ella misma en bandeja de plata a los lobos? Intentó recapitular en su mente todo lo que había visto desde que había llegado al Cable Inglés. Hizo un repaso mental de cada uno de los detalles para que nada se le pasara por alto. «Los que han venido en el barco iban vestidos de militares», recordó entre el nerviosismo que la apabullaba. Recordar aquel dato hizo que su temor se desvaneciera un poco, empujándola sin miramiento a querer salir de aquel barco para descubrir en qué lugar se hallaban. «Los que han venido en el barco iban vestidos de militares», volvió a repetirse buscando una excusa para ser valiente.

Sin darse cuenta de que, al contrario de lo que dice la canción, a veces ser cobarde vale la pena, porque ser valiente sale demasiado caro.

21

¿Quién demonios es Bianca Ferraro?

Mesina, isla de Sicilia

Año 2003

La habitación de la pequeña Bianca, en la casa de los Ferraro, era un pequeño oasis con vistas al Santuario della Madonna di Montalto, hasta aquella maldita noche de enero en la que todo se torció.

La estancia estaba decorada con un gusto exquisito y los detalles que la poblaban daban buena cuenta del amor que se profesaba en aquella casa. Los padres de la niña diseñaron conjuntamente y llenos de ilusión aquel lugar antes de que ella naciera. La habitación estaba empapelada con papel pintado y un estampado de pequeños caballitos de mar. Un atípico animal acuático cuyos machos son los que incuban los huevos hasta que dan a luz a las crías. Algo similar a la historia de

aquella familia, pues fue Matteo, el padre, el que convenció a Sofía de que buscaran el bebé al mes de conocerse.

Al entrar a la habitación, a la izquierda, se encontraba a ras de suelo la cama de madera de la niña en forma de tipi, una de esas tiendas cónicas que usaban los pueblos indígenas nómadas en las Grandes Llanuras. A la derecha, una estantería tejida a mano con mimbre presidida por una pequeña caja que recopilaba los diminutos dientes que se le caían a Bianca y una colección de libros infantiles con una gama tan amplia de colores que hacía que aquellos estantes pareciesen un arcoíris vibrante. Esos libros daban buena muestra de la pasión que tenía por ellos la pequeña Bianca, de tan solo siete años, y que hacían que cada noche, madre e hija, compartieran un momento especial:

—Mamá, ¿me lees un trocito de Il Piccolo Principe? —pedía Bianca

con esa voz tierna que saben utilizar los niños como arma arrojadiza para su cándido chantaje.

—Bianca, mamá está cansada, lleva muchas horas trabajando —

suplicaba la madre, que volvía la mayoría de las noches de doblar turno por la falta de enfermeras en el hospital.

—Por favor —lloriqueaba la niña—, solo el capítulo del zorro.

—¿Otra vez? ¿Por qué te gusta tanto? —contestaba entre enfurruñada y divertida la madre.

—Porque yo también quiero domesticarte como al zorro —

respondía segura la niña.

—¿Para qué? —reía la madre, a sabiendas de cuál sería la respuesta porque era la misma cada día.

—Porque domesticar significa crear lazos y así siempre vendrás a la misma hora y siempre sabré cuándo preparar mi corazón —

reconocía mimosa Bianca mientras su madre, una noche más, procedía a leerle el mismo cuento.

A la derecha de la estantería, un bonito recuerdo familiar: un cuadro de grandes dimensiones pintado al óleo y adornado con una

moldura de haya natural labrada. En él, la imagen feliz de la familia Ferraro fundidos en un tierno abrazo: Matteo Ferraro, Sofía Aguilar y su hija, Bianca Ferraro, cuando apenas era un bebé.

Matteo y Sofía se conocieron en una de las visitas de Matteo a Madrid, cuando acudió por un traspié al hospital Gregorio Marañón donde Sofía trabajaba como enfermera. Él, a pesar de su juventud, era un reputado químico con una fama intachable en Italia. La conexión entre ambos fue instantánea, y tan evidente que a los cinco días la joven ya había hecho las maletas para trasladarse a Mesina con su amante italiano. Decisión que no sentó del todo bien a su familia, quien le prohibió volver a casa si ponía un pie fuera de España. Pero Sofía había perdido el juicio por aquel atractivo joven y decidió dejarlo todo e irse a vivir con él. Un cuento de hadas que resultó no ser tal, pues de manera inexplicable con el nacimiento de la pequeña Bianca, a los once meses de conocerse, y la pérdida del empleo de Matteo, las disputas en casa comenzaron a ser una constante y aquel amor que rezumaba ese hogar acabó tornándose en un ambiente hostil.

—Matteo, no puedes seguir así —le recriminaba Sofía portando al bebé en brazos.

—¿Así cómo? —rebatía Matteo con una lata de cerveza en la mano.

—Así, como un alcohólico estresado, pegado a una cerveza un lunes a las diez de la mañana y encerrado siempre en tu laboratorio

—contestaba consternada la mujer.

—¿Vas a decirme tú lo que tengo que hacer un lunes a las diez de la mañana? Da gracias porque, a pesar de perder el trabajo, sigo trayendo dinero a esta casa, porque, si no, con tu mierda de sueldo,

¿de verdad pensabas que íbamos a vivir? —se encaraba el hombre con cierta violencia en su voz.

—El dinero ya no me preocupa, Matteo, lo que me importa es

¿quién cuidará de Bianca cuando yo me incorpore al hospital? Echo de menos al hombre del que me enamoré —finalizaba Sofía con lágrimas en los ojos.

Pero la realidad era muy distinta. A pesar de sus reprimendas llenas de rabia, Sofía estaba sumamente enamorada de Matteo. Lo

perdonaba constantemente sin importar cuál fuera el motivo de la disputa. Ella quería creer que el amor todo lo podía; quizá era la forma de autoengañarse o quizá fuera su ego el que la impedía reconocer su derrota para no tener que volver a España con el rabo entre las piernas. No estaba preparada para un «te lo dijimos» por parte de su familia. No estaba preparada para asumir que las prisas nunca fueron buenas consejeras. Así que se había escrito su propio cuento de hadas y había acabado por creérselo. Había asumido que el amor era eso, unas migajas a deshora cuando los fuegos artificiales se apagan.

Por eso de su boca nunca salía una mala palabra hacia él, al contrario, animaba a Bianca a verlo como el mejor padre del mundo a través de historias, la mayoría de las veces, inventadas. No quería que su hija creciera pensando que su padre apenas se había preocupado de su cuidado y que, en más de una ocasión, de las voces y las amenazas había pasado a las manos. Aun así, Sofía había hecho que el cuarto de la pequeña fuera un puerto seguro, un remanso de paz donde se rezumaba amor por cada poro. Pero la

inocente Bianca cometió el error de poner un pie fuera de su refugio, aquella noche de enero.

—No me chilles, por favor. —Oyó suplicar a su madre mientras ella asomaba a escondidas sus grandes ojos por la rendija de la puerta del salón.

La niña había acudido allí siguiendo la estela de los gritos que se escuchaban por encima del vinilo de la banda sonora de Cinema Paradiso, la película preferida de su madre. Sofía siempre ponía aquel disco cuando quería evadirse de la vida.

Pero aquella noche las voces de Matteo eran tan fuertes que

«Tema d’amore» no era suficiente para ocultar aquella discusión.

—Por favor te lo pido, suéltame —volvió a rogar Sofía entre lágrimas.

—¿Quién era ese cabronazo que te ha traído en el coche? —

preguntó Matteo lleno de ira a la vez que la zarandeaba.

Pero Sofía tan solo podía llorar, no era capaz de articular palabra.

—¿Acaso te lo estás tirando, zorra? —bramó Matteo mientras

soltaba su mano derecha del brazo de Sofía y la llevaba hasta su cuello.

Mientras, Bianca seguía absorta contemplando aquella escena en la que su padre iba aumentando el tono de su voz y la violencia de sus gestos y palabras. Los gritos seguían y seguían, y se le sumaban los reproches. Y es que hay veces en la vida en las que a la cascada de reproches nada puede seguirle, porque eso significa que todo está roto. Porque eso significa que ya estamos rotos. Así que aquella noche de enero Bianca presenció algo que la marcaría el resto de su existencia. Porque todo aquello que vivimos de niños determina el adulto que seremos en un futuro. Y Bianca, con tan solo siete años, ya llevaba marcado a fuego su destino.

Cuando a los gritos les siguió el silencio, la pequeña corrió inmersa en una oleada muda de lágrimas hasta su habitación.

Rápidamente se desnudó y se puso su pijama blanco de terciopelo con estrellas azules y canalé en los puños. Después, temblorosa, echó un vistazo rápido por su cuarto buscando lo único que podría calmarla en ese instante: Cosmo.

Cosmo era un suave cisne de peluche algo desgastado por los

estragos del paso del tiempo y el cariño inexplicable de su joven dueña. Llevaba una pequeña camiseta de algodón, que antaño fue blanca y ahora tenía restos de todas las contiendas vividas, bordada con las iniciales B. F. Se lo regaló su madre cuando tenía apenas dos años, y sentía por él un amor descomunal, porque aquel peluche era el encargado de hacerle compañía mientras su madre pasaba largas horas trabajando en el hospital. Ella le explicó que los cisnes son uno de los animales más fieles y que forman con su pareja un vínculo de por vida, y por eso quería que siempre sintiera que estaba cerca.

Cuando se veían, cada una de ellas hacía con su mano derecha la forma de la mitad de un corazón y, al juntarlas, simulaban los corazones que hacen los cisnes al entrelazar sus cuellos.

Cuando Bianca divisó a Cosmo se abrazó a él en busca de ese candor que la hacía sentirse a salvo. Se metió en la cama sin despegarse de su amigo y se cubrió con el edredón por encima de la cabeza para hacerse un pequeño fuerte bajo las sábanas. La contienda de sollozos que la asolaban hacía que su respiración fuera cada vez más entrecortada. Hasta que al final el cansancio hizo estragos y acabó por quedarse dormida.

El silencio de la noche invadía aquella habitación infantil. Un rayo de luz proveniente de alguna farola cercana se colaba por una rendija de la persiana entreabierta. Un insignificante gesto de alivio para que la pequeña Bianca se sintiera protegida cuando caía la noche.

Pero toda aquella paz se esfumó de un plumazo cuando la puerta de la habitación se abrió con un ímpetu desmesurado. Su padre, visiblemente alterado, entró sin miramiento a la habitación y zarandeó a la niña.

—¡Bianca, despierta! ¡Tenemos que irnos! —vociferó su padre con cierta agresividad en su tono de voz.

—Papi, déjame dormir, no quiero ir al cole, es muy temprano —

lloriqueó la niña entre sueños.

—¡Bianca, te he dicho que tenemos que irnos! —volvió a repetir cogiéndola de los brazos.

La niña abrió bruscamente los ojos sin entender nada de lo que estaba sucediendo. En ese instante adivinó la figura de su padre frente a su armario. Revolvía cajones y perchas, cogía ropa y la metía en una pequeña mochila azul.

—Pero, papi, ¿dónde vamos? ¿Dónde está mamá? —sollozó la niña.

—Bianca, mamá no puede venir —dijo el padre sin tan siquiera mirarla a la cara y con tono de desprecio.

Cuando terminó de llenar la mochila, agarró del armario unos pantalones vaqueros blancos y un pequeño jersey verde de punto trenzado y de algodón y los lanzó a la cama junto a la niña.

—Vístete, tenemos que irnos —volvió a repetir el padre sin mostrar un atisbo de cariño.

Entonces la pequeña comenzó a sollozar.

—Quiero ir con mamá —balbuceó sorbiendo sus propias lágrimas.

Matteo respiró hondo intentando controlar su nerviosismo.

Deshizo sus pasos y se sentó junto a ella. La ayudó a quitarse el pijama blanco de terciopelo con estrellas azules y comenzó a vestirla.

—Quiero ir con mamá —insistió Bianca.

—Cariño, mamá se ha enfadado con papá y se ha ido a dormir a casa de su amiga Alessandra, pero cuando se le pase vendrá con nosotros, te lo prometo —explicó el padre con un tono totalmente distinto.

—Pero ¿por qué se ha enfadado contigo? ¿Se ha enfadado porque le has gritado?

—Cuando las personas se quieren mucho mucho mucho, a veces se gritan y se enfadan. Lo hacen porque así cuando se perdonan su corazón se vuelve más grande y le cabe más amor. Entonces después de gritarse se quieren incluso mucho más —argumentó el padre.

A la pequeña aquellas palabras le parecieron extrañas; no entendía cómo las personas que se quieren se iban a amar más después de gritarse. Pero, con siete años, cualquier explicación medianamente convincente a mitad de la noche puede valerte para pasar página.

—¿Y a dónde vamos?

—A un sitio precioso, ya lo verás —explicó el padre, cariñoso.

—¿Y Cosmo será feliz allí? ¿Allí habrá cisnes como él? —preguntó la niña, curiosa.

—Claro, pero para poder ser felices allí y que mamá venga a buscarnos tendremos que jugar a un juego.

—¿Qué juego, papi? ¡Me encanta jugar! Nosotros nunca jugamos porque tú siempre estás en tu laboratorio —confesó la niña, que fue bajando su tono emocionado conforme acababa la frase.

—Es el juego de los secretos. Si alguna vez alguien descubre nuestro secreto, nosotros perderemos, ¿lo has entendido?

Y en ese instante, aquel hogar se convirtió en el preludio de un infierno. Porque, años más tarde, la curiosidad mataría al gato y alguien se haría aquella maldita pregunta: ¿quién demonios es Bianca Ferraro?

22

Luna llena en Virgo (parte I)

Noctiluca

Los días habían pasado haciendo que el tiempo corriera eterno. Las palabras de Osiris se habían clavado como dagas en el pecho de Jara. El terror que sintió en los ojos de la anciana cuando la joven la tocó por primera vez se repetía en su mente como una película en bucle infinito. «¡Aléjate, Jara! ¿Qué vas a hacer? ¡Dime qué vas a hacer, Jara! ¡Dímelo! ¡Dímelo! ¿Por qué estás cubierta de sangre, Jara?». Aquellas palabras la perseguían cada vez que cerraba los ojos, pero en esas imágenes no veía a Osiris, sino a una mujer que gritaba ahogada con ambas manos apretándose en el cuello. La imagen de esa mujer llevaba años apareciéndosele cuando el estrés o los nervios la acompañaban. Cuando esto pasaba, abría rápidamente los ojos de par en par y sentía como si la mirada se le quedara congelada. Obvió la imagen de la mujer y se centró de nuevo en el mensaje de Osiris. ¿Qué quería decir la anciana con aquello? ¿Qué había visto en ella que había sido capaz de aterrorizarla de aquella manera? ¿Y si sus manos iban a cubrirse de sangre? Ese pensamiento la martirizaba. Quizá aquellos olvidos que siempre había pasado por alto tenían algo que ver. Todo era borroso y confuso en su mente, pero lo único que tenía claro es que había una pieza del puzle que no encajaba.

Se había vuelto a encerrar en Casa Macondo y había dejado pasar las horas perdiéndose entre los vinilos que poblaban aquel lugar.

Sonaba «De las mil y una dudas, ya no queda ninguna. / Y aunque perdí la fe, la recuperé. *Pero, esta vez, tú me has devuelto las ganas.* Yo quiero todo contigo», de Álvaro de Luna. Ni siquiera se

había preocupado en revisar una especie de kit de bienvenida que Óliver le había dejado. De un rápido vistazo había podido ver ropa, libros y algo parecido a un teléfono móvil. Tan solo había cogido una camiseta blanca de algodón lisa, que quedaba más a la vista que el resto de las cosas, para vestirse con ella. Debajo tan solo llevaba puestas unas braguitas de encaje negras que había traído en su bolsa de viaje. Estaba sentada en el sofá con las piernas flexionadas sobre su pecho y su barbilla apoyada sobre sus rodillas. La mirada perdida al frente mientras la música se perdía en el fondo como si de una ligera brisa se tratase. La luminosidad de la luna llena hacía que la lamparita de cerámica con pantalla de cuerda de lino beis bastara para que la casa tuviera luz. Tres golpes secos sobre la cristalera despertaron a Jara de su letargo.

—Jara, ¿estás ahí?

La joven adivinó a través del cristal la voz de Óliver, lo que la hizo ponerse en pie rápidamente y acercarse hasta la cristalera. Corrió la cortina y vio al apuesto joven al otro lado. Llevaba en una mano una botella de vermut Izaguirre Reserva y en la otra dos vasos de cristal de tulipa, los que se usan para beber esta bebida. La presencia del joven la incomodó a la vez que la tranquilizó. Le hubiera gustado recibirle algo más guapa, no en bragas, descalza y con una camiseta blanca de algodón. A la vez que abría la cristalera con una mano, con la otra se soltó disimuladamente el moño para dejar caer su melena sobre los hombros. La figura de Álvaro apareció de repente como flashes que parpadeaban en su mente, parecía querer decirle algo, y Jara cerró los ojos y los abrió rápidamente como si quisiera eliminar esa imagen de su cabeza. Quería sentirse mal al ser consciente de ese juego de coqueteo que sabía que estaba iniciando, lejos del duelo al que debía de estar sometiéndose por la desaparición de su prometido. Pero sentía como si en aquella isla hubiera algo en el ambiente que despertaba sus instintos más primarios y salvajes, como si las ganas se apoderaran de ella y todo aquello obnubilase sus sentidos.

—¿Qué quieres? —preguntó Jara extrañada al verlo entrar sin pedir permiso ni titubear.

—Bueno, habrá que celebrar tu llegada a la isla, ¿no? —dijo

descaradamente Óliver mientras dejaba sobre la mesa la botella y los dos vasos y se sentaba en el sofá.

—Me podrías preguntar antes si quiero, ¿no? —contestó Jara bruscamente.

—No hace falta, sé que quieres tomarte un vermut conmigo —

respondió con una seguridad pasmosa.

—¿Y por qué estás tan seguro? —replicó Jara atónita.

—Porque soy muy observador y he visto cómo me miras. ¿En serio no has abierto el kit de bienvenida? —exclamó contrariado a la vez que se levantaba del sofá y se acercaba a la mesa en la que estaba la caja. Metió la mano en ella y rebuscó.

—No he tenido tiempo —mintió la joven rápidamente.

—Pero si no tienes nada que hacer —rio divertido Óliver mientras sacaba un teléfono móvil de la caja—. Esto es para ti. Solo puedes hacer y recibir llamadas de los contactos que están guardados en él.

Pero no te preocupes, tienes casi todos los números importantes de la gente de la isla. Por si te lo estás preguntando, no, no tiene datos.

Pero puedes hacer fotos o grabar vídeos y así poder ir capturando la esencia de este lugar.

—Entonces ¿no puedo utilizar internet? —preguntó inquieta Jara al ver que se encontraba completamente incomunicada en aquel lugar.

—Porque en Noctiluca no lo necesitas. Aquí uno viene a curarse el alma y las cicatrices, aquí se viene a vivir en el descanso y la paz.

Aquí no hay prisas, aquí no existe la ansiedad. Disfrutamos el momento, ¿sabes? Aquí la gente viene escapando de esos ritmos frenéticos que están acabando con la naturalidad, con el disfrutar los pequeños detalles. Aquí la gente viene a escapar de sus fantasmas…

—explicó convincente el joven.

—Quizá entonces sí acepte ese vermut —contestó Jara mientras se sentaba en el sofá y subía sus piernas sobre él.

Óliver se acercó hasta el tocadiscos, quitó el disco que había sonado y rebuscó entre todos los vinilos. Sacó El mal querer de Rosalía y puso la aguja exactamente en el lugar donde comenzaba

«Di mi nombre» que correspondía a Éxtasis, el capítulo 8: «Di mi nombre cuando no haya nadie cerca, cuando no haya nadie cerca. /

Que las cosas que me dices no salgan por esa puerta». Desanduvo

sus pasos y abrió la botella, y a continuación sirvió el vermut en los dos vasos. Le ofreció uno de ellos a Jara, que lo aceptó cortésmente.

Luego, con su mano izquierda sujetó el otro vaso y con la derecha la botella y se dirigió hacia el sofá donde estaba Jara. Se sentó junto a ella y posó la botella en el suelo.

—Bienvenida a Noctiluca, Jara —le susurró Óliver al oído inundando su rostro con una amplia sonrisa mientras acercaba su vaso para hacer un brindis.

—¿Siempre eres tan atento con los nuevos huéspedes? —

murmuró Jara en su oído siguiéndole el juego.

Óliver se echó a reír y luego le dio un trago al vermut. Su cuello era ancho y su nuez prominente, y Jara pudo notar perfectamente cómo el alcohol descendía por su garganta. Aquel gesto activó sus sentidos.

Ella sabía que aquello no estaba bien, pero sintió cómo su cuerpo se abría a él, sin dudas. Cómo había aceptado aquel acercamiento de sus rodillas, su roce inocente. No lo había buscado, pero lo había permitido. Su piel se había erizado al sentir esa leve caricia de sus pieles que se atraían como imanes. Pero la culpa también la corrompía. Jara estaba allí escapando de sus fantasmas, escapando de algo que la atormentaba por dentro y que ni ella misma sabía qué era. Tenía miedo, pero no un miedo cualquiera, sino el peor de los miedos: el miedo a sí misma.

—Soy atento con las personas que se lo merecen —dijo Óliver acercando su boca sutilmente a la de ella.

—¿Quiere decir eso que yo me lo merezco? Porque estás siendo muy atento conmigo… —flirteó Jara conocedora de la energía que desprendían aquellos dos cuerpos en la cercanía.

—¿Ah, sí? ¿He sido atento? Pues no me he dado cuenta —rio el joven—. Pero supongo entonces que te lo mereces —añadió juntando su boca aún más con la de Jara.

—¿Y qué más me merezco? —preguntó esta aguantando el suspiro que quería escaparse de su boca.

—Te mereces disfrutar —siguió el joven con sus labios pegados totalmente a la comisura de la boca de Jara.

—¿Y cómo me merezco disfrutar? —preguntó curiosa la joven,

conocedora de que estaba iniciando algo que en el fondo sabía que no debía. Pero a estas alturas quién, salvo nosotros mismos, decide lo que debemos o no debemos hacer.

Óliver se volteó y dejó su vaso en el suelo y en su lugar cogió con la mano derecha la botella de vidrio. Con su mano izquierda separó lentamente las piernas de Jara dejando al descubierto sus braguitas negras de encaje. Con el tapón cerrado llevó el cuello de la botella hasta el sexo de Jara y comenzó a hacer círculos sobre las braguitas.

Aquello hizo que Jara jadeara entrecortadamente, dejando en evidencia que le gustaba.

—¿Así te parece bien o quieres que pare? —preguntó Óliver anticipando la respuesta.

—Sigue —le pidió la joven mirándolo fijamente a los ojos.

Óliver dirigió la botella hasta el vaso que había en el suelo y metió el cuello dentro de él, mojando así la parte larga de la misma. Luego se giró de nuevo hacia la joven y con delicadeza apartó con cuidado las braguitas, haciendo que el sexo de Jara estuviera completamente a la vista. Se acercó a su boca y se la lamió de manera lasciva hasta hacerla estremecer en aquella posición. Llevó el cuello de la botella mojado hasta su sexo, esta vez sin braguitas de por medio, y comenzó a acariciarlo con la boca de la botella.

—¿Así? —contestó el joven entornando los ojos.

—Más, por favor —suplicó Jara.

—¿Qué más quieres? Tendrás que pedírmelo… —le aconsejó el joven.

—Métemela —pidió sin miramientos.

Aquella petición hizo que a Óliver le brillaran aún más los ojos.

Dejó la botella en el suelo y con las dos manos deslizó las braguitas de Jara por sus piernas hasta los tobillos y tiró de ellas para lanzarlas lejos. Se giró para sentarse juntando sus rodillas y con los pies apoyados sobre el suelo, luego tiró de la mano de Jara y la sentó a horcajadas sobre él. Con sus dos manos la levantó un poco por sus caderas, dejando espacio entre su sexo y su pene. Bajó la cremallera de su pantalón y sujetó con su mano izquierda la cintura de Jara, con la mano derecha guio su miembro hasta introducirlo dentro de ella. Después tiró hacia abajo hasta que acopló sus partes

a la perfección y soltó un pequeño alarido de placer. Jara se agarró con las dos manos al cuello de Óliver y comenzó a cabalgar sobre él, encajando en cada movimiento su pene dentro de su coño, aumentando cada vez más el ritmo con el que subía y bajaba.

Aquella fricción la estaba volviendo loca, llevando su placer a un punto que jamás había experimentado con otro hombre.

—Tócate —le pidió el joven.

Jara soltó su mano derecha del cuello de él y la llevó hasta su

boca. Cubrió sus dedos de saliva y después los llevó hasta su clítoris.

Comenzó a masturbarse mientras seguían follándose.

—No pares nunca —pidió Jara completamente extasiada.

Lanzando sin querer, inundada de placer, una más que evidente declaración de intenciones.

23

Luna llena en Virgo (parte II)

El estómago de Elba rugía de forma desmesurada. El hambre estaba haciendo estragos en ella y podía sentir como si sus tripas le estuvieran lanzando reproches. Habían pasado dos días desde que había llegado a aquel lugar, escondida en un faro que había visto alejado de los barracones. Estaba en una pequeña isla desconocida y en cuanto llegó apagó el móvil para intentar ahorrar batería. No tenía el coraje suficiente para enfrentarse a lo que había hecho. Álex siempre trataba de advertirla y protegerla de todos los peligros que merodeaban ahí afuera, pero ella era demasiado testaruda como para acatar órdenes o aceptar consejos.

Amor, no puedo hablar. Te juro que en cuanto pueda te explicaré todo Elba, me estás asustando. Por favor, llámame en cuanto puedas Aquel era el único contacto que había tenido con Álex. Sabía que se había equivocado, tenía claro que un «¿Tú estás loca?» se quedaría corto cuando le explicara a su chico lo que había hecho.

Pero el cosquilleo excitante que le provocaba la incertidumbre y el peligro la empujaban a seguir queriendo saber más.

Ya era lunes de madrugada y si seguía sin comer algo desfallecería en cualquier momento. Aprovechó lo adentrada que se hallaba la noche para salir de forma cautelosa del faro sin ser vista. Nada más poner un pie fuera comenzó a correr hasta llegar al edificio de los barracones. En aquel lugar no había ni siquiera puerta de entrada, tan solo un arco que daba acceso al interior. Echó un vistazo rápido

y se cercioró de que a través de las ventanas no se veía ninguna luz.

Se concentró en su respiración para intentar calmar el temblor de su cuerpo, pero el apetito que sentía era tan atroz a esas alturas que

decidió que entrar era mucho menos peligroso que seguir más tiempo sin comer. La tranquilizó suponer que, a esas horas, aquellos hombres estarían dormidos. Entró al edificio de los barracones. Las luces de fuera que se colaban por la entrada principal regaban el interior del lugar con algo de luminosidad. Comenzó a caminar despacio en un absoluto silencio por el pasillo mientras pasaba puertas cerradas que supuso que se trataría de las habitaciones. Al final del pasillo podía ver otro arco de acceso a una sala con mesas y sillas, por lo que dedujo que si ahí estaba el comedor la comida debería de estar cerca. Apretó el paso a la vez que su pulso se aceleraba y se escondió erguida en la pared de entrada. Se balanceó hacia la derecha y vio que no había nadie. El comedor era un espacio abierto con la cocina integrada, separada de las mesas por el típico mueble metálico con bandejas para alimentos. Dio gracias por lo fácil que había sido llegar hasta allí. Entró y traspasó el mueble metálico, adentrándose en la cocina. Divisó una estantería de madera llena de productos de alimentación y se sintió como el pirata que encuentra el tesoro. Cogió un paquete de magdalenas cuadradas de La Bella Easo que le recordaron a las meriendas que compartía en su infancia con su abuelo Rafael. Se sentó en el suelo, apoyó la espalda sobre la pared y dobló las piernas contra su pecho.

Abrió el plástico y comenzó a devorar los bollos unos tras otros, como si la vida se le fuera en ello. Hasta que, de repente, una luz se prendió en el comedor y escuchó cómo unos pasos se dirigían a ella.

Entonces lo vio: un hombre descalzo, con el torso descubierto y vestido solo con unos calzoncillos bóxer grises de algodón con el nombre de la firma bordado en la cinturilla, Calvin Klein.

El hombre de los Calvin Klein se dirigió directamente hacia la nevera y sacó una botella de agua fría que se llevó directamente a la boca y comenzó a beber de ella. Cada vez que tragaba el corazón de Elba aumentaba la frecuencia. No tenía escapatoria. Estaba en mitad de aquella cocina, iluminada por la luz del comedor, y no había ningún lugar donde esconderse. Cuando Calvin Klein terminó de

beber volvió a meter la botella de agua dentro de la nevera y cerró la puerta de esta. Al girarse medio dormido dio un respingo al ver la silueta de Elba en el suelo de la cocina.

—¡¿Qué coño?! —Calvin Klein se llevó la mano derecha a la espalda como si intentara buscar su pistola.

—No me hagas nada, por favor —suplicó Elba llevando sus manos

entrelazadas sobre su barbilla en modo de súplica.

—¿Quién cojones eres? —respondió lleno de ira el hombre. La cogió del cuello y la estampó contra la pared.

Elba tragó en ese momento con dificultad lo que le quedaba de magdalena en la boca, preparándose para morir. Fue entonces cuando se dio cuenta: Calvin Klein era uno de los hombres que salía en la fotografía del padre de Jara. Aquella coincidencia le dio las fuerzas necesarias para buscar rápidamente una salida.

—Suéltame, por favor. No voy a hacer nada, te lo juro.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó Calvin Klein sin soltar la mano de su cuello.

—Me llamo Julia Ponce, soy escritora —mintió brindándole el nombre de la protagonista del libro que estaba leyendo. La mano del hombre le apretaba tanto la garganta que apenas podía hablar.

—¿Escritora? ¿Escritora de qué? —preguntó extrañado el hombre, aflojando un poco la presión, aunque sin soltar su cuello.

—Escritora de… novela erótica —aventuró Elba. Se lo había jugado todo a esa carta, pero cuando vio la expresión perpleja del hombre supo que había dado en el clavo—. E histórica. Escritora de novela histórico-erótica.

—¿Y cómo ha acabado una escritora en esta puta isla? —

cuestionó Calvin Klein separando, al fin, la mano de su cuello.

—Buscando inspiración. El sábado salí a dar una vuelta porque nada de lo que escribía me convencía —comenzó a explicar Elba entre sollozos provocados en parte para dar credibilidad a su mentira y en parte por el miedo real que todavía sentía— y, no sé, vi vuestro barco y soy una estúpida, y me colé en él. Solo quería alguna historia que me inspirara y no lo pensé.

Calvin Klein se llevó las manos a la cabeza, preso del desconcierto que lo avasallaba en aquel momento.

—¡Joder, joder, joder! ¿Pero cómo eres tan estúpida? —preguntó atónito.

—Lo siento, yo-yo-yo… —tartamudeó Elba sin saber muy bien

qué responder.

—¿Que lo sientes? Como te vean aquí te sancionarán y a mí también —le reprochó nervioso.

—No, les diré que fue por error. Te lo juro, les diré que tú no tienes nada que ver —intentó convencerlo Elba.

—Soy el jodido responsable de seguridad de este lugar, si alguien se entera de que se ha colado una puta escritora en la isla, me pegarán un maldito tiro en la nuca —se lamentó el hombre resoplando mientras intentaba pensar en cómo solucionar aquella situación.

—Me iré de aquí, te lo prometo, y nadie se enterará de esto.

—¿Y cómo te piensas ir de aquí? —rio Calvin Klein con ironía y nerviosismo—. ¿Sabes dónde coño estamos?

—No —reconoció la joven detective mientras bajaba la mirada.

—Estamos en la puta isla de Alborán y hasta el sábado no sale ningún barco para Almería, ¡joder, joder, joder! —volvió a repetir cada vez más nervioso.

—Me esconderé en el faro hasta entonces. Te juro que no saldré de allí, me llevaré algo de comida y de verdad que nadie sabrá que estoy aquí —rogó la joven tratando de persuadirlo.

—No puedes estar aquí hasta el sábado. ¿Cómo se te ocurrió venir aquí?

—No lo pensé, solo quería una historia que escribir.

—Saldrás por la mañana en el barco cuando partamos a Noctiluca

—decidió entonces—. Es la única forma posible de que los dos salvemos el jodido pescuezo.

—¿Nocti… qué? —preguntó extrañada Elba.

—Noctiluca —volvió a repetir de manera tajante—. Hoy es luna llena y partiremos hacia la isla. Vendrás conmigo ahora al barco antes de que alguien se despierte y te vea aquí, y esperarás escondida calladita en el mismo lugar en el que viniste. Por cierto,

¿dónde coño viniste?

—En una caja de madera que había en esa habitación que hay al

bajar la escalera del barco —respondió Elba mientras el hombre se reía con nerviosismo.

—Joder, estás loca —suspiró más relajado.

Elba bajó de nuevo los ojos; aquel hombre le había dicho la misma frase que Álex tantas veces le había repetido. Y en ese momento se dio cuenta de que su vida dependía de aquel completo desconocido. Así que rápidamente entendió que si quería salir viva de allí y descubrir la verdad sobre Jara aquel hombre sería la pieza clave para hacerlo. Aunque eso supusiese comenzar un peligroso juego. Elba estaba dispuesta a llegar hasta el final, costara lo que costara.

—No imaginas lo que es capaz de hacer una escritora hambrienta de inspiración —rio tímidamente Elba fingiendo ruborizarse.

—Pues espero que por lo menos en tu próximo libro uno de tus personajes lleve mi nombre —contestó Calvin Klein con el rostro más relajado.

—¿Y te llamas? —preguntó Elba.

—Jaime, encantado —dijo mientras alargaba su mano para estrechársela.

—Encantada.

Elba miró al hombre que tenía frente a ella. No debía pasar mucho más allá de los cuarenta y era sumamente atractivo. Su torso estaba perfectamente delineado y su rostro lucía dulce, como si el conjunto de sus rasgos produjera aquel efecto óptico. Con un tío como Jaime le sería más fácil representar el papel de chica mona que necesita ser salvada.

—Anda, vamos antes de que nos descubran. En unas horas partiremos y cuando lleguemos allí te ayudaré a salir del barco sin que nadie te vea. Tengo que buscar alguna excusa para justificar que me quedaré un par de días por Noctiluca porque esta semana no me toca guardia allí —explicó Jaime en voz alta como si estuviera construyendo su propia coartada.

—¿Y cuándo me sacarás de aquella isla? Tengo que volver a Almería —pidió algo tensa de nuevo Elba.

—Te quedarás allí hasta que parta alguno de los barcos que van directos desde Noctiluca a la ciudad. Mientras tanto, trata de no

llamar mucho la atención… aquel es un sitio especial y las cosas funcionan de manera diferente. —El hombre intentó ser cauto con sus palabras.

—¿Qué quiere decir «especial»? —preguntó Elba sin poder ocultar su vena de detective.

—Quiere decir que es un lugar en el que la primera norma es no hacer preguntas. Y será mejor que esta norma te la tatúes con fuego. Venga, sígueme. No tenemos más tiempo que perder —

contestó Jaime.

Elba era consciente en ese momento de lo sumamente peligroso que puede ser tomar la decisión incorrecta, pero ya no tenía más alternativa. Y es que Álex Molina tenía razón: una mala decisión podía joderte el resto de tu vida.

Un cosquilleo invadía a Jara desde que Óliver se había cruzado en su camino y en su piel. El encuentro de la noche anterior le había delineado una media sonrisa que era imposible de disimular. Aquel encuentro le había servido de analgésico contra el dolor que poseía en el fondo de su alma, un dolor tan fuerte que intentaba disipar con los placebos que Noctiluca le ponía en bandeja. Se ahogaba en su propia desdicha con esa angustia que te invade, pero de la que desconoces su origen. Le dolía pensar que quizá Álvaro había aceptado el trato de sus padres y que todo aquello de la desaparición tan solo era una pantomima. O quizá algo peor como que realmente Álvaro hubiera desaparecido. Pero también le dolían sus heridas, aquellos fantasmas que a veces se asomaban a su mente, la imagen de esa mujer que gritaba ahogada con ambas manos apretándose en el cuello que a veces se le aparecía al cerrar los ojos.

Aquella mañana salió a pasear por la isla. Todo era igual que en cualquier otro lugar: un grupo de mujeres charlaban animosamente sentadas en sillas en la puerta de una casa, pequeñas tiendas vestían algunas fachadas, jóvenes montaban en bicicleta con el pelo ondeando al ritmo del aire fresco de aquel lugar… La vida en aquella isla se aventuraba tranquila, sosegada; todos parecían felices. Como si aquel lugar fuera una tregua al ruido, las prisas y el caos de las ciudades. En Noctiluca imperaba la calma y el sosiego. Podría acostumbrarse a estar allí. Le llamó la atención que no hubiera niños más allá de los que tenían los mapuches.

Jara sacó del bolsillo el móvil que Óliver le había dejado en el kit de bienvenida y comenzó a capturar aquellos momentos. Quería guardar para siempre aquello que la estaba alejando de la realidad, aquello que la hacía olvidar por unos instantes que se había marchado de Almería sin dar explicaciones, pero la sangre le hervía al no tener noticias de Álvaro. ¿Lo habrían encontrado? ¿Habría vuelto a buscarla? ¿Estaría preocupado al leer su nota y no saber cómo ponerse en contacto con ella? Solo le quedaba el consuelo propio, el convencimiento de uno mismo cuando buscas todas las excusas posibles para justificar una decisión que ni tú mismo apruebas. Pero aquella vía de escape era lo único que podía mantener a salvo su cordura. ¿Acaso alguien puede sobrevivir al dolor de que te dejen plantada en el altar sin explicación alguna el día de tu boda? Álvaro era tan culpable como ella. Le había dado igual abandonarla, le había dado igual avergonzarla delante de todos los invitados, le había dado igual arruinarle la vida. Pero ¿y si todo aquello era fruto de su propio

convencimiento? ¿Y si ella había tenido la culpa de que Álvaro desapareciera? ¿Y si le había dicho algo que no debía? Las preguntas se aglutinaban en su mente con una rapidez indecente que le hacía que no le diera tiempo a buscar una respuesta.

En aquel apacible paseo, conectada con todos sus sentidos, pasó por delante de un pequeño mercadillo. Algunas personas vendían frutas; otras, bonitas ropas; otras preparaban limonada… Clientes y vendedores charlaban animosamente y volvió de nuevo aquel pensamiento: «Podría acostumbrarme a esto».

Llevaba en el bolsillo algo del dinero que su padre le había dejado, así que compró unas fragantes fresas de un rojo explosivo, unos ricos mangos, algo de verdura y aceite de coco. En otro puesto compró algo de ropa y dos bonitos biquinis. El peso de las bolsas no le impidió acercarse maravillada hasta un pequeño puestecito que atendía una joven ataviada con los mismos ropajes que llevaban los indígenas que acompañaban a Osiris cuando Jara llegó en barco a la isla: una túnica blanca con un fajín de seda cian y una bonita cadena de plata pendiendo sobre su frente. La mesa estaba cubierta de piedras preciosas que formaban un majestuoso abanico de colores,

unas pequeñas varitas anchas de madera, unos preciosos cilindros de marfil perfectamente pulidos, velas, cajitas de cerillas… Los ojos de Jara se abrieron estupefactos ante aquella fantasía de objetos y se situó frente a la mesa dejando las bolsas de la compra en el suelo. Cogió uno de los cilindros de marfil y lo acarició con mimo, notando el frío que traspasaba de él y lo suave que era. Lo dejó en la mesa y luego observó una de las varitas anchas de madera que le habían llamado la atención.

—Es palo santo —dijo la joven tendera.

—¿Palo qué? —preguntó extrañada Jara.

—Palo santo, es una madera sagrada. Se obtiene de un árbol, la Bursera graveolens, pero solo cuando este se seca y se muere de forma natural, pues es ahí, en ese momento, cuando su madera desarrolla los componentes aromáticos que la caracterizan —explicó la joven con un tono de voz casi hipnótico, como si de un trovador se tratase.

—¿Y para qué sirve?

—Limpia las energías negativas, nos colma de paz y ahuyenta los malos espíritus —aseguró la chica.

Aquello hizo que Jara mirara hacia otro lado de la mesa, interesándose en otros objetos, pero la joven tendera cogió una de las varas de madera y se la ofreció.

—Llévatela, la necesitas —dijo la joven acercándosela a la mano de Jara.

Aquello se le clavó como una daga en el pecho. No quería creer en ello, pero la realidad era que desde niña había sentido dentro de sí algo extraño. ¿Y si aquello que había experimentado desde cría en su interior tenía que ver con esos malos espíritus a los que la joven hacía referencia?

—No, muchas gracias, me llevaré esto —respondió cogiendo de nuevo el precioso cilindro de marfil.

—Insisto, es un regalo —reiteró la chica.

—Es que no creo mucho en esas cosas, ¿sabes? No… no-no, me siento cómoda.

—Osiris cree que lo necesitas —añadió con rudeza la tendera.

—¿Qué has dicho? —preguntó perpleja Jara.

—Soy la nieta de Osiris, y mi abuela me ha hablado de ti, Jara. Y

estoy segura de que si ella estuviera aquí insistiría en que te lo llevaras. Por cierto, bonito anillo —sonrió la chica fijando la mirada en el anillo de la medialuna que el padre de Jara le había regalado.

Jara estaba intentando asimilar aquellas palabras, así que dejó sobre la mesa un billete superior a la cantidad que marcaba el cilindro de marfil e introdujo en una de las bolsas los dos objetos.

Cogió las bolsas y se marchó de aquel lugar sin despedirse tan siquiera de la joven.

Al l egar a la puerta de Villa Oasis, intentó sacar con dificultad las llaves de su bolsillo sin soltar las bolsas de la compra. Notó que las manos le temblaban. Las palabras de la nieta de Osiris le habían desestabilizado y tan solo quería encerrarse de nuevo en la casa rápidamente. Su pasado del que siempre intentaba huir se abría paso en aquella isla.

—¿Te ayudo? —preguntó la voz dulce de una mujer tras ella.

Jara se giró y vio a una preciosa mujer de cabellos rubios como los destellos del sol, ondulados a media espalda. Tenía unos enormes ojos azul cobalto, como el que utilizaban los cristaleros de Bohemia. Su nariz era pequeña y perfectamente afilada y sus labios eran finos pero sinuosos. La mujer llevaba una sudadera, unas mallas deportivas, una esterilla de yoga y una bolsa de deporte.

Debía rondar la treintena.

A Jara no le dio tiempo a responder cuando la mujer, que ya tenía las llaves en la mano y había cruzado su brazo por delante de ella, introdujo una de ellas en la cerradura.

—¿Eres nueva por aquí?

—Sí, llevo aquí solo unos días —contestó Jara mientras la hermosa mujer abría la puerta y le dejaba paso.

—Me llamo Vega, Vega Cruz, encantada —se presentó cariñosamente la chica.

—Soy Jara, encantada. ¿Vives aquí? —preguntó curiosa mientras sostenía con esfuerzo las bolsas que le aprisionaban los dedos, haciendo que la sangre se le acumulara en la punta.

—Sí, desde hace unos años. Villa Oasis es el lugar más bonito de todo Noctiluca. ¿Y a ti que te ha traído por aquí? —quiso saber la

mujer mientras dejaba su bolsa de deporte y su esterilla en una de las tumbonas y se sentaba para quitarse las zapatillas.

Jara siguió mirándola, pero no fue capaz de arrancar una contestación medianamente convincente, así que optó por la sonrisa

como respuesta.

—No te preocupes —añadió Vega con una sonrisa—. En esta isla están prohibidas las preguntas, pero a veces se me olvida.

—No pasa nada, es solo que todavía me cuesta acostumbrarme a estar aquí —se sinceró Jara mientras dejaba las bolsas de la compra sobre el suelo.

—Al principio es difícil, pero con el tiempo te acostumbras y luego acabas enganchándote al magnetismo de este lugar —contestó la mujer.

—¿Haces yoga? —preguntó Jara cambiando totalmente de tema mientras Vega se ponía de pie y comenzaba a quitarse la sudadera y las mallas.

—Soy instructora. De hecho, vengo de un recogimiento de varios días con algunos alumnos. Hemos hecho un retiro de desconexión para reconectar con nuestro propio ser a través de la naturaleza.

Hemos estado en una casita aislada cerca del bosque. Vengo totalmente renovada y llena de energía. También doy clases en la playa cada día, así que si alguna vez te apetece probar estás más que invitada —ofreció Vega.

—En otra ocasión habría declinado educadamente el ofrecimiento, pero llevo días haciendo cosas que jamás hubiera imaginado, como acabar en una isla remota hablando con desconocidos o llevándome del mercado una vara de palo no sé qué… —bromeó Jara.

—Palo santo. Veo que has conocido a Ares, la nieta de Osiris.

Vega terminó de quitarse toda la ropa, que dejó sobre la tumbona, y caminó desnuda por completo hasta una ducha que se encontraba tapada por bloques de piedra junto a las tumbonas de la piscina. Su cuerpo era delgado pero musculado, y su sexo tenía tan solo una línea fina de vello púbico. Sus pechos eran pequeños y erguidos, con una pequeña areola rosada. Desde su posición, Jara tan solo podía ver cómo el agua de la ducha caía sobre parte de la silueta desnuda del cuerpo de Vega. La mujer levantó la cara, alzándola frente a la

caída de agua, dejando que esta corriera por su larga cabellera rubia.

—¿Me pasas la toalla? —pidió Vega sin ningún tipo de vergüenza

—. Está dentro de la bolsa de deporte.

Jara se acercó hasta la tumbona, abrió con delicadeza la cremallera de la bolsa de deporte y sacó una toalla violeta. Se acercó hasta la ducha y alargó la mano para ofrecérsela a Vega mientras giraba la cabeza hacia otro lado para que no notara que estaba observando su precioso cuerpo con detenimiento.

—Aquí tienes.

—Gracias. Qué bien sienta una buena ducha, a veces incluso siento más placer con ellas que con un buen orgasmo —ironizó la joven.

—Te entiendo —rio Jara recordando cómo la alcachofa de la ducha de los barracones de la isla de Alborán le había regalado un intenso placer. Sus piernas se estremecieron.

—Por cierto, el jueves voy a hacer una cena en la piscina con unos amigos, porque no paran de echarme en cara que me he ido de retiro y los he dejado «gastronómicamente abandonados» —dijo Vega mofándose de ellos—. Contamos con tu presencia. Ya verás que también soy muy buena cocinera.

—Pues este ofrecimiento tampoco voy a declinarlo, porque jamás digo que no a una buena comida —admitió felizmente Jara.

Aunque a veces la felicidad es demasiado efímera y cuando el pasado llama a tu puerta es tan solo un preludio del desastre que se avecina.

25

La verdad solo tiene un camino

Noctiluca

Jara abrió perezosa la cortina que cubría la cristalera, dejando así que la luz inundara toda la estancia. Salió a la pequeña terraza que daba entrada a Casa Macondo con un pequeño conjunto de algodón gris que había comprado en la isla, y levantó los brazos al aire para desperezarse, cerrando un poco los ojos para protegerlos del sol. Al bajar la cabeza se dio cuenta de que Vega estaba subida a unas escaleras en la pared de enfrente con un precioso vestido blanco de lino que le cubría solo hasta la mitad de sus muslos. Estaba cortando, mientras tatareaba una melodía, unas vistosas buganvillas de color magenta. Al girarse un poco para dejar caer desde arriba las ramas que talaba sobre una cesta de mimbre, se percató de que Jara había salido a su porche.

—¡Buenos días, Jara! ¿Me echas una mano? —solicitó Vega educadamente desde la otra punta.

—Por supuesto —se aventuró a contestar la joven mientras se dirigía hacia la escalera en la que Vega estaba subida.

—Toma, ve metiéndolas en la cesta. Será mucho más fácil que intentar atinar yo desde aquí arriba —rio divertida Vega mientras Jara estiraba la mano para coger las ramas que le ofrecía.

—¿Qué cantabas? —preguntó interesada Jara, que se había quedado prendada de la bonita melodía.

—«Las Nereidas», una canción preciosa de Natalia Gil y Luna Serrat —explicó Vega mientras seguía cortando buganvillas.

—Nunca la he escuchado —reconoció Jara.

—Deberías hacerlo. Habla de una joven que se libra de las

cadenas que la atan y comienza por fin a ser libre cuando se rinde al placer y a la sororidad. Me da paz escucharla, a la vez que hace que nazca en mí un fuego que aviva todo mi ser —explicó Vega como si sintiera sus palabras.

—La escucharé —prometió Jara.

—¿Sabías que las buganvillas son las plantas de las llamas gemelas? —preguntó Jara.

—¿De las llamas gemelas? —contestó extrañada Vega.

—Sí, están asociadas con el amor verdadero. Las llamas gemelas son ese vínculo superior que tendremos de por vida hacia una persona. Son aquellas almas divididas que vibran con la misma intensidad —explicó Jara.

—¡Me encanta! Vamos, coge esa cesta, por favor —dijo Vega señalando la cesta de mimbre llena de buganvillas—. Y yo cogeré la otra —añadió la joven cogiendo la que estaba repleta de bonitas ramas con hojas verdes.

—¿Dónde las llevamos?

—A mi casa, así me ayudas a preparar los centros de flores para la cena del jueves. ¿Te parece? —Vega parecía ser de esa clase de personas que no dan mucho margen a negarse, pues no esperó tan siquiera la respuesta de Jara cuando comenzó a cruzar el jardín.

Vega bordeó la piscina descalza mientras Jara la seguía. Su porte era elegante, lánguido, hipnótico. Su cabello rubio ondeaba sereno a su paso. Llegaron hasta las escaleras principales, las que estaban a la derecha de la entrada de la casa de Jara, y comenzó a subirlas.

Jara la siguió con el fiel convencimiento de que bordearía Casa Úrsula para llegar hasta Casa Gabo, el pequeño estudio que se encontraba al fondo de la propiedad. Pero Vega siguió recto y entró en Casa Úrsula.

—Venga, Jara, ¡que te has quedado pasmada! —bromeó Vega al ver que la joven se había parado en seco al final de las escaleras.

El pulso de Jara se disparó frenéticamente: ¿por qué estaba entrando Vega en Casa Úrsula? Aun así, intentó disimular su nerviosismo y la siguió.

—Puedes ponerla ahí —dijo alzando la barbilla y señalando el extremo de una bonita mesa.

Esta era alargada, de madera de roble envejecido, y sobre ella descansaban jarrones de distintos tipos y tamaños. Vega también posó sobre ella la cesta de mimbre que llevaba en los brazos. Jara dejó su cesta y se giró hacia todos lados observando aquel lugar.

Aquello sin duda era un hogar, plagado de recuerdos, y con esa energía que desprenden las casas que se cohabitan.

—Tienes una casa muy bonita —se apresuró a decir Jara cuando encontró las pocas palabras que era capaz de articular.

—La verdad es que soy una afortunada. Casa Úrsula es un lugar de ensueño, sus vibraciones me conectan con esta isla de una manera casi mágica —explicó Vega con esa dulzura que la caracterizaba.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Jara señalando las flores que la joven había cortado.

—Vamos a montar algunos centros para la cena del jueves. Solo tienes que usar tu imaginación, coge las flores y hojas que quieras de las cestas y ve creando a tu antojo —le explicó Vega mientras comenzaba a trastear con las flores y probaba cómo quedaban en los jarrones.

Entretanto, Jara intentaba mantener su mente a raya, centrándose en las flores para poder ser capaz de crear algún centro de mesa en condiciones. Pero entonces oyeron tras ellas unos pasos firmes y una voz masculina las interrumpió:

—Estás preciosa con ese vestido, cariño —habló un hombre abalanzándose desde atrás sobre Vega. La abrazó y la besó en el cuello.

Vega giró la cara hacia él y le dio un beso en los labios mientras disimuladamente trataba de apartar las manos de él que estaban manoseándola por la cintura y el pecho.

—Tenemos visita —dijo Vega llevando su mirada hasta Jara.

—Sí, perdona, ya lo he visto. Soy un maleducado, pero es que ese vestido blanco te hace tan sexy… —reconoció el hombre mientras se mordía el labio.

—Se llama Jara, ¿os conocéis? —preguntó Vega volviendo la mirada a los jarrones.

—La acompañé el otro día a Casa Macondo, pero no hemos tenido

el placer todavía de conocernos más —respondió Óliver mientras caminaba hasta el extremo de la mesa y le daba dos besos a Jara.

La joven estaba perpleja. Un caudal de ira le recorría las entrañas.

Quería salir corriendo de allí, pero entonces Vega sospecharía.

—Pues, Jara, este es Óliver, mi chico o mi llama gemela, como prefieras —rio Vega mientras se lo presentaba—. Y, a pesar de ese cuerpo que la genética le ha regalado, odia el deporte, para mi desgracia —bromeó la joven.

«Claro que odia el deporte, ¿para qué lo necesita? Obviamente ya tiene suficiente deporte con todas las que se folla», maldijo en sus adentros Jara.

—¿Le llevaste a Jara un kit de bienvenida? —preguntó Vega.

—Sí, se lo dejé encima de la mesa, lo que no sé es si ya lo ha usado. —Óliver se giró hacia Jara—. ¿Lo has utilizado ya?

Jara tragó saliva, intentando calmar los demonios que la estaban atormentando en aquel momento. Quería gritarle que era un puto cabrón.

—No, todavía no —alcanzó a decir mientras bajaba la mirada y seguía colocando flores en uno de los jarrones de porcelana blanca.

—Bueno, voy a traeros una sangría que he preparado con un chorreón de vermut que os vais a relamer —ofreció Óliver dirigiéndose hacia la cocina.

«Le dejé el kit encima de la mesa, dice. Y luego me masturbó con una botella de vermut, espero que no sea la misma con la que ha preparado la puta sangría. ¿Cómo se puede ser tan cínico? Encima el hijo de perra ni pestañea cuando miente. Joder, que me comió la boca y le cabalgué en mi sofá mientras me metía la polla hasta el fondo. Y el otro día se folló a la morena esa en la piscina. Joder, me siento una persona horrible, Vega no se merece esto. Bueno, yo técnicamente no la conocía, ni lo sabía. ¡Joder!», rumió Jara en sus adentros intentando mantenerse impasible.

Al poco rato Óliver apareció con una jarra de sangría y tres vasos de cristal que llenó hasta arriba antes de repartirlos.

—Por la invitada —dijo Óliver alzando el vaso en señal de brindis.

Las dos mujeres imitaron el gesto, con la diferencia de que Jara

comenzó a beber tan rápido que se acabó todo el contenido de golpe.

—Madre mía, Jara, ¿tenías sed? —preguntó Óliver mientras le volvía a llenar el vaso de sangría.

—Se ve que el otro día me debí de quedar sin saliva —contestó irónica la joven haciendo alusión a los intercambios que habían hecho de aquel fluido días antes en su casa.

—Normal, últimamente está haciendo muchísimo calor en la isla.

Más del habitual —añadió Vega, inocente.

—Bueno, os dejo con lo vuestro, cariño. Me voy a la cocina a preparar algo para comer —finalizó Óliver mientras se despedía con un beso de su chica.

—¿A que es un amor? —suspiró Vega perdidamente enamorada —.

Encima está como un tren…

Jara no contestó a aquella afirmación y cogió otro de los jarrones.

Un precioso jarrón en dolomita de un color amarillo abejorro. Volvió a beberse el segundo vaso de un trago, como si aquel gesto pudiera alejarla de aquel sinsentido que estaba viviendo. Antes de probar cómo quedaban las buganvillas en el segundo jarrón, volvió a rellenarse el vaso con sangría vaciando la jarra por completo. Un calor se apoderó de ella y, mientras metía unas hojas de eucalipto en el jarrón amarillo, las gotas de sudor comenzaron a danzar por su cuerpo. Cogió de nuevo el vaso y le dio varios tragos hasta dejarlo casi a la mitad. Vega la miró de reojo.

—Jara, ¿te encuentras bien? Estás un poco pálida y estás sudando

—dijo algo preocupada. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó hasta ella.

—No te preocupes, estoy bien. Pero voy a irme a descansar un rato a casa —respondió Jara mientras cogía el vaso con una mano y la jarra vacía con la otra.

—Uy, no te preocupes, deja eso ahí. Luego lo recojo yo —se ofreció Vega.

—No pasa nada, lo llevo yo a la cocina. Así me refresco un poco la cara antes de irme. Es por ahí, ¿no? —preguntó Jara alzando la

barbilla y señalando el pasillo por el que Óliver había salido mientras Vega asentía con la cabeza y seguía montando sus jarrones.

La ira transitaba cada poro de la piel de Jara. Cada paso que la acercaba a la cocina de aquella casa hacía que la vesania la estuviera corrompiendo por segundos. El alcohol hacía que el interior de su cabeza se moviera como un barco a la deriva. Al llegar a la puerta de la cocina, Óliver se giró sonriente hacia ella mientras cortaba unas zanahorias sobre una tabla de madera.

—¿Ya os lo habéis bebido todo? —preguntó sorprendido el joven.

—¿Cómo eres tan hijo de puta? —inquirió furiosa Jara soltando lo que llevaba en las manos al lado de la tabla donde Óliver estaba partiendo la comida.

—¿Disculpa? —contestó completamente sorprendido Óliver dejando el cuchillo sobre la tabla.

—¿Que me acompañaste a Casa Macondo y dejaste el kit de bienvenida sobre la mesa? ¿Que no has tenido el placer de conocerme más? ¿Te pareció poco lo que nos conocimos el otro día?

¿Te has olvidado de lo que hicimos en mi salón? Eres un cabrón, hijo de puta —espetó la joven con los ojos rojos como si estuvieran encendidos en sangre mientras apoyaba las dos manos sobre la encimera.

—Jara, tranquila. No sé de qué me hablas. Creo que has bebido demasiado, será mejor que te marches… —le pidió Óliver contrariado.

26

Ubicación incorrecta

Noctiluca

Un bonito mantel de color ocre y cuadros amarillos vestía la pequeña mesa del salón. Sobre ella, dos tazas de café humeantes y unas tostadas hacían que aquella diminuta casa pudiera parecerse a un hogar. Sobre el sofá todavía descansaban unas sábanas que servían como muestra inequívoca de que alguien había pasado la noche en él.Mientras el ruido del agua seguía corriendo, Elba metió la mano en un jarrón sin flores lleno de polvo que había en una pequeña estantería, sacó de ahí su teléfono móvil y lo encendió. Tratando de mantener sus nervios a raya, buscó entre sus contactos el número de Álex y lo marcó rápidamente. Los tonos se sucedían, pero nadie descolgaba.

—Venga, Álex, cógeme el puto teléfono —suplicó Elba en un susurro.

Pero nada. Solo ese horrible sonido que avanza y te hace entender que debes desistir de intentarlo. Y eso estaba a punto de hacer Elba, pero, cuando iba a pulsar el botón rojo, una voz sonó al otro lado:

—Por Dios, Elba, ¿eres tú? Dime que estás bien.

Al escuchar la voz de su chico, después de tantos días, Elba comenzó a llorar en ese tono en el que intentas que nadie descubra que lo estás haciendo.

—Elba, mi amor, ¿estás llorando? —preguntó de nuevo Álex.

—Amor —gimoteó Elba.

—Dios mío, eres tú. Me tenías preocupado. No vuelvas a hacerme esto jamás, ¿me has entendido? —Elba notó con claridad en esa

petición el miedo que tenía que haber pasado Álex por no poder localizarla. Se sintió una persona horrible.

—Creo que la he encontrado, creo que está en la misma isla que yo —explicó Elba a toda prisa y de forma atropellada. No sabía de cuánto tiempo disponía hasta que Jaime saliese de la ducha—. Es una larga historia, amor. Estoy bien, estoy a salvo, te lo prometo.

Pero creo que estoy más cerca de saber qué pasó realmente aquel 27 de enero. Aquí está sucediendo algo raro y voy a descubrirlo.

—Elba, espera, ¿en qué isla estás? —preguntó asustado Álex.

—En Noctiluca —respondió Elba sabiendo que revelarle aquello no lo iba a ayudar a encontrarla.

—¿Noctiluca? Cuando cuelgues, mándame un mensaje con tu ubicación, por favor —le solicitó el joven.

—Te amo —dijo Elba por última vez antes de colgar el teléfono.

Luego se fue hasta los mensajes, buscó la conversación con Álex y le compartió su ubicación.

Elba, no me aparece ninguna isla.

Tu ubicación me sale en mitad del mar.

¿Dónde estás? He buscado en Google la isla de Noctiluca y no sale nada sobre ella.

Ni rastro de ese lugar. Elba, me estoy preocupando.

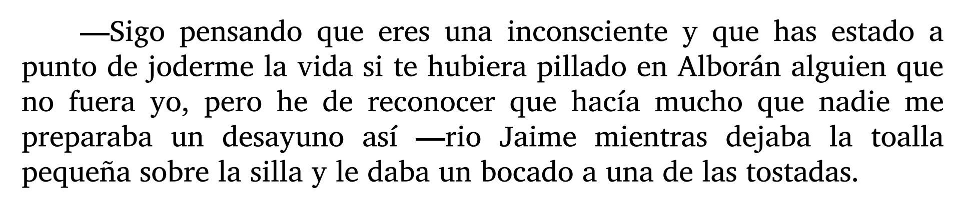
No quería dejar a Álex con esa incertidumbre, pero el agua de la ducha dejó de correr, así que volvió a apagar su teléfono y lo escondió de nuevo en el jarrón vacío, que devolvió a la estantería.

Se puso en pie rápidamente, se secó con delicadeza las lágrimas que le brotaban y pellizcó sus mejillas para darles algo de color. Se dirigió a la cocina, que estaba integrada con el salón, y cogió un plato de fresas recién cortadas.

—El desayuno está listo —alzó la voz Elba mientras posaba el plato sobre la mesa del salón, junto a los cafés y las tostadas.

La puerta del baño se abrió y Jaime Santillana salió de él con una toalla blanca anudada en su cintura, dejando a la vista sus perfectos abdominales. Se iba frotando el pelo con otra toalla blanca más

pequeña, intentando quitarse la humedad del agua. Elba lo observó con detenimiento, engatusar a alguien para llevarlo a tu terreno era mucho más fácil cuando la persona a la que tienes que encandilar se parece bastante a un adonis.



—Sigo pensando que eres una inconsciente y que has estado a punto de joderme la vida si te hubiera pillado en Alborán alguien que no fuera yo, pero he de reconocer que hacía mucho que nadie me preparaba un desayuno así —rio Jaime mientras dejaba la toalla pequeña sobre la silla y le daba un bocado a una de las tostadas.

—Nadie se resiste a mis comidas —dijo Elba con segundas, arrancando la sonrisa de Jaime. Tenía que reconocer que aquel hombre le ponía muy fácil interpretar su papel de seductora. Elba se descubrió pensando que era una pena que se hubieran conocido en esas circunstancias.

—Eso ya lo veremos —añadió Jaime riendo—. Tampoco puedo juzgar mucho tu arte en los fogones por dos insípidas tostadas…

—¡Oye, no seas tonto! —Elba fingió ofenderse por el comentario burlón.

—Mira quién fue a hablar, la que le pareció una genial idea esconderse en una caja de madera en un barco del que no sabía ni el destino —le recriminó Jaime.

—¿Y no he tenido ya suficiente con esconderme en una caja de madera para que también me tengas escondida en tu casa? —

lloriqueó falsamente Elba poniendo morritos—. Quiero salir de aquí y conocer la isla, si no, mi «genial idea» no habrá servido para nada…

Prometo que me voy a portar bien y que no haré ninguna tontería.

—Ten por seguro que si vuelves a hacer cualquier gilipollez te encerraré en la habitación y tiraré la llave por el retrete —se burló.

—Te juro que no hará falta, solo quiero salir e inspirarme y, no sé, conocer gente.

—Precisamente eso es lo que quiero evitar. —Jaime la miró fijamente con las cejas enarcadas.

—¿Por qué? La gente siempre tiene historias fascinantes que pueden acabar siendo un libro basado en hechos reales —insistió Elba.

Jaime pareció dudar unos segundos y después suspiró.

—¿Me prometes que me harás caso en todo lo que te diga y no andarás husmeando por ahí?

Elba asintió con la cabeza mientras los ojos le brillaban.

—Trato hecho. Me quedaré un par de días más aquí contigo y te presentaré a algunas personas de confianza, para que te «inspiren».

Luego me marcharé de nuevo a la isla de Alborán y tú te cuidarás mucho de no llamar la atención. Tengo que mirar mi cuadrante para ver qué dos semanas me tocan de guardia aquí. Así que no te vas a librar de mí, pero en mi ausencia, si alguien te pregunta dónde vives, di que eres nueva, que eres invitada de la Cúpula y que vives en las casas azules. ¿Lo has entendido? —se quiso cerciorar Jaime.

—¿Qué es la Cúpula y qué son las casas azules? —preguntó curiosa Elba.

—Te he dicho que no se pueden hacer preguntas en esta isla —

volvió a recordarle el militar.

—Pero entonces ¿para qué me estás diciendo qué debo responder yo en caso de que me hagan una pregunta si no se pueden hacer preguntas en esta puta isla? —indagó desconcertada Elba.

—Bueno, porque los militares y determinadas personas sí tienen potestad para preguntar. Para eso velamos por la seguridad de las personas que habitan esta isla —explicó Jaime.

A Elba no le dio tiempo a responder; una cabeza se asomó por el hueco de la ventana que daba al salón. La casa de Jaime era una pequeña vivienda con paredes blancas y un pequeño patio rodeado por una valla donde la verja de hierro, como Elba comprobó, siempre estaba abierta. Una preciosa cabellera rubia y unos atrayentes ojos azules se apoyaron sobre el alféizar de la ventana.

—Buenos días, amigo, ¿estás de guardia esta semana? —preguntó Vega desde el otro lado.

—No, he venido solo a terminar con un papeleo. Regresaré en unos días a Alborán y ya luego volveré aquí, que me toca guardia.

¿Ya habéis acabado el retiro? —preguntó Jaime algo nervioso.

El joven se había puesto de pie rápidamente para intentar tapar

con su silueta a Elba, que seguía sentada en la mesa, atenta a la conversación de ellos dos.

—Sí, ha sido increíble…, pero, Jaime, te conozco desde hace

demasiados años. ¿A estas alturas te va a dar vergüenza decirme que has ligado? ¿Quién es la afortunada? —curioseó Vega a la vez que doblaba la cabeza intentando tener mejor ángulo para ver a la joven que se sentaba en la mesa.

—Qué pava eres, Vega. Es solo una amiga, anda, pasa —le ofreció Jaime al mismo tiempo que se dirigía a la puerta de entrada y quitaba los cerrojos.

—Una amiga muy guapa. Soy Vega, encantada —dijo la joven mientras se acercaba a ella y le regalaba dos sonoros besos a la vez que le sostenía con delicadeza los hombros.

—Yo soy Julia, un placer —respondió la detective exhalando tranquilidad al ver que en aquel lugar vivían personas normales.

—Vega, necesito pedirte un favor… Ya sabes que a Noctiluca no puede entrar nadie que no haya sido «validado». Pero Julia es una buena amiga. Es escritora, pero sufre un bloqueo y necesita inspirarse, así que… por eso está aquí —explicó Jaime de forma convincente sin entrar mucho en detalles que pudieran comprometerlos.

—¿Alguna vez has conocido un hombre más bueno que mi Jaime?

—preguntó Vega a Elba mientras se acercaba a su amigo y le sujetaba la cara para darle un beso en la frente.

—Necesito que la cuides un poco mientras yo no esté, ¿vale? —le pidió Jaime.

—Cuenta con ello, amigo. Pero, antes de irte a Alborán, mañana jueves hay luna llena y voy a hacer una cena en petit comité en la piscina de Villa Oasis, ¿os venís? —preguntó Vega con una amplia sonrisa.

Pero a Jaime no le dio tiempo a responder cuando Elba decidió hacerlo por los dos:

—¡Claro! ¡Allí estaremos! —disparó la chica sin esperar el beneplácito de Jaime.

La rapidez de su intuición estaba acercando a Elba a pasos agigantados hacia las respuestas que buscaba. Pero para encontrar aquellas respuestas debería seguir jugando a un juego demasiado peligroso.

27

Luna llena en Libra

Noctiluca

El encierro durante un par de días en Casa Macondo le había servido a Jara para calmar su intranquilidad y su ferocidad después de que Óliver hubiera renegado sin escrúpulos del encuentro que tuvieron.

No podía creer que hubiera hecho como si nada, cuando ella lo había sentido todo aquel día. La energía no puede fingirse y Jara la había sentido, había notado una conexión con Óliver desde el primer momento en el que se cruzó en su camino. Lo odiaba, odiaba con todas sus fuerzas no solo el que le hubiera ocultado la existencia de Vega, sino que hubiera tenido la sangre fría de negarle la relación sexual que habían mantenido. A la cara, sin pestañear. Como si el don de la mentira fuera un gen que llevaba en el ADN. Un experto seductor, cómplice del engaño.

Pero había algo que exasperaba aún más a Jara. Lo deseaba, lo deseaba con todas sus fuerzas. Había una fuerza irrefrenable que la atraía hacia él. Su olor la extasiaba cada vez que estaba cerca y más aún cuando lo había tenido dentro. No podía sacarlo de su cabeza.

Cuando pensaba en él la ira se teñía de excitación y lejos de maldecirlo quería sentirlo en lo más hondo de su ser. ¿Cómo era posible que Óliver le produjera aquella extraña sensación? Quizá la enorme similitud con Álvaro le hacía acrecentar aquella atracción.

Álvaro también era atractivo y poderoso, alguien que la hacía sentir en cierto modo por debajo de él, convirtiéndose en un reto para Jara. Aquello la ponía, las actitudes de aquellos dos hombres que hacían tambalear su seguridad, ese desafío que se ponía delante de

ella le gustaba. Esa sensación de superarse a sí misma, de salir del pozo y renacer como el ave fénix de entre sus cenizas.

La noche de antes entre sus manos había sudado su nombre, se había masturbado hasta correrse y caer rendida. Pero quería odiarlo, quería detestarlo con todas sus fuerzas. Pero algo se lo impedía.

La noche se acercaba y Jara llevaba un rato escuchando ajetreo en el jardín. Sabía que Vega debía estar preparando la mesa para la cena de esa noche. Intentando no hacer ruido, se acercó hasta la cristalera y comenzó a deslizarla con suavidad para no ser vista, pero unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—¡Jara! ¿Estás ahí? —Se escuchó a Vega al otro lado.

La joven se quedó petrificada, aguantando la respiración para que Vega no notara que estaba ahí.

—¡Jara, venga! Sé que estás ahí, no voy a hacerte montar más jarrones, te lo prometo —rio Vega.

Jara tragó saliva y admitió que no había otra salida. Espiró con fuerza y alzó la barbilla. Corrió la cortina hacia la derecha y luego abrió la cristalera.

—Perdona, Vega, me había quedado dormida —mintió Jara intentando buscar la excusa más convincente.

—¿Todavía estás así? ¡Venga, vístete, que el resto ya ha llegado!

—la apremió Vega, que llevaba un precioso vestido largo de esos estilo hippy.

Jara volvió a cerrar la cristalera y respiró hondo. Sabía que tenía que ir a esa cena. En el fondo, quería ver a Óliver, pero ese pensamiento le hacía sentir que estaba pisoteando su propia dignidad. Que estaba anteponiendo su deseo a su amor propio y eso la envenenaba. Pero no quería que Vega sospechase; aquel ser de luz no merecía ese dolor. Sus ojos irradiaban bondad y, sin conocerla, le había abierto las puertas de su casa. No podía hacerle eso.

Cogió un bonito vestido rojo que había comprado en los puestos de la calle y lo combinó con unas preciosas cuñas de yute anudadas a los tobillos con una lazada en color beis. El vestido era de algodón con el escote corazón, que dejaba los marcados hombros de Jara al aire. No necesitaba sujetador, así que simplemente cogió un tanga

negro. Maquilló un poco su rostro y se dispuso a salir. El corazón le iba a mil revoluciones.

Al salir fuera escuchó que las voces venían de arriba, así que supuso que Vega había preparado la mesa en el porche que había frente a la entrada de su casa. La luna llena estaba imponente y todo el jardín estaba decorado con velas encendidas. Jara subió las escaleras, y ahí estaba la cena preparada y todos los invitados sentados. La mesa estaba preciosa, como si hubiera sido sacada de una película italiana, con manteles amarillos y cestas de limones intercaladas con los jarrones de buganvillas que habían preparado días antes. Todos charlaban animosamente y al verla llegar Vega paró la

conversación.

—Amigos, esta es Jara, nuestra nueva vecina e integrante de Noctiluca —explicó Vega haciendo que todas las miradas se dirigieran hacia ella.

Vega encabezaba la mesa y, a su lado, estaba sentada la mujer morena a la que había visto con Óliver en la piscina manteniendo relaciones sexuales. A su derecha, una mujer también joven con media melena color cobrizo y los ojos verdes. Junto a ella y presidiendo la otra cabecera de la mesa, Jaime Santillana y al otro lado de la mesa, junto a este último, se encontraba Óliver; a su lado, una silla vacía entre él y Vega.

Al cruzar su mirada con la de Jaime, este llevó con disimulo su dedo índice hasta sus labios, pidiéndole silencio, gesto que Jara rápidamente entendió.

—Mira, Jara, te presento a mis amigos. Ella es Cristina, mi mejor amiga —dijo señalando a la mujer morena—, él es Jaime —y señaló al atractivo militar—, y ella es Julia, una amiga de Jaime que también es nueva en la isla. Falta Pascual, el marido de Cris, que no ha podido venir.

—Encantada —contestó Jara con una falsa sonrisa.

—Siéntate ahí, al lado de Óliver —le pidió Vega, a lo que Jara obedeció.

—Estás muy guapa, Jara —le dijo Óliver en voz baja mientras se sentaba a su lado.

—¿Os habéis enterado de lo de Marta? Por lo visto, la enfermedad

no remite —contó Vega algo preocupada.

—Sí, es una pena, con lo joven que es. Por eso hay que disfrutar la vida —reflexionó Cris, la joven morena.

Óliver descorchó una botella de champán y comenzó a rellenar las copas.

—Venga, no hablemos de penas. Hay luna llena, disfrutemos —

propuso mientras alzaba la botella y bebía de ella a morro.

—Toda la razón, hay que disfrutar la vida —contestó Jaime

levantando su copa en señal de brindis.

—Bueno, y qué, ¿tú la estás disfrutando? ¿Qué tal es Jaime en la cama? —preguntó Óliver a la chica de los ojos verdes en tono burlón.

—Óliver, siempre igual —suspiró Vega con una divertida cara de desidia.

—Somos amigos —explicó Jaime mirando a Elba.

—Pero ¿amigos que quieren follarse? —preguntó Cris añadiendo más leña al fuego, mientras que los mofletes de Elba se sonrojaban.

—Venga, anda, ¡unos chupitos! —propuso Óliver.

Cris cogió una botella de tequila que había sobre la mesa y llenó los vasos de chupitos que tenían. Se los fue pasando a cada uno de los comensales.

—¡Por nosotros! —dijo Vega llevando el vaso al medio, secundada a los pocos segundos por el resto.

Óliver bebió de un trago el chupito, sujetándolo con su mano izquierda. Mientras, disimuladamente, posó su mano derecha sobre el muslo de Jara. Ella dio un respingo y se estremeció al sentir el candor de su mano sobre su piel. Pero mantuvo la cabeza al frente como si nada.

—¿Y vosotras de qué os conocéis? —preguntó Jara mirando a Vega y Cris.

—Desde niñas —contestó Vega—. Nosotras, al igual que Óliver, nacimos aquí.

—Somos como hermanas —añadió Cris.

—¡Más que hermanas, diría yo! —agregó Vega con cara de orgullo mientras posaba su mano sobre la de su amiga.

Entretanto, bajo el mantel que cubría las piernas de Jara y a la vez

que todos hablaban, Óliver subía su mano hacia arriba, acariciando con disimulo y perspicacia el interior del muslo de Jara. Esta tragaba saliva a cada milímetro que él avanzaba, como si supiera el porvenir que le devenía. Hasta que sus dedos alcanzaron la tela de su tanga y con una destreza casi mágica lo apartó y le metió un dedo.

Jara se giró hacia él desafiante, aceptando su derrota. Óliver sacó su dedo mientras todos charlaban animosamente y, con la mirada de Jara fija en él, se llevó el dedo a la boca y lo lamió cómo si estuviera recogiendo el sabor del sexo de la joven.

—¿De dónde eres, Jara? —preguntó de pronto la chica de los ojos verdes. El resto de comensales se quedaron tan callados como ella por la inesperada pregunta—. Lo digo por tu acento —se explicó la chica sin apartar su mirada. Tenía unos ojos hermosos pero inquietantes—, me da que vienes de la misma ciudad que yo.

—Julia, ya te he comentado que aquí no nos gustan ese tipo de preguntas —intervino Jaime, incómodo. Y añadió—: Julia es escritora, por eso es tan preguntona.

Jara se encogió de hombros.

—No sabía que tenía ningún acento. He vivido en muchos sitios, y no soy de ninguno en especial —zanjó Jara la conversación—. ¿Y

qué clase de libros escribes?

—Novela erótica con pinceladas históricas —explicó Elba.

—¿Y qué estás escribiendo ahora, Julia? —preguntó curiosa Vega.

—Pues estoy un poco bloqueada, por eso estoy aquí, pero estaba escribiendo la historia de una chica a la que su prometido deja plantada en el altar —contestó de nuevo la joven de los ojos verdes girando la mirada hacia Jara.

Jara tragó saliva con aquel comentario; que te dejen plantada en el altar es un tema recurrente en las comedias románticas, pero aquella coincidencia la descolocó. Quería despedirse e irse, pero Óliver la disuadió rápidamente con su propuesta.

—¡Venga, ya está bien de hablar! Juguemos a algo divertido, que si no nuestros invitados van a pensar que somos unos muermos —

pidió Óliver mirando a Vega—. Pero primero os sirvo un poquito más de esto.

—¿Qué es eso? —preguntó Elba al ver la jarra con la que Óliver

estaba llenando los vasos.

—Tinto con limón y vermut —rio Vega.

—¡Y he añadido un chorreoncito de tequila! ¡Cuidado que esto es engañoso y emborracha rápido! —dijo Óliver riendo.

—¡Juguemos a las fantasías! La más sosa, bebe chupito. Y

votamos con la mano alzada —propuso Jaime.

—Tú sí que sabes, amigo —rio Óliver mientras le chocaba la mano a Jaime en señal de compadreo.

—Empiezo yo —habló Cris—. Mi fantasía es hacérmelo con dos hombres, que uno me folle y mientras otro me coma el coño —

reconoció la mujer con ojos extasiados.

—Empezamos fuerte —respondió Jaime—. La mía es ver a dos mujeres manteniendo relaciones sexuales.

—La mía es follarme a una mujer… —reconoció Elba mirando a Jaime con una sonrisa cómplice. Los dos estallaron en carcajadas.

—¿Y la tuya, Vega? —preguntó Cris.

—¡Tener hijos! —rio Vega.

—Eso es un deseo, no una fantasía. Anda, no seas tramposa —le insistió la mujer.

—Mi fantasía es grabarnos mientras follamos y luego ver el vídeo los dos juntos mientras nos masturbamos —confesó Vega.

—Toma nota, Óliver —apostilló Elba mientras este se reía—. ¿La tuya cuál es?

—La mía es escuchar por teléfono a Vega follándose a otro tío —

admitió Óliver sin casi inmutarse a la vez que le daba un trago a su copa.

—¡Ni de coña! —rio Vega y le tiró una bola hecha con una servilleta a su chico.

—Qué le vamos a hacer… —contestó Óliver entre risas.

—¿Y la tuya, Jara? —preguntó Elba de nuevo dirigiéndose a ella.

—Pues la verdad es que no lo sé —respondió Jara reticente.

—¡Vamos, Jara! ¡No seas sosa! —le recriminó Cris.

—Venga, Jara, estoy seguro de que tienes alguna fantasía oculta.

¿Nunca te ha puesto pensar en que alguien te mira? —insistió Óliver profiriéndole una seductora mirada.

Jara se quedó dubitativa. Todos en la mesa parecían desinhibidos,

pues habían bebido a toda prisa, y a pesar de que ella era una mujer muy sexual, sincerarse allí delante de esos desconocidos le costaba.

Salvo si el que te hace la pregunta es el hombre con el que fantaseas.

—No sé, puede que sí. Quizá mi fantasía sea esa, que una mujer me mire mientras un hombre me folla —dijo Jara con voz contundente sorprendiéndose a sí misma de la respuesta que acababa de darle a aquellos extraños.

—¡Guau! ¡Vamos fuerte! —añadió Óliver mientras llevaba su mano hasta su pantalón para apaciguar la erección que tenía.

—Ahora toca elegir la más sosa —recordó Cris, y sirvió otra ronda de chupitos que todos bebían sin rechistar.

—Mientras vais decidiendo yo voy a preparar el postre —dijo Óliver a la vez que danzaba de nuevo su mano por el muslo de Jara.

—Te acompaño —se ofreció Jara siguiéndole el paso.

Dejaron a todos charlando alborotadamente y Óliver y Jara se dirigieron a la cocina. Pusieron sobre la encimera los platos de la mesa que habían recogido para despejarla un poco.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Jara.

—Puedes ir cortando esas fresas de ahí —le propuso Óliver mientras tiraba con un cepillo los restos de los platos a la basura.

Jara lavó las fresas con detenimiento, se puso frente a la encimera, cogió una tabla de madera y comenzó a cortarlas. Óliver se acercó hasta el fregadero y se lavó las manos con jabón. Al pasar detrás de Jara dejó una estela con su olor, que esta inspiró descaradamente. Luego notó cómo se acercaba por detrás y la rodeaba poniendo sus manos a ambos lados sobre la encimera.

—Reconoce que llevas toda la noche deseando esto —susurró Óliver a su oído.

—Creo que tú tenías las mismas ganas que yo —vaciló Jara inspirando de nuevo su característico olor.

Óliver levantó con su mano izquierda el corto vestido de Jara y con la derecha comenzó a bajar su tanga hasta dejarlo caer en el suelo a la altura de sus tobillos. Luego lo pisó con el pie derecho y lo deslizó haciendo que Jara levantara su pie para que él pudiera

cogerlo. Se agachó, cogió el tanga y lo llevó hasta su nariz para absorber su olor, y se lo guardó en su bolsillo.

—¿Así que te pone que una mujer te mire mientras un hombre te folla? —preguntó lascivo Óliver.

—Sí —respondió encendida Jara mientras el joven paseaba la punta de su nariz por su cuello.

—Pues tendremos que hacer realidad tu fantasía —propuso él con su penetrante voz.

Óliver sacó su teléfono, buscó en la agenda de Noctiluca y pinchó sobre el nombre de Cris: «Ven a la cocina». Acto seguido posó el teléfono en la encimera con el mensaje visible para que Jara lo viera.

—¿Estás loco? ¿Y si entra Vega? —preguntó nerviosa a la par que excitada.

—No te preocupes, mañana no recordará nada. Además, cuando Vega va así es incapaz de levantarse sola de la silla por miedo a perder el equilibrio. Así que no va a venir… —la tranquilizó Óliver.

Óliver bajó con brío un poco el elástico de su pantalón de lino dejando su pene completamente al descubierto. Con su mano izquierda sujetó desde atrás el cuello de Jara haciendo que se inclinara un poco sobre la encimera de manera que sus nalgas desnudas quedaban a la altura de su pene. Sujetó con su mano derecha su miembro desde la base y lo introdujo dentro de Jara.

Comenzó a penetrarla con fuerza mientras ella lanzaba gemidos ahogados para no hacer ruido. En ese momento, Cris entró en la cocina con una tranquilidad envidiable, clavando sus ojos en los ojos de Jara desde que cruzó el quicio de la puerta. Cogió un taburete alto de madera y lo colocó delante de la encimera donde Óliver estaba

embistiendo a Jara. Llevó con parsimonia la copa de champán hasta sus labios y le dio un pequeño sorbo.

—Ten cuidado con lo que deseas, Jara… —le susurró de nuevo Óliver al oído.

Noctiluca

Elba retiró la sábana de algodón blanca que la cubría y estiró sus brazos con fuerza para desperezarse. Tenía un ligero dolor de cabeza debido a la resaca que arrastraba de todo lo que había bebido la noche anterior. Había ingerido demasiado alcohol, pero aquello le hizo desinhibirse ante el resto de invitados. Y a pesar de que su cabeza estaba siendo taladrada por un molesto dolor, estaba feliz.

Por fin la había encontrado: Jara Moretti estaba viva y había ido a parar a aquella isla. Fue extraño. Sabía tanto de ella que, al verla aparecer en aquella cena, sintió como si la conociera de siempre.

Notó aquello que sientes cuando te reencuentras con un amigo de toda la vida.

Se levantó de la cama tatareando una canción de Samuraï: «Que si sale mal, volvemos a empezar. *Y qué importan las alarmas anunciando el fin.* Qué importa si este mundo quiere derrumbarse.

Que acabe ya, hazlo explotar. Hazlo explotar, con un beso nuclear».

Cuando entró al salón, Jaime ya había doblado las sábanas con las que dormía en el sofá, el desayuno estaba preparado sobre la mesa y él se encontraba en el suelo haciendo abdominales. Tenía que sacarlo de allí para coger su teléfono.

—¿No es muy temprano para estar ya haciendo deporte? —rio Elba.

—Si estuviera en Alborán, ya llevaría cuatro horas despierto y ya habría quemado las calorías de la semana —respondió Jaime jocoso.

—No recuerdo nada de anoche, así que imagino que debimos

pasarlo bien —comentó divertida la joven detective.

—Es normal, lo pasamos muy bien… ¿Has visto que hoy me he currado yo el desayuno? —preguntó él orgulloso de sí mismo.

—Menos mal, ya tocaba que hicieras algo —se burló ella—. Pues qué raro, no me pareció que bebiésemos tanto… Aunque imagino que sí, porque me siento como feliz, ¿sabes?

Jaime se limitó a sonreír como toda respuesta. Terminó con los abdominales y comenzó a hacer flexiones.

—Pero tengo lagunas desde al poco de llegar la chica aquella,

¿cómo se llamaba? —preguntó Elba disimulando, pues aquello lo recordaba a la perfección.

—Creo que se llamaba Jara —contestó Jaime.

—Eso, Jara. ¿Y qué sabes de ella? ¿Cómo vino hasta aquí? —quiso saber mientras se acercaba a la mesa y removía el café con aires de desinterés.

—No sé mucho, la verdad, aquí ya sabes que no se pregunta —

respondió cortante el militar—. ¿Está rico el café?

—Muy rico tu café. Pero alguien tuvo que traerla, ¿no? Aquí no puedes llegar con tus propios medios —insistió la joven, pues tenía el presentimiento de que Jaime le ocultaba algo.

—Hoy estás especialmente guapa para estar recién levantada. —

Cambió Jaime de tercio.

—No vas a ser el protagonista de mi libro por más que lo intentes

—respondió ella burlona.

—Nunca digas de esta agua no beberé —dijo Jaime cerca de su oído con el cuerpo empapado en sudor, haciendo que la respiración de Elba se acelerase—. ¿Acaso estos abdominales no son dignos del protagonista de un libro erótico? —respondió el joven levantándose la camiseta y dejando a la vista su torso esculpido.

—No seas tan creído. Los protagonistas de mis libros además de los abdominales suelen ejercitar otros músculos —respondió irónica Elba.

—La lengua, ¿por ejemplo? Yo la tengo muy bien ejercitada… —le susurró Jaime de forma lasciva en el oído.

—Y el cerebro… —contestó Elba burlona—. Por cierto, he quedado con Vega para que me enseñe la isla, ¡por fin! —dijo Elba. Si Jaime

confiaba lo suficiente en ella como para dejarla salir, quizá podría encontrar la manera de regresar a casa… tras averiguar más sobre Jara.

—Pórtate bien, anda. Voy a ducharme —contestó Jaime mientras terminaba de engullir una magdalena de camino al baño.

Elba esperó un tiempo prudencial y después se acercó a la estantería, cogió el jarrón, sacó su teléfono y volvió a encenderlo. Se cercioró de que el agua de la ducha comenzaba a sonar y tecleó rápido:

La he encontrado. Jara está aquí.

«Venga, estás en línea, joder. Respóndeme rápido».

(Escribiendo…)

Elba, amor, ¿estás bien? Estoy muy preocupado. ¿Estás segura de que es Jara?

Totalmente segura. Es ella, amor.

Ahora tengo que dejarte, te amo.

La preocupación se apoderó de ella al darse cuenta de que las rayas de la batería habían comenzado a descender. Aquel teléfono era lo único que le confería seguridad en aquella isla que no aparecía en ningún mapa. Así que Elba apagó rápidamente el móvil y volvió a esconderlo a toda prisa en el jarrón.

Jaime salió vestido del baño y se plantó frente a Elba. Dio una vuelta divertido para que viera que se había arreglado y presumiéndose frente a ella.

—¿Me parezco ya más a un protagonista de uno de tus libros? —

volvió a preguntar risueño el militar.

—Ummm…, tendría que pensármelo —sonrió Elba.

—Qué dificilita eres… —rio el militar—. Venga, vámonos, quiero

enseñarte el pantano de Empusa. Vas a flipar con lo bonito que es.

Jara metió el pie derecho en la piscina y tanteó la temperatura del agua. Sentía esa relajación que experimenta el cuerpo después de entregarte al deseo, después de que Óliver la hubiera penetrado con lascivia en la cocina de su propia casa con su novia a unos metros y con su amante a centímetros. No se sentía especialmente orgullosa, pero aquel hombre había despertado algo en ella que hacía mucho que

no experimentaba.

Se sentó en el borde de la piscina vestida con un peto vaquero corto con bolsillos delanteros, y metió ambos pies, notando cómo el frescor del agua subía hacia arriba recorriendo sus piernas. De repente, al otro lado de la piscina alguien se zambulló en ella. No le dio tiempo a verlo hasta que salió del agua para tomar aire. Era Óliver. Los músculos de la cara de Jara se contrajeron esbozando una tímida sonrisa en su rostro. Él se acercó hasta Jara y apoyó sus brazos cruzados en el bordil o, justo al lado de las piernas de esta.

Jara miró a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie.

Acto seguido se mordió el labio y llevó su mano izquierda hasta la boca de Óliver introduciendo sin miramientos dos dedos en ella.

—Jara, ¿qué haces? —preguntó el joven molesto apartándose de ella.

—Después de lo que pasó anoche pensaba que esto era lo que…

querías —contestó contrariada la joven.

—Jara, anoche no pasó nada —le cortó Óliver disgustado mientras hacía fuerza con sus brazos para impulsarse y salir de la piscina.

Cuando estaba de pie se giró hacia ella—. Creo que te estás confundiendo —sentenció al tiempo que cogía una toalla y se secaba, dirigiéndose hacia su casa.

Jara estaba desubicada. A la vez llena de ira y a la vez invadida por la tristeza. Una cascada de lágrimas empezó a brotar de sus ojos. Quería escapar de allí. Sacó sus pies de la piscina y sin tan siquiera secarlos se puso los zapatos y guardó las llaves de casa en el bolsillo. Se levantó a toda prisa intentando controlar el llanto que

la ahogaba y salió de Villa Oasis sin ninguna dirección. Se dejó llevar por sus impulsos, presa del dolor y la rabia que había vuelto a experimentar. ¿Por qué estaba jugando con ella de esa manera?

¿Cómo una persona podía vivir con dos caras sin ni siquiera pestañear?

Cuando se quiso dar cuenta, Jara había llegado al bosque que conectaba con el asentamiento de Osiris. A pesar de que sus últimas

palabras las llevaba grabadas a fuego, sintió que necesitaba verla.

—Pensaba que vendrías antes —dijo la anciana otra vez sin levantar los ojos de la madeja de lana.

—Osiris, yo…, yooo, yooo… voy a enloquecer —reconoció entre lágrimas Jara.

La mujer de cabellos grises alzó la vista y buscó la mirada de la joven.

—El tormento ha hecho nido en tu corazón, puedo verlo en tus ojos. Debes parar esto antes de que sea demasiado tarde —

aconsejó Osiris con brusquedad.

—Pero ¿qué debo hacer? —preguntó desesperada la joven, presa del desconcierto que aquellas palabras le provocaban.

—Limpiar tu corazón, Jara. Sabrás cómo hacerlo, solo tienes que buscar las respuestas correctas —explicó la anciana con misticismo.

Aquello le taladraba el raciocinio. ¿Y si todo aquello tenía que ver con toda esa energía extraña que sentía en su interior? ¿Y si esos malos espíritus a los que Ares hizo referencia eran el motivo por el que Osiris la instaba a limpiar su corazón? Jara quería entender aquello, entenderlos y entenderse. ¿Y si era mala persona? ¿Acaso alguien alguna vez es capaz de darse cuenta de que uno mismo no es trigo limpio? ¿No habrían sido sus amigas las que la hubieran puesto en algún momento en alerta? Necesitaba encontrar esas respuestas a las que Osiris hacía referencia.

—Le juro que no entiendo nada, ¿respuestas a qué? Voy a volverme loca —lloriqueó Jara llevando las manos desesperadas a su rostro.

—Ares, ¡tráeme las cartas! —gritó la mujer dirigiendo su mirada hacia la entrada de su ruca.

Tras unos minutos, la joven que había atendido a Jara en el

mercado apareció con unas cartas entre las manos.

—Aquí tienes, abuela.

—Conoces a mi nieta, ¿no? —preguntó la mujer, y Jara asintió.

—Le regalé palo santo, abuela —explicó la joven.

—Hiciste bien, mi niña. Utilízalo, Jara, hay muchas malas energías que alejar de ti —le encomendó la anciana con preocupación.

Al escuchar eso Jara volvió a pensar en aquellos malos espíritus de los que hablaban y la mujer que gritaba ahogada con las manos en el cuello volvió a aparecerse en su mente de forma fugaz. Ares cogió la mesa que había cerca de ellas y la puso frente a su abuela.

Luego cogió una silla de madera, la puso delante de la mesa y le hizo un gesto a Jara para que se sentase.

—Baraja las cartas y corta por donde quieras —le pidió la anciana mientras se las extendía.

Jara las cogió y las barajó entre sus manos temblorosas. Después las separó en dos y las colocó sobre la mesa haciendo sendos montones.

—Elige un montón —rogó Osiris señalando con sus dedos hacia la mesa.

La joven cogió el de la derecha y se lo entregó a la anciana ante la atenta mirada de su nieta. La mujer extendió sobre la mesa las cartas.

—Elige tres con tu mano izquierda —le pidió a Jara que obedeció rápidamente.

Osiris volteó con lentitud cada una de las tres cartas: el colgado invertido, el emperador y la luna. La anciana alzó los ojos y miró a Jara fijamente.

—¿Ves esta carta de aquí? El colgado invertido muestra tu intranquilidad, ese bloqueo que te perturba. Significa la tortura. Hay algo en ti que no quieres ver, no estás siendo sincera contigo misma.

Quizá no seas ni consciente de ello, pero algo no va bien, tú lo sabes, Jara. Deja de aferrarte a ese papel de víctima y sé clara contigo misma —comenzó Osiris de forma ruda—. Esta de aquí —

dijo llevando su dedo índice sobre la segunda carta—, es el emperador. Hay un hombre que aparece en tu vida, alguien dominante que lleva el control. Él es a quien buscas, os

compenetráis. Lo físico se adelanta a lo emocional. Abraza tu

seguridad y toma la iniciativa, pero debes saber poner límites. Y, por último, la luna; estás confusa. Sientes como si el pasado regresara y revolviera tu vida. Sabes que te condiciona y te frena. Cuidado con los delirios, deja de sentir cosas que no son. Quizá no todo lo que ves es real. Tienes emociones demasiado intensas guardadas en lo más hondo de tu corazón y sé que están volviendo —confirmó con preocupación la anciana—. Lo veo en tus ojos, están volviendo. El pasado siempre regresa, Jara. Y, a veces, arrasa con todo.

29

Sácanos de aquí

Mesina (isla de Sicilia)

Año 2003

La última canción de la cara A del vinilo de Cinema Paradiso, «Prima Gioventú», terminó de sonar. Un silencio sepulcral invadió aquel salón. El corazón de Matteo Ferraro latía tan rápido que tenía la sensación de que se le había encajado en la garganta y le impedía respirar. Se llevó las manos a la cara y cerró fuerte los ojos, como si aquel gesto pudiera borrar la huella de lo que acababa de hacer. En unas décimas de segundo aquel reputado químico se había convertido en un horrible monstruo.

—Pero ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? —repitió una y otra vez entre lágrimas mientras seguía tapándose el rostro.

Aquella fatídica estampa que se presentaba ante él le hacía que no pudiera pensar con claridad. Intentaba acompasar su respiración, pero el nerviosismo bañaba cada parte de su cuerpo y un temblor lo sacudía. Estaba sentado en el suelo con las piernas dobladas hacia su pecho. Quitó las manos del rostro y las entrelazó por delante de las rodillas para poder hacerse aún más pequeño en esa postura.

Pero nada de aquello servía, pues el cuerpo sin vida de su mujer, Sofía Aguilar, yacía frente a sus ojos.

Tardó varios minutos en recomponerse. Se acercó hasta Sofía y palpó con su mano derecha el pecho de ella buscando el latido, pero no había ni rastro de él. Puso sus dedos en el cuello para buscar la única esperanza de que su esposa siguiera con vida, pero un río de náuseas subió sin avisar por su tráquea al ver las marcas de sus propias manos en la garganta de ella, y tuvo que tragar para impedir

que el vómito se esparciera como un aspersor sobre Sofía. Sin apenas fuerzas, acurrucó su cabeza en el pecho sin latido de su mujer e imploró su perdón.

—Perdóname, amor mío, no quería hacerte esto —lloraba desconsolado Matteo—. Perdóname, por favor, perdóname, perdóname, perdóname —comenzó a gritarle mientras erguía un poco su cuerpo y comenzaba a golpearla con la base de su puño, invadido por la rabia.

La cabeza de Matteo era un repositorio de pensamientos que le taladraban el raciocinio. Necesitaba un plan para huir de aquel lugar, pero en aquel momento era incapaz de conexionar tan siquiera dos palabras. Sabía que lo único que corría a su favor era el tiempo, pues cuando Sofía se instaló en Mesina dejó toda su vida atrás.

Pasarían muchos días hasta que alguien notara su ausencia. Rezaba con todas sus fuerzas para dar marcha atrás, para que sus manos hubieran sido dulces y hubieran acariciado aquel cuello. Pero Matteo tenía un arsenal de rabia en sus adentros. Se había vuelto irascible y el estrés le había hecho perder pelo. Su mujer sufría problemas de espalda, pero lejos de preocuparse por su salud lo que lo incendiaba era que habían dejado de tener relaciones sexuales, la única cosa que podía paliar el estrés que Matteo sufría por culpa de aquel proyecto del que nunca hablaba. Así que solo el alcohol le calmaba las ansias, pero no sentía arrepentimiento alguno. Estaba harto de ser él el que traía el dinero a casa y que sin embargo su mujer no le estuviera lo suficientemente agradecida. Él lo había dejado todo y se había jugado su pellejo por darle un buen futuro a su familia y sentía que nadie se lo tenía en cuenta. No quería matarla, pero la ira le había hecho ser capaz de apagarle el corazón con sus propias manos. Pero Matteo no quería, no quería.

El hombre sacó su teléfono y buscó con los dedos temblorosos entre los contactos de su agenda.

—Tenemos un problema —espetó Matteo con el poco hilo de voz que le quedaba.

—Ven a medianoche donde siempre —dijo una voz al otro lado del teléfono.

Matteo se puso en pie, aunque las piernas le flojeaban, y recorrió

el pasil o hasta que llegó a la habitación de la pequeña Bianca. La niña estaba dormida en su cama abrazada a Cosmo, su cisne de

peluche. No podían perder tiempo, había que irse. La zarandeó para que se despertara. No era capaz de pensar, solo quería huir lo más rápido posible. Mirar a su hija en aquel instante se había vuelto un acto repulsivo, como si los ojos de la pequeña Bianca le recordaran, sin saberlo, lo que acababa de hacer. Sentía un odio irracional hacia ella en ese momento, pero en el fondo era su hija. Su pequeña y adorada hija.

—¡Bianca, despierta! ¡Tenemos que irnos! —vociferó su padre sin poder evitar un matiz de agresividad en su tono de voz.

—Papi, déjame dormir, no quiero ir al cole, es muy temprano —

lloriqueó la niña entre sueños sin tan siquiera abrir los ojos.

—¡Bianca, te he dicho que tenemos que irnos!

No había tiempo para delicadezas. Matteo se levantó, abrió el armario y comenzó a guardar a toda prisa las cosas de la niña en una pequeña mochila azul.

—Pero, papi, ¿dónde vamos? ¿Dónde está mamá? —sollozó la niña.

—Bianca, mamá no puede venir —respondió tajante. Ni siquiera podía mirarla a la cara.

Cuando terminó de llenar la mochila, cogió del armario un par de prendas y las lanzó sobre la cama.

—Vístete, tenemos que irnos.

Matteo estaba asustado, la única cosa que tenía clara es que el tiempo apremiaba y debía escapar de aquel lugar. Sabía que solo tenía una huida posible y que solo habría dos personas capaces de tenderle la mano ante aquella barbarie que acababa de cometer.

Debían darse prisa si quería que el plan que acababa de trazar saliera bien. No pensaba en Sofía y en cómo había apagado su vida, pensaba en él y en lo que podría sucederle o en con qué ojos lo miraría Bianca de saber lo que había hecho.

Entonces su hija comenzó a sollozar.

—Quiero ir con mamá —balbuceó la niña.

Matteo respiró hondo intentando controlar su nerviosismo. Su

hija no era la culpable de su ira. Deshizo sus pasos y se sentó junto a

ella. La ayudó a quitarse el pijama blanco de terciopelo con estrellas azules y comenzó a vestirla.

—Quiero ir con mamá —insistió Bianca.

—Cariño, mamá se ha enfadado con papá y se ha ido a dormir a casa de su amiga Alessandra, pero cuando se le pase vendrá con nosotros, te lo prometo —mintió.

—Pero ¿por qué se ha enfadado contigo? ¿Se ha enfadado porque le has gritado? —preguntó la pequeña.

Matteo se estremeció. ¿Su hija había escuchado sus gritos?

¿Cuánto más había presenciado Bianca? Intentó apartar aquellos pensamientos, no tenía tiempo ahora para ellos. Ya se ocuparía de eso más adelante.

—Cuando las personas se quieren mucho mucho mucho, a veces se gritan y se enfadan. Lo hacen porque así cuando se perdonan su corazón se vuelve más grande y le cabe más amor. Entonces después de gritarse se quieren incluso mucho más —trató de argumentar.

Su hija se le quedó mirando como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por creerle. Cuando le preguntó que a dónde irían, trató de responderla con su tono más cariñoso.

—A un sitio precioso, ya lo verás.

—¿Y Cosmo será feliz allí? ¿Allí habrá cisnes como él? —preguntó la niña, curiosa.

—Claro, pero para poder ser felices allí y que mamá venga a buscarnos, tendremos que jugar a un juego.

—¿Qué juego, papi? ¡Me encanta jugar! Nosotros nunca jugamos porque tú siempre estás en tu laboratorio —le reprochó su hija, y Matteo sintió una punzada de dolor, porque tenía razón.

—Es el juego de los secretos. Si alguna vez alguien descubre nuestro secreto, nosotros perderemos, ¿lo has entendido?

Matteo dejó a la niña en la habitación mientras se ponía las zapatillas sola y se dirigió a cerrar las persianas de toda la casa. Al llegar al salón tragó saliva al ver el cuerpo de su mujer tendido sobre

el parqué. No podía entender cómo había llegado a aquel punto, cómo había sido capaz de acabar con sus propias manos con la vida de Sofía. Pero ya no había más tiempo para lamentos.

—Lo siento, Sofi. Te juro que cuidaré de nuestra pequeña —se despidió de ella por última vez mientras cerraba la puerta para que la niña no pudiera verla.

Volvió a paso ligero hasta la habitación y cogió en brazos a la pequeña Bianca. Abandonaron la casa en un silencio absoluto y el hombre se cercioró de que nadie los viera al salir. La distancia desde la casa hasta el puerto era relativamente pequeña y a aquellas horas la calle estaba desierta. A mitad de camino la pequeña Bianca se durmió sobre el hombro de Matteo. Al llegar al puerto de Mesina, aparcó el coche, se echó la mochila azul al hombro y su bolsa de viaje y cargó a la niña para no tener que despertarla. En su bolsa de viaje había introducido algo de ropa y varias carpetas con documentos. Caminó hasta uno de los amarres en los que se encontraba un enorme barco con la bandera española. Dos hombres lo esperaban: Elías Narváez y Jaime Santillana.

—¿Estás loco, Matteo? ¿Cómo se te ocurre venir con la niña? —le recriminó Elías.

—He hecho algo horrible y necesito que me ayudéis. —Matteo no pudo más y rompió a llorar.

—Tranquilo, cuéntanos qué ha pasado —lo animó Jaime.

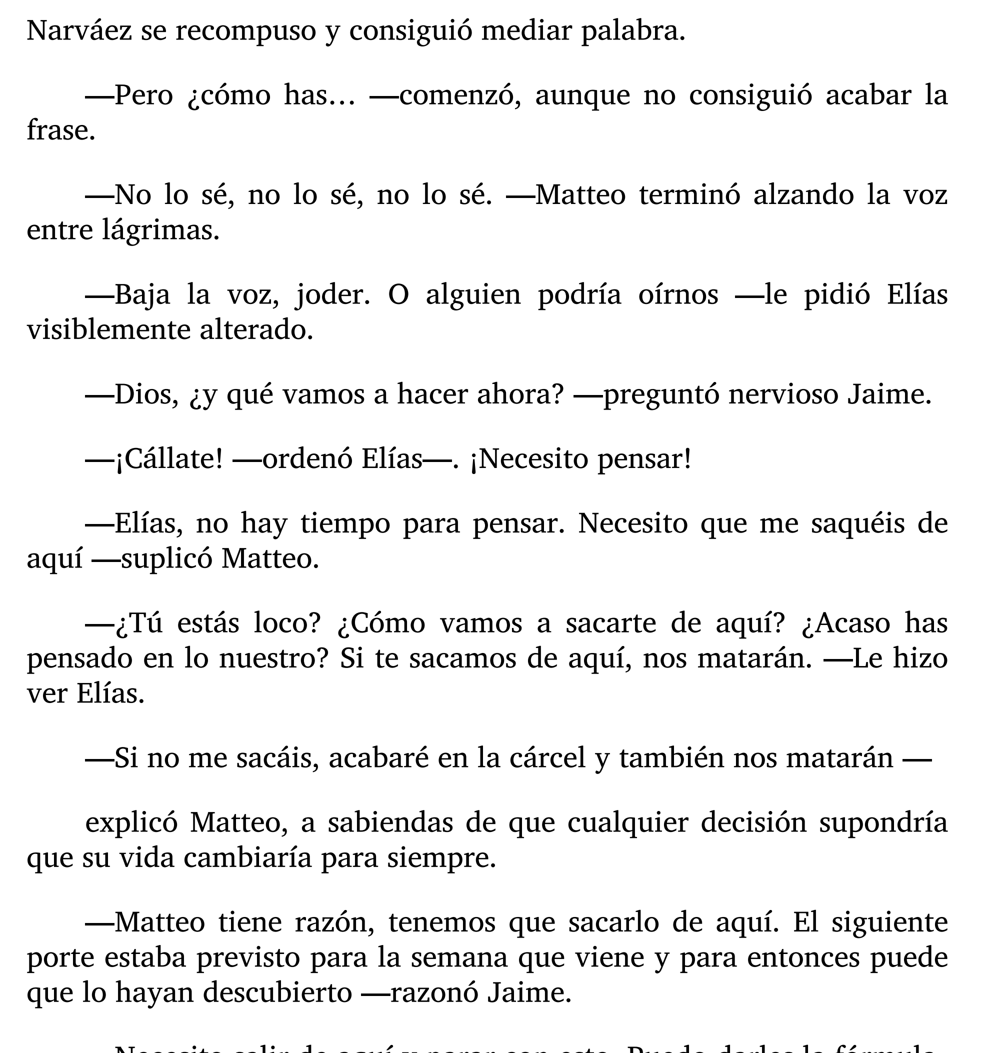
Matteo hizo una pausa para intentar calmar su respiración y poder confesarle el horrible acto que acababa de cometer.

—Aquí no —pidió, y señaló con un gesto la embarcación—, subamos.

Una vez en la cubierta del barco depositó con cuidado a Bianca sobre uno de los bancos para que no se despertase. Volvió hacia los hombres y escupió su confesión.

—Yo-yo-yooo… he matado a Sofía —espetó Matteo sin miramiento con un leve tartamudeo, como si necesitara sacar de su cuerpo aquella dramática confidencia.

Los dos hombres se quedaron petrificados; estaba claro que no esperaban que aquel fuera el problema que Matteo les había anticipado por teléfono. Pasaron unos minutos hasta que Elías



Narváez se recompuso y consiguió mediar palabra.

—Pero ¿cómo has… —comenzó, aunque no consiguió acabar la frase.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé. —Matteo terminó alzando la voz entre lágrimas.

—Baja la voz, joder. O alguien podría oírnos —le pidió Elías visiblemente alterado.

—Dios, ¿y qué vamos a hacer ahora? —preguntó nervioso Jaime.

—¡Cállate! —ordenó Elías—. ¡Necesito pensar!

—Elías, no hay tiempo para pensar. Necesito que me saquéis de aquí —suplicó Matteo.

—¿Tú estás loco? ¿Cómo vamos a sacarte de aquí? ¿Acaso has pensado en lo nuestro? Si te sacamos de aquí, nos matarán. —Le hizo ver Elías.

—Si no me sacáis, acabaré en la cárcel y también nos matarán —

explicó Matteo, a sabiendas de que cualquier decisión supondría que su vida cambiaría para siempre.

—Matteo tiene razón, tenemos que sacarlo de aquí. El siguiente porte estaba previsto para la semana que viene y para entonces puede que lo hayan descubierto —razonó Jaime.

—Necesito salir de aquí y parar con esto. Puedo darles la fórmula

—soltó Matteo con el total convencimiento de que había encontrado la solución para salir ileso.

—Claro, genial, y una vez que Jaime y yo ya no les sirvamos para nada ¿sabes qué harán con nosotros? Efectivamente, nos pegarán un tiro y nos tirarán al mar —explicó enfadado Elías. Matteo sabía que lo culpaba de haber jodido todo el plan—. Somos el único nexo contigo. Ellos no conocen ni tu nombre ni tu rostro. Si les damos la fórmula, estamos acabados.

Los tres hombres se miraron, presos de la desesperación. Daba igual qué camino tomasen porque todos parecían llevarlos a un mismo final: un tiro en la nuca y convertirse en comida para los peces. Pero entonces Jaime recordó una cosa.

—Puede que yo tenga algo que nos ayude —dijo mientras metía la mano derecha bajo el jersey y sacaba una cadena de plata de la que colgaba un guardapelo tallado.

—¿Qué es eso? —preguntó contrariado Elías, sin entender nada de lo que su compañero estaba diciendo.

—Lo único que podrá salvarnos —sentenció el joven.

30

A. C.

Almería

Los dos turistas estaban visiblemente afectados por aquel hallazgo.

Jamás hubieran imaginado que lo que había empezado como un día tranquilo con una visita al faro de Mesa Roldán habría acabado con un interrogatorio. La pareja, dos valencianos enamorados del cabo de Gata que lo visitaban todos los años como vía de escape, llevaban solo un día de vacaciones en la provincia de Almería.

Estaban sentados sobre unas rocas cerca de la valla de acceso al recinto donde se encontraba el faro. Un policía le ofrecía una botella de agua a la mujer, que se encontraba claramente nerviosa.

Cuando el coche del inspector Álex Molina llegó al lugar, nada más bajarse del vehículo, una agente de policía se acercó rápidamente a recibirlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Álex.

—Estaban de vacaciones y habían venido a esta zona a ver la torre cuando la han encontrado. Ella está bastante nerviosa. Su marido ha explicado que llevaba días con ansiedad y que habían escapado aquí para descansar después de una temporada larga de trabajo. Y se encuentran con esto… —explicó la mujer resumiéndole el suceso.

—Está bien, intentaré ser breve. ¿Sabemos algo de Beto?

Beto era un precioso braco alemán de pelo corto marrón chocolate. Un can perteneciente a la REHU, adiestrados y especializados en la búsqueda y localización de cadáveres, restos humanos y fluidos biológicos.

—Sí. Hemos hablado hace un rato con la Comisaría General de

Seguridad Ciudadana de Madrid y nos han confirmado que mañana estarán aquí para inspeccionar la zona —añadió la mujer.

Álex se acercó hasta la pareja de turistas con una amplia sonrisa para parecer más cercano. Al pararse frente a ellos les extendió la mano derecha a ambos. El marido la recibió con más dureza, mientras que la mano de ella no dejaba de temblar.

—Disculpe, son los nervios —se excusó la mujer.

—No se preocupe, es normal. Soy Álex Molina, inspector de policía. ¿Así que comenzaban hoy sus vacaciones? —preguntó para romper el hielo.

—Sí, y mire qué manera de hacerlo. Rodeados de policía sin poder irnos de aquí. Mire a mi pobre mujer, yo que la traía a esta zona para que se tranquilizara y me la voy a llevar de vuelta aún más nerviosa —se lamentó el hombre.

—¿Y qué hacían por aquí? —añadió el inspector.

—Hemos venido a ver la torre de Mesa Roldán —dijo el hombre girándose y señalando la torre que había a lo lejos—, somos bastante frikis de Juego de tronos y sale en el capítulo de la batalla de Meereen.

—¿De dónde sois? —se interesó Álex.

—De Valencia —respondió ella titubeante.

—Mi novia Elba y yo somos unos enamorados de la terreta. Todos los años nos escapamos sin falta al Festival de les Arts; es totalmente mágico —comentó Álex con cierta melancolía al pensar en que llevaba días sin saber dónde se encontraba realmente Elba.

—Mira si es mágico que yo le pedí matrimonio allí, en mitad de un concierto de Vetusta Morla —rio el hombre.

—Larga vida a los románticos —espetó Álex cómplice—. Solo os robaré un poco más de tiempo y luego os dejaré para que podáis seguir con vuestras vacaciones. ¿Os sentís cómodos para contestar a unas preguntas?

—Sí —respondió él mientras sostenía la mano de su mujer con

delicadeza.

—¿Podéis señalar el lugar exacto donde la habéis encontrado?

—Ya se lo hemos dicho a su compañera, mi mujer no ha sabido

reaccionar y ha venido corriendo hacia mí, pero con los nervios no recuerda el punto exacto —se lamentó el hombre.

—Está bien, no te preocupes. ¿Tú dónde estabas?

—Yo estaba justo en la entrada del faro haciéndole una foto —dijo señalando hacia el faro.

—¿Recuerdas haber visto algo más en la zona, algo que llamara tu atención? —siguió preguntando el inspector.

—No, no he mirado más —se disculpó ella.

—¿Puedes describirme exactamente lo que ha pasado?

—Sí… Mi marido estaba haciendo unas fotos al faro, así que yo he empezado a andar hacia las rocas. Estaba absorta con el paisaje, mirando el mar, y no sé exactamente dónde me he parado. Pero al agacharme para atarme los cordones de las zapatillas he visto entre la rendija de dos rocas que algo sobresalía un poco. Al principio he pensado que era un billete, pero al agarrarlo me he dado cuenta de que era una tela —declaró la mujer.

—¿Y qué has hecho?

—He tirado de ella para ver lo que era y al sacarla toda esa sangre estaba ahí —gimoteó la mujer.

—Tranquila, la sangre suele ser bastante escandalosa. Es normal que te hayas puesto nerviosa. Entonces la has tocado, ¿no? —

agregó con contundencia el inspector.

—Sí, lo-lo-lo siento… no sabía lo que era —se justificó la mujer.

—¿La habían visto antes? —siguió indagando el joven inspector refiriéndose a la tela ensangrentada.

—Qué va, ya le hemos dicho que no somos de aquí y que es nuestro primer día de vacaciones —respondió con intranquilidad el hombre.

—Y no reconocen de quién puede ser, ¿no?

—No, nunca la habíamos visto antes —reconoció la mujer agitada.

—Bueno, muchas gracias por su colaboración. Mis compañeros tomarán nota de sus datos. Deberán estar localizables por si tenemos que hacerles nuevas preguntas —les explicó el inspector de policía.

Álex se despidió de la pareja y se quedó pensativo. Un tiempo antes hubo un caso en la ciudad en el que la asesina había puesto

una camiseta de la víctima en un lugar falso para despistar a la policía, y ella misma fingió encontrarla para desviar cualquier sospecha sobre ella. Pero en este caso estaba seguro de que ellos decían la verdad y que realmente nunca habían visto antes esa camisa. La intuición de Álex estaba a punto de ebullición. Antes de que incluso se la describieran por teléfono, solo con el anuncio del hallazgo ya sabía que estaba conectado con su caso. Tendría que esperar a que analizaran las muestras para asegurarse, pero las iniciales de aquella prenda no eran casualidad: A. C.

—¿Dónde está la camisa? —preguntó Álex a la agente de policía.

—Ahí, inspector —dijo la mujer señalando un paquete de plástico.

Álex se acercó hasta ella y la observó desde fuera. Una camisa de lino azul bebé de manga larga con cuello mao y con las iniciales «A.

C.» bordadas en azul marino sobre el lateral izquierdo. Encontrar aquella prueba era un varapalo para su equipo, pues, de confirmarse que pertenecía a Álvaro, ellos habían dado por cerrado aquel caso sin haber ahondado más allá de las preguntas pertinentes.

—¿Crees que pertenece a Álvaro Casanova? —quiso saber la agente.

—Blanco y en botella… leche. ¿Una camisa completamente llena de sangre con sus mismas iniciales bordadas y escondida entre dos piedras…? Mientras analizan la sangre tendremos que preguntarles a sus padres si la reconocen. Pero esto no pinta bien, ¡joder! —dijo Álex llevándose las manos a la cabeza.

—Álex, hiciste lo que debías. Todos los indicios apuntaban a que se había acojonado por la boda y había desaparecido motu proprio.

Además, los cargos en la tarjeta… —intentó tranquilizarle la mujer para que no se martirizase—. Interrogasteis a todo el mundo y la historia que contó Carlos García-Noblejas, la mano derecha de su padre, cuadraba totalmente.

—Y la hermana, ¿qué? Carlos nos dijo que Camila Casanova también se beneficiaría de la desaparición de su hermano. Te recuerdo que estuvimos días buscándola porque no daba señales de vida y luego apareció como si nada diciendo que se había ido a un retiro espiritual para sobrellevar la desaparición de su hermano. Y

luego ella echó mierda sobre Jara, pero el 27 de enero, el día en el

que tenemos la última pista sobre él, ella no tiene ninguna coartada.

¿Y qué me dices de la hermana pequeña? No hemos tenido cojones de encontrarla, nadie sabe nada de ella. Desconocemos cuál es su puta versión. Nadie estuvo con ella el día de la desaparición y nadie la ha visto después de la boda. O sea, una puta niñata nos está vacilando. Es todo tan extraño. No sé, había tantos indicios y descartamos todo, tenemos tanto puto trabajo que no le dimos importancia a este caso. Con todo el tiempo que Álvaro lleva sin dar señales y no hicimos nada. Hicimos las tres o cuatro comprobaciones pertinentes para que sus padres se quedaran tranquilos y nada más

—reconoció Álex avergonzado.

—¿Cómo que no hiciste más? Hiciste caso a esa intuición que tenías en el fondo y pusiste a ese sabueso que tienes por novia a buscar respuestas —rio la agente—. Y ya conoces a esa pelirroja cabezona, no parará hasta saber la verdad…

—Eso es precisamente lo que más miedo me da —sentenció Álex.

31

Las amigas de mis amigas son mis amigas

Noctiluca

La tarde caía en Noctiluca y los últimos rayos de sol bañaban la arena mientras el astro se iba escondiendo. Sentados uno junto al otro en la orilla de la playa miraban al infinito callados, como si en el silencio hubieran encontrado el equilibrio. Jaime con sus brazos a cada lado del cuerpo y las piernas estiradas hacia delante y Elba con las rodillas flexionadas y los brazos envolviéndolas. Al lado de ellos, descansaban unas bombonas de buceo, aletas amarillas, gafas de buceo y un par de neoprenos. Una ola aterrizó sin timidez llegando hasta sus pies, que hizo que Elba y Jaime se rieran.

—¿Te ha gustado lo que hemos visto hoy, Julia? —preguntó cariñoso Jaime.

—Mucho, es increíble todo lo que hay bajo estas aguas —

reconoció Elba que todavía se le hacía raro escuchar a Jaime llamarla por el nombre falso que le había dado.

—¿Alguna vez habías jugado con un pulpo? —quiso saber el militar.

—No, y ha sido maravilloso. Gracias por quitarme el miedo a bucear —le agradeció la joven detective.

—Gracias a ti por confiar en mí y contármelo. ¿Hace cuánto no buceabas?

—Creo que tenía unos diecisiete años, como te he contado esta mañana le cogí miedo durante una inmersión en la que hubo corrientes. Y siempre había querido volver, pero a… —La joven paró en seco al darse cuenta de que casi se le escapó el nombre de Álex, pues quería decir que a este no le gustaba el buceo.

—No te preocupes, aquí se acabaron los miedos —finalizó Jaime

mientras se levantaba y le ofrecía su mano para ayudarla.

Recogieron sus cosas y caminaron charlando animosamente hasta la casa. En su interior Elba analizaba aquellas palabras de Jaime:

«Aquí se acabaron los miedos». Era paradójico, porque la realidad era que estaba atrapada en una isla, totalmente incomunicada, y no tenía ni idea de cómo iba a poder escapar de allí. Pero una parte de

ella estaba tranquila, le gustaba lo que estaba viviendo junto a aquel hombre, aunque todo fuera parte de una mentira. Su gran ensoñación.

El calor en aquellos días todavía estaba presente, lo que hizo que Jaime se desprendiera de la ropa nada más entrar por la puerta de casa. Elba se había metido en la ducha y al salir vio que Jaime estaba de pie, frente al pequeño armario, pensativo. La joven se sentó en el sofá y lo miró de reojo desde esa posición a través de la puerta de la habitación abierta de par en par. De repente lo vio coger algunas prendas y guardarlas en una bolsa de viaje.

—¿Te vas? —preguntó Elba extrañada levantándose del sofá y apoyándose en el quicio de la puerta de la habitación.

Durante su estancia allí, Jaime le había cedido su habitación a ella y él había ocupado caballerosamente el sofá. Había prolongado algunos días más su estancia con ella en la isla, y lo cierto es que Elba no podía decir que le hubiera desagradado su compañía. Más bien al contrario. Jaime la había cuidado, le había hecho con su carácter dulce sacar partes de ella que no había sacado antes. Elba era una mujer segura y valiente, dura y tozuda, pero en aquella isla parecía que el tiempo era relativo y que los instintos afloraban sin mucho esfuerzo. Habían salido a bucear juntos y Jaime le había enseñado el precioso arrecife de coral que había bajo las aguas de Noctiluca. Habían jugado partidos de tenis, le había mostrado los atardeceres que colmaban la isla y la había llevado a la playa para ver las estrellas. En otra situación todo aquello le habría parecido demasiado romanticón a Elba, pero no podía negar que le había cogido cierto gusto a eso.

—Sí —contestó algo apenado.

—No me habías dicho nada.

—Es que si estoy aquí más tiempo Elías podría sospechar algo —

explicó Jaime.

—¿Quién es Elías?

—Es el teniente de navío de Alborán. Siempre solemos estar juntos y me conoce mejor que a la palma de su mano. Es un buen tipo, pero no puede saber que estás aquí. Así que iré a Alborán en un porte que sale esta noche y volveré aquí en unos días, pues a Elías y a mí nos toca guardia en Noctiluca y eso me servirá de coartada para poder quedarme —explicó Jaime orgulloso de su plan.

—Pues te voy a echar de menos —reconoció Elba, y se dejó caer en la cama al lado de la bolsa de viaje—. Al final te voy a coger hasta cariño —resopló ella riéndose.

—No seas mentirosa, anda —carcajeó Jaime mientras le lanzaba una camiseta a la cara.

Elba se incorporó de la cama y se quedó sentada en el borde apoyando los pies sobre el suelo mientras Jaime seguía a poca distancia frente al armario.

—Te lo juro… —contestó Elba poniendo cara de niña buena.

—¿Eso significa que al final le vas a poner mi nombre al protagonista de tu novela? —rio Jaime.

—Tendría que pensármelo. El protagonista tendría que hacer algo inesperado… No sé, alguna locura ¿sabes? —contestó Elba con cierta zalamería mientras descruzaba las piernas.

Elba sabía que debía parar, que aquel inocente pasatiempo podría tener consecuencias. Era consciente de sus actos, pero aquel hombre tenía una energía que la atraía. Su sonrisa, su olor, su cuerpo…

—¿Una locura como qué? —preguntó Jaime acercándose peligrosamente a Elba.

La joven inspiró su olor en esa cercanía, la distancia negativa entre aquellos dos cuerpos estaba traspasando fronteras. Y Elba estaba a punto de comenzar un peligroso juego.

—Como besarme —respondió la joven inclinándose hacia delante.

La respiración de ambos se aceleró con aquella proximidad. Elba podía sentir el candor del aliento de Jaime, que produjo un acto reflejo en su sexo que se humectó al instante. Jaime sujetó con sus dos manos el cuello de ella y posó su mirada en los ojos de Elba.

Acercó sus labios y se fundieron en un húmedo beso. Con su brazo derecho la empujó con delicadeza de nuevo sobre la cama haciendo que su sexo quedara a ras del colchón y sus rodillas dobladas con los pies en el suelo. Jaime se puso de rodillas entre las piernas de Elba, que comenzó a respirar sonoramente. El militar llevó sus manos hasta las caderas de Elba y empezó a deslizar sus braguitas hasta los tobillos para retirárselas. Acercó su boca sin miramiento y se detuvo a escasos centímetros del sexo de Elba. Ella se irguió un poco y vio a

Jaime parado, mirándola fijamente. Sabía que quería encenderla.

—Cómeme el coño, por favor —suplicó Elba rendida ante aquella estampa.

Jaime sonrió, sabiendo que aquellos segundos suponían una tortura para la joven y sacó su lengua, paseando tan solo la punta sobre el clítoris de Elba.

—Dios, Jaime, cómeme el coño, por favor —repitió de nuevo anestesiada.

Él obedeció y tras llenar su lengua de saliva la posó sobre el sexo de Elba. Comenzó a lamerlo con la lengua plana muy despacio, cubriéndolo por completo de saliva en cada viaje. Luego posó su mano izquierda en el abdomen de ella, generándole presión, y giró su cabeza poniéndola en horizontal, de manera que podía dar lengüetazos de izquierda a derecha. Aquellos movimientos incendiaron a Elba, que deslizaba sus caderas sobre el colchón para juntar más aún su sexo con la lengua de Jaime. Luego cerró las piernas aprisionando la cabeza del joven entre sus muslos. Esa fue la señal para que Jaime comenzara a succionar con ímpetu su clítoris, de tal forma que Elba acabó rindiéndose y corriéndose en su boca, finalizando con un sonoro gemido.

El timbre rompió aquel instante de unión, obligándolos a ambos a incorporarse bruscamente.

—Debe de ser Vega, hemos quedado para ir a su piscina esta tarde-noche a darnos un baño —explicó Elba cogiendo del suelo sus bragas y poniéndoselas velozmente.

—¿Te ha gustado? —preguntó Jaime mientras se limpiaba la comisura de la boca.

—Quiero que sea ya el día que tengas que volver a Noctiluca —rio Elba regalándole un casto beso en los labios—. Nos vemos a tu vuelta —se despidió la joven.

El timbre volvió a sonar y Elba se dirigió a la puerta de la casa mientras se iba poniendo unos pantalones cortos de deporte en color gris.

—Toma, el bañador que me pediste y, venga, vamos —la apremió Vega nada más abrir la puerta.

Lo cierto era que, a Elba, Vega le caía muy bien. Elba pasaba tanto tiempo dedicándolo a sus casos que apenas tenía tiempo para sus amigos. Así que Vega era algo parecido a una amiga, aunque se conocieran desde no hacía mucho. Era dulce y cariñosa, sus andares eran lánguidos como si casi volara en vez de andar. Aquella delicadeza le llamaba la atención. Le gustaba pasar tiempo con ella y su forma de entender la vida, ese optimismo casi enfermizo que le hacía ver la vida a través de un filtro de un bonito color. La energía de aquella mujer la reconfortaba y hacía que el saberse aislada en aquella isla fuera un poco menos duro. Las conversaciones con ellas hablando del amor y de la vida le hacían pensar un poco menos en su verdadera situación, un poco menos en Álex y un poco menos en que seguía allí atrapada. Habían hecho buenas migas en la cena de la piscina y desde entonces Vega le había propuesto varios planes juntas. Elba sospechaba que Vega había aceptado la petición de su amigo Jaime de cuidar un poco de ella durante su estancia en la isla, y no le importaba. Le gustaba estar con la joven, aunque apenas había podido sonsacarla nada sustancial sobre la isla o sus habitantes.

Pasearon animosamente hasta llegar a Villa Oasis. Vega introdujo la llave en la puerta y entraron.

—Ahí está Jara —dijo Vega señalándola. Estaba tumbada leyendo en un colchón grande que había sobre una estructura de madera.

—Ahora me uno. Voy a ponerme el bañador —explicó Elba mientras se metía en la ducha de la piscina que estaba cubierta por una pared de piedra.

Observó cómo Vega se acercaba hasta Jara, que al verla cerró el libro y se incorporó para saludarla.

—Voy a por una botella de cava, ¿te apuntas? —preguntó Vega cariñosamente.

Jara asintió con la cabeza y con una sonrisa que a Elba le pareció forzada.

Era la primera vez que se encontraba a solas con Jara. Tenía que aprovecharlo.

—¿Qué lees? —quiso saber Elba al acercarse a Jara.

—Cien años de soledad, de García Márquez, mi libro favorito —

explicó Jara.

—Nunca lo he leído —contestó Elba un poco avergonzada.

—¡¿Cómo qué no?! —exclamó Jara sin dar crédito.

—¿Puedo? —preguntó Elba estirando la mano para coger el libro.

Jara se lo ofreció para que lo cogiera. Elba observó la preciosa cubierta en tonos turquesas y anaranjados. Estaba ilustrada por Luisa Rivera y aparecían unos bonitos dibujos de unas casas, un faro, un reloj… Recorrió con su mano la cubierta admirando el tacto de aquel libro. Lo abrió y pasó un par de páginas. Entonces se detuvo en una de las primeras, en la que había una breve dedicatoria.

«En Macondo el mundo era tan reciente que algunas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Como las cosas que vives con alguien por primera vez. Ojalá vivamos muchas primeras veces. Álvaro».

Al leer aquella dedicatoria Elba se aceleró. No daba crédito a ese descuido de la joven de ofrecerle el libro sabiendo de aquella dedicatoria. Pero suponía que si lo había hecho es porque Jara no sospechaba de ella. Elba necesitaba saber por qué Jara había huido antes de abandonar aquella isla. Para eso había venido hasta allí.

Quería saber lo que escondía.

—¿Quién es Álvaro? —preguntó Elba, atenta a su reacción.

El semblante de Jara cambió y estiró la mano para quitarle el libro.

—Disculpa, lo he leído sin querer. No quería ser indiscreta —se justificó Elba fingiendo sentirse avergonzada.

Jara tragó saliva y Elba supo que estaba intentando disimular que aquella pregunta la había atravesado.

—No te preocupes, es solo que aún me cuesta hablar de ese

tema. Álvaro es mi hermano, bueno, era. Nos dejó hace unos meses

—respondió Jara sin escrúpulos.

—Lo siento, no tenía ni idea.

Elba estaba perpleja por cómo Jara le había mentido delante de

sus narices. Aquello hizo que su obsesión se disparara, cada vez tenía más claro que Jara escondía algo y que había huido de Almería por alguna razón. El caso es que aquella bella joven no parecía ser de esas personas que poseen un aura negra. Aquello la desconcertaba, pero la mentira de la dedicatoria la había destapado sin miramiento.

En ese momento, Vega apareció con una bandeja sobre la que había una botella de cava y tres copas. La dejó en una pequeña mesa que había entre la piscina y el colchón sobre el que estaban y descorchó la botella para servir las tres copas.

—Me gusta que haya gente nueva en la isla —comentó Vega mientras le daba un sorbo a su copa.

—Yo también estoy feliz de estar aquí; creo que al final acabaré inspirándome para mi libro —dijo Elba. Era una mentira a medias, pues la realidad es que había un pequeño hilo de felicidad en ella, a pesar de toda la tensión que llevaba acumulada desde que decidió meterse en la caja de aquel barco. Y de que no las tenía todas consigo de salir de aquella isla. Y de lo que le había hecho a Álex.

Pero, sobre todo, esa intranquilidad que Jaime le había trasladado sin querer al recordarle que seguía oculta en aquel lugar y que ni el resto de habitantes ni de militares podían descubrir que ella no debía estar allí.

—¿Y tú, Jara? —preguntó Vega—. No pareces muy feliz hoy.

—Sí, estoy muy feliz de estar aquí, es solo que me encuentro algo cansada.

—Ay, amiga, esa mirada perdida tiene nombre de hombre —

aventuró Vega—. Venga, no te cortes; desahógate con nosotras.

Jara pareció dudar un momento.

—Es un chico que conocí el otro día en la playa —reveló Jara misteriosa, despertando la curiosidad de Elba.

—Cuéntanos más, por favor —pidió Vega abriendo los ojos y mostrándole absoluto interés en su historia.

—Bueno, no sé muy bien cómo explicarlo… Lo conocí y sentí con él al instante una conexión indescriptible. Y el sexo con él es increíble —contó Jara sin pudor.

—¿Y cuál es el «pero»? —quiso saber Elba.

—Que va y viene, que aparece y desaparece. Que parece que sí, pero luego no. Que es como si todo y luego como si nada. Además, tiene pareja… No sé, creo que voy a volverme loca —contestó Jara amargamente y como si se avergonzara.

—Anda, dale un trago al cava —sugirió Vega tendiéndole la botella

—. Los hombres son todos iguales, no hay quién los entienda. A mí Óliver, después de años saliendo juntos, me dice que no quiere tener hijos aun sabiendo que mi sueño es ser madre. Ahora me paso el día soñando que tengo una barriguita de embarazada y me despierto rota de dolor —confesó Vega tragando saliva mientras una lágrima se le escapaba. Jara le devolvió la botella de cava y Vega bebió de ella como si aquel gesto amainara su dolor.

Elba pudo conectar con el dolor que Vega sentía. Y observó las miradas ausentes de aquellas dos mujeres que tenía frente a ella, dos mujeres con el corazón roto por un hombre. Y pudo descifrar rápidamente aquellas miradas, las de ese dolor que, en vez de hundirnos, nos hace sacar a la luz nuestra peor versión.

Luna llena en Escorpio

Jara aceleró el paso como aquel que se siente perseguido, solo que esta vez el único culpable era el sol abrasador que lucía esa tarde.

Parecía casi imposible que a aquellas horas el sol todavía estuviera haciendo estragos, pero el sudor que recorría su frente daba buena muestra de ello. Se llevó la mano derecha hasta el inicio de su pelo y pasó su dedo índice para eliminar los restos de sudoración que la acompañaban. Había pasado todo el día paseando por la isla y en aquel momento solo soñaba con enfundarse en el traje de baño y zambullirse en el mar.

La cabeza de Jara era un hervidero de pensamientos intrusivos y necesitaba calmarlos. La imagen de Vega se le vino a la mente, por más que disimulara la odiaba, esa era la verdad. Odiaba pensar que cada noche se acostaba junto a Óliver y que cada mañana le daba los «buenos días». Odiaba imaginar cómo hacían el amor y cómo se besaban cuando paseaban de la mano por la isla. Definitivamente odiaba a Vega Cruz, pero a la vez sentía lástima por ella. Ella la había tratado maravillosamente desde el primer momento en el que se conocieron. Había sido amable y atenta y ella se lo había pagado acostándose con su chico, deseándolo. Esto hacía que la culpa la reconcomiera por dentro, pero el deseo la superaba.

Al llegar a Villa Oasis, Ares, la nieta de Osiris, se encontraba en la puerta. Portaba entre sus manos dos de esas misteriosas cajas blancas que Jara ya había visto antes, pero seguía sin conocer lo que había en su interior. Los militares le habían dejado claro a Osiris cuando Jara llegó a la isla que ella no sabía nada acerca de todo aquello, como si ellos supieran más de lo que decían. Y Osiris le había pedido a Óliver que él tampoco le mencionara nada.

—¿Qué haces aquí, Ares? —preguntó Jara al ver a la joven clavada en la puerta.

—Esperando a Óliver, me ha dicho que tardaba poco en salir —

contestó ella. Escuchar su nombre hizo que el pulso de Jara se acelerase.

—Por cierto, el otro día no me dijiste cómo se utilizaba el palo ese que me diste.

—¿El palo santo? —rio Ares al ver que seguía sin aprenderse el

nombre.

—Sí, eso. Me dijiste que limpiaba las malas energías, pero no me dijiste cómo.

—Debes prenderlo con una cerilla y agitarlo hasta que aparezca el humo. Intenciónalo y pásalo por tu cuerpo y por todos los rincones de tu casa e imagina que ese humo se lleva las malas energías que te rodean —explicó la nieta de la machi.

—¿Tú también crees que me rodean malas energías? —rio Jara escondiendo cierta amargura.

—Mi abuela siempre dice que a través de los ojos puede ver lo que esconde un alma —contestó escurridiza Ares.

Aquella respuesta dejó pensativa a Jara, no entendía aquellas palabras o quizá no quería entenderlas. Pues el ser humano a veces tiene miedo a mirar dentro de sí mismo; las personas tienen miedo al silencio, a la introspección, pues nunca sabemos lo que vamos a encontrarnos. Y Jara tenía miedo de lo que pudiera encontrarse.

Tenía miedo a enfrentarse a aquellos fantasmas que a veces se paseaban por su mente. ¿Quién era aquella mujer que aparecía de forma fugaz en su cabeza y que gritaba sujetándose el cuello? ¿De quién era la sangre que Osiris tantas veces le había mencionado que veía en sus manos? ¿Y si era su propia sangre?

Jara introdujo la llave para abrir la puerta de madera que daba entrada a la villa y giró la cabeza hacia Ares.

—¿Pasas? —ofreció Jara con una sonrisa a media asta.

—No, prefiero esperar aquí.

—Por cierto, ¿qué llevas en esas cajas? —preguntó Jara disimulando, como si acabara de darse cuenta de que las llevaba.

—Nada —respondió la joven con cierto temor.

—Algo llevarás, ¿no? —insistió Jara ante la vaga respuesta de Ares.

—No es nada importante, es una co-cosa para Óliver y Vega —

tartamudeó un poco la joven.

—¿Y qué es exactamente esa cosa? —siguió Jara endureciendo su tono de voz y acercándose de forma intimidante a la joven.

—Nada, Jara —contestó Ares con incomodidad mientras bajaba la cabeza.

—Ares, ¿qué es? —volvió a insistir Jara acercando su cara estrechamente a la cara de la joven e invadiendo totalmente su espacio vital.

—Es mangata, Jara, mangata —terminó soltando Ares ante la incomodidad que le estaba produciendo aquella situación y se separó de ella dando un paso atrás.

—¿Qué es «mangata»? —preguntó Jara totalmente descolocada ante aquella respuesta.

—Lo siento, tengo que irme —espetó con nerviosismo Ares mientras comenzaba a andar a paso ligero.

En ese momento Óliver apareció por detrás de Jara y puso una mueca de asombro al ver que Ares se alejaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Ares, a dónde vas? —preguntó con cierta extrañeza, pero totalmente sereno.

La chica se paró en seco.

—Óliver, tengo que irme —respondió Ares a lo lejos.

Óliver comenzó a andar hacia ella como si no le preocupase lo más mínimo lo que había ocurrido o por qué aquella joven parecía tan agitada. Al llegar frente a ella, y ante la atenta mirada de Jara que seguía en la puerta de la Villa, estiró su brazo.

—No sin antes darme lo que es nuestro; Vega hoy lo necesita —

dijo Óliver cogiendo de entre las manos de Ares las dos cajas.

La joven huyó de allí a paso rápido ante el estupor de Jara. Tenía la respuesta de la joven rezumando en su cabeza: «mangata». ¿Qué quería decir? ¿Qué demonios significaba «mangata»? ¿Por qué había cambiado su semblante por completo al pronunciar aquellas palabras?

Óliver pasó al lado de Jara portando las cajas entre sus manos y al

llegar a su altura giró la cabeza y fijó los ojos en ella:

—Ponte un bañador, que vamos a ir a la playa con unos amigos a hacer unas fotos —le ordenó Óliver sin miramiento.

—Será si quiero ir, ¿no? Igual deberías preguntarme antes, porque puede que no me apetezca, ¿sabes? —contestó Jara enfadada mientras seguía a Óliver a paso ligero por el pasillo del jardín.

—No te he preguntado porque sé que quieres venir. Ahora paso a por ti —respondió el joven con altanería y empezó a subir las escaleras del jardín que llevaban a la entrada de su casa.

—Voy a ir no porque me lo digas tú, sino porque antes ya pensaba ir a la playa para salvarme de este puto calor —finalizó Jara intentando sacar a pasear su orgullo. Aunque la realidad era que aquel hombre le descuadraba los esquemas.

Jara entró a la casa y se puso rápidamente el bañador. Cogió una toalla del kit de bienvenida y salió con celeridad hacia el patio para esperar a Óliver. Recordaba sus últimas palabras y el dolor que le habían causado, aquella forma en la que había renegado de ella, pero le pesaban aún más las palabras de Osiris y se aferraba a ellas con descaro: «Hay un hombre que aparece en tu vida, alguien dominante que lleva el control. Él es a quien buscas, os compenetráis». Aquella mujer que podía ver más allá tenía la certeza de que Óliver era su persona y Jara no estaba dispuesta a dejarlo escapar.

Sentada sobre una silla escuchó unos pasos lentos bajar por la escalera e instintivamente se puso de pie, pensando que Óliver ya iba a buscarla. Pero la estupefacción llamó a su puerta cuando de repente vio bajar a Vega con un vestido negro ceñido que le llegaba a la altura de los tobillos y que le marcaba una prominente tripa de esas que poseen las embarazadas justo días antes de dar a luz. Jara abrió los ojos como si fueran a salirse de sus órbitas; no daba crédito a lo que estaba viendo. Vega se giró hacia Jara y le sonrió.

Luego pasó su mano derecha por su tripa y la colocó bajo ella, como sujetándola, con ese gesto tan típico de las embarazadas. Era imposible. Vega no podía haber desarrollado una tripa como esa de la noche a la mañana. Además, el día de antes había confesado su

sueño de ser madre. Jara se frotó los ojos como si quisiera cerciorarse de que aquello no se trataba de un sueño.

—¿Qué tal, Jara? —preguntó Vega mientras terminaba de bajar

las escaleras.

Jara tragó saliva y notó como le costaba verbalizar algo.

—Eeeh… eeeh, bien, supongo, ¿tú estás bien, Vega? —respondió Jara totalmente desconcertada.

—Mejor que nunca —sonrió la bella mujer, que lucía radiante.

—¿Y-y-y… eso? —tartamudeó torpemente Jara sin saber muy bien qué decir mientras le señalaba su tripa.

—Mi bebé. Hasta luego, Jara —se despidió Vega caminando por el pasillo hacia la salida de Villa Oasis.

No le dio tiempo a reaccionar pues, al instante de desaparecer Vega por el pasillo de acceso a la calle, apareció Óliver portando en una mano una cámara de fotos analógica y en la otra una botella de Four Roses.

—Vamos, que Cris y el resto nos están esperando —la azuzó Óliver para que siguiera su paso haciendo que Jara sonriera al escuchar aquel nombre.

Aquella mujer morena, que decía ser casi una hermana para Vega y que había observado atenta cómo Óliver la penetraba en la cocina, despertaba en ella cierto interés. Aquella mujer le parecía imponente, descaradamente atractiva y podía llegar a entender cómo Óliver era incapaz de resistirse a ella.

El camino a la playa lo anduvieron en silencio, mientras que el joven empinaba de vez en cuando la botella y le daba algún trago.

—Dame un poco, estoy seca —pidió Jara señalando la botella.

—Demasiado fuerte para ti —rio Óliver negándosela.

La playa de Noctiluca era hipnótica. Su arena negra, en contraste con las casas blancas y con el verde de las palmeras, hacía que su agua cristalina fuera aún más imponente. Y se hallaba enclaustrada entre dos montañas que la resguardaban. Al llegar a ella, Jara divisó a un grupo grande de unas diez personas, que bebían y reían distendidamente, sentados en la arena, al son de una guitarra.

Cuando Jara fijó la vista en ellos se percató de que todos estaban desnudos. Hizo un barrido rápido, absorta ante aquella estampa que

se le presentaba, y reparó en cada uno de los diferentes cuerpos que allí se encontraban, pues ninguno seguía un patrón. La belleza de lo distinto, la diferencia que te hace único. Al verlos llegar, Cristina se levantó rápidamente.

—Venga, que te estábamos esperando —dijo la hermosa mujer de cabello moreno mientras le daba un beso en los labios a Óliver.

—¿Te acuerdas de Jara? —preguntó el joven, y la señaló con la mano.

—Creo que sí, nos conocimos el otro día en la cena, ¿no? —

preguntó Cris minimizando con aquel comentario el impacto que Jara creía haber surtido en ella.

—Sí, así es —contestó algo cortante Jara al ver la indiferencia con la que la había recibido.

—Vamos, desnudaos; está todo preparado para las fotos —dijo Cris señalando un precioso espacio que había a la derecha del grupo.

Unas bonitas telas enormes de color ocre decoraban la arena, cubiertas de mullidos cojines de lino en color azul agua intercalados con algunos en color coral. A su alrededor, un círculo de velas prendidas rodeaba el espacio, junto con preciosos centros de flores con eucalipto y peonías rosas. A Jara le pareció irónico que allí estuviera aquella flor, sobre ella caía una leyenda de la mitología griega. Y le recordó un poco a lo que ella estaba viviendo. La ninfa Paeonia gozaba de una belleza exuberante y tuvo una historia de amor con el dios Apolo, el hijo de Zeus. Fue ahí cuando Afrodita, la diosa de la belleza que era conocida por sus celos enfermizos, sorprendió a ambos. Paeonia se ruborizó al ver lo enfadada que estaba Afrodita, aun así, esta no tuvo piedad de ella y convirtió a la ninfa en una flor. ¿En qué la convertiría Vega si se enterase de los juegos que se traía con su chico?

Jara miró a Óliver, que había dejado sus cosas sobre una de las toallas que utilizaban los del grupo y había comenzado a desnudarse. Al ver aquello, la joven comenzó a hacer lo mismo con cierto pudor, pero, a la vez, firme, pues la desnudez, extrañamente, siempre le había conferido una seguridad pasmosa. Le gustaba verse desnuda, sentir su cuerpo desprovisto de ropa.

—¿Qué estamos haciendo? —le preguntó a Óliver.

—¿Te he contado ya que me encanta la fotografía? —explicó el joven agachándose, ya desnudo, y cogiendo de nuevo su cámara tras darle un trago a la botella de Four Roses.

—Es el fotógrafo de la isla —dijo Cris apareciendo de repente por detrás y dándole un beso en el cuello a Óliver—. En este lugar puedes ser lo que quieras ser.

Y luego acarició descaradamente el pene de Óliver, haciendo que solo con ese roce se le pusiera erecto.

—Puedes ser lo que quieras ser, menos una preguntona —

contestó con retintín Óliver refiriéndose claramente a Jara.

—Sácame bonita —le sonrió pícara Cris a Óliver—. Mejor, sácanos bonitas —añadió mientras tiraba de la mano de Jara.

El resto del grupo ya se había puesto en pie y caminaban hacia el espacio decorado en la arena, menos un hombre con una poblada barba, ojos oscuros y tez morena que estaba quieto, como si esperase a las dos mujeres que faltaban.

—Jara, te presento a Pascual, mi marido —dijo Cris.

Jara agachó la cabeza a modo de saludo, pues aquellas presentaciones sin ropa de por medio le estaban pareciendo demasiado incómodas. Pero, a la vez, que Cris le sostuviera la mano mientras caminaban por la arena desnudas, con Óliver observando cómo se dirigían a las sábanas desde atrás, le ponía cierta excitación. Aun así, su cabeza intentaba digerir todas aquellas inexplicables situaciones a las que no le conseguía encontrar respuesta coherente ninguna. Y mucho menos entender cómo aquella mujer podía besar frente a todos, y frente a su propio marido, al novio de su mejor amiga. Pensar aquello hizo que un nudo se instaurara en su garganta al recordar a sus amigas, Paula y Luna, y al pensar en que había huido de Almería sin despedirse de ellas. Sabía que estarían preocupadas, y eso la angustiaba.

—Vuelve aquí —dijo Óliver propinándole una palmada en el culo a Jara al ver que su mente estaba en otro lugar, y luego agachó su cabeza y le dio un pequeño mordisco a la joven en el pezón, regalándole luego una de esas sonrisas que marcaban sus hoyuelos.

Aquel gesto la apartó de los pensamientos que la estaban

conectando con Almería y volvió a estar presente en aquella playa de Noctiluca, rodeada de extraños desnudos sobre una tela que habían comenzado a besarse y manosearse entre ellos, mientras que Óliver comenzaba a tomar fotos. Una mujer se situaba de rodillas detrás de Pascual, separando con ambas manos sus nalgas e introduciendo su lengua entre ellas, lamiéndole el ano, mientras que él lamía con ahínco los pechos de Cris, que se situaba frente a él.

Esta alzó la mano y con dos dedos hizo una señal para llamar a Jara, que seguía obnubilada ante lo que allí acontecía. Otros tres hombres sobre las sábanas formaban una especie de tren con sus cuerpos; uno de ellos, arrodillado, lamía el pene del que se encontraba frente a él, sujetándolo con su mano izquierda y alzando los ojos para clavar la vista en el que recibía tan inmenso placer, el mismo hombre que a su vez era penetrado por detrás por otro que le sujetaba del cuello y le arremetía con fuerza. Un hombre y una mujer se masturbaban uno frente a otro mientras se miraban fijamente. Y una mujer separaba las piernas de otra y le lamía el sexo con delicadeza, haciendo que los gemidos de esta última fueran tremendamente fuertes. Cris volvió a llamarla, esta vez retirándose de la posición que mantenía frente a su marido y dirigiéndose hacia ella. Llevó sus dedos corazón y anular a su boca y los embadurnó de saliva, luego los introdujo sin miramiento en el sexo de Jara y comenzó a hacer fricción en él metiéndolos y sacándolos.

Óliver se acercó hasta ellas y comenzó a fotografiar sus esbeltos cuerpos entrelazados llenos de aquellos fluidos que embadurnaban sus cuerpos. Jara le dirigió una penetrante mirada y, sin pronunciar ningún sonido, susurró con sus labios tan solo una palabra: ven. El joven posó la cámara en el suelo y se acercó hasta ellas.

—Fóllame —le pidió sin miramientos Jara.

Ante esa petición Cris sacó sus dedos y se los introdujo en la boca a Jara que los lamió zalamera. Esa fue la señal para que Óliver sujetara con sus dos manos las caderas de Jara y guiara desde atrás su pene hasta sus adentros comenzando a embestirla con un ímpetu voraz.

Jara seguía presa de aquella energía que bañaba Noctiluca. No entendía nada de lo que sucedía en aquella isla, pero fuera lo que

fuere, y a pesar de la advertencia de Osiris, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Eres sangre de mi sangre

Almería

Álex Molina volvió a mirar el móvil con desgana y resopló con cierta desesperación. Sabía que no iba a encontrar nada, ninguna notificación que hiciera que su corazón se calmase. No quería avasallar a Elba con mensajes, pero la realidad era que estaba preocupado. Él, que se encargaba entre otras cosas de encontrar a personas desaparecidas, era incapaz de saber el paradero de su novia. Aquello lo tenía en vilo, un mal pálpito lo acompañaba desde que ella se había marchado. Sabía que algo no iba bien; su olfato de policía le hacía saltar las alarmas. Por eso, desde que Elba se había marchado, apenas había vuelto por el apartamento; se pasaba el día en la comisaría intentando huir de sus propios demonios. Tener la cabeza ocupada era la única cura para aquella preocupación permanente que le hacía de sombra cada día. Necesitaba resolver aquel caso; todo estaba relacionado y sabía que aquella era la única manera de que Elba volviera a casa. Y ahora una parte de él se arrepentía de haberla metido en aquel lío. La conocía bien, sabía que Elba nunca dejaba nada a medias y que se desvivía en cada investigación y, quizá en parte, era culpa suya que ella no estuviera allí.Alguien llamó a la puerta del despacho de Álex con un desmedido ímpetu. La prisa se notaba en la rapidez y la fuerza con la que había golpeado la puerta.

—Han llegado los resultados de Criminalística —dijo la agente sin esperar a que Álex le diera el beneplácito para entrar en su despacho.

—Por favor, dime que tenemos algo —respondió rápidamente el inspector al tiempo que se levantaba de su sillón y se acercaba a ella.

—Tenemos dos noticias, una buena y una mala —contestó Carmen, la agente que trabajaba en el caso con él; alargó el dosier que llevaba entre las manos y se lo ofreció a Álex.

—Empieza por la buena. —Tuvo claro el joven, que cogió el dosier y volvió a sentarse.

—La buena es que han encontrado resultados para las manchas de sangre —comenzó ella.

—¿Y la mala? —quiso saber Álex mostrando su cara de preocupación.

—La mala es que la mancha de sangre que poseía la camisa

coincide con el ADN que extrajimos de las células capilares del peine de Álvaro Casanova —soltó con cierta angustia Carmen.

—¡Joder, joder! Menuda cagada —vociferó lleno de ira Álex mientras descargaba un ruidoso golpe sobre la mesa.

—Álex…,

todo

apuntaba

a

que

había

desaparecido

voluntariamente. Otro pijo más que no quiere enfrentarse a su familia y que está atrapado en una relación por el miedo al qué dirán

—intentó consolarlo la agente.

—Pues ya podemos rezar por que ese pijo no esté muerto. Ya conoces a los Casanova, esa familia tiene amigos hasta en el infierno y como vengan a por nosotros estamos jodidos —se lamentó el inspector con cierta desidia.

—Hay algo más, Álex… Creemos que se puede tratar de un error, pero en la camisa se ha encontrado el ADN de dos personas. Una de ellas es Álvaro Casanova, pero, al realizar el frotis de otras de las manchas de sangre, el ADN coincide con el de una muestra de un perfil genético correspondiente a una niña italiana desaparecida en el año 2003, en la ciudad de Mesina —explicó extrañada Carmen.

—Eso no tiene ningún sentido —respondió incrédulo el inspector.

—Lo sé, pero lo hemos comprobado con la policía italiana y nos aseguran que concuerda. En ese dosier tienes la foto de la niña y toda la información del caso —dijo la agente señalando la carpeta

que Álex había cogido de entre sus manos nada más entrar en el despacho.

—¿Llegaron a encontrarla? —quiso saber el joven.

—No, fue como si la tierra se la hubiera tragado —afirmó la agente descolocada ante aquella información.

—Cuando triangularon el móvil de Álvaro, ¿dónde fue la última vez que dio señal? —trató de recordar Álex.

—En una antena cercana a la Venta del Pobre; es el mismo lugar donde se encontró el primer cargo con su tarjeta en el restaurante La Fragua. El resto de los cargos ya sabes que se hicieron de camino a Murcia. No sé, estaba bastante claro que había apagado el teléfono y huido dirección Murcia —intentó excusarse la agente a sabiendas de que la habían cagado al asumir que se trataba de una desaparición voluntaria.

—Por favor, que Criminalística peine el faro de Mesa Roldán,

donde encontramos la camisa, y tú llama a la pareja de turistas que la descubrieron para saber si conocen a esa niña de algo —solicitó el inspector.

Carmen asintió con la cabeza mostrando con ese gesto la conformidad en hacer lo que le pedía y salió del despacho. Al quedarse solo, Álex resopló; nada tenía sentido y, por supuesto, aquello no pintaba bien. Miró su móvil, ningún mensaje de Elba.

Abrió el dosier y sacó la foto de la niña desaparecida. La miró detenidamente, pero no le era familiar. Leyó su descripción física y las circunstancias en las que desapareció. Lo releyó todo una y otra vez, intentando encontrar algo que arrojara luz en aquel caso. Pero nada de lo que en ese dosier aparecía tenía relación con la desaparición de Álvaro Casanova. Debía de tratarse de un error.

Volvió a mirar su teléfono y ni rastro de Elba. Ella le había pedido expresamente que no la llamara, pero la camisa con sangre de Álvaro era un dato demasiado relevante para no contárselo. Abrió la lista de contactos de su agenda y seleccionó favoritos.

Llamando a Elba…

«El teléfono al que usted llama está pagado o fuera de cobertura en este momento».

Llamando a Elba…

«El teléfono al que usted llama está apagado o fuera de cobertura en este momento».

—Joder, Elba, venga, coge el puto teléfono —espetó Álex en voz alta.

Llamando a Elba…

«El teléfono al que usted llama está apagado o fuera de cobertura en este momento».

Llamando a Elba…

Llamando a Elba…

El teléfono de Elba estaba apagado y la localización que le mandó la primera vez seguía sin mostrar ningún punto que no fuera en mitad del mar. Álex tragó saliva, aquello no pintaba nada bien, y fue

entonces cuando comenzó a temerse lo peor.

34

La curiosidad mató al gato

Jaime continuaba en la isla de Alborán, pues, como le había dicho a Elba, si seguía pasando tanto tiempo de seguido en Noctiluca levantaría sospechas. Y la realidad era que Elba lo echaba de menos.

Aquellos días juntos en la isla le habían hecho reconectar con su esencia, salir de la espiral de trabajo en la que siempre andaba anidada y por primera vez disfrutar de sí misma. Y de aquel hombre del que solo intentaba aprovecharse para sacar rédito, pero sin quererlo había comenzado a sentir por él algo que no lograba explicarse. Amaba a Álex por encima de todas las cosas, estaba enamorada de él, pero su cuerpo respondía ante la presencia del militar de una forma que no podía controlar. Quizá todo aquello de la monogamia que le habían inculcado y que la advertía de que solo podía sentirse atraída por una persona para el resto de su vida era una pantomima. Quizá aquello era antinatura, porque ¿quién puede controlar sus instintos más salvajes? Ella ya había comprobado que no podía.

Aprovechando que Jaime no estaba en la casa, Elba fue directa a buscar su teléfono. Hacía demasiado tiempo que no le daba señales de vida a Álex. Pero el corazón casi se le para al ver que el móvil se había quedado sin batería.

—No, joder, no me jodas. No puedes hacerme esto. Ahora no —

espetó Elba nerviosa al darse cuenta de que estaba completamente incomunicada.

Se giró rápidamente y comenzó a rebuscar nerviosa por toda la casa de Jaime. Aquel lugar no era excesivamente grande, así que se colocó en la entrada y fue haciendo una batida exhaustiva en busca de un cargador. Abrió todos los cajones, rebuscó en el armario,

revisó todos los muebles de la pequeña cocina, miró bien por cada rincón del salón, pero ni rastro. Su extrema seguridad en aquella isla se había visto mermada. Quería descubrir la verdad sobre Jara y que eso la llevara a encontrar a Álvaro, pero la realidad era que una parte de ella temía no poder salir de ese lugar. En aquel instante se sentía atrapada.

Pero Elba Ros tenía algo muy bueno como detective, cuando se veía acorralada, lejos de hundirse y hacerse un ovillo, Elba era capaz de poner su mente en funcionamiento y buscar soluciones. Fue ahí en esa fuga de pensamientos cuando supo que debía jugársela. En Noctiluca estaban prohibidos los teléfonos, excepto aquellos propios que solían proporcionar en los kits de bienvenida y que no tenían acceso a internet. Así que solo había un sitio en el que se le ocurrió que podía mirar.

La joven detective había seguido a Jaime varias veces cuando salía de casa. No con ningún fin, sino porque quería cerciorarse de que él era trigo limpio y de que no estaba jugando con ella. A pesar de ser ella la que estaba utilizándolo para acercarse a Jara.

Todas las veces que lo había seguido había caminado hasta una especie de almacén abandonado a la entrada del pueblo, cerca de las montañas que daban paso al asentamiento de Osiris. No sabía lo que podía encontrarse ahí dentro y a pesar de lo peligrosa que era aquella misión suicida no tenía ninguna otra salida. Repasó en su cabeza lo que recordaba haber visto; frente al almacén había una explanada de tierra con algunos arbustos, una pequeña caseta de madera y un estrecho camino marcado que daba acceso directamente a una puerta de entrada. Elba cerró los ojos y buscó en su memoria las secuencias de las que se acordaba: Jaime siempre andaba por ese camino hasta la puerta y la empujaba sin introducir ninguna llave. Y, antes de eso, saludaba con la mano al militar que portaba en sus manos un subfusil y que vigilaba los exteriores del edificio.

La joven detective salió de casa sabiendo que todo aquello era un error, pero a veces por más que sabes que vas a estrellarte lo único que puedes hacer es acelerar. Portaba una gorra oscura, su pequeña mochila y a pesar del tiempo se había puesto una sudadera amplia

de Jaime para que fuera difícil reconocer su complexión. La orientación que tenía era digna de su profesión, así que no tardó mucho en recorrer la isla y salir hasta la zona donde recordaba haber seguido a Jaime. Rápidamente reconoció el sendero que llevaba hasta aquel edificio abandonado y sonrió al admirar sus propias facultades. Echó un vistazo fugaz y se cercioró de que el militar estaba vigilando hacia la derecha comenzando a caminar de espaldas a ella, así que aprovechó para moverse con ligereza y esconderse tras la caseta de madera. Suspiró con tranquilidad al sentirse segura en aquel lugar. Sabía que necesitaba ocultarse ahí durante un rato hasta que viera de qué manera actuaba el soldado, adivinar cuál era su patrón de vigilancia. Aquello no le costaba, la joven pasaba horas en cafeterías o

inmóvil dentro de su coche espiando a esposas y maridos infieles. Pero aquella quietud era totalmente contraria a su forma de ser, por lo que cuando llegaba a casa se desquitaba a través del sexo, que era su forma de canalizar su estrés, de sacar ese letargo en el que se sumía cuando pasaba horas, durante días, vigilando a alguien.

Las horas se sucedieron y Elba seguía escondida; lo tenía claro: perenne en la puerta y mirada a ambos lados, vigilancia hacia la derecha hasta llegar al borde del edificio. Vuelta y vigilancia hacia la izquierda hasta llegar al otro borde. Desde ahí desaparecía dando la vuelta completa al edificio y al alcanzar el lado contrario se volvía a parar en la esquina para fumarse un cigarro. Tras repetir varias veces esa rutina, supo que tendría unos pocos minutos para correr hasta la puerta cuando el militar girase en la esquina izquierda para hacer la ronda por detrás del edificio.

Llegó el momento. En el instante en el que la figura del militar se desvaneció en la lejanía, Elba Ros corrió como una gacela y se encomendó a un dios al que no le rezaba. Al alcanzar la puerta con su mano sintió que una falsa tranquilidad la invadía al notar como su palma rozaba la rugosidad de la madera. La empujó con la confianza de que iba a abrirse, pero sin saber qué encontraría al otro lado.

Abrió la puerta rápido y la cerró con cautela ocultando su figura tras la otra hoja de madera. Su ritmo cardiaco era desmesurado y hacía que su pecho se hinchara con descaro. Debía buscar rápidamente si

no quería que la encontrasen. El zaguán de entrada estaba oscuro y se presumía vacío, pero a lo lejos vio una luz que provenía de alguna de las estancias. Comenzó a recorrer el pasillo intentando amortiguar su peso para hacer el mínimo ruido posible mientras se asomaba velozmente a los huecos que iba dejando y que presidían pequeñas habitaciones, pero estaban totalmente desiertos. Solo había en ellos mugre, algunas mantas sucias o palés. Su nerviosismo se aceleró cuando se hallaba más cerca de la habitación que tenía prendida una luz. Al llegar a ella el corazón se le encogió con lo que sus ojos estaban presenciando. Una infinidad de cámaras observaban varios puntos de Noctiluca: una especie de huerto donde había unos hombres con unas túnicas, la orilla donde habían desembarcado, el mercado y algunos puntos más que Elba supuso que eran estratégicos. Varios portátiles abiertos, una regleta con un cargador que no valía para su móvil, cámaras de fotos, una escultura de bronce de la Virgen del Mar… Aquel era su momento, si había algún cargador en la isla, debía ser ahí. Elba se fijó en una cajonera bajo el escritorio y se lanzó hacia

ella abriendo rápidamente los cajones, sabía que tenía que darse prisa porque fuera quien fuere quien estuviera en aquella salita podría volver en cualquier momento. Pero su plan se iba desvaneciendo conforme abría más cajones o rebuscaba bajo más papeles y no había rastro de ningún cargador. De lo único que hubo rastro en aquel momento fue del pánico que la invadió cuando escuchó una voz tras ella.

—¡¿Quién cojones eres?! —gritó el hombre con perplejidad al encontrarse con la detective en aquel lugar.

Elba se giró lentamente con el corazón en un puño al desconocer a quién pertenecía la voz que había tras ella y si portaba un arma al igual que el militar de la entrada. Al voltearse completamente y hacer contacto visual con el joven, se dio cuenta de que no tenía pinta de ser un militar, sino que por su apariencia con unas grandes gafas y un cuerpo menudo parecía más bien un informático o algo por el estilo.

—No es lo que parece —contestó Elba tirando de respuesta de manual y bastante nerviosa mientras levantaba los brazos a la altura

de sus caderas y alzaba las palmas de las manos como si quisiera indicarle que no se acercara.

—Aquí está prohibido el paso, todo el mundo lo sabe. ¿Quién eres? —preguntó bastante nervioso ante la presencia de la joven.

—Nadie, ya, ya, me iba… —respondió con firmeza Elba al ver el nerviosismo del chico.

—No, no, no puedes irte así. Voy a avisar ahora mismo a los militares —la amenazó el joven mientras bajaba la cabeza y metía la mano derecha en el bolsillo para sacar su móvil.

El chico lo sostuvo tembloroso y lo desbloqueó inquieto. Elba, como buena detective, clavó los ojos en su mano: una cruz para desbloquear. En aquellas décimas de segundos en los que el temor a que aquel chico llamara a los militares y en los que había podido descifrar la clave para desbloquear su móvil, su instinto de supervivencia hizo alarde de su presencia y Elba sin escrúpulo alguno eligió la única opción que podría permitirle sobrevivir. La detective atrasó su mano hasta la mesa contigua y cogió de forma instintiva el primer elemento que se cruzó en su camino: la escultura de bronce de la Virgen del Mar, y sin pensarlo le atizó un golpe en la cabeza al joven haciéndole caer instantáneamente al suelo dejando una mancha de sangre sobre él, proveniente de la herida que le había causado la

contundencia del golpe de la detective.

—Dios mío, ¿qué he hecho? —se preguntó totalmente desorientada la joven tras su actuación mientras se llevaba las manos hasta la boca estupefacta.

Elba le tomó el pulso al joven y acercó su oído a su boca para poder notar su respiración. Sintió un remanso de alivio al comprobar que todavía respiraba. Rápidamente le quitó el móvil de la mano, lo puso en silencio. Luego cogió el cargador que había visto en la regleta y que supuso que correspondería con su móvil y lo metió todo dentro de su mochila. Debía salir de allí antes de que alguien más la descubriera. Deshizo sus pasos hasta llegar de nuevo al zaguán y al llegar ahí se dio cuenta de lo difícil que era desde ahí adivinar, con la puerta entornada, en qué momento el militar estaría haciendo la ronda alrededor del edificio. Recordó entonces que en una de las estancias en las que se había asomado había una ventana

sin persiana y se sentó bajo ella esperando a ver la sombra del militar pasar y cubrir la estancia para saber que comenzaba a hacer la ronda por la parte trasera para acabar fumándose un piti en la esquina. Tuvo que esperar unos instantes hasta que vio la sombra del hombre cruzar por la estancia, así que fue en ese momento en el que salió a casi trote para empujar la puerta y escapar de aquel lugar sin echar la vista atrás. Al abrir la puerta imploró clemencia al universo para no ser descubierta y comenzó su huida por el camino sin girarse hacia atrás ni un instante. Corrió con un ímpetu propio que desconocía, con el miedo a que en cuanto frenara alguien la estuviera siguiendo. Pero después de un buen rato corriendo se sintió por primera vez a salvo como para poder pararse en seco a descansar. Sentada en el suelo con el ritmo cardiaco frenético miró a todos lados buscando si alguien la seguía. Al ver que estaba a salvo, sacó el móvil del chico y un pellizco anidó en la tripa de Elba al observar que de fondo de pantalla el joven tenía la foto de un precioso bebé. Intentó no involucrarse con aquel sentimiento y marcó de memoria un número de teléfono.

—¿Álex? —dijo la voz jadeante de Elba.

—Elba, ¿eres tú? —preguntó dudoso Álex pues la joven lo estaba llamando desde un móvil distinto al suyo.

—Sí, soy yo, amor, te echo tanto de menos —respondió Elba con la voz compungida aguantándose las lágrimas.

—Dios, amor, menos mal que estás bien. Me tienes muy preocupado, necesito que me digas dónde estás —le suplicó Álex sumergido en un visible lamento.

—Te juro que no lo sé, solo sé que estoy en una isla. Pero te prometo que estoy bien —explicó Elba.

—¿De quién es este número desde el que me llamas? —quiso saber Álex extrañado al no conocer el teléfono.

—Me lo han dejado —mintió Elba para no preocuparlo y sorbió una lágrima intentando no alarmarlo.

—Te echo de menos —confesó Álex; a pesar de tener una personalidad a veces bastante fría y distante, aquel distanciamiento parecía reblandecerlo.

Elba se quedó en silencio durante unos instantes, como si aquella

inesperada muestra de amor de Álex en ese instante la rompiera más que nunca.

—Álex, no me equivocaba en lo que te dije, es ella, la he encontrado. No hay lugar a dudas. Jara Moretti vive en esta isla, la he conocido —explicó Elba intentando trasmitir algo de alegría en sus palabras.

Elba estaba atónita, la había encontrado. Había encontrado a Jara Moretti. Una sonrisa casi instintiva se dibujó en su cara, esa sonrisa que grita victoria. Estaba tan dentro del caso que al verla sintió como si la conociera de siempre.

—Elba, nosotros también hemos descubierto algo… —reconoció Álex apenado.

—Álex, dime que nuestra intuición estaba equivocada y que Álvaro Casanova está en un velero recorriendo el Caribe —dijo Elba con cierto temblor en su voz.

—Hemos encontrado una camisa de lino azul bebé de manga larga con cuello mao y con las iniciales «A. C.» bordadas en azul marino sobre el lateral izquierdo manchada de sangre. Han cotejado las muestras y corresponde con el ADN de Álvaro Casanova —explicó el inspector.

—¡Joder! —se lamentó Elba al escuchar aquellas palabras.

—Pero hay más. La camisa tiene sangre de otra persona, una niña desaparecida en el año 2003 en Mesina. He leído la alerta de desaparecidos que enviaron en aquel momento. Encontraron a su madre muerta en su casa con claros signos de violencia. La niña y el padre desaparecieron sin dejar rastro. Te envío a este número un mensaje con una foto de la niña y una copia del dosier en PDF —le dijo el inspector de policía, aun sabiendo que aquella foto no serviría de nada.

—Un momento, la estoy abriendo ahora mismo… —informó Elba.

—¿Te suena de algo? —preguntó el inspector con una mínima esperanza.

—De nada. ¿Cómo se llama? —quiso saber la joven intentando que aquel dato pudiera darle más información que aquella antigua fotografía.

—Bianca, Bianca Ferraro.

—¿Quién demonios es Bianca Ferraro? —preguntó Elba desconcertada.

35

La chica del pañuelo

Vega abrió la cristalera que daba acceso a su casa. Se había levantado temprano para dar una clase de yoga a sus alumnos más aventajados. Aquel momento del día lo destinaba a los que llevaban más tiempo entrenando con ella, pues creía que solo ellos eran capaces de conectar con la energía del amanecer. Era un momento mágico, cuando la luna ya se había escondido y el sol daba la bienvenida asomándose entre las montañas.

Al entrar a Casa Úrsula, con la esterilla de yoga en una mano y una botella de agua en la otra, observó un camino de ropa de Óliver tirada sobre el suelo. Debía de haber llegado a casa cuando ella había salido a dar la clase. Resopló al verlo, pero llevaba las manos ocupadas y no podía recogerla. La horrorizaba ver su casa así; a ella, que emanaba una paz y un equilibrio absoluto, aquel hecho la desequilibraba. Vega era esbelta, lánguida y elegante; cuando andaba tan recta parecía que alguien la sujetaba de un hilo de su coronilla. Sus pasos eran hipnóticos, rezumaba esa delicadeza que poseen las bailarinas de ballet clásico. Su cabellera rubia lucía natural; había sido de esas pocas niñas que conseguían mantenerla al pasar a la edad

adulta. Cuando alguna ráfaga de brisa la alcanzaba, hacía que su pelo danzara al mismo son. Y el azul de sus ojos recordaba a un mar en calma. Aunque la calma, a veces, decide soltarnos la mano.

Vega dejó la esterilla de yoga dentro de un cesto de mimbre y colocó la botella de agua de nuevo dentro del frigorífico. Se giró hacia un espejo de cuerpo entero y observó su figura con su vientre completamente plano. Luego deshizo sus pasos para rendirse y recoger el desastre que Óliver había propiciado. Se agachó y cogió la

camiseta blanca de manga corta, anduvo unos pasos más y cogió un calcetín, luego el otro lo encontró encima del sofá, recogió los calzoncillos que se había quitado a la misma vez que los pantalones y los separó. Al llegar frente a la lavadora separó los calzoncillos de color oscuro y comenzó a meter las otras prendas dentro del tambor.

Conociendo lo despistada que a veces llegaba a ser su pareja, metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó unos billetes.

Luego se dirigió al bolsillo izquierdo, que parecía más abultado, y al introducir la mano dentro notó algo de tacto sedoso. Al tirar de ello, vio que se trataba de un precioso pañuelo de seda de Loewe. Era pequeñito, en una gama de rosas vibrantes con motivos y anagramas serigrafiados. Se lo llevó instintivamente hacia la nariz e inspiró su olor. Aquel aroma le resultaba familiar y estaba segura de que había visto a alguien con ese pañuelo antes. Lo miró con detenimiento y se concentró en sus últimos recuerdos para saber dónde lo había visto. Respiró hondo intentando calmarse, pero una inquietud la sobrevenía. ¿De quién era ese pañuelo? ¿Y por qué Óliver lo guardaba en el bolsillo? Se llevó la mano a la tripa para controlar lo agitado de su respiración. Y fue ahí cuando uno de los pensamientos que se paseaban por su mente en busca del momento exacto en el que había visto aquel pañuelo de Loewe la hizo recordar. Le había costado recordarlo porque lo había visto enrollado sujetando la coleta de alguien: Jara Moretti.

Aceleró el paso, controlando la ira que se asomaba entre sus poros, y se dirigió a la habitación donde sabía que Óliver estaría durmiendo. Al llegar lo vio boca abajo, completamente desnudo, con la pierna izquierda saliendo del colchón. Vega lo zarandeó sin miramiento para despertarlo.

—¿De quién es esto? —preguntó enfadada mientras le mostraba el pañuelo.

—No tengo ni idea, Vega —consiguió contestar Óliver intentando despegar sus párpados.

—Pues yo sí tengo idea, Óliver. Ese pañuelo es de Jara, lo llevaba puesto el otro día que estuvimos con Elba en la piscina. Así que explícame por qué coño estaba en el bolsillo de tu pantalón —le pidió Vega visiblemente molesta.

—En serio, Vega, no sé qué hacía ahí, me lo debí encontrar anoche en el jardín —intentó buscar una respuesta Óliver, pero apenas había dormido y a su mente le estaba costando mucho procesar todo aquello.

—Pues, si tú no lo sabes, quizá Jara lo sepa. Así que tendré que preguntarle a ella… —respondió Vega con una ironía que dictaba mucho de su carácter natural.

—Venga, Vega, sabes que no puedes hacer esto. Conoces las normas —trató de calmarla Óliver.

—Me dan igual las putas normas, Óliver —le recriminó Vega enfadada.

—Pues no debería, la séptima norma es clara: la luna llena es sagrada, así que, por favor, déjate de tonterías —dijo el joven quitándole importancia a su enfado y remarcándole lo que había aceptado por vivir allí.

Pero no sirvió de nada, Vega se levantó del colchón donde se había sentado junto a Óliver y se dirigió hacia fuera, convirtiendo sus andares elegantes de siempre en unos pasos presos de la rabia. Al oír la cristalera de la casa abrirse, Óliver se levantó de un salto de la cama.

—¡Joder! —exclamó lleno de enfado por que lo hubiera despertado.

Abrió un cajón y sacó un bóxer gris de algodón para ponerse.

Luego siguió los pasos de Vega para intentar alcanzarla, aunque sin demasiada celeridad. Al llegar hasta ella, ya era demasiado tarde y Vega estaba golpeado la cristalera de Casa Macondo.

—¡Jara, ábreme! —pidió con cierto enfado en su voz.

—En serio, Vega, ¿es necesario todo esto? —preguntó Óliver

riéndose.

—Como tú no recuerdas de quién es este pañuelo, pues quizá Jara pueda ayudarnos —explicó inmersa en una sonrisa irónica.

—Sabes que no puedo recordarlo —reconoció Óliver intranquilo.

—¡Pues deja de desear mierdas y desea ser padre como hago yo!

—le recriminó la joven sacando finalmente el verdadero motivo de su pesar.

—Vega, otra vez no, por favor. Jara es una invitada de la Cúpula,

creo que este numerito es totalmente innecesario —siguió intentándolo el joven.

—¡Va! —se escuchó la voz de Jara al otro lado de la cristalera.

—Solo vamos a darle el pañuelo a su dueña, tranquilízate, amor —

respondió Vega con un tono de voz que demostraba que ella era la intranquila en aquel momento.

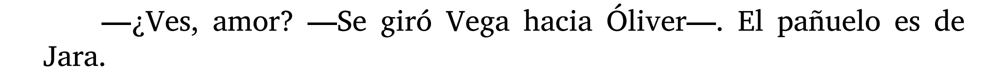
—Yo estoy tranquilo, por eso no quiero que montes un espectáculo por algo que solo está en tu cabeza —contestó Óliver con parsimonia y bastante paternalismo.

—Hola, Vega —saludó Jara. Llevó sus ojos directamente a la tripa de Vega, completamente plana, y luego dirigió su mirada hacia Óliver —. Hola, Óliver. ¿Qué os trae por aquí?

—Óliver se ha encontrado este pañuelo en el jardín y creemos que es tuyo —comenzó Vega intentando no alterarse.

Jara miró con cierta congoja el pañuelo que Vega llevaba en la mano y su mente voló de forma inconsciente hacia la noche anterior donde había vendado los ojos a Óliver con su pañuelo mientras se arrodillaba frente a él y le realizaba una felación en mitad de aquella orgía en la playa de Noctiluca. Pero, lejos de asustarse por el hecho de ser descubierta, Jara paladeó ese sentimiento que poseía en aquel momento, como si ese instante le supiera a victoria. En cierto modo, aquello la hacía verse ganadora de aquel hombre que tenían delante.

—Sí, es mío —respondió segura Jara avivando así las sospechas de Vega.


—¿Ves, amor? —Se giró Vega hacia Óliver—. El pañuelo es de Jara.

—Pues dáselo y vámonos —pidió el joven.

—Jara, ¿sabes qué pasa? Que llevo mucho tiempo saliendo con Óliver y podría reconocer su olor a kilómetros…, y este pañuelo huele a él —afirmó Vega convencida.

—Vega, yo… —quiso comenzar Jara a explicarse.

—Por Dios, todo esto es tan absurdo. Jara, dile la verdad, dile que entre nosotros no ha pasado nada —le pidió Óliver alterándose por momentos.

Jara lo miró anonadada; no podía creer lo que estaba escuchando.

No podía entender la facilidad con la que el hombre mentía, sin impunidad ninguna. Podía comprender que tuviera miedo a las consecuencias de ser descubierto, pero sentía un dolor que la desgarraba al ver que cuando renegaba de ella parecía totalmente sincero. Como si aquel hombre se creyera sus propias mentiras.

—Dime, Óliver, ¿os acostasteis anoche a la luz de la luna llena? —

preguntó firme Vega mirando a su chico fijamente a los ojos.

—Vega, por favor, no digas tonterías. Jamás me acostaría con ella… —reconoció Óliver sujetando con sus manos las de Vega.

La ira de Jara se encendió al escuchar aquellas palabras, sintiendo como si un cobarde la hubiera apuñalado por la espalda, notando cómo el cuchillo atravesaba cada capa de piel. Pero las cartas le habían dicho que había encontrado al hombre de su vida, y Jara Moretti no estaba dispuesta a perderlo de nuevo.

Cruzó el bosque sin detenerse a mirar nada de lo que la rodeaba. Su mirada estaba puesta en el horizonte, como si aquello le hiciera ganar velocidad en cada uno de sus pasos. A Jara le hervía la sangre como si el fulgor de su ira burbujeara en sus adentros. De camino al asentamiento de Osiris iba maldiciendo en sus adentros el comportamiento de Óliver. Aunque daban igual sus palabras y el empeño que pusiera en ocultar su relación; ella sabía que lo suyo era real, que aquello que sentían al rozarse no podía simularse. Pero su discurso la atormentaba: la había vuelto a negar, esta vez delante de Vega. La había preferido a ella, la había elegido a ella. Y eso hacía que Jara se enervara.

Al llegar al asentamiento, algunos niños jugaban en las casas y Ares estaba junto a la ruca de su abuela, prendiendo unas velas en una especie de altar. Se le hacía raro ver niños, pues en la isla no había. Jara aceleró el paso y se plantó frente a ella.

—¿Dónde está tu abuela? —preguntó impetuosa Jara.

—Se dice hola cuando llegas a un lugar —contestó molesta Ares ante la impertinencia de la joven.

—No estoy para estupideces, Ares, ¿dónde está Osiris? —quiso saber Jara con celeridad mientras se acercaba a la jovencita de manera airada.

—Está ahí detrás, con los demás —respondió Ares señalando con su barbilla detrás de la casa mientras ponía unas flores junto a las velas—. En el huerto, pero no puedes pasar.

Jara desobedeció totalmente a la chica y bordeó las rucas

revestidas de paja para poder acceder al huerto. A una distancia lejana pudo ver la silueta de Osiris, que estaba de pie frente a otros indígenas que trabajaban agachados sobre la tierra. Antes de seguir caminando hacia ellos se percató de que, a su izquierda, lejos del camino, había apiladas una cantidad inmensa de esas cajas de corcho blanco en varios tamaños. Estaban divididas en diferentes torres: en una de ellas había cajas más pequeñas, como las que Ares le había llevado a Óliver; otras de un tamaño mediano como las que había visto a los indígenas entregando a los militares el día que la llevaron por primera vez a Noctiluca, y otras más grandes que no había contemplado antes. Miró a todos lados, cerciorándose de que nadie la

veía, y aligeró el paso para acercarse hasta ellas. La sangre bombardeaba con diligencia, pues, aunque una parte de ella sentía recelo ante lo que pudiera descubrir en ellas, estaba a pocos pasos de encontrar respuestas a algo que la había inquietado desde el día que había llegado a aquella isla. Se llevó el anillo con la medialuna, que su padre le había regalado, hasta los labios y lo besó como si aquel gesto pudiera protegerla de alguna manera. Al llegar a ellas acercó su mano temblorosa hasta el primer bloque de cajas donde estaban las más pequeñas. El pulso le temblaba y retrasaba sus movimientos por miedo a las respuestas que allí pudiera haber. Tomó una caja y la abrió con cuidado levantando la tapa. Pero estaba vacía. Abrió otra y otra y otra, y miró en las medianas y también en las grandes, pero no hubo suerte; todas estaban vacías.

—¡Mierda, mierda, mierda! —soltó en voz alta mientras le propinaba una patada a una de las cajas que había tirado al suelo.

Pero aquel ruido alertó a alguien más y Jara notó cómo una fuerza la lanzaba contra el suelo y la retenía.

—¡No puedes estar aquí, niña! —gritó uno de los mapuches del asentamiento de Osiris.

Dolorida, Jara intentó girar la cabeza y con dificultad pudo ver que se trataba de un hombre bastante corpulento que vestía una túnica como el resto.

—¡Suéltame, por favor! —chilló la joven revolviéndose en el suelo e intentó echar las piernas hacia arriba para golpearlo.

Fue la voz de Osiris la que hizo que el hombre la liberara de entre

sus brazos.

—Suéltala, Hans —ordenó la anciana.

Osiris comenzó a andar hacia el huerto sabiendo que Jara la seguiría. La joven se puso en pie rápidamente y con las manos se retiró la arena que tenía sobre el cuerpo y lanzó un pequeño alarido al rozar con su mano un corte con sangre que se había hecho en la rodilla cuando el hombre la tiró al suelo.

—¡En esta isla estáis todos completamente locos! —le gritó Jara endemoniada mientras le seguía el paso.

—Te dije que en esta isla hay normas y las aceptaste —le

recriminó la anciana parándose en seco y señalándola con su bastón

—. ¿Recuerdas cuál era la quinta norma?

Jara se quedó un momento en silencio, sabía que la anciana tenía razón y era consciente de que había vuelto a traspasar los límites.

—La quinta norma es que nadie entra a vuestro asentamiento sin tu consentimiento —reconoció Jara que la recordaba a la perfección.

—¡Pues haz caso a las normas, Jara! —le reprochó la anciana.

El huerto era una explanada de tierra húmeda exorbitante que se encontraba dentro del bosque que rodeaba el asentamiento de Osiris. Se podía oír agua correr de algún riachuelo cercano. Una arboleda hacía que, según la posición del sol, el huerto recibiera o no luz directa. Trabajando en la tierra había hombres y mujeres indígenas que cuidaban con mimo unos hongos cubiertos con una capa gelatinosa de color marrón acaramelado.

Jara dirigió una mirada fugaz a aquel espectáculo de la naturaleza.

Pero sus ojos estaban puestos en Osiris que, apoyada en su bastón, miraba atentamente a las personas que estaban cultivando el huerto.

—¡Me mintió! —gritó Jara dirigiéndose a Osiris y haciendo caso omiso a lo que la anciana acababa de decirle. Estaba fuera de sí, totalmente ida. Muy alejada de esa Jara mansa y asustada que había llegado a la isla.

—Yo también me he alegrado de verte, Jara —contestó la anciana sin levantar la mirada del huerto.

—¡Me mintió! Me dijo que el hombre que iba a aparecer en mi vida era quien yo buscaba, me dijo que tomara la iniciativa, que era

él. ¡Me dijo que era él! ¡Lo dijeron sus cartas! Y la ha elegido a ella

—le reprochó Jara entre lágrimas bañadas de ira.

—Jara, ¿de quién hablas? —preguntó la anciana con un tono de voz calmado.

—¿No es usted bruja? Debería saberlo… —le espetó la joven con desdén.

—Hija mía, soy una chamana, una costurera de almas —le aclaró Osiris.

—Hablo de Óliver —comenzó a llorar la joven.

—Te avisé, Jara. Óliver es un encantador de serpientes, un embaucador nato. Ya de niño apuntaba maneras, tiene un magnetismo especial que conquista a todo aquel que se le acerca.

Mujeres, hombres, niños y niñas, hasta ancianos. Esos hoyuelos pueden hacer perder el sentido a cualquiera, tiene un don de gentes y sabe utilizarlo —intentó explicarle Osiris.

—Sé que es él, Osiris, lo sé. Sé que es el hombre de mi vida, aquel del que me habló en las cartas. Puedo sentirlo, ha despertado algo en mí que nunca antes había sentido. Álvaro nunca me había avivado así el deseo, la piel y el corazón. Óliver se ha instaurado en mi mente y no sé cómo sacarlo. No puedo perderlo, ayúdeme, Osiris, por favor —

suplicó Jara mientras las lágrimas descendían por sus mejillas.

—Te lo advertí, Jara, deja de sentir cosas que no son. No todo lo que ves se corresponde con la realidad. Yo nací para curar las almas y para mirar dentro de ellas. Te dije que hicieras caso de mis palabras, vuelve a ellas, porque será la única forma que tendrás de salvarte. Recuerda que el pasado siempre vuelve, Jara —le advirtió la anciana de cabellos grisáceos ante la atenta mirada de su nieta.

—Sé que es real, que lo que siento es real, que lo que sentimos lo es. Sé que todo lo que he vivido es auténtico. Óliver me ama, solo está confundido. Sé que lo que siente es tan grande que tiene miedo de aceptarlo. Lo sé —explicó Jara cubierta por un arsenal de lágrimas que desfilaban sin miramiento por sus mejillas.

—Ahora será mejor que te vayas a casa y que descanses, te vendrá bien —le aconsejó la anciana.

Osiris miró a su alrededor y posó sus ojos en unas hierbas del

suelo. Se agachó con dificultad y las arrancó con la poca fuerza que sus cansados huesos le permitían.

—Hazte infusiones con estas hierbas, te ayudarán a dormir —

reveló la anciana.

—Mi abuela ayuda a la gente, Jara. Todos confían en su palabra.

Ser una machi es un don al alcance de unos pocos, así que haz caso a lo que ella te dice —le suplicó Ares empatizando con el dolor que Jara sentía en su corazón en aquellos instantes.

—Pues ayúdeme, Osiris, por favor. Se lo suplico —le imploró Jara mientras se acercaba a la anciana y envolvía con sus dos manos la mano de Osiris que no sujetaba el bastón. Pero la anciana apartó su mano de un manotazo y su cuerpo comenzó a temblar de nuevo.

—¡Aléjate, Jara! ¿Qué vas a hacer? —gritó asustada la anciana repitiendo las mismas palabras que la primera vez que la joven la tocó —. ¡Dime qué vas a hacer, Jara! ¡Dímelo! ¡Dímelo! ¿Por qué estás cubierta de sangre, Jara?

Noctiluca

Elba Ros estaba sentada en el pequeño escritorio que Jaime Santillana tenía en su diminuto salón. Constaba de un tablero rectangular hecho de mango macizo soportado por patas de metal negro. Frente él, un taburete de madera de estilo industrial donde la detective descansaba. Elba llevaba sin dormir desde lo que había pasado en aquel almacén, días atrás. Tenía miedo a que la descubriesen o a que pudieran localizar el móvil que había robado.

Lo único que la tranquilizaba era pensar que al igual que Álex no podía ver su ubicación, pues aparecía en mitad del mar, lo mismo sucedería con aquel móvil, o al menos quiso creerlo. Pero no solo eso le hacía no poder dormir, sino que la camisa de Álvaro Casanova que habían encontrado cubierta de su sangre en Almería y de la sangre de una niña desaparecida con siete años en Italia la tenía en vilo. Y hacía que ni su mente ni su cuerpo pudieran descansar.

Aquella nueva prueba daba un giro brusco en la investigación y sus sospechas comenzaban a tomar un derrotero totalmente distinto: ¿y si todo era una estrategia de Álvaro para que dirigieran la mirada hacia otro lado? ¿Y si Álvaro y Jara habían orquestado todo para poder vivir tranquilos sin someterse a las presiones de los Casanova que intentaban separarlos? ¿Estarían esperando Jara y Álvaro a que las aguas se calmaran y luego se reencontrarían en Noctiluca?

Aquellas teorías tomaban más fuerza en el imaginario de Elba. Ya no creía que Carlos García-Noblejas ni que Camila ni que la hermana pequeña tuvieran algo que ver con la desaparición. La hipótesis de que Álvaro y Jara estuvieran compinchados para desaparecer lejos

de los tejemanejes familiares cobraba cada vez más sentido. La única cosa que se le escapaba a aquella testaruda detective era saber qué hacía en esa camisa la sangre de Bianca Ferraro.

Elba había accedido a todos los archivos que tenía guardados en la nube a través del teléfono sustraído y llevaba días viendo en bucle cada uno de los interrogatorios que Álex había llevado a cabo a las personas más cercanas a Álvaro Casanova. Con la impresora que Jaime tenía en su casa, la joven había impreso todos los archivos y fotos relativos al caso: fotografías de Álvaro, de su camisa, de Jara, de Carlos García-Noblejas, de Camila Casanova, de Bianca Ferraro, de Isabel y Luis… Y bajo cada una de ellas una descripción de la persona, tanto física como personal o profesional. Elba había colgado todo en la

pared que había frente al escritorio, intercalando fotos con anotaciones que ella misma había ido haciendo o con transcripciones de los interrogatorios. Observaba una y otra vez cada uno de los detalles y recitaba en alto todas las secuencias de los hechos para intentar encontrar una incongruencia y dar con el paradero de Álvaro.

El cansancio la derrotó, haciendo que posara sus brazos sobre el escritorio y apoyara su cabeza sobre ellos mientras sus ojos se rendían para acabar quedándose dormida. Quizá pasaron unas horas, quizá fuera una noche o quizá un día. De repente, el sonido de unas llaves dentro de la cerradura despertó a Elba del letargo. Al abrir los ojos supo que había perdido completamente la noción del tiempo. Intentó reaccionar, pero ya era demasiado tarde. Jaime Santillana abrió la puerta y palideció al ver aquella estampa, su pared empapelada con notas y fotografías de personas, incluidas las de Jara. Llevaba una bolsa de papel llena de cruasanes que había traído desde la isla de Alborán para Elba y que fue directa al suelo.

—Lo puedo explicar, te lo juro —se adelantó a decir Elba poniéndose de pie y juntando sus manos a modo de súplica.

—¿Quién eres? —preguntó Jaime desconcertado mientras se llevaba la mano hacia la espalda.

Elba intentaba acercarse hasta él para calmarlo, pero el militar desenfundó rápidamente la pistola que portaba en su pantalón.

—Jaime, te prometo que esto tiene una explicación.

—¿Qué es todo esto? —preguntó nervioso señalando con la punta de la pistola todo lo que había colgado en la pared.

—Yo… no soy quien tú crees —confesó Elba arrepentida.

Le dolía. Aquello carecía de explicación, pero la verdad era que sentía algo por aquel hombre. Esos días juntos en la isla, las risas, los desayunos, aquella conexión sexual que jamás antes había experimentado con su chico… aquella mezcla era un cóctel Molotov que ahora le hacía arrepentirse de no haberle dicho la verdad. En aquel instante, con Jaime frente a ella lleno de ira por el engaño, Elba Ros se dio cuenta de que en otras circunstancias era un hombre del que podría haberse enamorado.

—¡Dime quién coño eres y qué es todo eso! —solicitó fuera de sí Jaime.

—Soy detective privada y estoy investigando la desaparición de Álvaro Casanova, el prometido de Jara Moretti —admitió Elba con un rostro totalmente apenado.

—¡Joder! ¡Joder! —dijo enfadado Jaime mientras cerraba los puños, incluido en el que llevaba el arma, y se los llevaba a la frente.

—Jaime, cálmate, por favor.

—¿Te llamas Julia o también me has mentido en eso? —le preguntó Jaime bajando el arma.

—Me llamo Elba, Elba Ros. Te juro que no te he mentido en nada más —reconoció la joven angustiada al notar como Jaime se iba decepcionando por momentos.

—¿Ah, no? ¿Y lo del otro día? ¿Formaba también parte de tu show para hacerlo más creíble? —reprochó Jaime colérico.

Elba se acercó hasta él, nerviosa, y con cuidado le quitó el arma de la mano y la posó sobre la mesa. Luego cogió las manos de Jaime, se las llevó hasta los labios y las besó.

—Lo del otro día fue real, Jaime. Tienes que creerme, sé que tú también sentiste la misma conexión que yo —imploró Elba entre lágrimas.

Jaime se soltó de entre las manos de Elba y se acercó hasta la pared llena de fotografías. Elba podía notar cómo él se estaba debatiendo en su interior; quería creerla, de eso estaba segura, y eso le dio una pequeña esperanza.

—¿Qué has descubierto de Jara? —dijo señalando la pared y bajando la intensidad de su enfado.

—Jara Moretti iba a casarse y su prometido desapareció un día antes de su boda. Nadie sabe nada de él, no hay ni rastro de Álvaro Casanova —le resumió la joven.

—Otro que se arrepintió a tiempo —contestó Jaime riéndose y fingiendo que desconocía el tema—. No, ya en serio, ¿y qué pasa con Jara?

—No sé cómo Jara acabó viniendo a Noctiluca tras la desaparición de su novio. Y a mí me parece que hay algo más que se me escapa

—fingió Elba para que Jaime no sospechara que sabía que había debido de ser él quien la trajera.

Elba se sintió aliviada por unos momentos, haberle dicho la verdad a Jaime le había hecho quitarse un peso de encima. El juego de seducción que había iniciado para embaucarlo había traspasado fronteras y se sentía una farsante. Por eso quería mostrar su verdadera cara, hacerle partícipe de las razones por las que estaba allí, aun sabiendo que Jaime también actuaba en ese momento para hacerle creer que no conocía a Jara.

—Mira esto. —Elba señaló la imagen de la camisa de Álvaro que había colgado en la pared—. Es la camisa de Álvaro Casanova, no solo tenía sus iniciales, sino que también había restos de sangre que coinciden con su ADN. La encontraron en el faro de Mesa Roldán en Almería. Además, la camisa tenía restos de sangre de otra persona.

—¿De Jara? —preguntó Jaime interesado.

—No, de Bianca Ferraro —contestó Elba poniéndose de pie y señalando la imagen impresa de la niña que había en la pared—.

Siete años, desparecida en 2003 en la ciudad de Mesina, Italia. Se cree que su padre pudo asesinar a su madre y que escapó con ella a alguna otra ciudad de la isla.

La cara de Jaime había cambiado por completo tras toda aquella explicación. Elba oyó cómo tragaba saliva, quizá tratando de asimilar con dificultad todo lo que le había contado.

—¿Y qué conexión tiene con Álvaro Casanova? —preguntó el militar.

—Esa es la cuestión, no hay ninguna conexión. Así que creo que,

de alguna manera, alguien puso esa mancha en la camisa, para que la policía se volviera loca buscando algo sin ningún sentido. La familia de Álvaro detestaba a Jara y querían que la dejara y que se pusiera al frente de los negocios familiares. Los Casanova siempre han tenido muchos contactos, son una familia con mucho dinero y poder. Por eso estoy segura de que Álvaro y Jara orquestaron todo para poder desaparecer. De ahí que Jara se marchara en mitad de la investigación, aquello levantó mis sospechas. ¿Qué sentido tiene que tu prometido desaparezca y tú no te pases el día haciendo guardia en la puerta de la comisaría esperando alguna noticia? —A Elba parecían brillarle los ojos mientras explicaba todos aquellos indicios.

—Y, si Jara está aquí, ¿entonces dónde está Álvaro? —razonó el militar.

—Eso es lo que tengo que averiguar. Cuando fui a casa del padre de Jara encontré una carta donde aparecían instrucciones de cómo llegar hasta aquí, así fue como encontré vuestro barco, no porque hubiera sido fruto de la casualidad como te dije —admitió de nuevo avergonzada Elba, omitiendo que también había encontrado una fotografía en la que él aparecía junto al padre de Jara y otro hombre

—. Creo que Jara encontró esa carta y ahí fue cuando trazaron el plan. Él esperaría a que su búsqueda se disipase al no hallar ninguna prueba contundente y buscaría un momento seguro para escapar, mientras que ella lo esperaría aquí.

—Tiene sentido —reconoció Jaime ante las elucubraciones de la joven.

Pero, de repente, alguien llamó con insistencia al timbre. Fuera quien fuere, estaban jodidos.

38

Travesía por el Mediterráneo

Mesina (isla de Sicilia)

Año 2003

La seguridad con la que Jaime Santillana pronunció aquellas palabras hizo que Matteo y Elías se agarraran a la única opción que creían posible de salvarse.

Los dos habían observado atónitos el guardapelo que colgaba de la cadena del joven, sin entender cómo aquel colgante insignificante, de apenas unos cinco centímetros, podría salvarles el pellejo. Aun así, cuando en la vida ya das todo por perdido, acabas siendo capaz de aferrarte a cualquier mínimo atisbo de esperanza. Porque, cuando no nos queda nada, cualquier cosa es mejor que morir.

Matteo Ferraro caminó hacia el banco en el que Bianca seguía sumida en un sueño profundo. La pequeña había presenciado aquella noche un arsenal de imágenes que la marcarían para el resto de su vida, pero la mezcla de nervios y de llanto hizo que le invadiera un cansancio abismal que la hacía estar al margen de todo lo que allí estaba sucediendo.

Cogió a la niña en brazos y siguió a Elías que los guio hasta la pequeña bodega, teniendo cuidado para que ninguno de los tripulantes del buque se percatara de su presencia. Allí se acomodaron mientras esperaban a que Jaime les buscara algunas mantas para poder paliar el descenso de temperaturas que sentirían cuando comenzase la travesía.

—Esto es lo que he encontrado —dijo Jaime mientras le ofrecía un par de mantas grises y poco atractivas, pero que les servirían para evitar el frío de la noche.

—Gracias —contestó Matteo con la voz compungida y albergando en esa palabra todo el sentimiento que alojaba en sus adentros, a sabiendas del esfuerzo y el peligro que suponía para aquellos dos hombres lo que estaban haciendo.

Matteo y Elías se conocían desde niños. El padre de este último había sido destinado a Italia, por lo que ambos habían sido compañeros de pupitre y de fechorías desde hacía una infinidad de años. Con el tiempo Elías dejó Italia y volvió a Cádiz, su ciudad natal, pues quería ser militar y formar parte de la Armada española.

Pasados varios años consiguió ser teniente de navío en la isla de Alborán, un puesto que se designaba entre los destinados en las escuelas de la Armada y la Fuerza de Infantería de Marina. A Jaime, sin embargo, lo conoció en la isla, pues trabajaba también como cabo primero en la isla de Alborán.

—Jaime, por Dios, suéltalo ya. Dinos qué coño tienes en ese colgante para que pueda salvarnos. Y reza por que sea algo bueno, de lo contrario Ramírez va a alegrarse de que le hagamos compañía siendo comida para los peces, porque estoy seguro de que ahí es donde está ahora mismo —dijo amenazante Elías, que intuía que algo turbio había sucedido con Ramírez.

—Justo será Ramírez quien nos salve —espetó Jaime con confianza.

Matteo y Elías se miraron, incrédulos, hasta que este último reaccionó soltando una carcajada nerviosa.

—Dime que es mentira, ¡qué cojones te pasa por la cabeza!

¿Acaso no recuerdas que Ramírez está muerto? —gritó Elías sin poder contener la ira. Sus vidas en ese instante corrían peligro. No era el momento de bromear.

—¡Chisss! No grites o despertarás a la niña —pidió Matteo preocupado.

—Tranquilo, Elías, exactamente eso es lo que nos salvará: la muerte de Ramírez.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó Elías visiblemente alterado sin entender nada.

En aquel instante Jaime Santillana volvió a sacar su cadena y les mostró el guardapelo de plata que pendía de ella.

—¿Recuerdas la cámara que pedí para hacer fotografías a las gaviotas aquellas? —comenzó Jaime.

—¿Cómo olvidarlo? Taladraste mi cabeza durante meses con la

«Pentax Optio S4», la «Pentax Optio S4», la «Pentax Optimo S4»…

—repitió Elías en bucle con tono burlesco para reírse de Jaime.

—¿De qué gaviota estás hablando? —preguntó Matteo totalmente perdido con el rumbo de aquella conversación.

—Hace un tiempo comencé a observar a una pareja de gaviotas que paraban de vez en cuando en la isla. Ya sabes que allí se ven especies increíbles, pero este tipo de gaviota, la gaviota de Audouin, es endémica del Mediterráneo, muy escasa y muy rara de encontrar.

Cada vez que hacía guardia me parecía verlas, pero, claro, no tenía manera de probar que se trataba de esa especie. Así que le pedí a Elías que solicitara la aprobación de una cámara fotográfica para poder constatar con algún experto que efectivamente se trataba de unas Audouin —prosiguió Jaime ante la mirada atónita de los otros dos hombres que no entendían a dónde quería llegar.

—Por favor, Jaime, ¿puedes ir al grano? —insistió Elías.

Pero a Jaime siempre le había hecho gracia sacar a Elías de sus casillas, porque cuando su humor se tornaba irascible a la par se volvía algo cómico. Y saber que entre sus manos tenía la llave para salvar sus vidas le hacía querer paladear aquel momento de tensión.

Así que el joven abrió el guardapelo y mostró lo que había dentro de él.—¿Qué diantres es ese chisme y cómo va a salvarnos eso el pellejo? —intentó adivinar Elías sin éxito.

—Es una tarjeta SD —explicó Jaime.

—¿Una qué? —preguntó Matteo.

—Una tarjeta digital segura. Es decir, una tarjeta de memoria flash extraíble, que se inserta dentro de las cámaras de fotos para almacenar en ella las imágenes. Luego se conecta con el ordenador y puedes reproducir lo que hay dentro de ella —explicó el joven ante la atenta mirada de los dos hombres.

—Ojalá pudiera saber a dónde quieres ir a parar —dijo Elías resoplando como si ya se diera por vencido.

—La noche en la que mataron a Ramírez, yo estaba allí —confesó

Jaime compungido.

De pronto, ante aquella revelación, Elías se abalanzó sobre él y comenzó a zarandearlo.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¡Elías, para! —le ordenó Matteo—. ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Porque no quería meteros en problemas, pero creo que ahora esto podrá ayudarnos —dijo el joven mientras sostenía y mostraba en su mano la pequeña tarjeta de memoria.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo Matteo.

—Aquella noche a mí me tocaba hacer la ronda nocturna. Ya sabes que cuando hace frío todos se meten pronto a los barracones

—habló dirigiéndose a Elías—, así que como no había anochecido aún salí con la cámara por si podía encontrar a la pareja de gaviotas.

Llegué hasta el faro, donde muchas veces las he visto posarse, y me escondí bajo uno de los muros para no ahuyentarlas y así poder tomar fotografías de ellas, aprovechando el silencio que vestía la isla en aquel momento. Estaba trasteando con la cámara, ya sabes, era mi nuevo juguetito, cuando oí un ruido y decidí asomarme para ver si se habían posado en algún lugar. Pero no había ni rastro de las gaviotas, tan solo se trataba de Ramírez.

—¿Y qué hacía ahí solo? —lo interrumpió Matteo interesándose por la historia.

—Pues al principio no le di importancia, pensé que simplemente estaba despejándose. Pasamos muchas horas en aquella isla y a la vez el aburrimiento hace que le des vueltas en tu cabeza a la cosa más nimia. Así que supuse que solo quería evadirse y preferí no interrumpirlo. Parecía nervioso, pero no sabes la de veces que te sientes solo en aquel lugar y, en ocasiones, todo lo contrario; quieres estar solo. Es una sensación extraña la que te invade allí —continuó con cierto halo de melancolía Jaime al recordar la soledad que los acompañaba en la isla de Alborán.

—¿Y qué pasó? —preguntó Elías intentando que recondujera de nuevo la conversación hacia la historia de Ramírez.

—Aparecieron ellos —sentenció el joven.

—¿Ellos quiénes? —volvió a preguntar contrariado Matteo.

—La Cúpula —tragó saliva Jaime mientras pronunciaba aquellas

palabras.

—¿Fue la Cúpula quien se lo cargó? —lo increpó Elías intentando arrancarle las palabras.

—Sí —confesó el joven con un suspiro.

—Joder, Jaime, ¿y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo dijiste cada vez que te contaba mis teorías sobre lo seguro que estaba de que a Ramírez se lo habían cargado? —le recriminó Elías.

—Para protegerte. Si se lo contaba a alguien, podría irse de la lengua y acabaríamos todos muertos —reconoció Jaime, que sabía que aquella había sido la mejor decisión.

—¿Y de qué nos sirve eso? Saber que se cargaron a Ramírez no va a ayudarnos, no tenemos pruebas —contestó preocupado Matteo al ver que cada vez tenían el pie más metido en el hoyo.

—Esta es la prueba —dijo Jaime volviendo a mostrar la tarjeta SD

que había sacado de su guardapelo—. Cuando escuché más voces volví a asomarme. Entonces vi a cuatro hombres de la Cúpula elegantemente trajeados. Saludaron cordialmente a Ramírez y comenzaron a hablar. Por la distancia no pude oírlos con claridad, pero Ramírez les dijo algo que los enfureció y comenzaron a enfadarse y a gritarse. Así que me asomé con cautela y comencé a tomar

fotografías. Sabía que algo no iba bien, pero si salía todas las miradas habrían ido a mí y me habría metido en un problema. Uno de ellos comenzó a empujar a Ramírez y vi como la ira se iba apoderando cada vez más de él. Pero a Ramírez pareció no importarle y comenzó a alejarse hacia el barracón. No había dado ni tres pasos cuando el hombre le gritó algo que no pude oír bien, algo como que «de allí se entraba, pero no se salía», no obstante Ramírez ni se giró, así que acto seguido uno de ellos sacó una pistola y le disparó por la espalda.

—¡Por la espalda! ¡Cobardes, hijos de puta! —bramó Elías lleno de odio.

—Y en esta tarjeta están guardadas las fotos de ese momento. Se ven sus caras, se ve cómo le dispararon y cómo lo tiraron al mar.

Sabía que era peligroso contarlo, porque, si alguien se enteraba de que esto estaba en mi poder, me harían lo mismo —reconoció Jaime sabiendo la importancia de aquello que tenía entre sus manos.

—¡Joder, ven aquí! —exclamó Elías mientras abría los brazos en busca de un abrazo.

—Ahora podremos esconder a Matteo y venderles a ellos la fórmula. Y utilizaremos esto como moneda de cambio; mientras nosotros estemos a salvo, ellos estarán a salvo. Pero esto es mejor que lo guardes tú, Matteo —dijo mientras le ofrecía la tarjeta SD—.

Nunca te han visto ni saben nada de ti. Tengo una copia en el ordenador y sé que es lo primero que destruirán cuando se lo digamos. Así que, mientras esté en tu mano, viviremos seguros —

sonrió Jaime sabiendo que su plan era perfecto.

Lo que Jaime no sabía en aquel momento es que, en la vida, por más que te empeñes en planearla, a veces los planes no salen como esperamos.

El cazador cazado

Jaime miró a Elba y llevó con sigilo el dedo índice hasta sus labios, pidiéndole con aquel gesto que guardara silencio, y empezó a arrancar despacio las imágenes impresas de la pared y a esconderlas bajo unas hojas que había sobre el escritorio. Elba se tapó la boca con las dos manos, por miedo a ser descubierta, y caminó cautelosamente hasta el baño; entró y cerró con prudencia la puerta para que no se oyese ningún ruido. Jaime rezó para que fuera Vega y pudiera darle largas rápidamente desde la misma entrada.

—Jaime, sé que estás ahí, tienes la luz encendida y tienes un puto TOC con eso, así que sé que estás dentro. —La voz de Elías se escuchó al otro lado de la puerta.

—¡Ya voy, Elías, que estaba en el baño! —respondió Jaime nervioso arrancando el resto imágenes y notas que quedaban en la pared y escondiéndolas a toda prisa dentro del ordenador portátil.

—A un superior hay que abrirle más rápido —rio Elías desde el otro lado.

—Perdona, Elías —dijo Jaime mientras abría la puerta solo un poco y asomaba la cabeza en ese hueco—, que estaba en la ducha.

¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? Pues lo de siempre, que nos tomemos unas cervezas, que acabamos de llegar y es nuestro día libre —

respondió Elías mientras levantaba un pack de seis cervezas Mahou, vestido todavía de militar.

—Ahora no me viene bien, Elías… —Jaime intentó zafarse de que entrara.

—Venga ya, hombre, no me jodas —gruñó Elías al tiempo que empujaba la puerta y entraba en la casa—. No estarás con alguien,

¿no, pillín?

—Claro que no, simplemente me duele la cabeza. Quizá sea del barco —mintió Jaime excusándose.

—Con una cerveza se te pasa. Es como la resaca, ¿sabías que recetan tomarte cerveza para que se vaya? —rio el militar mientras se

dirigía hacia el sofá.

—Elías, ¡eso es una leyenda urbana! —se burló Jaime, que siempre lo hacía de los chascarrillos típicos de Elías que denotaban que le superaba en edad.

De repente, las pulsaciones de Jaime se dispararon cuando en la esquina del sofá del salón hacia el que se dirigía había, cerca de la pata y sobresaliendo, una de las fotos impresas que Elba tenía colgadas. Se había debido de caer mientras las quitaba a toda prisa para que Elías no las encontrara. Y sobre una de las sillas un bralette de encaje negro que Elba había debido de dejar ahí esos días que había estado sola. El joven militar sintió cómo un temblor se adueñaba de su cuerpo por miedo a ser descubierto. Aceleró el paso y posó su brazo por encima del hombro de Elías para intentar redirigirlo hacia otro lado.

—Vamos mejor a bebérnoslas a la cocina —propuso Jaime intentando desviar su atención.

—Pero ¿qué dices? Si tu cocina mide medio metro. Vamos al sofá, anda. ¿Acaso te crees que no he visto el sujetador ese de la silla? Sí que eres un rompecorazones… —se carcajeó Elías.

Jaime respiró más tranquilo al ver que Elías, por sí solo, había buscado un argumento válido sobre por qué había un sujetador encima de la silla. Pero a veces la felicidad es tan efímera que no te da tiempo tan siquiera a saborearla. Elías giró la cabeza para dirigirse al sofá y bajó lentamente la mirada hasta detenerse en la fotografía que sobresalía junto a la pata. El corazón de Jaime se aceleró a un ritmo vertiginoso, y más aún cuando Elías se agachó y, con la mano derecha, en la que no llevaba las cervezas, cogió la foto. Jaime se quedó petrificado junto a él mientras Elías clavaba la mirada en aquella imagen en la que aparecían, con un semblante

demasiado serio, Álvaro Casanova, sus padres y Jara Moretti. El militar, que seguía mirando absorto la fotografía, dejó caer las latas sobre el suelo y llevó su mano izquierda al lateral de la misma para sujetarla con las dos manos.

—Puedo explicarlo, Elías —intentó excusarse Jaime visiblemente inquieto.

—¿Por qué cojones tienes una foto de Jara y los Casanova? —

preguntó contrariado y enfurecido Elías mientras separaba la vista

de la foto y la clavaba en los ojos de Jaime.

Elías le dio la vuelta a la imagen y en ella había una anotación manuscrita que no se correspondía con la letra de Jaime:

«Fotografía tomada el 2 de julio de 2022, cumpleaños de Luis Casanova, minutos después de la pelea que protagonizó Álvaro con sus padres porque estos no querían que Jara posara en la foto familiar».

—La fotografía me la dio Jara el día que la trajimos a la isla —

mintió Jaime para buscarle un sentido a por qué estaba en su casa.

—Jaime, me conoces y sabes perfectamente que no me gusta andar con rodeos y que mucho menos me gustan las tonterías. ¿Te crees que no registré todo lo que Jara trajo a Noctiluca? Y te aseguro que esa foto no la traía —contestó sumamente convencido el teniente de navío.

—Te juro que es la verdad, me la dio ella. Ya me conoces, jamás te mentiría. —Jaime siguió con la farsa confiando en conectar con la amistad que les unía.

—Por eso mismo, porque te conozco, sé que estás mintiendo. ¿Por qué iba a guardar Jara una fotografía con esta gente que la despreciaba? Te lo voy a preguntar por última vez, ¿por qué tienes tú esta foto? —inquirió exasperado, alterando por instantes su tono de voz.

Elías comenzó a levantar los cojines mientras los iba tirando al suelo a la par que Jaime se acobardaba ante aquella situación.

Luego Elías se dirigió hasta la estantería y empezó a tirar todo lo que había en ella.

—Elías, por favor, para —imploró Jaime nervioso. Conocía demasiado bien el genio de su superior.

—¿Vas a decirme qué está pasando o voy a tener que seguir destrozando tu casa?

El teniente de navío lanzó hacia el suelo las primeras cosas que alcanzó del mueble. Llevó su mano hasta uno de los jarrones y lo estalló contra el suelo. Después cogió el siguiente jarrón, en color amarillo abejorro, y lo lanzó también contra el suelo. Entonces, entre

los pedazos, apareció un móvil que no debía estar allí.

—¿Ahora también escondes teléfonos? —dijo Elías mientras se agachaba y cogía el dispositivo. Estaba apagado.

—Elías, eso no es mío, te juro que no sé lo que hace ahí —se exculpó Jaime preguntándose al mismo tiempo de dónde demonios había salido ese teléfono móvil.

—¿Pues sabes qué pasa? Que yo sí sé lo que hace ahí —dijo mientras empuñaba su pistola y apuntaba con ella a Jaime—. Está ahí porque estás intentando jugármela; ¿pensabas venderme para obtener tú más beneficio? Y yo que no te consideraba muy inteligente y resulta que eres un hacha. Claro, no es lo mismo repartir entre dos que llevárselo todo uno solo… Y has querido ser tú quien se lo lleve todo, ¿no?

—Elías, por favor, baja el arma, te juro que ese teléfono no es mío

—suplicó Jaime esperando que lo creyera.

Pero a Elías no le dio tiempo a responder porque, antes de pronunciar palabra, se oyó la puerta del baño. De ella apareció Elba con los ojos embebidos en lágrimas.

—Por favor, baja el arma. Ese teléfono es mío, Jaime no sabía nada —lloriqueó Elba presa del pánico.

—Y tú, ¿quién cojones eres? —preguntó Elías totalmente fuera de sí, apuntándoles alternativamente a uno y a otra con su pistola.

—Me llamo Elba Ros, soy detective privada y estoy investigando la desaparición de Álvaro Casanova, el prometido de Jara Moretti. Me colé en un barco y aparecí aquí en Noctiluca. Te juro que Jaime no tiene nada que ver, le mentí, le hice creer que soy una escritora frustrada en busca de inspiración —explicó Jara desde el umbral del baño intentando tranquilizar al hombre.

—¿Sabes qué? Que no te creo. Creo que este hijo de puta ha querido venderme —reveló Elías su verdadero sentir.

—Elías, te lo suplico. Confía en mí, tú me conoces —le tanteó el joven apelando a su relación de amistad.

—Ahora mismo no confío en nadie —le reprochó colérico Elías.

Elba se alejó de la puerta del baño, entró en el salón y se acercó a la mesa donde estaban las hojas y bajo ellas todas las imágenes y notas que Elba había tomado sobre el caso y que la joven había impreso desde la impresora de Jaime a través del móvil que había robado.

—Sé que no me conoces, pero en mí sí puedes confiar. Mira —dijo Elba cogiendo todas las fotografías y anotaciones suyas que Jaime había escondido—, aquí tienes todas las pistas e indicios que me hacen creer que Jara escapó a esta isla para poder reencontrarse aquí con su prometido y poder quitarse de en medio a los Casanova.

Necesito saber, por favor, de qué los conocéis —rogó la detective privada—. Porque está claro que los conocíais de antes; os he escuchado.

Elías tragó saliva con dificultad y permaneció callado unos instantes, como si quisiera poner en orden los pensamientos que pasaban por su cabeza a un ritmo vertiginoso.

—Sal fuera —pidió Elías mirando a Elba con una calma absoluta.

—No pienso dejarle solo —respondió Elba señalando a Jaime.

—Por favor, Elba, haz lo que te dice —le pidió Jaime con los ojos humedecidos.

A pesar de que Elba había jugado con él y le había mentido, le era inevitable seguir sintiendo algo por ella.

—¡Que salgas a la puta calle o le pego un tiro a tu amiguito! —

gritó alterado Elías mientras dirigía su arma hacia la frente de Jaime.

Elba gimoteó nerviosa y lanzó una mirada a Jaime que asintió con la cabeza y señaló con la barbilla la puerta de entrada de la casa como si le diera la bendición a que saliera. Acto seguido ella aceptó el mandato. Nada más salir la joven de pelo cobrizo, Elías se acercó aún más a la frente de Jaime con su pistola. Y, posándola con una quietud absoluta sobre el entrecejo de Jaime, Elías le ordenó la peor condena posible:

—Sabe demasiado, mátala.

Mangata

Noctiluca

Los gritos se oían desde Casa Macondo y, aunque Jara intentaba disiparse de aquella conversación, la curiosidad le podía. Vega y Óliver discutían en su salón con la puerta de la cristalera totalmente abierta haciendo que sus palabras atravesaran la distancia y se instauraran en los oídos de Jara.

—Óliver, sabes que ser madre es mi sueño —se oía decir entre llantos a Vega.

—Lo siento, Vega, ¿en qué idioma quieres que te lo diga? ¡No quiero tener hijos! ¡Nunca he querido! Lo sabes desde siempre —

gritó enfurecido Óliver.

Jara quería ser buena, quería apenarse por aquello que escuchaba, pero la realidad era que aquella discusión le hacía sentirse un paso más cerca de Óliver. Aquella disputa podía ser la llave para poder conseguir a quien, según las cartas, era el amor de su vida y la persona que ella de veras estaba esperando. Jara sonrió victoriosa.

—Pero creí que cambiarías de opinión porque tú me amas. ¿Ves?

Óliver y Vega para siempre —dijo la mujer mientras sujetaba la medalla que colgaba de la cadena de oro rosa que llevaba siempre en el cuello y sobre la cual había marcadas sus iniciales «V. O.»

junto con un símbolo de infinito. Vega le había contado a Jara que Óliver se lo había regalado cuando empezaron a salir.

—Claro que te amo, Vega. Pero amarte no significa renunciar a mis sueños por cumplir los tuyos. Y tampoco debería ser al revés —

contestó Óliver bajando la guardia y derrumbándose.

—Si de verdad me amaras, tendrías hijos conmigo —dijo Vega, y se acercó hasta Óliver y le sujetó la mano.

—Y si tú de verdad me amaras jamás me pedirías eso —finalizó Óliver mientras salía de la casa y comenzaba a bajar las escaleras.

Jara, que se hallaba con la puerta de la cristalera entornada y escondida entre la cortina, salió rápidamente en busca de Óliver cuando vio que se alejaba por el pasillo que desembocaba en la calle. Consiguió sujetar la puerta de salida antes de que se cerrara y

adelantó el paso hasta ponerse a su altura.

—¿Qué tal, Óliver? —preguntó cariñosa.

Los ojos de Jara brillaban al dirigirse a él y la energía que compartían en la cercanía hacía que su cuerpo se avivase, olvidando por completo el último encontronazo.

—Pues ahora mismo no muy bien, así que no me apetece mucho hablar, Jara —respondió Óliver cabizbajo en un intento de ser educado con la joven.

—Si te apetece, podemos ir a dar un paseo por la playa, dicen que el mar todo lo cura… —propuso Jara.

—Jara, de verdad. No es el momento —le recriminó Óliver tratando de contener su enfado.

—¿Sabes? Yo nunca te haría eso —siguió la joven sonriéndole con dulzura mientras le sujetaba del brazo para parar su paso.

—¿No me harías el qué? —preguntó contrariado el joven.

—Querer obligarte a tener hijos… Nosotros seríamos felices los dos solos —rio Jara buscando su complicidad.

—Pero ¿qué dices, Jara? —vociferó Óliver apartando la mano de Jara de su brazo—. Tú y yo no tenemos nada. ¡Jamás va a haber un nosotros? ¿Quieres entenderlo de una vez?

Óliver apresuró el paso sin mirar atrás. Jara se quedó ensimismada en el mismo lugar, intentando contener las lágrimas que hacían fuerza por salir a la superficie de sus ojos. La joven se desvaneció lentamente como si su cuerpo hubiera perdido en un instante la musculatura y se desplomara sin miramiento. La Jara risueña y divertida de antaño había sido eliminada de un plumazo y tan solo quedaban los restos de la contienda. Estaba devastada y hundida, con un dolor en el corazón que la despedazaba.

No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente, hasta que unos gritos la trajeron de vuelta.

—¡Jara, despierta! ¡Venga! —le suplicó temblorosa la voz de Ares mientras la sacudía.

Pero Jara seguía en el suelo totalmente derruida, incapaz de abrir

los ojos.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó la joven, pero no había nadie alrededor que pudiera escucharla.

La joven no cejó en su empeño y siguió sacudiendo a Jara hasta que logró que abriera los ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jara aturdida al ver que Ares tenía la vista clavada en ella.

—Creo que has debido de desmayarte —explicó la joven—, te he encontrado aquí en el suelo. Parecías haber perdido el conocimiento.

Ares se separó un instante de Jara y deshizo unos pasos para recoger su carretilla. La llevó hasta su lado y sacó de la caja que portaba un recipiente con agua.

—Bebe, te vendrá bien —le dijo mientras se lo ofrecía.

Jara cogió el recipiente y bebió agua con brío. Luego puso un poco de agua en su mano izquierda y la pasó sobre su cuello para refrescarse.

—¿Llevo aquí mucho tiempo? —preguntó Jara del todo desubicada.

—No lo sé, cuando llegué ya estabas así. Ven, te ayudo a ponerte en pie, será mejor que mi abuela te vea —se ofreció Ares mientras sujetaba a Jara del brazo y la impulsaba para levantarse.

Cuando consiguió levantarse, Ares cogió su mano para que se agarrara al mango de la carretilla y que así fuera más sujeta de camino al asentamiento de su familia. Cruzaron parte de la isla y el bosque hasta llegar a donde se hallaba Osiris, que estaba sentada en una silla de mimbre en la entrada de su ruca.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber la anciana al ver que Jara venía agarrándose de la carretilla y con la tez completamente pálida.

—La encontré tirada en el pueblo, creo que perdió el conocimiento. Abuela, tienes que ayudarla —pidió Ares preocupada al ver el estado en el que se encontraba la joven.

—Entra en la casa, Ares, y coge de la alacena el tarro plateado.

Prepárale una infusión con la mezcla de hierbas que hay dentro

ordenó la anciana a la vez que su nieta asentía con la cabeza acatando la orden.

Osiris se levantó de su silla y cogió el bastón para acercarse hasta Jara, pero esta, que parecía tener la mente totalmente en otro lugar, comenzó a sollozar con amargura y se dejó caer de rodillas frente a la anciana juntando sus manos como si rezara.

—Ayúdeme, Osiris, por favor se lo ruego. Ayúdeme, ayúdeme, ayúdeme porque me estoy volviendo loca —lloró desconsolada la joven con el rostro descompuesto por completo.

La anciana observó con cautela la belleza de la chica que seguía guardando un atractivo inaudito a pesar de estar bañada en lágrimas y de tener los ojos hinchados del llanto excesivo. Suspiró frente a ella. A través de sus pupilas podía ver el dolor de su alma. Aquella joven no fingía, portaba un corazón roto en mil pedazos.

—Osiris, por favor. Sálveme de mi cabeza —gimoteó Jara intentando tranquilizarse.

Pero la chamana seguía enmudecida, conocedora del infierno que la invadía, pero con el miedo a que el remedio pudiera ser peor que la enfermedad. Miraba sus ojos color miel fijamente como si para ella fueran una fuente inagotable de información.

—¡Se lo suplico! —rogó la joven alzando de nuevo sus manos entrelazadas a modo de súplica; parecía que le faltaba la respiración.

—Abuela, por favor, tienes que contárselo —imploró Ares a la vez que le posaba en los labios un cuenco con la infusión que le había preparado según sus instrucciones.

—¿Contarme el qué? —preguntó confundida Jara.

—La verdad sobre Noctiluca —afirmó la joven.

—¡Ares! ¡Vete dentro ahora mismo! —ordenó Osiris con un tono de voz robusto.

La joven bajó la mirada y obedeció sin rechistar entrando dentro de la ruca. Su abuela era una machi y por tanto era considerada casi una divinidad para el pueblo mapuche.

—¿Cuál es la verdad, Osiris? Dígamelo, por favor. Sé que no estoy

loca, sé que Óliver siente algo. Lo dijeron sus cartas —añadió compungida Jara.

—Las cartas a veces se equivocan, pero yo no, Jara. Y hay algo de tu pasado que te atormenta y me atormenta cuando veo tus ojos.

Veo sangre cuando te miro, Jara. Veo sangre —reconoció la anciana preocupada.

—Yo no estoy loca, yo no estoy loca, yo no estoy loca —lloriqueó Jara entrando en bucle.

Osiris giró la cabeza y vio a su nieta Ares que la miraba desde la puerta. La joven, a lo lejos, susurró un «díselo» como si le suplicara clemencia.

—Está bien —comenzó la anciana—. Ponte de pie y sígueme.

A paso lento, ayudándose de su bastón, la chamana rodeó las rucas para ir a la parte trasera del asentamiento donde se encontraba el huerto. Transitaron por el mismo camino que Jara había recorrido la otra vez después de patear aquellas misteriosas cajas blancas. La anciana se paró en seco frente al huerto, que parecía estar tapado con un manto por la cantidad de hongos color marrón acaramelado que crecían de la tierra.

—¿Para qué me ha traído aquí, Osiris? Ya vi el huerto el otro día.

Lo que quiero es que me ayude. Deseo saber la verdad sobre esta isla, por favor —pidió de nuevo Jara.

Osiris volvió a dudar como si algo dentro de ella le estuviera avisando de que no lo hiciera. Pero podía casi oler el dolor de aquella joven de cabellos castaños. Suspiró y respondió con aplomó:

—Esta es la verdad sobre Noctiluca, Jara —reconoció la chamana señalando con su bastón los hongos que crecían en la tierra provocando en la joven una cara de confusión—. Estos hongos que ves aquí se llaman mangata. Tienen el mismo nombre que el camino de luz que forma la luna llena cuando se refleja sobre el mar.

—¿Y qué tienen que ver estos hongos conmigo? —preguntó completamente aturdida Jara sin comprender nada.

—El hongo mangata posee una sustancia llamada psilocibina, que al ingerirse produce efectos alucinógenos en las personas. Pero mangata es diferente, lejos de producir esto, como la mayoría de hongos alucinógenos, provoca que las personas no puedan discernir

entre la realidad y sus fantasías, por lo que aprovechan ese momento para dar rienda suelta a sus deseos —le reveló Osiris.

—¿Óliver tomó eso? ¿Quiere decir que nunca ha sido consciente cuando se acostaba conmigo? —preguntó perpleja entre lágrimas Jara.

—Sí, Óliver toma mangata, como todos los habitantes de Noctiluca. Pero sí que es consciente de la realidad, sí que era consciente cuando se acostó contigo. Lo que hacen cuando toman mangata sucede de verdad —quiso tranquilizarla la anciana.

—¿Pero entonces por qué renegó de mí como si jamás hubiera pasado nada entre los dos? —intentó entender la joven.

—Este hongo solo puede recogerse en luna llena, pues es la única forma de que no pierda sus propiedades. Cuando la gente lo consume en la noche de luna llena, se desinhibe por completo y da rienda suelta a sus fantasías más ocultas, a sus deseos más salvajes, a sus instintos más primarios —siguió explicándole Osiris mientras Jara la escuchaba perpleja—. Pero el poder de mangata va mucho más allá que el de cualquier otro hongo alucinógeno. Mangata consigue que al día siguiente la persona no recuerde nada de lo que hizo. Como si después de cumplir sus fantasías las borraran de un plumazo, como si nunca hubieran sucedido, como si nunca hubieran existido, como si lo olvidaran por completo. Y, aunque duela, Jara, a veces el ser humano es más feliz cuando olvida.

Noctiluca

Al abrir la puerta Elba suspiró. Por primera vez el miedo y la tristeza se daban la mano en su cabeza. Se habían entrelazado como cuellos de cisnes y habían hecho mella. Sabía que aquella era la única salida y que no había más opción.

Estaban en una minúscula cabaña oculta en el bosque, cerca del extraño asentamiento de gente vestida con túnicas que habían bordeado para llegar allí. Jaime no había querido responder a sus preguntas sobre esas personas que parecían vivir en chozas, ni tampoco ninguna de las cuestiones relacionadas con Jara. Elba se había quedado petrificada en aquel baño al escuchar a los dos hombres hablar sobre Jara y los Casanova como si supieran más de ellos de lo que le había revelado Jaime en un principio. Pero lo que sí le había confesado Jaime es que Elías quería verla muerta, y eso era todo en lo que podían pensar ahora mismo.

—Aquí estarás segura, Elba —la tranquilizó el joven mientras se aseguraba de que la puerta quedase cerrada tras ellos.

La joven detective miró a su alrededor, fijando la vista en cada detalle.

—¿Vienes mucho aquí? —preguntó ella sin girarse a mirarlo.

—Cuando necesito desconectar de mi vida y de mí mismo, aquí es el único lugar donde consigo encontrarme. Le compré la cabaña a un anciano pescador y se ha convertido en mi propio refugio —

reconoció Jaime.

A la izquierda había un colchón sobre el suelo junto al que se encontraba una torre de libros. Un bonito escritorio con una silla y

una estantería de madera que hacía de alacena con botes de algunas conservas y algo de comida.

—¿Y el baño? —preguntó Elba extrañada; esta vez se giró a mirar a Jaime.

El joven rio ante aquella pregunta y con su dedo pulgar señaló hacia la puerta de la calle que había tras de él.

—El baño es el bosque —carcajeó Jaime—, pero, no te preocupes,

una chica como tú se amoldará.

Pero Elba no sonrió, no deseaba quedarse allí sola. Lo que quería era largarse de esa isla de una vez. Su cabeza era un hervidero en busca de la llave que la sacara de Noctiluca.

—No me dejes aquí sola, por favor, Jaime —suplicó Elba.

—Te prometo que será poco tiempo. En cuanto pueda ubicarte en alguno de los cargamentos que salgan de Noctiluca podrás abandonar esta isla —prometió, aunque Elba no estaba segura de si le estaba mintiendo.

Elba se mordió el labio, preocupada por la reacción de Jaime con lo que estaba a punto de pedirle.

—Necesito ese móvil de nuevo.

Jaime se llevó las manos a la cabeza.

—¡Estás loca! Con todo lo que acaba de pasar y tú, y tú… —La furia de Jaime le impedía encontrar las palabras adecuadas—.

Escúchame, Elba, creo que no entiendes la situación: si Elías se entera de que sigues viva, vamos a acabar los dos en el fondo del mar o algo mucho peor…

—Lo entiendo perfectamente —lo interrumpió ella—, pero necesito el teléfono para avisar a una persona de que estoy bien y que no debe venir a buscarme. —Antes de que Jaime pudiera replicar nada, Elba le confesó brevemente que había compartido la ubicación de la isla con un amigo de la policía—. Así que, si no quieres que mi amigo y sus compañeros remuevan cielo y tierra para encontrarme y descubran vuestra isla secreta, será mejor que me consigas ese teléfono.

Pese a haberle mentido, Jaime ya sabía que Elba no era una escritora frustrada en busca de inspiración, sino una detective privada en busca de respuestas sobre la desaparición de Álvaro

Casanova. Pero también sabía que no le había mentido acerca de lo que sentía, aquel vínculo que habían vivido no podía fingirse. Porque las relaciones pueden ser una perfecta mentira, una bonita galería de fotos de cara a la audiencia, un cúmulo de promesas vacías desprovistas de intención, un arsenal de palabras bien sonantes que dibujan el discurso perfecto. Esa pareja que todos ansían ser, que

todos ansían tener. Aunque en la realidad solo son humo. Porque todo puede fingirse en la vida, salvo la conexión. Y ellos dos la tenían. Así que, tras pensárselo detenidamente, al final accedió.

—Está bien, tendrás el jodido teléfono. Pero no te muevas de aquí hasta que consiga sacarte de esta isla.

Aquella situación había conseguido desestabilizar a Elba, su usual valentía y seguridad se paseaban por el borde de un precipicio.

Jaime secó con delicadeza las lágrimas de la joven y posó sus manos a ambos lados de su cara. Se acercó lentamente y la besó en los labios con mimo. Un beso tierno, de esos casi castos, pero que dicen más de lo que callan. Paró y clavó su mirada en los verdes ojos de Elba. Y sonrió. Elba quería parar el tiempo y quedarse a vivir en aquel instante. Comenzaron a desnudarse el uno al otro como si la prisa no les apremiara. Disfrutando de cada gesto. Completamente desnudos, Jaime llevó a Elba hasta el colchón que había sobre el suelo. La tumbó con cariño, llevó sus dedos índice y corazón hasta sus labios y los mojó en saliva. Luego acercó sus dedos hasta el sexo de Elba y lo humedeció. Elba abrió las piernas dejando su sexo completamente preparado para ser penetrado. Jaime guio su pene erecto y lo introdujo dentro de ella, que gimió al recibirlo. El atractivo hombre comenzó a penetrarla con delicadeza y de una forma tan suave que su rostro reflejaba cómo se recreaba en cada una de las embestidas. Y ahí, en una cabaña en mitad del bosque, Elba y Jaime se rindieron a la energía que sus cuerpos unidos desprendían.

Jara seguía inmersa en un cúmulo de pensamientos que ponía en evidencia lo hondo que había calado en ella todo lo que Osiris le

había contado sobre mangata. Dudaba de todo lo vivido en la isla, de lo que habría sido real y de lo que tan solo habría sido resultado de la ingesta que Óliver y el resto habían hecho de aquel hongo.

Deliraba porque ella sí recordaba todos los encuentros que habían tenido bajo la luna llena, por eso, a pesar de todo, quería creer que Óliver sentía algo por ella. Pero conocer dicha información hacía que también dudase sobre si entre ellos había surgido algo de verdad.

La luna llena coronaba ya el cielo y lucía majestuosa, teñida de un leve color rosado. Era conocida como la luna de fresa, pues cuentan algunas leyendas que era el nombre que le pusieron las tribus del noreste de Estados Unidos porque coincidía con la cosecha de las fresas en esa zona, pues las lunas eran utilizadas por los agricultores

como guía.

La joven observaba la luna l ena escondida entre las cortinas que cubrían la cristalera de su entrada. Fue entonces cuando vio salir a Vega de Villa Oasis por el pasillo que llevaba hacia la calle, de nuevo con una barriga postiza de embarazada. Jara entendió por primera vez lo que significaba todo aquello, pues cada luna llena, tras consumir algo de mangata, Vega cumplía su fantasía de estar embarazada durante lo que duraba esa noche, aun a sabiendas de que al día siguiente esa sensación de estar embarazada no la recordaría.

Rápidamente Jara cogió el teléfono que Óliver le había dado en el kit de bienvenida y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Miró su reflejo en el espejo del salón, estiró su pelo hacia atrás sujetándolo en una coleta alta, dio algo de rubor a sus mejillas y maquilló sus labios en un rojo intenso. Y por último sacó una botella de cava del frigorífico.

Jara sabía que Vega no volvería hasta tarde y no había visto todavía salir a Óliver, así que dejó su casa y subió las escaleras hasta llegar a Casa Úrsula. El pulso de la joven estaba completamente alterado segundos antes de tocar con los nudillos en la cristalera, pero lucía una pose que irradiaba confianza en sí misma.

—¿Qué haces aquí, Jara? —preguntó risueño Óliver que hizo un barrido con su mirada admirando lo bella que estaba.

—Celebrar contigo que hay luna llena —dijo la joven mientras le

mostraba la botella de cava que llevaba en la otra mano.

—Me parece un buen plan, anda, pasa —contestó Óliver descalzo y cubierto solo por un pantalón corto de lino beis.

—¿Has tomado ya mangata? —preguntó Jara sin pestañear con un aplomo admirable.

—¿De qué hablas? —reaccionó Óliver contrariado al escuchar aquella pregunta.

—No te hagas el tonto, Óliver. Osiris me lo ha contado todo.

El joven llevó la mano hasta su frente y atusó su pelo hacia atrás como si quisiera ganar tiempo para buscar la respuesta perfecta.

—Fue Osiris quien me pidió que no te contara nada. Todos los

habitantes de Noctiluca están obligados a consumir mangata las noches de luna llena. Nadie se queja porque las sensaciones son increíbles, puedes vivir lo que ansías sin ser juzgado, ya que al día siguiente nadie lo recuerda —reconoció Óliver ante la joven.

—¿Así que en Noctiluca todos tomáis mangata? —preguntó Jara queriendo saber más.

—Excepto los militares y los mapuches —explicó el joven.

—Quiero probarlo —admitió Jara lanzándole una mirada penetrante al joven.

—No puedes. La mangata está controlada por los militares y por la Cúpula, cada habitante recibe cada luna llena su dosis exacta y es nominativa. Los cultivos están completamente controlados, saben cuántos hongos hay, cuántos son para proveer a los habitantes de Noctiluca y cuántos se llevan los militares. Por eso Osiris pidió que no te dijera nada, imagino que porque los de arriba no saben que estás aquí —le explicó Óliver disuadiéndola.

Jara lo miró pensativa. Óliver sabía perfectamente que ella no debía estar en aquella isla, pues la Cúpula no sabía de su existencia.

Así que aquel hombre le había guardado el secreto y la había protegido, aquello le hizo sonreír al pensar que en verdad ella sí le importaba.

—Óliver, quiero probarlo, quiero saber qué se siente —pidió Jara.

—¿No me has escuchado? No se puede —insistió el joven.

—¿Tú ya la has tomado hoy?

—Sí, hace unos instantes —reveló Óliver.

—Pues coge dos copas y ve sirviendo el cava, que tengo que pasar al baño un momento —solicitó Jara con una seguridad pasmosa.

Mientras Óliver se dirigía a la cocina, Jara entró a la habitación principal y miró hacia la puerta para cerciorarse de que el joven no la veía. Observó las dos mesitas de noche que había a cada lado de la cama y adivinó rápidamente que el lado derecho, completamente ordenado con un par de cremas y un libro de Alice Kellen, pertenecía a Vega. Se acercó hasta ese lado, destapó con cuidado la cama levantando la sábana y sacó del bolsillo trasero de su pantalón unas

braguitas de encaje negro que introdujo dentro. Luego volvió a rehacerla pasando su mano derecha sobre las sábanas para que quedaran completamente lisas. Inmediatamente se encaminó al baño. Aquel lugar era un remanso de paz con paredes recubiertas de Dekton.

Jara abrió el grifo y dejó correr el agua. Metió las manos bajo el chorro que seguía fluyendo y luego se las secó con una toalla. Cogió pasta dentífrica y la puso en su dedo derecho, que utilizó a modo de cepillo de dientes. Escupió la pasta y se enjuagó la boca. Cerró el grifo y llevo su mano derecha hasta el bolsillo posterior para sacar el teléfono que se había guardado ahí. Observó todo lo que había en el baño y fijó su mirada en una estantería en la pared de detrás. Abrió la cámara del móvil y pulsó el botón para empezar a grabar.

Escondió la cámara entre un sérum hidratante de Clarins y un desmaquillador de ojos de Mary Kay, cerciorándose de que grababa hacia la parte derecha del baño donde se encontraban el inodoro y la ducha, y luego se desnudó por completo, dejando la ropa bien doblada sobre la encimera del baño.

—Jara, ¿estás bien? —Se oyó al otro lado de la puerta a Óliver.

Jara se acercó hasta la puerta y la abrió lentamente. El joven observó su cuerpo desnudo desde la punta del pie hasta la coronilla.

Jara sabía que era capaz de encender en él cosas inimaginables, que sus sentidos se avivaban y su piel ardía frente a su cuerpo desnudo.

Solía hacerle lo mismo a Álvaro, por eso su familia siempre pensaba que aquella joven le había hecho alguna especie de amarre amoroso, pues enloquecía ante el cuerpo de la chica.

—Joder —dijo Óliver al verla llevando sus manos directamente hasta sus caderas.

—Cómeme las tetas —pidió Jara escudada en una traviesa mirada.

El joven bajó la lengua hasta sus pezones, que comenzó a lamer como el que lame un helado con ansia. Jara sin casi inmutarse dejó caer saliva sobre su pezón derecho y Óliver la recogió con su lengua utilizándola para esparcirla por todo su pecho.

—Desnúdate —ordenó Jara como si hubiera cogido las riendas de aquella locura.

Óliver aceptó sumiso aquel mandato. Bajo los pantalones de lino tan solo llevaba unos calzoncillos negros de algodón que al quitárselos hizo que su pene saliera con fuerza por lo erecto que se encontraba. Jara lo cogió de la mano y lo guio hasta el inodoro. Ella se sentó sobre la tapa justo a ras del borde y abrió las piernas mostrando su sexo totalmente accesible y abierto. Volvió a dejar caer un hilo de saliva en él y al llegar a su sexo ella comenzó a acariciarlo con los dedos, esparciendo sobre él la saliva. Óliver se sentó en el suelo de rodillas frente a ella e hizo que pasara sus piernas sobre sus hombros a la par que Jara se sostenía de su cuello.

—Y ahora cómeme el coño.

Él sonrió haciendo que esos condenados hoyuelos aparecieran en sus mejillas. Acercó su lengua hasta el sexo de Jara y comenzó a lamerlo con descaro a la vez que paraba para succionar su clítoris, provocando que Jara se deshiciera en sonoros gemidos, aumentando cada vez más el ritmo.

—No pares, quiero correrme en tu boca —suplicó Jara extasiada con Óliver entre sus piernas.

El joven se separó un poco y bajó las piernas de Jara de nuevo al suelo. Luego la sujetó de las caderas y la inclinó hacia delante para que se pusiera en pie con las piernas abiertas. Jara apoyó sus brazos estirados contra la pared de delante a la vez que Óliver le volvía a lamer el clítoris y Jara intensificaba el sonido de sus alaridos.

Al mismo tiempo Óliver levantó su brazo derecho con dos dedos juntos para que Jara se los chupara. Una vez mojados los metió

dentro de su sexo y comenzó a masturbarla mientras seguía lamiéndola por fuera.

—Me corro, cabrón, me corro… —jadeó Jara rindiéndose con un orgasmo frenético que había dejado restos en la boca de Óliver.

Después de correrse, Jara cogió a Óliver y lo guio hasta la ducha sin mampara. Abrió el grifo dejando caer el agua sobre sus cuerpos sudorosos y ardientes. Jara se apoyó de nuevo en la pared y levantó su culo como si se lo ofreciera al joven, que instintivamente introdujo su pene dentro de ella. La penetró con fuerza, dejando constancia en cada embestida del deseo que corroía a aquellos dos jóvenes. Óliver acompasaba sus movimientos mientras sujetaba a Jara de las caderas y la llevaba cerca de él para que notara cada vez más dentro su miembro.

—¿Puedo correrme dentro? —preguntó el joven jadeando.

—Hazlo —volvió a ordenar Jara.

Óliver Buendía sintió un espasmo en su cuerpo víctima de un placer inenarrable, víctima de una conexión que parecía brujería, víctima de aquel amor que Jara aun no sabía si era real o solo un efecto de la mangata.

Pero aquella luna llena de fresa, lejos de teñirlo todo de rosa, estaba a punto de teñirlo todo de sangre.

Noctiluca

Elba no había pegado ojo en toda la noche. Dormir sola en aquella cabaña se le estaba haciendo cuesta arriba. Las ramas que crujían, los cantos de algunos pájaros, el vaivén del agua del embalse de Empusa que se encontraba cerca, el silbar del viento…, un cúmulo de cosas que no le permitieron entornar tan siquiera los párpados.

Lejos de derrotarla el cansancio, una hiperactividad digna de ser diagnosticada la había invadido. Había colocado en la pared, de nuevo, todas las pruebas del caso de la desaparición de Álvaro Casanova y todo estaba cubierto de fotografías impresas y notas.

Miraba una y otra vez la foto de Bianca Ferraro como si creyera que aquella niña pudiera darle respuestas.

—¿Quién eres tú? —preguntaba en voz alta Elba, una y otra vez, esperando a que aquella fotografía le respondiese.

Sacó su libreta y la abrió por una página en blanco. Repasó las notas que había pegado sobre la pared y comenzó a escribir de nuevo en la hoja aquellos datos intentando buscar algo de luz en aquel caso.

—Desaparición de Álvaro Casanova el 27 de enero, se registran tres pagos con su tarjeta ese mismo día en dirección a Murcia; se casaba el 28 de enero con Jara, sus amigas Paula y Luna son las últimas en ver a la joven. Jara se encuentra actualmente en Noctiluca. Principales sospechosos con motivos para hacer desaparecer a Álvaro, pero también con coartadas: Carlos García-Noblejas, Camila Casanova y Mariola Casanova, la hermana pequeña que sigue sin ser localizada. Posible motivo de la desaparición:

intereses en el negocio familiar. Encontrada camisa con sangre perteneciente a Álvaro y a una niña desparecida con siete años en Mesina llamada Bianca Ferraro… —iba narrando mientras lo apuntaba en la libreta en un intento de que cualquier pequeño detalle le encendiera la bombilla.

Elba cogió la transcripción de los interrogatorios que había impreso y de nuevo comenzó a leerlos. Casi podía recitar de memoria cada una de las frases que había en esas páginas. La joven detective estaba intranquila, tenía un pálpito que no la dejaba estar serena. Ese olfato que tanto la había ayudado en sus casos estaba saliendo de nuevo a flote.

Sacó el teléfono que le había robado al chico en el almacén de los militares y que Jaime le había dejado tener en la cabaña tras la falsa amenaza de que la policía descubriera la localización de aquella isla.

Llamando…

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó Álex extrañado.

—¿En serio no guardaste el número desde el que te llamé? —

preguntó Elba algo molesta como si aquel gesto le hubiera hecho sentir mal.

—Amor, ¡estás bien! Con todo el lío y los nervios del momento no debí guardarlo —se afirmó Álex a sí mismo al ver que Elba le estaba llamando.

Elba tragó saliva y barrió con la yema de sus dedos una lágrima que se escapó fugaz al oír la voz de su chico. Y esperó unos segundos para que su tono no reflejara la preocupación que la atormentaba.

—Sí, mi vida. ¿Sabes? Te echo de menos —confesó Elba rota al saber que había fallado a la lealtad de su chico—. Aquí estoy repasando el caso. Álex, hay algo que se nos escapa.

—Lo sé, mi amor. Criminalista está analizando toda la zona donde se encontró la camisa, pero por ahora no hay ninguna prueba que nos diga cómo llegó esa prenda hasta allí. Han registrado el piso de los jóvenes hasta el último centímetro, pero tampoco han hallado

nada, solo el móvil de Jara que están intentando activarlo para buscar algún rastro que pueda llevarnos hasta Álvaro —explicó con sosiego el inspector de policía.

—¿Y si efectivamente lo planearon juntos y solo está escondido esperando a poder escaparse sin levantar sospechas y venirse a Noctiluca con Jara? —volvió a plantear Elba que cada vez estaba más segura de esta teoría.

—Lo averiguaremos, amor. Ahora tengo que dejarte, vamos a interrogar de nuevo a los dos turistas que encontraron la camisa. Te amo y, pase lo que pase, te amaré siempre —reconoció Álex con la voz compungida mientras Elba se quedaba callada.

Pero hay veces en la vida que las cosas que no decimos a tiempo las enterramos para siempre.

Vega estaba de nuevo sentada en la esquina de la cama con el rostro demacrado y los ojos hinchados como si hubiera estado llorando. Sorbía nerviosa intentando controlar su respiración. Fueron aquellos sollozos los que acabaron por despertar a Óliver.

—¿Qué sucede, Vega? —preguntó este al despertarse repentinamente con el llanto de su chica.

La joven, completamente destrozada e inmersa en un sollozo amargo, levantó la mirada y la dirigió hasta su chico, que intentaba entender lo que estaba sucediendo.

—¿De quién es esto? —preguntó Vega alzando unas braguitas de encaje negras que había encontrado entre las sábanas de la cama.

—Joder, Vega, otra vez. Sabes las putas reglas de la isla, la luna llena es sagrada. Aceptaste las normas como todos. No sé a qué viene este comportamiento, máxime cuando eres consciente de que no puedo recordar de quién coño son —respondió preocupado Óliver fijando su vista en el tatuaje de la medialuna que Vega llevaba grabado en la muñeca como todos los habitantes de la isla.

—¿Te la follaste aquí? ¡Dime! —gritó enfurecida Vega mientras se levantaba de la cama—. ¿Te has follado a alguna zorra en mi cama?

¿En mis malditas sábanas? ¡Eres un puto degenerado!

—Vega, por favor, escúchame. Te juro que no sé cómo ha llegado eso ahí. Pero, además, lo hemos hecho siempre. Yo no sé con quién cojones estás cuando tomas la mangata y nunca te lo he preguntado

—le recriminó el joven.

—¿Son de Jara? —insistió Vega con desprecio en su voz haciendo caso omiso a lo que Óliver le decía.

—Por Dios, Vega, ¿no piensas parar? —preguntó enfadado Óliver.

De repente, el sonido de un mensaje atravesó aquella discusión de pareja haciendo que los dos pararan en seco. Vega se giró hacia su teléfono que estaba encima de la cómoda de madera de la habitación. La joven dejó la bolsa que estaba llenando en el suelo y alargó su mano para coger el móvil. Abrió con rabia y nerviosismo el mensaje. Este no decía nada, tan solo contenía un vídeo. Vega lo abrió con temor a lo que podría encontrar en él y rápidamente sintió como si una daga atravesara su pecho. Tan solo fue capaz de ver varios

segundos del vídeo, pues el temblor de su mano hizo que el móvil se le resbalara hasta el suelo. Las lágrimas volvieron a desfilar por sus ojos sin pedir permiso.

Aquel fue el instante en el que Vega Cruz dejaría de ser la misma para siempre, pues a veces sobrevivir a las consecuencias duele más que vivir ajenos a ellas.

43

No metas tu hocico ahí

La furia habitaba cada milímetro de la dermis de Óliver. Sentía el odio en sus manos, la cólera en su sien. Vega se había ido de casa, ya no confiaba en él. «Ya siento aquí en mi costado / tu puñalada trapera», rezaba Vetusta Morla. Y Vega la había sentido. A pesar de que, como todos, ella había aceptado las normas de Noctiluca y de la ingesta de mangata. Pero esas normas no contaban con la presencia de Jara Moretti, que cada luna llena, al no consumir el hongo, mantenía sus capacidades intactas y entre todos aquellos habitantes era la única capaz de recordar.

Óliver cogió las bragas de encaje negras que seguían tiradas en el suelo de la habitación, dio un sonoro portazo con todas sus fuerzas y salió colérico de Casa Úrsula. Aporreó la cristalera de Jara con una fuerza desmedida, preso del cúmulo de sensaciones deleznables que lo atormentaban.

—¡Abre la puta puerta, Jara! —gritó con furia Óliver—. Sé que estás ahí, ¡abre la jodida puerta!

Las cortinas estaban descorridas por lo que había una visión total del salón. La luz se encendió y Jara apareció sonriente por la puerta de la estancia.

—¡Ábreme, Jara! —volvió a gritar Óliver al verla entrar.

Jara se dirigió hasta la cristalera de la puerta, estaba radiante, feliz, pletórica. Mantenía impasible una sonrisa que hacía ver más pequeños sus penetrantes ojos de color miel.

—Hola, Óliver, ¿quieres pasar? —preguntó cariñosa Jara ignorando el tono con el que el joven había golpeado la puerta.

—¿Qué cojones has hecho, Jara? —bramó furioso el joven.

—¿Lo dices por la música de esta mañana? Siento si te he despertado, pero es que estoy en un bucle enfermizo con una canción, «Tema d'amore», que me tiene atrapada —pidió perdón Jara sonriente.

—¿Me estás vacilando o qué? ¿Qué coño es esto? —inquirió Óliver sacando de su bolsillo las bragas negras de encaje.

—Ah, mis braguitas —contestó Jara tranquila mientras las cogía

de la mano del joven—. ¿Por qué las tienes tú?

—¿Cómo que por qué las tengo yo? Tú las dejaste en mi casa, en mi cama. ¡En mi puta cama, Jara! ¡Estás loca, jodidamente loca!

Eres una puta enferma, ¿a qué coño estás jugando? —le abroncó Óliver sin filtro.

Jara le sonrió como si nada de aquello le importara, como si aquellos reproches no fueran con ella. Tenía claro que aquel enfado de Óliver estaba relacionado con Vega, así que había conseguido su objetivo.

—¿Por qué coño sonríes? ¿Por qué grabaste ese vídeo? ¿Por qué coño se lo enviaste a Vega? Eres una puta demente, una jodida loca, desquiciada —le recriminó Óliver sin tregua.

—Óliver, lo siento, pasa, por favor, te juro que te compensaré —

respondió la joven con un tono muy lejano al de sentir remordimiento.

—Pero ¡qué dices, loca! ¿Cómo voy a entrar? No quiero volver a verte en mi puta vida, Jara. ¡En mi vida! —sentenció el joven mientras se marchaba de aquel lugar.

A la vez que Óliver se alejaba el teléfono de Jara sonó. Era un mensaje de Vega:

«Te espero la próxima luna llena en el embalse de Empusa al caer la noche».

La obsesión de Elba por el caso de Álvaro Casanova la estaba consumiendo. Encerrada en aquella cabaña, huyendo del destino que le habría esperado si Jaime no llega a salvarla, la única manera

de evadirse de ese cúmulo de sensaciones que la tenían secuestrada era centrarse en la desaparición del joven. Elba debía estar muerta y ella lo sabía. Sabía lo que aquel gesto significaba, sabía que Jaime lo había hecho porque la conexión que habían sentido ambos iba mucho más allá. El militar se paseaba por su mente impunemente y esos días sin él al lado lo echaba de menos. Incluso tanto o más que a Álex. Pero sabía que debía ser paciente y esperar, sabía que él buscaría el momento idóneo para sacarla de aquella isla. Aunque a una parte de ella le destrozaba el hecho de pensar que jamás volvería a verlo. Saber que escapar de allí significaba escapar también

de todo lo que había vivido en Noctiluca.

Llevaba días repasando una y otra vez cada uno de los hechos, cada una de las pruebas. Esperando que, en cualquier momento, Álex le escribiera con algún nuevo avance o con el descubrimiento de alguna nueva pista. Aunque en el fondo quería ser ella, quería ser la que descubriera qué había pasado realmente con Álvaro Casanova. Así que era su ego el que la alentaba para seguir buscando, para dar algo de luz a todo aquel sinsentido que rodeaba al caso.

Elba cogió de nuevo su cuaderno de notas donde había ido anotando de nuevo cada uno de los hechos del caso para así retenerlos en su mente a la misma vez que los pronunciaba y los escribía. Pero todo la llevaba a aquella camisa de Álvaro manchada de sangre y a aquella niña desaparecida en Mesina.

—¿Quién demonios eres, Bianca Ferraro? —volvió a preguntarse Elba en voz alta intentando atar cabos sobre su desaparición.

Elba leyó de nuevo el dosier sobre el caso de la niña que se había impreso. Repasó una y otra vez todas las pruebas que se encontraron y los indicios que hacían creer que Matteo Ferraro, el padre de Bianca, había escapado de Mesina después de asesinar a su mujer. Pero era como si hubiera desparecido por arte de magia, no había ni rastro de él ni de la niña.

La joven detective se puso de pie y cogió de la pared la fotografía de Bianca Ferraro; cada día la miraba intentando buscar en ella la respuesta. Necesitaba entender qué hacía su sangre junto a la de Álvaro en su camisa. Cómo había llegado la sangre de esa niña hasta

ahí. Dejó la fotografía de la niña en el escritorio junto con los papeles y se levantó de la silla mientras daba vueltas en círculo por la cabaña releyendo en su cuaderno su hoja de notas.

Bianca Ferraro:

Desaparecida en Mesina (Italia) en 2003.

Edad con la que desapareció: 7 años.

Estatura: 121 centímetros.

Peso: 22 kg.

Color de pelo: Castaño

Longitud del pelo: Media melena.

Color de ojos: Miel

Observaciones: Cicatriz en la rodilla derecha, pequeño nevo congénito en el codo izquierdo y coloboma del iris en el ojo izquierdo.

—¿Qué es un coloboma? —se preguntó a sí misma en voz alta mientras cogía el móvil robado que sí disponía de internet y buscaba en Google la respuesta tras darse cuenta de que no se había preocupado en ningún momento antes de buscarlo cuando había estado repasando el dosier.

El coloboma es un defecto en el desarrol o ocular de origen genético que hace que parte del tejido que forma el ojo no exista. Normalmente, el iris. Por eso es una deformación conocida como «ojo de gato», ya que esa rasgadura hace que muchas veces el ojo se asimile al de un felino.

—Coloboma del iris en el ojo izquierdo, coloboma del iris en el ojo izquierdo, coloboma del iris en el ojo izquierdo… —repitió Elba en bucle mientras dejaba el teléfono con la página de Google donde había buscado el significado y cogía de nuevo la fotografía de la niña.

Elba revisó con detenimiento la imagen impresa de Bianca Ferraro, observando atenta la zona de sus ojos. Como si quisiera leer su mirada. Observó su ojo izquierdo y advirtió ese «ojo de gato» al que la web hacía alusión. Claramente la niña poseía una mancha en el iris que hacía que este estuviera rasgado. Lo miró cautelosa,

entendiendo ahora su verdadero significado. La mirada de aquella niña la hacía especial, era como si le hablara, como si quisiera decirle algo.

—Coloboma del iris en el ojo izquierdo, coloboma del iris en el ojo izquierdo, coloboma del iris en el ojo izquierdo… —repitió de nuevo como un disco rayado.

Aquella frase se instauró en su mente, como si la intuición llamara a su puerta. Y de repente, Elba Ros, decidió abrirle la puerta.

—¡Eso es, joder, eso es! No me lo puedo creer, todo este tiempo ha estado delante de mis narices —dijo la joven mientras dejaba la foto y se llevaba las manos al rostro, cubriéndolo, como si aquel gesto por fin la liberara después de tanto tiempo buscando respuestas.

Elba suspiró con aplomo, parecía ya poder sentir que la resolución del caso de la desaparición de Álvaro Casanova estuviera llegando a su fin. Alzó la mano y cogió otra de las fotografías que había colgado en la pared y la puso junto a la de la niña desaparecida.

—¡Dios, es ella! —exhaló Elba sonoramente.

La joven se sentó de nuevo en la silla que había frente al escritorio, cogió otra vez el teléfono y abrió un email.

«Álex, no te lo vas a creer, pero he encontrado a Bianca Ferraro.

Te adjunto dos fotografías porque vas a…»

Elba seguía escribiendo el correo cuando de repente se oyó tras ella la puerta de la cabaña abrirse. La felicidad de la joven era descomunal, lo que acababa de descubrir cambiaría el rumbo de la investigación. Se sentía estúpida por no haberse dado cuenta antes, pero por fin tenía la respuesta que buscaba. Y aunque estaba ensimismada escribiendo y no se giró hacia la puerta, se le dibujó una sonrisa al ver que Jaime ya había venido a verla.

—Jaime, ¡no te vas a creer lo que he descubierto! —gritó Elba eufórica en parte por su descubrimiento y en parte porque Jaime había vuelto a verla.

Pero a veces la felicidad es tan efímera que eres capaz de tocar con los dedos el cielo y el infierno en el mismo instante. La respiración de Elba se cortó, dejó caer el teléfono al suelo como si sus manos hubieran perdido fuerza para poder sujetarlo. Unas

violentas palpitaciones embargaron su pecho haciendo que el aire le faltara por momentos. Le costaba respirar, en sus pupilas clavada esa imagen que tenía delante. Quería que fuera irreal, que solo se tratase de un mal sueño por culpa de los días que llevaba sin dormir, que lo que estaba viendo fuera solo un producto de su imaginación.

Pero aquello estaba sucediendo.

—No deberías haber estado aquí, Elba —reconoció Elías, el otro militar, con el brazo estirado y empuñando un arma.

—¡Por favor! No me hagas nada, te lo suplico —sollozó la joven completamente devastada.

—Le advertí a Jaime, le dije que se deshiciera de ti, que estabas

metiendo tus narices donde no debías —admitió el militar dando otro paso adelante acercándose aún más a Elba.

—Jaime no tiene la culpa, de verdad, no le hagas nada —lloriqueó Elba pese a que le costaba respirar.

—¿Le has hablado a alguien de Noctiluca? —preguntó Elías lleno de ira peligrosamente cerca de la joven.

—No —respondió entre llantos la joven detective.

—¡Dime la verdad! —gritó Elías, y le propinó un golpe en la cara a Elba con la culata de la pistola.

Elba comenzó a escupir sangre por la boca proveniente de algún diente. Se llevó instantáneamente las manos a la cara intentando que el dolor aminorara.

—Te juro que te he dicho la verdad, no le he hablado a nadie de la isla —contestó nerviosa y dolorida la joven.

Elías exhaló con ímpetu como si no se fiara de la respuesta de la joven. El militar posó su mirada en los verdes ojos de Elba y en su bonito pelo cobrizo. Y aquellos ojos bañados en lágrimas parecían decir la verdad, pero hay veces que la verdad puede costarnos demasiado caro.

—Venga, sal fuera. Debes importarle mucho a Jaime para que no te haya matado, así que prefiero que no sepa que he sido yo el que lo ha hecho —confesó el militar.

—¡Por favor! Te juro que no diré nada, jamás le contaré nada a nadie, pero no me mates —suplicó Elba implorando clemencia.

—¡Que salgas te he dicho! ¡Y camina hasta allí! —volvió a gritar el

militar mientras señalaba con la punta de la pistola un trozo de tierra y matorrales que había frente a la cabaña.

Elba obedeció nerviosa; a sus pasos le seguían los de Elías apuntándole con la pistola. Pero quizá es ante el peligro cuando nuestro instinto más se desarrolla. Y estaba claro que el instinto de aquella detective estaba preparado para luchar hasta el último aliento. Elba Ros hizo un barrido rápido con su mirada explorando el terreno que tenía frente a ella. Y, de repente, fingió tropezarse y caer al suelo.

—¡Dios, mi pierna! —se quejó dolorida la joven.

—¡Levántate ahora mismo!

Pero la joven detective siguió tirada en el suelo abrazando su pierna como si estuviera inmersa en un dolor irreparable más lejano que el que iba a sentir con la muerte pisándole los talones.

—¡Que te levantes he dicho!

Elías pasó la pistola a su mano izquierda y se agachó un poco hacia delante para intentar con su mano derecha hacer que Elba se levantase. Pero la joven se volteó con una energía feroz, casi salvaje, y golpeó con una piedra y una fuerza desmesurada, que desconocía tener, la cara del militar, haciendo que este perdiera el equilibrio y cayera al suelo.

—¡Hija de la gran puta! —gritó hundido en dolor Elías mientras se llevaba las manos a la cara para taparse el ojo del que le caían borbotones de sangre.

Elba se incorporó rápidamente y de forma instintiva cogió el arma que se le había caído a Elías al suelo.

—No te muevas de ahí o disparo —lo amenazó Elba apuntándole con el arma.

—¡Jodida zorra, pienso matarte con mis propias manos! —gritó entre quejidos el militar intentando ponerse en pie.

—Que no te muevas te he dicho —le recriminó nerviosa Elba.

Pero aquel militar hizo caso omiso a la amenaza de aquella mujer.

Elías parecía ser la clase de hombre que no puede aceptar que una mujer les ordene. Elías volvió a intentar levantarse y en aquel momento Elba Ros le propinó un disparo en el pecho. Luego lo agarró con dificultad por los brazos y lo arrastró dentro de la

cabaña. Y es que a veces en la vida no hay nada más peligroso que una mujer segura de sí misma.

Bianca Ferraro

Elba entró dentro de la cabaña y recogió rápidamente todas las pruebas metiéndolas con esmero en su mochila: las notas, los dosieres y los interrogatorios impresos, las imágenes… Estaba en un estado de shock irreversible por lo que acababa de hacer. No se reconocía, aquella isla había sacado lo mejor y lo peor de lo que llevaba dentro. Pero nuestro instinto de supervivencia nos hace aferrarnos a la vida con uñas y dientes. Al salir fijó sus ojos en el cuerpo de Elías, sabía que no iba a poder olvidar esa imagen jamás.

—Lo siento —espetó la joven detective sumida en un sincero arrepentimiento a pesar de que aquel hombre había intentado matarla.

Elba huyó con celeridad de la zona por miedo a que Jaime pudiera encontrarla. Sabía que, después de haberle mentido, no le perdonaría lo que acababa de hacer. Pero, a pesar de que una parte ella se sentía un monstruo por la atrocidad que había cometido, la obsesión que la había llevado hasta aquella isla parecía estar a punto de resolverse y en aquel momento era el único propósito que la hacía querer seguir manteniéndose con vida. La joven detective recorrió el bosque hasta alcanzar el pueblo y lo atravesó para llegar a Villa Oasis. Una vez en la puerta, levantó el macetero donde sabía que Vega guardaba las llaves de la entrada al residencial. Le había explicado el escondite por si alguna vez quería bañarse en la piscina cuando ella no estuviera en casa.

Elba abrió rápidamente la puerta, pues tenía la ropa cubierta de suciedad y sangre y además portaba el arma de Elías en la cintura

trasera de su pantalón. La joven corrió precipitadamente por el jardín para evitar que nadie la viera, pero no subió a casa de Óliver y Vega. Se paró en la cristalera de Jara y golpeó el cristal con los nudillos, llena de ímpetu.

—¿Jara, estás ahí? —preguntó inquieta Elba temiendo que alguien pudiera verla.

Volvió a llamar intentando no hacer demasiado ruido para que nadie la escuchara, pero Jara no contestó. Elba se fijó en que la cristalera estaba entreabierta. La sujetó con su mano derecha y la corrió hacia el lado izquierdo para poder abrirla por completo. Las luces de la casa estaban apagadas y no se escuchaba ningún ruido.

La joven detective entró sigilosa para cerciorarse de que Jara no estaba en casa y encendió la luz de una lamparita que alumbraba el salón. Elba se quitó su pequeña mochila y la posó sobre una mesa y escondió dentro de esta el arma que llevaba en el pantalón.

La joven detective comenzó a revolver toda la casa. Ahora sabía que aquel lugar era el único en el que podría encontrar las respuestas que buscaba. Había empezado a encajar las piezas del puzle y ya estaba rozando con los dedos la verdad sobre el caso de desaparición de Álvaro Casanova.

La casa era muy pequeña, así que sería fácil buscar en ella. Abrió todas las puertas y los armarios de la cocina, rebuscó en el frigorífico, miró en la lavadora, vació los tarros y las botellas y hasta revolvió en la basura. Quitó la funda del sofá, abrió los cojines, miró tras los cuadros, escarbó entre las páginas de los dos libros que tenía, miró en el tocadiscos, sacó todos los vinilos…, pero no había nada. Luego entró en la habitación de Jara, encendió la luz y acto seguido levantó el colchón, quitó las sábanas, sacó toda la ropa del armario, tiró al suelo sus bragas y trajes de baño, un peluche sucio, revolvió todas las toallas, registró todos y cada uno de los cajones del baño, miró dentro de la cisterna del retrete y allí tampoco había nada. La desesperación estaba haciendo mella en Elba que se encontraba totalmente fuera de sí. Siempre se había involucrado en las historias que investigaba, pero aquella vez había traspasado todos los límites posibles. Aquel juego del ratón y el gato se había convertido en una obsesión enfermiza, quería escapar de allí, pero

antes le podía el ansía de descubrir la verdad. Solo necesitaba un último hilo del que tirar para que toda su teoría tuviera sentido.

Volvió al salón y se llevó las manos a la cara, signo de la desesperación que la invadía. Había revuelto la casa entera, había mirado hasta en el último lugar. Allí no había nada que le sirviera. Se giró hacia la mesa donde había dejado su mochila y el arma escondida bajo esta, cuando de repente se encendió la luz y se iluminó una de las esquinas que antes estaba a oscuras, pues la fuerza de la lamparita no llegaba hasta esa zona para iluminarla.

—¿Buscabas esto, Julia? —preguntó Jara sentada sobre un taburete alto y observando el arma que sostenía en su mano.

La expresión de Jara en aquel momento, su voz, su chulería se alejaban mucho de la Jara que Elba había conocido, como si se tratase de otra persona.

—Jara, yo… puedo explicarlo —intentó calmarla Elba sorprendida.

Estaba asustada. Había descubierto el secreto de Jara y estaba segura de que la nueva teoría que tenía sobre la desaparición de su prometido esta vez sí era la correcta, pero en aquel instante se encontraba entre la espada y la pared. Quería parecer sosegada para calmar a Jara, pero la realidad era que estaba atemorizada.

—¿Me puedes decir por qué te has colado en mi casa y la has revuelto? —preguntó endemoniada Jara mientras la señalaba con el arma.

—Porque sé la verdad, Jara —reconoció valiente la detective a pesar de conocer la posición en la que se encontraba.

—¿Y qué verdad se supone que es esa? —Sonrió irónica Jara con una expresión perversa que daba miedo.

—No te llamas Jara Moretti —comenzó a explicar Elba.

—Venga, no digas gilipolleces —rio la joven mientras adelantaba unos pasos hasta la detective.

—Te llamas Bianca Ferrero —soltó sin miramientos Elba.

—¿Qué coño estás diciendo y tú quién coño eres? —preguntó anonadada Jara al no entender nada de lo que estaba sucediendo.

—No me llamo Julia Ponce, me llamo Elba Ros y soy detective privada. Estoy investigando la desaparición de tu prometido —

reconoció la joven.

Jara tragó saliva, había escuchado ese nombre antes y ahora estaba segura de que también había escuchado aquella voz. Miró callada a Elba intentando ganar segundos para recordar de qué le sonaba aquel nombre. Fue pasando recuerdos por su mente hasta que llegó a él: era la joven que había ido a buscarla a su casa y que había dejado la nota por debajo de la puerta. Aquella mujer había llegado hasta Noctiluca para buscarla. Jara enmudeció ante aquello.

—Te llamas Bianca Ferraro, naciste en Mesina, una ciudad de la isla de Sicilia en Italia. En el año 2003 tu padre Matteo Ferraro asesinó a tu madre. Se llamaba Sofía —comenzó a explicarle Elba.

—Pero ¿qué estupidez estás diciendo? ¿Queréis volverme loca? Ha sido cosa de Óliver, ¿verdad? —preguntó desquiciada Jara ante aquella revelación que Elba le acababa de hacer.

—Jara, te llamas Bianca Ferraro —dijo la detective con un tono más compasivo—. Por favor, pásame mi mochila y te lo demostraré.

Jara dudó, pues aquello podría ser una trampa solo para despistarla. Así que le ordenó que se arrodillara para que ella pudiera mirar dentro de la mochila sin que le diera tiempo a levantarse. La abrió con dificultad, pues seguía portando el arma en su mano derecha. Ojeó rápidamente y vio que dentro solo había fotografías, papeles y notas, así que lanzó la mochila frente a la joven. Elba sacó el dosier de su desaparición y una foto de la niña extraviada y una de Jara actual. Las puso perfectamente alineadas una con otra sobre el suelo frente a ella.

—¡Eso no puede ser, vosotros queréis que me vuelva loca, ese es el plan de Óliver, que yo enloquezca! —comenzó a sollozar la joven.

—Mira esta fotografía, esta es Bianca Ferraro, la niña que desapareció con siete años. Mira su ojo izquierdo, tiene el mismo coloboma en el iris que tú, Jara —explicó serena Elba intentando hacerla entrar en razón.

—Mi padre jamás hubiera matado a nadie, mi madre nos abandonó y él tuvo que sacarme adelante —dijo Jara con violencia en la voz.

—Jara, tu padre ahogó a tu madre con sus propias manos cuando apenas eras una cría —sentenció Elba.

Un flash cruzó la mente de Jara al oír pronunciar aquellas

palabras. Un latigazo la sacudió por dentro y de repente sintió como si aquello que acababa de escuchar le hubiera desbloqueado un recuerdo. Cerró los ojos temblorosa, como si estuviera fuera de sí con la mirada ausente, y una secuencia de imágenes la avasallaron sin pasión. Por primera vez la imagen de la mujer que siempre se le aparecía gritando ahogada con ambas manos apretándose en el cuello no se encontraba sola. La figura de un hombre se le apareció en la imagen, pero no podía verle la cara. El hombre estaba sobre la mujer apretándole el cuello con sus manos mientras esta intentaba zafarse de él sin éxito.

—¿Papá? —preguntó de repente en voz alta Jara mientras seguía

sosteniendo en su mano el arma.

Y en milésimas de segundo, en ese instante efímero, en ese recuerdo, aquel hombre giró la cara y la miró fijamente clavando los ojos en ella; aquel hombre que estaba ahogando a la mujer de sus recuerdos era su padre.

Mientras, Elba Ros, al ver a Jara en esa especie de trance y en el instante que la escuchó pronunciar aquel «papá», lo sintió como el pistoletazo de salida. Y se abalanzó sobre Jara para intentar quitarle el arma. Jara reaccionó rápidamente nada más golpear su cuerpo contra el suelo y, sin soltar la pistola, comenzó a forcejear con Elba que luchaba con todas sus fuerzas para arrancarle el arma de las manos. Elba y Jara se aferraban a la vida de manera titánica golpeándose una a otra sin descanso. Jadeaban extasiadas sin dar una mínima muestra de estar dispuestas a rendirse.

—¡Elba! —gritó Jaime desde la puerta al ver aquella estampa.

Pero a veces quienes más nos aman son solo un preludio de la desdicha. La joven detective contrariada se giró en busca de la mirada cómplice de Jaime.

—¡Ella mató a Álvaro Casanova! —gritó Elba advirtiéndole mientras dibujó una leve sonrisa entre aquel caos al ver que Jaime se lanzaba a separarlas y vio la posibilidad de salir con vida de aquella isla.

Pero la realidad es que sin expectativas no hay decepciones y el impactante sonido de un disparo ensordeció aquella estancia acabando esa fracción de segundo con cualquier expectativa. La

sangre cubría el cuerpo de Jara, el de Elba y el de Jaime, que se había abalanzado sobre ellas intentando parar aquella masacre. El fuerte ruido y la desorientación que produjo aquel confuso instante hizo que Jaime se pusiera en pie y observara fugazmente si aquel tiro lo había alcanzado en alguna parte de su cuerpo, pues tenía zonas doloridas de haberse lanzado contra las dos mujeres. Pero no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que la sangre pertenecía a una de ellas.

—¡Elba! —gritó desesperado.

Jaime sollozaba amargamente mientras incorporaba el cuerpo inerte de la joven detective que yacía junto a Jara, que seguía en la misma posición, cubierta de sangre con la mirada perdida y una

respiración jadeante.

—¿Qué has hecho, Jara? ¡Eres un animal! —voceó hundido Jaime mientras abrazaba el cuerpo sin vida de Elba y la acercaba hasta él besándola en el pelo.

—Lo siento, yo no quería —lloró Jara desorientada al incorporarse y ver la sangre bañando aquella estancia.

—La has matado, Jara, la has matado —lloraba Jaime absorto mientras mecía a Elba entre sus brazos.

—Te juro que se ha disparado sin querer, ella se ha abalanzado sobre mí y en ese caos el arma se ha disparado sola. Yo, yo, yo…

solo quería asustarla, pero no matarla. No soy un monstruo, Jaime

—gimió desconsolada la joven.

Jara parecía decir la verdad y su rostro demacrado corroboraba sus palabras. Parecía estar destruida, rota de dolor. Ese dolor que te hace rezar pidiendo que el tiempo vuelva hacia atrás. Ese dolor que te hace repasar en tu cabeza una y otra vez lo que te ha sucedido buscando mil finales alternativos. Pero nuestro pasado siempre será nuestro fiel compañero de viaje, nuestro Pepito Grillo.

—Hay que limpiar todo esto antes de que venga alguien —

reflexionó Jaime mientras se ponía en pie e intentaba recomponerse.

Jaime parecía haber recapacitado; con Elías muerto, él era el único capaz de poner algo de cordura a todo aquello. Su mejor amigo y compañero había sido asesinado por la mujer de la que se había enamorado y el karma le había devuelto la moneda, dejándola

morir a manos de la mujer a la que Jaime había prometido proteger.

A veces la vida es demasiado caprichosa, e igual que te da te quita.

Quien menos te lo esperas

Jaime y Jara habían pasado toda la noche en vela limpiando con detenimiento el salón de Casa Macondo por miedo a que Óliver o Vega pudieran aparecer por allí en cualquier momento. Aunque Jara sabía que después de todo lo que había sucedido y el enfado que tenían jamás aparecerían por allí. Habían restregado las manchas de sangre que cubrían el suelo y habían ordenado el salón. Habían escondido el cuerpo de Elba en la bañera mientras Jaime intentaba ganar tiempo buscando la manera de sacarlo de allí sin ser descubiertos. El militar, tras pensarlo fríamente, sabía que, a pesar de que Jara había acabado con la vida de Elba, estaban en el mismo barco.

—Jara, es importante que me digas qué te contó Elba —dijo el militar hablándole por primera vez en toda la noche a la joven, pues no le había dirigido en ningún momento la palabra.

—No me dijo nada —mintió Jara mientras seguía restregando con una bayeta una mesa de madera en la que no había ninguna mancha.

—Jara, en serio, no me lo pongas más difícil. Es muy importante, tu vida y la mía están ahora mismo en peligro y necesito saber qué había descubierto Elba —reconoció algo nervioso y alterado el joven, que a pesar de todo lo que había sucedido volvía a sacar su lado más compasivo.

Jara se detuvo y dirigió su mirada hacia él. Aquel hombre parecía totalmente destruido, como si le hubieran arrancado el corazón. El mismo hombre que la había salvado y la había llevado hasta esa isla.

El mismo hombre en el que había confiado sin pensárselo solo

porque su padre le había dicho que lo hiciera. Y, por segunda vez, volvió a confiar en él.

—Ha mencionado algo de una tal Bianca Ferraro —respondió vagamente Jara.

—Jara, necesito que recuerdes, ¿qué más ha dicho? —insistió el militar.

—Dijo que yo era Bianca Ferraro y que mi padre mató a mi madre

—reconoció Jara que comenzaba a unir cabos de su pasado, a

pesar de que le estaba costando asumirlos.

—¡Joder, joder, joder! —gritó colérico Jaime llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué sucede? ¿Y qué es toda esta historia de esa tal Bianca? —

preguntó Jara sin entender nada.

—Que tú y yo estamos en peligro. Si ella sabía que eres Bianca, seguramente alguien más también lo sepa. Elba me amenazó, me dijo que le había contado a una persona la existencia de esta isla…

—reconoció nervioso Jaime.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que en peligro? Me trajisteis a esta isla porque decíais que aquí siempre estaría a salvo —le recordó la joven perpleja.

—Elba te dijo la verdad. No te llamas Jara Moretti, tu verdadero nombre es Bianca Ferraro —le confesó el militar apoyando las palabras de la detective.

—Que no conozco a ninguna Bianca, ¡joder! Dejad todos de decirme eso —respondió enfurecida Jara.

—Jara, tu padre trabajaba para las mismas personas que nosotros

—comenzó a explicar Jaime—. Personas muy peligrosas que puede que ahora también sepan quién eres en realidad. Si Elba se lo contó a alguien más, puede que estemos en peligro. Si la Cúpula descubre que estás viva y que te encuentras aquí, no dudarán en buscarte. Y

te aseguro que esa gente no se anda con rodeos.

—¿Y qué se supone que quiere esa gente de mí? —indagó Jara como si en el fondo quisiera creer lo que aquel hombre le decía.

—La mangata, el hongo ese que Osiris y el resto de mapuches cultivan en el huerto detrás de su asentamiento, se utiliza para crear una poderosa droga. Una pastilla que al ingerirla te desinhibe, te

sumerge en una leve euforia, te hace que la piel te arda, te aumenta la libido, te despierta tus instintos más primarios, te ayuda a cumplir tus fantasías más ocultas porque te da esa seguridad que sin tomarla jamás tendrías. Pero al día siguiente no hay rastro de ella en

tu cuerpo y no hay nada que te haga recordar lo que hiciste bajo sus efectos. Al día siguiente borras por completo de tu mente lo que viviste esa noche y lo olvidas para siempre. Como si se tratara de magia, solo que esta vez se trata de química —enfatizó Jaime volviéndole a explicar lo que realmente era la mangata.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —preguntó confundida la joven.

—El hongo solo puede tomarse las noches de luna llena porque es el momento en el que debe recolectarse para que produzca sus efectos. Tu padre, Matteo Ferraro, era un reputado químico. Fue él quien desarrolló la fórmula para crear la droga. Gracias a él, la pastilla de mangata era capaz de mantener las propiedades del hongo sin que perdiera su efecto. La mangata genera muchos beneficios, Jara. Muchos —prosiguió el militar.

—¿Mi padre creó esa droga? —dudó Jara ante aquella afirmación.

—Sí. Y tu padre, al igual que nosotros, trabajaba para la Cúpula. Y

la Cúpula trabaja para el Gobierno. Hay demasiados intereses en juego, Jara. Por eso, Noctiluca no aparece en ningún mapa, por eso nadie sabe de la existencia de esta isla. Los Buendía lo pactaron con la Cúpula, y luego esta hizo un trato con el Gobierno. Hace unos años el consumo de fentanilo, un fármaco que se utiliza como droga ilegal y que es cincuenta veces más potente que la heroína, empezó a aumentar en España según avisó el Plan Nacional sobre Drogas.

Así que, ante la preocupación del Gobierno, la Cúpula vio ahí su oportunidad para ganar grandes cantidades de dinero. Le compran los hongos, que cultivan en Noctiluca, a los Buendía. Después la Cúpula crea las pastillas de mangata y se las vende al Gobierno. Y

este las distribuye por el país a través de las redes de narcotráfico.

De esta manera, el Gobierno consiguió frenar la consumición de fentanilo, que es altamente mortal, y controlar a la población a través del consumo de mangata. Todo iba bien hasta aquel fatídico día en el que, bueno… —intentó continuar Jaime.

—¿En el que qué? —quiso saber Jara.

—En el que tu padre mató a tu madre y ahí lo jodió todo. Tuvimos que sacaros del país y llevaros hasta Almería. Tu padre se

volvió loco después de lo que hizo y quería vender la fórmula a la Cúpula para poder dejar este negocio atrás. Pero, si hacía eso sin más, todos dejábamos de ser necesarios, por lo que nos hubieran pegado un tiro en la nunca para quitarnos del medio. Aun así, encontramos la pieza clave que nos salvaría. Gracias a eso, tu padre pudo vender la fórmula y todos pudimos mantener nuestro pellejo a salvo.

—¿Qué pieza clave? —preguntó Jara perpleja.

—Una tarjeta SD de una cámara de fotos. Ahí dentro están las únicas pruebas que pueden mantenernos con vida. Tu padre tenía esa tarjeta, él la escondió. La Cúpula lo sabía, pero jamás pudo encontrarlo —respondió Jaime.

—Pero no lo entiendo ¿por qué estoy en peligro? —quiso saber Jara como si algo le hiciera dudar de toda aquella historia.

—Jara, es por Álvaro… —comenzó a explicar Jaime.

—¿Qué tiene que ver ahora Álvaro aquí? —dijo Jara llevándose las manos a la cabeza al no entender nada de todo aquello.

—La policía ha encontrado su camisa cubierta de sangre. —Al oír esas palabras Jara bajó sus manos a la boca y comenzó a llorar—.

Pero hay algo más —continuó el joven militar mientras le mostraba la prueba de la camisa con las iniciales de Álvaro y la sangre —, la camisa también tenía manchas de sangre tuyas.

—¿Cómo? ¡Eso no puede ser! ¡Tiene que ser un error! —contestó la joven completamente fuera de sí.

—Al analizar los restos de sangre de la camisa encontraron coincidencias con el ADN de Bianca Ferraro, la niña desaparecida en Italia en 2003. Es decir, tu ADN, Jara. Y si Elba lo descubrió puede que la policía ya lo sepa —reconoció Jaime.

—Todo esto es una locura, no, no, no puede ser verdad —dijo Jara intentando acompasar su agitada respiración.

—La Cúpula está formada por personas muy poderosas, no tardarán en saber que la policía ha encontrado pruebas que llevan hasta Bianca Ferraro y, si Elba descubrió que esa niña desaparecida eras tú, la Cúpula no tardará en hacerlo. E irán a por ti. Llevan años

buscando esa tarjeta, porque es la única prueba que podría acabar

con ellos. Nosotros hemos rebuscado por toda la casa de tu padre y no hay rastro de ella. Tu padre era un hombre muy listo y supo esconderla muy bien. Pero necesitamos encontrarla, Jara, solo tú puedes llevarme hasta ella —la presionó Jaime.

—Pero yo no tengo ni idea de dónde está esa tarjeta. Mi padre nunca me habló de ella —comenzó a llorar la joven.

—Jara, esto no es un juego —respondió Jaime—. Tienes que hacer memoria, por favor, si no, los dos estamos muertos.

Los ojos de Jara denotaban su cansancio, toda aquella información que el militar le había contado la había sobrepasado. La muerte de Elba en sus manos. Aquella isla que había dejado de ser un lugar seguro para ser su verdugo. La camisa con sangre de Álvaro, su desaparición, el asesinato de su madre, las pastillas de mangata…

Un cóctel explosivo que estaba haciendo mella en su mente.

—Piensa en algo que tu padre te contara, en algún sitio al que te llevara, en algo que te diera —siguió intentándolo Jaime sin darse por vencido.

—Mi padre casi nunca salía de casa, no me llevaba a ningún sitio

—contestó agobiada Jara intentado pensar.

—No sé, algo que te dijera —añadió Jaime.

—«Cuando sientas que todo va mal, refúgiate en nuestros recuerdos», eso es lo que siempre me decía, así fue como encontré la carta con las coordenadas para llegar a vosotros y a la isla de Noctiluca. Pero mi padre y yo casi no tenemos recuerdos juntos, solo aquella foto y poco más —reconoció apenada al darse cuenta de lo dura que había sido su infancia, al ver que había vivido en una mentira y que, lejos de haber sido abandonada por su madre, la realidad era que ella había sido secuestrada por su padre tras matarla.

—Jara, haz memoria, por favor —le suplicó Jaime—. Quizá algo que te diera de niña.

De repente, Jara abrió con efusividad los ojos y la boca con cara de sorpresa, como si aquella frase le hubiera dado la respuesta.

—¡Cosmo! Eso es… —contestó enérgicamente mientras se dirigía a la habitación.

—¿Cosmo? —preguntó Jaime sin comprender a qué se refería.

A los pocos minutos Jara apareció en el salón llevando entre sus manos un viejo cisne de peluche que había cogido del suelo de la habitación que Elba había revuelto. Estaba totalmente desgastado por los estragos del paso del tiempo. El estupor se instauró en Jara al ver que el que había sido siempre su peluche preferido tenía bordadas las iniciales B. F. en la pequeña camiseta. Ella jamás había reparado en aquel detalle, siempre pensó que sería el nombre del peluche o la empresa que lo fabricó. Aquel antiguo muñeco confirmaba más aún todo lo que Jaime y Elba le habían contado. Ella era Bianca Ferraro.

Jara volteó el peluche y lo observó por todos los sitios. Ese era el único recuerdo que le unía a su infancia, por eso fue la única cosa que se trajo a la isla en su bolsa de viaje junto con los libros. Lo inspeccionó por todos lados, pero no había nada. Hasta que levantó la pequeña camiseta de algodón que vestía el cisne y ahí estaba, una pequeña cicatriz hecha de hilo, como si alguien lo hubiera abierto y luego lo hubiera cosido. Al darse cuenta, la joven alzó la vista y miró a Jaime sonriéndole como si hubiera encontrado la respuesta. Comenzó a hurgar con su dedo índice intentando introducirlo entre el remache cosido hasta que consiguió quitar todos los hilos. Metió los dedos dentro del peluche y ahí estaba: la tarjeta SD que su padre había escondido en aquel cisne.

—Gracias a Dios —espetó pletórico Jaime al ver que por fin la había encontrado.

El joven alargó su mano para que Jara se la diera. Al cogerla espiró con brío al saberse a salvo.

—Rápido, vamos a mi casa, necesitamos coger mi ordenador y ver si esto sigue funcionando —añadió Jaime.

Salieron rápidamente de casa de Jara con el convencimiento de que a esas horas no se cruzarían con nadie. El cadáver de Elba yacía en aquella bañera y, a pesar de saber que le había hecho una promesa al padre de Jara, esta sabía que Jaime sentía una rabia voraz hacia ella. Podía sentirlo.

Cuando llegaron a casa de Jaime, tras abrir la puerta, el militar se dirigió rápidamente hacia el sofá del salón. Lo empujó un poco con

sus manos dejando al descubierto parte del suelo de madera, mientras que Jara miraba aquella estampa conmocionada todavía por todo lo que había sucedido. Una vez apartado el sofá, Jaime levantó

las láminas de madera dejando a la vista un hueco en el suelo. El militar se agachó y sacó de él una especie de caja fuerte.

Se quitó del cuello una cadena de la que pendía una pequeña llave y la introdujo en el candado que cerraba aquella caja. Un clic dio el pistoletazo de salida avisando de que el cierre estaba dispuesto a abrirse.

Al abrir la caja sacó de dentro su ordenador portátil.

—¿Por qué lo tienes ahí escondido? —preguntó Jara al parecerle excesiva tanta seguridad.

—Los militares somos los únicos que tenemos permitido utilizar ordenadores en Noctiluca y dentro de ellos hay mucha información confidencial. Alguna vez algún habitante de la isla ha querido ponerse en contacto con gente de fuera y estos aparatos eran su única vía posible para hacerlo… Así que más de una vez nos hemos encontrado la casa revuelta.

Jaime abrió su ordenador e introdujo dentro de la ranura la tarjeta de memoria que habían encontrado en el peluche de Jara. Al abrirla había un archivo con la lista de todos los nombres que formaban la Cúpula y, junto a este, una carpeta de fotografías. Jaime comenzó a abrir las fotos que había dentro de ella ante la mirada atenta de Jara. Pero no solo había fotos relativas a la mangata o a los intercambios de dinero que Jaime alguna vez había conseguido fotografiar en la isla de Alborán, sino que había algo que podía hundir a la Cúpula para siempre si salía a la luz: el asesinato de Ramírez. Un alto mando del ejército que la Cúpula había asesinado a sangre fría en la isla de Alborán. En aquellas fotos se veían las caras de algunas de las personas que pertenecían a la organización, se veía el instante exacto en el que le dispararon por la espalda y cómo tiraron su cadáver al mar. Lo que Jara jamás hubiera podido imaginar es quién era la persona que aparecía en las fotos apretando el gatillo.

46

Las cartas que no envié

Almería

Siete días más tarde

El cartero entró acalorado, con una hilera de gotas de sudor vistiéndole la frente, en el bonito edificio situado en la Rambla de

Almería junto al colegio Stella Maris. Todo el edificio pertenecía a la empresa farmacéutica de los Casanova que mantenían ahí su sede.

Al cruzar la puerta, sintió cómo el aire frío le daba algo de tregua y cómo el suelo de mármol de Macael ayudaba también en esa contienda. Se paró en la recepción y apoyó su mano izquierda en el mostrador mientras se inclinaba un poco hacia el lateral para introducir su otra mano en el carro de Correos y sacar de él el sobre.

—¿Para quién es? —preguntó el recepcionista con una amplia sonrisa.

—Para… —comenzó el cartero mientras encontraba el paquete y leía el nombre—. Para Luis Casanova —afirmó finalmente.

—¿Y quién lo envía?

—No tiene remitente —contestó extrañado el cartero al mismo tiempo que le entregaba el sobre y se despedía diciendo adiós con la mano.

El recepcionista descolgó el teléfono y marcó rápidamente un número.

—Malena, ¿puedes bajar? Ha llegado un sobre para el presidente

—le pidió amablemente el recepcionista.

A los pocos minutos, Malena, la secretaria de Luis Casanova, el presidente de la compañía, estaba en la recepción.

—Gracias, bello, ahora se lo entrego, que estaba reunido. Aunque

creo que esto no es el paquete que estaba esperando —reconoció la mujer al ver que se trataba de un sobre y no de una caja como Luis le había comentado que llegaría.

La mujer volvió a subir en el ascensor a la sexta planta y se dirigió hasta su escritorio. Al ver que la puerta del despacho estaba abierta supuso que ya habrían terminado la reunión.

—Don Luis, disculpe que le moleste, pero acaba de llegar este sobre —le explicó Malena mientras se acercaba a la mesa de su despacho y se lo entregaba.

—¡Joder! ¿No ha llegado el paquete? Hace cuatro días que lo pedí

—dijo el hombre visiblemente enfadado mientras daba un golpe en la mesa.

—No, pero no se preocupe, que yo le aviso en cuanto llegue —se ofreció complaciente su secretaria.

—Gracias, Malena, y cierra la puerta, por favor, que tengo que hacer una llamada —le pidió el hombre y se sentó.

Pero, antes de coger su teléfono, Luis Casanova miró el periódico que tenía sobre la mesa: «Sin noticias de Álvaro Casanova», rezaba el titular. Aquel imponente hombre de negocios sintió un leve pinchazo en el pecho al leer aquello. Habían pasado los meses y seguían sin saber dónde estaba su hijo Álvaro. Aquello lo destrozaba por dentro y estaba consumiendo a su familia. Acto seguido fijó su vista en el sobre y vio que no tenía remitente, hecho que le llamó la atención. Abrió con ímpetu el sobre y su cuerpo se petrificó al instante al ver lo que había dentro. La respiración se le disparó y una ráfaga de ansiedad se instauró en su estómago. Le faltaba el aire.

Frente a él unas fotografías y una carta. Posó la mano sobre las fotos y las deslizó con rabia hacia el suelo intentando quitárselas de la vista. Después, con las manos temblorosas, abrió la carta manuscrita que venía también en el sobre:

Querido Luis:

Me gustaría decirte que os echo de menos, pero estaría mintiendo. No pasa nada, sé que vosotros tampoco me echáis de menos a mí. De hecho, imagino que habéis dado gracias a Dios, a ese que tanto le rezáis, por que

yo me quitara de en medio. Es irónico que se os llene la boca con sus enseñanzas cuando la realidad es que os merecéis ir al infierno. Nunca he sido santo de vuestra devoción. Y mira que puse todo de mi parte para ser devota vuestra. Pero supongo que la diferencia de clase social os corroía por dentro. ¿Cómo iba a estar vuestro hijo con una «doña nadie» como yo? Pero es curioso las vueltas que da la vida, lo impredecible del destino. Hay que tener cuidado, porque todo lo que sube puede bajar. Y hoy estamos arriba y mañana abajo, y ¿quién sabe? ¿Quién os iba a decir que aquella idiota a la que le jodisteis la vida durante tanto tiempo ahora puede joderos la vuestra?

En agradecimiento a todo el daño que provocasteis cuando salía con vuestro hijo, a lo pequeñita que me hicisteis sentir siempre, a la de eventos familiares a los que me prohibisteis la entrada y a aquel

ofrecimiento que le hicisteis a vuestro hijo de dejarle el legado de tu farmacéutica a cambio de que no se casara conmigo, te regalo unas fotografías que te encantará tener de recuerdo.

Te combina muy bien el color del traje que vistes en una de ellas con el color del arma que llevas en la mano. Se ve que lo de disparar por la espalda siempre se te ha dado demasiado bien. Es curioso que ese buenismo del que siempre has hecho alarde, pregonando a los cuatro vientos los cientos de miles de vidas que vuestros medicamentos han salvado, tan solo sea una cortina de humo para enmascarar lo que realmente sois: unos miserables narcotraficantes que ganan dinero a costa de la vida de otras personas. Puedes avisar a la Cúpula de que jamás me busquen. Y no te creas que soy idiota como siempre has pensado, porque he enviado una copia de esa famosa tarjeta a varias personas. Y si en algún momento hacéis cualquier tontería los nombres de la Cúpula y todas las fotografías verán la luz. Con lo fácil que hubiera sido un «bienvenida a la familia, Jara». Pero os pudo la soberbia.

Un fuerte abrazo,

JARA MORETT I

(O Bianca Ferraro, como prefieras llamarme)

47

Luna llena en Capricornio

Noctiluca Julio de 2023

Jara Moretti encendió la radio, una Telefunken Gavotte de 1956

fabricada en Alemania, pero el temblor que recorría sus manos le impedía sintonizar la única emisora que había en aquel lugar.

Inhaló profundamente y, acto seguido, exhaló con ímpetu para acompasar el ritmo de su respiración. Su corazón latía con tanta violencia y de una forma tan abrupta que lo sentía abrazado a su tráquea y le impedía respirar. Quería vomitarlo. Quería expeler por su boca el único órgano culpable de mantenerla aún con vida.

Deshacerse del último atisbo de esperanza que le había sido concedido. Y en una fracción de segundo el peso de sus párpados cedió como un dique azotado por el embate de las olas del temporal.

Y, por segunda vez en su vida, un fundido en negro se instauró en su mente en el mismo momento en el que su mano derecha acertó a posicionar la rueda de la radio en la emisora 92.7 FM.

«El cuerpo sin vida de la víctima, aún por identificar, ha sido encontrado hace unas horas por una pareja en las inmediaciones del embalse de Empusa con claros indicios de violencia»… «treinta y dos puñaladas»… «arma blanca con una hoja corta»…

¿Qué había hecho? ¿Por qué todas aquellas palabras retumbaban como bombas en sus adentros, pero no recordaba nada? ¿Qué había sucedido en aquel pantano? ¿Y quién era la persona que habían encontrado allí apuñalada?

Jara abrió los ojos y giró lentamente su cuerpo invadido con el peso de la culpa. Le pesaba como una losa. Le costaba horrores desplazarse sobre su propio eje, pero algo le decía que necesitaba

moverse. Aunque minutos después maldijera por no haberse quedado para siempre atrapada en aquella escena en negro.

Cuando consiguió ponerse frente a aquel espejo italiano en forma de arco, hecho de bambú y mimbre tejido, su respiración se cortó.

Aquella vibrante luz azul de la luna no fue suficiente para impedir que vislumbrara aquellas manchas de sangre que teñían su camiseta

blanca ceñida de algodón y sus vaqueros pitillo. Sangre que se mostraba descarada en su rostro, en su ropa y en sus manos. La fuerza de la luz de aquella luna no era suficiente como para enmascarar los restos de la contienda que invadían el cuerpo de Jara de los pies a la cabeza. El miedo que recorría cada uno de sus músculos se acumulaba en la punta de sus dedos, haciendo que la joven apretara con fuerza los puños como si pudiera desprenderse a través de ese impulso de la energía que la invadía. Suspiró con brusquedad, anhelando la rendición de aquella horrible sensación que la asediaba. Una y otra vez, una y otra vez. Entonces levantó los puños a escasos centímetros de su rostro. Los observó absorta:

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? —volvió a preguntarse, esta vez en voz alta, con un hilo de voz a la vez que una hilera de lágrimas comenzaba a inundar sus mejillas.

Mientras, iba despegando sus dedos lentamente hasta que se topó de bruces con aquella realidad: la palma de su mano derecha no solo se hallaba bañada en sangre, sino que un desfile de cortes hacía guardia en ella. Su respiración cada vez era más feroz, le faltaba el aire y sentía como si alguien le hubiera arrancado de cuajo los pulmones.

—Tranquila, tran-tranquila, tranquila, tran-tran-tran-tranquila… —

se repetía a sí misma como un mantra a la espera de que aquello la salvara.

Pero cada vez le costaba más respirar. No entendía nada y el ritmo de sus latidos se disparaba más frenético. Necesitaba saber qué había pasado, pero su mente seguía en un mutismo absoluto.

Intentaba rasgar un ápice de recuerdos, algo que le arrojara una respuesta, un pequeño hilo del que tirar. Bajó la vista hasta sus botas negras de piel atadas con cordones y fijó su mirada en la suela gruesa que se hallaba impregnada de barro y sangre.

No cabía ninguna duda, Jara Moretti había estado aquella noche en aquel embalse.

Miró el suelo. Sobre él yacía un cuchillo de hoja corta bañado en sangre. La joven palideció al verlo. Qué había hecho, se preguntaba una y otra vez. Se agachó temblorosa intentando controlar el vaivén de su mano derecha, pero los nervios se habían apoderado de ella y sus dedos no parecían escuchar las órdenes que su cerebro le enviaba.

Consiguió coger el cuchillo y envolverlo entre los dedos de su mano derecha sin inmutarse por el roce del filo de la hoja, como si los cortes que ya tenía en la mano le hicieran de coraza. Estaba asustada, tenía miedo. Ese miedo que te inunda y te abraza, ese miedo que te atraviesa y se instala en cada uno de los poros de tu piel. Jara Moretti tenía miedo porque sabía perfectamente la respuesta a esa pregunta que la estaba atormentando. Jara Moretti sabía lo que había hecho.

Salió de Casa Macondo arrastrando su cuerpo como un fantasma que campa por el abismo, lánguida, como si su propio ser le pesase.

Subió las escaleras y se dirigió hacia Casa Úrsula. Golpeó la puerta de la cristalera con su puño izquierdo dejando restos de sangre sobre el cristal. Nadie contestó al otro lado, así que cogió aire e intentó golpear con más fuerza. En ese momento la luz del salón se encendió, haciendo que toda la estancia, incluido el rellano de la entrada, se inundara de claridad.

—Jara, ¿qué ha pasado? —preguntó Óliver nervioso al ver aquella imagen dantesca.

—No, no, no… lo sé —balbuceó la joven con una procesión de lágrimas danzando por sus mejillas.

—Jara, ¡por Dios! ¡Dime qué has hecho! —insistió el joven subiendo su tono de voz.

La joven, con la mirada perdida, permaneció en un mutismo absoluto mientras la ira y el desconcierto de Óliver iban creciendo. El joven posó sus manos en los extremos de los hombros de Jara y comenzó a zarandearla con fuerza y rabia. Como si en aquel gesto estuviera descargando todo su odio. Aquella atractiva joven a la que había dado la bienvenida a Noctiluca con los brazos abiertos, a la que había introducido en su grupo de amigos, en su casa… La

misma que se había obsesionado con él hasta el punto de enviarle ese vídeo a su novia para destruir su relación. La misma mujer que se había metido en su vida y la misma que se la había destrozado.

Por culpa de ella, Óliver había perdido a la mujer de su vida. A la que realmente amaba. Vega le había dejado por culpa de aquella mujer que ahora lloraba ante él cubierta de sangre. Pero a Óliver no le producía ninguna compasión, no sentía pena por ella, pues estaba convencido de que el karma le habría devuelto todo el daño que había hecho. Pero en este universo hay que tener cuidado, porque el karma es como un bumerán y siempre nos viene de vuelta.

—¡Que me digas qué ha pasado! —gritó enfurecido el joven.

—No lo sé. Creo que toda mi existencia es ilusoria. Que nada de esto es real, que Noctiluca tan solo es un sueño. Osiris me avisó, Osiris me avisó. Ella vio la sangre —contestó la joven como si estuviera completamente ida ante aquella situación.

En ese instante, Jara abrió su puño derecho, dejando caer sobre el suelo de aquel salón el cuchillo manchado de sangre. Óliver comenzó a exasperarse y su respiración se aceleró. Clavó su mirada en Jara y fue en aquel momento cuando se fundió entre sus ojos, cuando por primera vez pudo conectar con el dolor que aquella joven estaba experimentando. Y ahí, ante el corazón resquebrajado de Jara, hizo por primera vez un conato de autocrítica. Aquel sufrimiento que ella sentía por un amor no correspondido tenía culpables de ida y vuelta. La ilusión que ella había sentido él la había regado. Él había contribuido a que Jara Moretti creyera que entre ellos dos existía un «nosotros». Y es que en la vida nos volvemos adalides de echar balones fuera, de mendigar la culpa en quien tenemos delante, pero pocas veces tenemos la valentía de afrontar que nosotros también nos hemos equivocado. Aunque a veces es demasiado tarde para el arrepentimiento. Y, aunque dicen que de amor nadie se muere, la realidad es que cuando tenemos el corazón roto ya estamos muertos por dentro.

—Por favor, necesito saber qué-has-hecho —volvió a preguntar Óliver poniendo énfasis en el final de su pregunta.

—Hoy hay luna llena —rio con una risa nerviosa la joven y con un

semblante perverso que le hacía parecer otra persona—. ¿Has tomado mangata?

—Sí, Jara, pero eso da igual ahora. Dime qué has hecho, por favor.

¿Qué has hecho? —volvió a repetir desesperado y enfurecido Óliver.

Jara sonrió, con esa sonrisa que nos inunda cuando ya todo está perdido. Con esa sonrisa que marca el fin. Con esa sonrisa amarga que nos recuerda que hemos perdido la batalla. La joven metió su mano derecha en el bolsillo de su pantalón ante la atenta mirada de Óliver, que asistía inaudito a aquel espeluznante espectáculo. Deslizó la mano lentamente hasta sacar algo de dentro de él. Alzó la mano situándola

frente a los ojos del joven, mostrando entre sus dedos la cadena de oro rosa que Vega llevaba siempre en el cuello y que tenía marcadas su inicial y la de Óliver junto con un símbolo de infinito.

—Este es el juego de los secretos. Si alguna vez alguien descubre nuestro secreto, nosotros perderemos, ¿lo has entendido? Y no te preocupes, Óliver, mañana no recordarás nada. Y seguramente yo tampoco.

Epílogo

La tristeza de Jara era inaudita, el surco de sus ojeras reflejaba la pena que la atormentaba por dentro. Caminaba por casa como si no tuviera alma, como si el cuerpo le pesara, aunque el día siguiente se le presuponía como uno de los más felices de su vida: el de su boda.

Pero la vida a veces se aleja de los planes que te asedian desde niña y, lejos de estar pletórica alzando una copa de champán para brindar junto con su futuro marido en una casa inundada de ramos de rosas, se encontraba sola en el sofá con el pelo grasiento recogido en un moño bajo y una camiseta de algodón blanca llena de restos de helado. Una sobredosis de azúcar para intentar paliar el dolor que le suponía que su prometido hubiera decidido irse fuera unos días antes de la boda por motivos de trabajo. Pero ella lo conocía. Ese es el precio que pagar cuando te enamoras, ser capaz de adivinar el sentir de la persona con la que compartes tu vida solo con su tono de voz o con el brillo de sus ojos. Y Jara Moretti sabía que algo no iba bien desde el momento en el que la figura de Álvaro Casanova se desvaneció tras la puerta de entrada con un golpe de despedida.

El sonido de una llamada entrante rompió por completo el mutismo absoluto de aquel hogar. Jara se encontraba sentada y palpó el mullido sofá sin buscarlo con la mirada, intentando encontrar con su mano el teléfono que le había hecho alejarse del bucle de pensamientos enfermizos que la acechaban. Al estirarlo con desgana notó el aparato y lo descolgó llevándolo a su oreja sin reparar en el nombre que aparecía en la pantalla.

—¿Jara? —Se oyó desde el otro lado al intuir que la joven había descolgado el teléfono, pues no había pronunciado palabra alguna.

—¿Álvaro? —preguntó la joven, que cambió por completo su tono de voz al oír a su prometido.

—Necesito un favor, la moto me ha dejado tirado en el faro de

Mesa Roldán y no arranca. Y al llegar aquí me he dado cuenta de que mi móvil se había apagado porque no tengo batería —explicó el joven.

—¿Desde dónde me llamas? —quiso saber Jara, aunque con cierta desgana al darse cuenta de que solo la llamaba por una causa de fuerza mayor y no porque la estuviera echando de menos.

—Un pescador me ha dejado su teléfono para que te llamara.

¿Puedes venir a por mí? —le pidió Álvaro con desesperación.

—¿Solo me llamas para eso? —respondió con desidia la joven.

—Jara, la puta moto de mi abuelo me ha dejado tirado. Llevo tres horas aquí esperando a que aparezca alguien porque en esta época esto está desierto. Lo último que necesito ahora es un arsenal de reproches que ya me estoy viendo venir —le recriminó a la joven a sabiendas de lo que le esperaba.

—Mañana es nuestra boda, Álvaro. Y te ha dado igual dejarme plantada en casa, te ha dado igual lo que me estabas haciendo sentir, te ha dado igual hacerme daño. Y ahora me llamas como si nada para decirme que la puta moto te ha dejado tirado otra vez.

Solo eres tú, tú y tú. Eso es lo único que te importa. No sabes pensar en nadie que no seas tú mismo —reprochó Jara con una rabia contenida.

—Joder, mira que lo sabía. Qué putada que solo me supiera tu puto número de teléfono —reconoció el joven lleno de ira.

—O sea, ¿que ni siquiera me has llamado porque querías que fuera yo la que te recogiera? —preguntó entre lágrimas la joven, que había desterrado la ira y se había inmerso en la pena.

—Jara, no voy a entrar en tus jueguecitos ahora. Si quieres venir a por mí, genial, te estaré esperando en el faro. Y si no te da la gana, por favor, avisa a mis padres para que vengan ellos —pidió Álvaro, y acto seguido colgó el teléfono sin esperar respuesta alguna por parte de Jara.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse sin miramiento por sus mejillas, caían de forma indiscriminada una tras otra mientras llevaba su mano izquierda hasta su cara y la tapaba en busca de consuelo, como si creyera que aquel gesto la calmaría. Y, aun así, rota de dolor,

dejó el móvil sobre la repisa del mueble de madera y

abrió uno de los cajones de la entrada para rebuscar entre los objetos que había en él hasta localizar las llaves del coche. Alzó la vista y vio como el espejo le devolvía el reflejo del sufrimiento. Un ataque de ira se cocinaba a fuego lento en sus entrañas a la vez que un amor descomunal le recordaba lo que sentía por su futuro marido.

Abrió la puerta de la casa y salió de ella sin dar lugar a que fueran sus suegros los que recogieran a Álvaro. No, no y no. Jara se negaba a darles más poder del que tenían, se negaba a reconocerles que Álvaro la había dejado sola los días antes de su boda, porque sabía que aquello sería munición para un incendio. La joven caminó hasta el aparcamiento donde tenía su coche y lo encendió para dirigirse al faro de Mesa Roldán donde Álvaro la esperaba. Fue a mitad de camino cuando se percató de que se había dejado el móvil encima del mueble, pero prefirió no volver a por él porque temía acabar arrepintiéndose de ir a recoger a Álvaro.

No encendió la música, condujo en silencio con las dos manos sujetas al volante, como si esa fuerza que ejercía apretando las manos la mantuviese presente mientras su mente seguía perdida en un cúmulo de pensamientos destructivos. Era como si su vida le ofreciera un resumen de todo lo que había vivido con Álvaro, cada uno de los buenos momentos que habían compartido al tiempo que los boicoteaba con una ristra de reproches que habían vivido. Quería creer que ella merecía más que todo aquello, pero una voz le recordaba que era el hombre de su vida. Estaban hechos el uno para el otro a pesar de que todo su alrededor se empeñara en hacerles creer que no. Por eso Jara se sentía cada vez más pequeña, cada vez más insignificante ante aquel desprecio constante. Al llegar a la playa de los Muertos, tomó el desvío de la derecha para poder acceder al camino que daba acceso al faro de Mesa Roldán. No prestaba atención a aquel idílico paisaje, ese desértico lugar que se bañaba en un imponente mar. Le podía la rabia que la invadía, hasta que lo vio allí sentado. Su pelo oscuro y sus ojos negros vibrantes, que clavó en Jara a través del cristal del coche mientras se levantaba de la roca y se ponía en pie junto a su moto, colocada con cierto mimo cerca del acantilado.

Jara se bajó del coche y le sonrió, víctima del cambio de parecer que nos abruma cuando vemos a la persona amada. Ese que nos hace borrar de un plumazo cada uno de los momentos de sufrimiento que hemos vivido, porque nos enfrascamos en la idea de que el amor todo lo puede. Y ella lo creía, creía que el amor todo lo podía. Al acercarse

a Álvaro sintió ese cosquilleo que visita nuestra tripa y que nos recuerda lo que sentimos por la persona que tenemos delante. Reavivando esa debilidad del ser humano ante el ser amado. Desterrando el amor propio y la dignidad en pro de los cuentos con finales felices. Pero aquel cuento estaba muy lejos de acabar comiendo perdices.

—Pensaba que vendrían mis padres —reconoció Álvaro mientras le quitaba la cara cuando esta se le acercó a darle un beso en los labios.

—Y yo pensaba que te alegrarías de verme —le reprochó la joven con tristeza.

—La verdad que menos mal que me he encontrado con ese pescador y me ha dejado el teléfono para llamarte —respondió el joven cambiando por completo de tema.

—Pensaba que te alegrarías de verme —repitió Jara insistente con la mirada triste clavada en sus ojos y sin dar crédito al desplante que le estaba haciendo su prometido.

—La moto arranca y se desplaza un poco, pero enseguida se ahoga y se apaga —explicó el joven intentando arrancar la moto para hacerle una demostración.

—¿Tú me estás escuchando? —le gritó Jara mientras se ponía frente a la moto.

Álvaro volvió a apagar la moto y acto seguido la volvió a encender para comprobar de nuevo que seguía sin funcionar. No levantó la mirada del vehículo e hizo caso omiso a la pregunta que Jara le acababa de hacer.

—Álvaro, ¿puedes contestarme? —le pidió Jara colérica mientras con su mano le sujetaba la barbilla y se la alzaba para que la mirase.

Pero el joven la apartó bruscamente.

—Jara, solo te he pedido que vengas a recogerme y ya está. No

tengo ganas de escuchar ahora otra de tus rabietas de niña malcriada, ¿lo entiendes? —preguntó con cierto desprecio Álvaro.

—¿Ahora soy tu chófer, Álvaro? Por si se te ha olvidado, pues parece que sí, soy tu novia y mañana seré tu esposa. ¡Tu esposa! Y

estoy harta de que seas un puto niñato malcriado que tiene miedo a plantarle cara a sus padres. Voy a ser tu mujer, Álvaro, joder, ¡tu mujer! —gritó Jara entre un amargo llanto intentando calmar la desesperación que la consumía.

El joven inspiró con vehemencia y rasgó sus ojos víctima de la cólera que le recorría su cuerpo. Se separó de la moto y se acercó a Jara con un paso que denotaba la agresividad que lo invadía. Odiaba aquellos reproches que Jara siempre le hacía, porque la verdad duele, porque las verdades escuecen. Álvaro era una simple marioneta en manos de los Casanova. No importaba su porte de reputado empresario, sus aires de atractivo rompecorazones. No importaban sus

empeños de querer demostrar que él podía solo con todo, que lo que había construido lo había hecho por sus propios méritos. Todo eso daba igual, porque la sombra de su familia siempre le pisaba los talones. Sabía que las decisiones de sus padres tenían más peso que cualquier argumento que él pudiera aportar. Su opinión siempre quedaba por debajo, nunca lo habían considerado tan válido como Carlos, la mano derecha de su padre. Así que aquel ataque de Jara le había dado donde más dolía, como si de un tiro certero se tratase.

—No voy a casarme contigo, Jara —espetó entre dientes mientras la sujetaba del cuello con violencia.

—¿Qué dices, Álvaro? —lloró la joven a la vez que le apartaba con fuerza la mano que le apretaba el cuello.

—Lo que has oído, Jara. No pienso casarme, voy a aceptar el trato de mis padres. Lo he estado pensando y es la única forma de demostrarles que soy capaz de llevar la farmacéutica. Por fin podrán ver que estoy a la altura del apellido Casanova —respondió tajante Álvaro con el orgullo asomando entre la cólera que le hostigaba.

—Álvaro, te lo suplico, no digas tonterías —le pidió Jara entre sollozos mientras le sujetaba del brazo para que no volviera a alejarse.

Álvaro le apartó la mano con rabia, provocándole un pequeño arañazo del que se desprendieron unas gotas de sangre, que cayeron sin miramiento sobre la camisa de lino azul bebé de manga larga con cuello mao y con las iniciales «A. C.» bordadas que el joven llevaba puesta. Este hecho lo enfadó y le hizo lanzar como respuesta una mirada amenazante a la joven. Jara no era capaz de reconocer a aquel hombre que tenía delante, a aquel del que se había enamorado. Sus ojos ya no se parecían a aquellos que la miraban repletos de amor y de deseo, aquellos que la hacían sentirse admirada y deseada. Jara era incapaz de reconocer aquella mirada. Esa mirada que te avisa de que tu vida está a punto de cambiar para siempre y de que todo aquello que habías planeado va a desmoronarse.

—Jara, yo ya no te quiero —confesó Álvaro, que giró la cabeza y dirigió su mirada hacia la joven, dejando ver a través de sus ojos el dolor que ahora mismo tenía en su alma.

Jara Moretti amaba a Álvaro Casanova por encima de todas las cosas. Lo amaba por encima del dolor, de las mentiras, de los desprecios, de las lágrimas, de los desplantes, de su trabajo y, sobre todo, por encima de su maldita familia. Jara lo amaba tanto que el

corazón le dolía. Sentía como si alguien le hubiera arrancado el corazón de cuajo con sus propias manos. Estaba rota por dentro, aquellas palabras la habían destrozado. Porque nadie te prepara en la vida para escuchar que la persona a la que amas ya no te quiere.

Nadie te prepara en la vida para recomponerte de los golpes. En el colegio nos enseñan a sumar, restar, multiplicar y dividir, pero no nos enseñan a cicatrizar un corazón roto. Nadie nos explica a dónde va el amor que sentimos por alguien que ya no nos ama. En qué contenedor se reciclan los restos de una relación que nunca quisiste que acabara. Nadie nos dice qué cara poner cuando te recuerdan que antes de salir por la puerta recojas el neceser con tus iniciales que tenías en su baño. El amor no se estudia, se vive. Y del dolor de un corazón roto se aprende. Porque en la vida, a veces, te das cuenta de que el amor no es suficiente y de que el amor no todo lo puede. Y de que a los puntos suspensivos solo puede seguirles un punto final.

Y aquella preciosa joven de pelo castaño y ojos tristes color miel sintió con una certeza inexplicable que a la historia de amor que ella seguía queriendo vivir le acababan de poner ese punto final. Ese adiós que te aterra escuchar porque sabes que, tras él, ya solo quedará el desastre. Así que, en aquel momento, mientras Álvaro obviaba el sufrimiento que aquellas palabras le habían causado a Jara y esquivaba sin escrúpulo el destrozo que acababa de causar haciendo que todo saltara por los aires, la cabeza de Jara se sumió en un bucle enfermizo de pensamientos que la atormentaban sin descanso. Y, en solo unos instantes, el dolor que la joven sentía se tornó en rabia. Sus ojos dejaron de parecer tristes para parecer feroces. Airada y vehemente, deshizo sus pasos para acercarse hasta Álvaro, que estaba situado de espaldas a ella intentando arrancar su moto. Jara Moretti tragó saliva y dibujó una perturbadora sonrisa en su rostro, que era el vivo reflejo del sufrimiento que nos consume por dentro. La joven se paró justamente detrás de Álvaro, que ni tan siquiera se percató de la cercanía de Jara. La joven se agachó tranquila, con pausa, como si todo lo que la rodeaba fuera parte del decorado de una película, como si el tiempo no apremiase, y cogió un imponente trozo de roca con cantos afilados. Volvió a ponerse de pie, alzó su brazo derecho sujetando con la mano la roca y lo llevó hacia atrás para coger impulso. Y por primera vez en su vida su mente se fundió en negro.

El trastorno disociativo de la personalidad, también conocido como el trastorno de la personalidad múltiple, es una enfermedad mental que hace que el individuo que la posee sufra una desconexión y una falta de continuidad entre sus pensamientos, sus recuerdos, sus acciones y su propia identidad. Las personas que padecen un trastorno

disociativo escapan de la realidad sin ser conscientes de ello. Este trastorno se caracteriza por la presencia de dos o más identidades o personalidades diferentes en una misma persona. Estas identidades pueden tener distintos nombres, distinta edad, distinto género y hasta distintas características psicológicas. Y, aunque no es frecuente, puede ocurrir que una de estas identidades tenga comportamientos agresivos y violentos. Las personas que sufren este trastorno experimentan síntomas como cambios bruscos de humor,

sentimientos de desconexión con su propio cuerpo o pérdida de memoria, siendo capaces de olvidar por completo acciones que han realizado.

Por lo general, los trastornos disociativos de la personalidad aparecen en reacción a un trauma que el individuo ha sufrido en la infancia, ya que de esta manera la persona es capaz de mantener los recuerdos difíciles controlados.

Como, por ejemplo, que con siete años veas con tus propios ojos cómo tu padre asfixia a tu madre hasta acabar con su vida.

Agradecimientos

Cada noche, cuando me meto en la cama y cierro los ojos, agradezco al universo todo lo bonito que me está sucediendo. Y, sobre todo, doy gracias por todas las personas que me acompañan en este camino.

Quién le iba a decir a la pequeña Estefanía que escribía redacciones fantasiosas que algún día su imaginación la llevaría a escribir no un libro, sino dos. Quién le iba a decir a esa niña almeriense que cruzaba cada tarde de Ocio Manualidades, la tienda de sus padres, a la librería Picasso para perderse entre los libros que algún día su nombre estaría en ellos. Creo que jamás pude soñar que viviría todo lo que estoy viviendo y que todavía sigo siendo incapaz de asimilar.

Mi sobrino Guille, que tiene seis años, hace poco me preguntó por qué él no podía leer mis libros. Yo le dije que en mis libros salían cosas que solo podían leer los mayores y me respondió: «¡Pues qué suerte tienen los mayores!». Así que empiezo con un gracias a mis sobrinos, Guille y Carmencita, por ese amor incondicional que solo te brindan los niños y por esas ganas que me contagiáis. ¡Algún día escribiré algo que puedan leer los niños!

Gracias a mis padres, Enrique y Mercedes, y a mi hermano

Quique, por ser siempre mi sustento. Me siento afortunada de tener la familia que tengo, me siento afortunada de teneros. Veros henchidos de orgullo es mi mayor éxito. Qué bonito es poder celebrar la vida a vuestro lado. Gracias por enseñarme siempre a vivir el momento.

Gracias a Cristina Pedroche, creo que no tengo palabras suficientes para agradecerte tu generosidad. Te nace ayudar a otras mujeres a brillar y eso es solo un reflejo de la inmensidad de tu corazón. Ojalá todo el mundo pudiera ver lo bonito que hay dentro

de ti. «En tu trinchera hasta la batalla final», amiga. Por muchas lunas llenas más.

Gracias a mi amigo Kike Ros. Desde los tres años disfrazándonos en las funciones del colegio hasta aquí. Gracias por aguantar mis millones de audios con dudas policiales y por ayudarme a que toda la investigación de este libro sea real. Gracias por todas las risas que nos hemos echado por el camino.

Gracias a Cris García Cañadas, psiquiatra y terapeuta, por guiarme dentro del ámbito de las enfermedades mentales y ayudarme a entender lo que vivía Jara en su cabeza.

Hago un inciso para recordar la importancia de la salud mental y lo sumamente necesario que es acudir a terapia.

Gracias a Ana Lozano, mi editora, por seguir a mi lado y darme calma cuando todo explota. Gracias por tu mente brillante y por hacer que crea en mí misma. Tus «confía en mí» son mi mejor medicina.

Gracias a Lorena Córcoles por creer en mí y en mis libros. Es una suerte teneros a ti y al equipo de Nboca a mi lado. Que sigamos arreglando el mundo.

Gracias a Conxita Esturga, por todo lo que está por venir. Gracias por tu vitalidad y por aquella llamada que jamás imaginé. Es maravilloso tener tu energía cerca.

Gracias a Virginia Gómez, siempre he creído que las cosas suceden por algo y estoy segura de que aquel titular que escribiste lo cambió todo.

Gracias a Gonzalo Albert por seguir regalándome la oportunidad de escribir, es increíble poder jugar en vuestro equipo.

Gracias a Cristina Torres, siempre serás mi hada madrina.

Gracias a Aurora Mena, Diana Collado y Lara Moyano por poner mi libro a punto con tanta dedicación.

Gracias a todo el equipo de Penguin Random House y en especial a Suma de Letras. Gracias a todos los que estáis detrás de bambalinas haciendo que todo esto sea posible y que Mangata sea una realidad: comunicación, marketing, imprenta, comerciales, distribuidores, diseño, legal…

Gracias a mi amiga Laura Pérez Vega por quererme tan bonito y

por regalarme su creatividad. Gracias por hacer que Lausett formara parte de todo este sueño, gracias por abrirme las puertas de tu casa y abrazar mi libro como si fuera tuyo.

Y a mis tías Lolas y a mi tía Mar por prestarnos sus manos para que todo saliera precioso aquel día (y por cuidarme) y a Estefanía Molina por regalarme aquel bonito vídeo para poder recordarlo siempre.

Gracias a mi tía Luisa y mi tío Pepe, os hice una promesa y yo siempre cumplo. Gracias por cuidarme siempre.

Gracias a mi familia y a mis amigos que son familia, nunca imaginé tener una red de seguridad tan maravillosa como la vuestra.

Teneros en mi vida me hace feliz. Mi vida es más bonita porque todos vosotros estáis en ella. Sois mágicos.

Gracias a Juan Mas Villaseñor por ayudarme con todos los temas legales para que este libro vea la luz.

Gracias a Luján Argüelles por ser mi maravillosa maestra de ceremonias y por acompañarme en un momento tan difícil para ti.

Fue un honor.

Gracias a Max y a The Little Big Café por ponerle el toque dulce a aquella presentación, a Víctor de El Amor Hermoso Bar y a Carlos por ayudarme a encontrar el lugar perfecto y más sexy para mi libro.

A Nacho y Gloria por abrirnos las puertas al mundo del shibari. A Adriana, Ana, Pilar, Carmen y todo el equipo de Lelo por hacer que el placer fuera más real que nunca aquel día. Y a Lucia, Natalia, Juanjo, Noemí y Marta por prestarme sus voces en aquella celebración entre amigos. A Sil Lorente por ponerle la banda sonora.

Y a Fran y Erika por solucionarme los detalles técnicos siempre.

Gracias a María Roberts por aparecer en mi vida y por sacar la mejor versión de mí. Y gracias a todo su equipo de Madart por peinarme y maquillarme para esa fotografía de «autora». A Paloma, Cris, Sofía, Guillemette y todo el equipo de Nota Bene y Hunkemöller por regalarme vuestro toque sensual para el estilismo. Y gracias a Jorchalon por decirme siempre a todo «sí» y tener su cámara de fotos preparada cada vez que le necesito. Gracias por esa foto que me hiciste y que ahora vivirá para siempre en este libro.

Gracias a toda la gente de Aguamarga, ha sido precioso lo que he

vivido estos meses allí gracias al libro. Qué bonito es ver a todo mi pueblo leyéndolo. Gracias por la acogida tan bonita. Y en especial a Loli, Consuelo y Carmen Caparros por hacer mi libro vuestro y preparar en vuestra «casa» aquella presentación tan especial para mí. Gracias a mi Pauli Soler por ser una anfitriona de excepción. A Mar Segura, Ana Dora Bonil o y Marta Valderrama por presentarme con tanto cariño. Y a mi Loreto Martínez por vestirme con su arte.

Gracias infinitas a todos y cada uno de los libreros y libreras que recomendaron mi libro y quisieron tenerlo entre sus estanterías.

Y, sobre todo, gracias a vosotros y vosotras, los que estáis al otro lado. Los que comprasteis mi libro y me disteis el empujón para que volviera a escribir. Los que pasasteis tiempo entre mis páginas y me regalasteis vuestras palabras y vuestro cariño. Los que lo compartisteis, lo recomendasteis, lo reseñasteis o le disteis fuerza a ese «boca a boca».

Vosotros y vosotras estáis haciendo que este sueño sea real: GRACIAS.

Y no me olvido de mis abuelos Rafael, Mercedes, Pepita y Enrique.

Y de mis tíos Tomás y Mari. Os recordaré siempre que escriba, os recordaré siempre que viva.

Ojalá estuvierais aquí.

Ojalá, abuelo Reles, fueran las once de la mañana y estuvieras en la puerta del recreo esperándome para darme un beso.

Así que solo puedo decir: gracias universo.

Y siempre, ¡que viva Almería!

Índice

Document Outline